AMY SANDAS

Solo era un juego... hasta que se encendieron las pasiones.

Seduciendo al Diablo

LOS BASTARDOS WRIGHT

Seduciendo al Diablo

Los Bastardos Wright

Amy Sandas

Contenido

Capítulo Uno

Agosto de 1820
Residencia Redthorne
Buckinghamshire, Inglaterra

Lady Anne Humphries se inclinó hacia su objeto de estudio. La concentración se mostraba en su entrecejo mientras analizaba la intrincada formación de pétalos que le daba a la flor de bálsamo de abeja su aspecto distintivo.

Todavía no era mediodía y la mayoría de los demás invitados a la fiesta en la casa de campo del conde y la condesa de Harte seguían teniendo el horario de Londres, lo que le quedaba muy conveniente. Había salido al extenso jardín de la finca en busca de soledad y había encontrado un lugar encantador oculto en un pequeño rincón tranquilo, por donde incluso los jardineros pasaban sin notar su presencia.

Allí había descubierto un jardín de mariposas con bálsamos de abeja rojos y morados, varias variedades de equinácea, geranios y exuberantes arbustos de buddleia. Después de extender su chal sobre el césped para proteger su vestido azul pálido, se acomodó para empezar a pintar en acuarela las vibrantes flores de verano.

Pintar era una de las pocas cosas, tal vez la única, en su vida que le proporcionaba verdadera satisfacción. Anne había crecido como hija única de una madre que había muerto al dar a luz, un padre que visitaba a su hija una o dos veces al año y un ejército de sirvientes que la trataban con una especie de amabilidad distante; por eso, a menudo sufría ataques de melancolía. En ocasiones, durante su juventud, se preguntaba si realmente existía cuando no había nadie a su alrededor que la *conociera*. El acto de estudiar un tema, descubrir qué lo hacía único y hermoso, para plasmar su imagen en el lienzo siempre le pareció una especie de comunión. Para una persona que había vivido gran parte de su vida en relativa soledad y reflexión interna, pintar se había convertido en una forma de sentirse conectada con algo más allá de sí misma.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado mientras estaba absorta en su amado pasatiempo cuando su concentración fue interrumpida abruptamente por una voz grave de barítono.

«Pensé que anoche te había dejado clara mi posición».

El tono del hombre era áspero y amenazador, lo que hizo que lady Anne se congelara a mitad de la pincelada. Sonaba como si hablara desde más allá del muro de piedra que había detrás de ella y que separaba esa sección del jardín de un sendero más lejano. El que

hablaba no podía tener idea de que ella estaba allí, pero por una fracción de segundo, pensó que el hombre se estaba dirigiendo a ella.

«No necesitas fingir decencia conmigo». La respuesta llegó en la voz de mujer, enfurruñada y provocativa. «He notado que me miras. Créeme, sé lo que quieren los hombres como tú».

Lady Anne contuvo la respiración durante la pesada pausa que siguió a esas palabras.

«¿Hombres como yo?».

Había un tono dolorosamente duro en las palabras del hombre. Parecía bastante enojado.

Su compañera no pareció notarlo mientras prácticamente ronroneaba su respuesta.

«Mmmm. Hombres que poseen una naturaleza más *terrenal* que los insípidos caballeros de Londres. Hombres con necesidades menos *civilizadas*».

Las mejillas de Anne ardían ante la naturaleza sorprendentemente íntima de la conversación. Casi presa del pánico, empezó a recoger sus materiales de arte, metió las pinturas y los pinceles en la caja de madera personalizada antes de dejar a un lado su cuadro para desmontar rápidamente con cuidado su pequeño caballete, todo ello mientras intentaba moverse en absoluto silencio.

Lo único que podría empeorar su involuntaria escucha a escondidas era que las dos personas del otro lado de la pared descubrieran de algún modo su presencia.

Cuando se levantó para recogerse el chal, un movimiento atrajo su atención hacia el camino de piedra que conducía a la casa, donde un hombre caminaba con paso decidido hacia el jardín.

Lady Anne lo reconoció al instante.

Tres años atrás, había conocido a lord Mayhew durante su temporada de debut. Hijo mayor de un duque, había estado en lo más alto de la lista de posibles pretendientes de su padre y había sido uno de los pocos a los que Anne no había considerado objetables de alguna manera. De modales apacibles y abiertamente amable, aunque un poco tímido y socialmente indeciso, siempre había tenido una palabra educada para ella cuando se habían encontrado a lo largo de la temporada. Desafortunadamente, nada se había desarrollado entre ellos ya que, desde el primer baile, él había estado atento a la encantadora y popular señorita Breckenridge. La pareja se había casado poco después del final de la temporada.

A medida que lord Mayhew se acercaba, lady Anne no pudo evitar notar la tensión en sus rasgos, generalmente bondadosos. El hombre estaba claramente molesto por algo. Algo sobre lo que ella no tenía tiempo de especular considerando que el hombre detrás de la pared estaba hablando una vez más con una voz que se había vuelto

peligrosamente baja.

«No lo diré de nuevo, milady, así que escuche bien. Ahora no tengo, ni tendré nunca, el más mínimo deseo de acostarme con usted».

La mujer se rió, un sonido distintivo y centelleante que de repente se volvió angustiosamente familiar. «No necesitamos una cama, Sr. Thomas. Y no puede engañarme con sus miradas hostiles y sus ceños amenazadores. Sé que me desea. *Todos* los hombres me desean».

¡Santo cielo!

De repente, lady Anne supo exactamente de quién era la conversación privada que había estado escuchando sin darse cuenta. Justo cuando lo hizo, escuchó algo que la perturbó aún más. Un breve gruñido de sorpresa seguido del inconfundible sonido de lo que solo podía ser un beso muy apasionado.

Congelada por la sorpresa, miró con horror cómo lord Mayhew continuaba derecho hacia la puerta que lo llevaba al sendero donde, sin duda, tendría una vista impactante de su amada esposa besando a otro hombre.

Sus entrañas se retorcieron con las implicaciones de lo que estaba a punto de suceder. El pobre hombre estaría completamente devastado. Su amor y devoción por su esposa eran bien conocidos. Incluso si no lo fueran, lord Mayhew estaría obligado por el honor a desafiar a duelo al otro hombre.

Aunque no era una participante activa en ningún sentido de la palabra, de repente se encontró en el centro de un escándalo potencial con consecuencias terribles. Su mente repasó sus opciones en rápida sucesión. Tenía que actuar rápido o no actuar en absoluto.

Reunió rápidamente sus suministros, salió de su pequeño lugar apartado hacia el sendero del jardín. Mientras lo hacía, su caja de pinturas se deslizó de su agarre. Se abrió cuando golpeó el suelo, derramando sus pinturas y pinceles por todo el camino de piedra. El incidente causó un gran estruendo, llamando inmediatamente la atención de lord Mayhew. Como ella había pensado, y como también había previsto, el lord rápidamente cambió de dirección para acudir en su ayuda.

«Lady Anne, permítame ayudarla», dijo mientras se acercaba con una sonrisa cortés, aunque claramente distraída.

«Gracias, lord Mayhew», respondió ella. Si su tono resultó más fuerte de lo necesario, el amable lord no dio indicios de ello. «Soy terriblemente torpe, me temo».

«En absoluto», respondió mientras se agachaba junto a ella para recoger los objetos esparcidos. «¿Supongo que no vio pasar a lady Mayhew?».

Su pregunta la puso rígida mientras se le trababa la lengua. No

sería una mentira absoluta decir que no había visto a su esposa, ya que solo había escuchado a la mujer, pero no pudo decir las palabras.

No tuvo que hacerlo porque la dama misma se acercó corriendo hacia ellos. «Mi amor, ¿qué estás haciendo aquí?», preguntó con una amplia sonrisa y las manos extendidas. Los ronroneos seductores que la dama había empleado apenas unos momentos antes, habían sido reemplazados por un tono zalamero, casi condescendiente, que punzó con fuerza los nervios tensos de Anne.

Lord Mayhew se levantó y tomó los delgados dedos anillados de la dama entre los suyos. «Vi un destello de tu vestido desde una ventana del piso de arriba mientras bajaba a desayunar. Pensé que planeabas dormir hasta tarde esta mañana».

«Oh, así era, pero el jardín estaba demasiado atractivo. No pude resistirme».

Mientras respondía, lady Mayhew deslizó su brazo por el de su esposo y comenzó a guiarlo de regreso a la casa.

Se habían alejado unos pasos antes de que el caballero se detuviera y mirara hacia Anne, que todavía estaba arrodillada en el suelo recogiendo sus cosas.

«Permíteme un momento para ayudar a…», comenzó, pero su esposa lo interrumpió.

«La dama parece tener todo bajo control, ¿no es así, querida?».

Había un matiz cortante en las palabras empalagosas de la mujer que no pasó desapercibido para Anne. Aclarándose la garganta, respondió rápidamente. «Sí, por supuesto. Gracias por su amabilidad, milord, pero puedo encargarme del resto».

«¿Está segura?».

«Claro», respondió Anne con una sonrisa de confirmación.

Mientras la pareja casada continuaba su camino de regreso a la casa, la sensación de malestar en el estómago de Anne solo empeoró.

¿Había hecho lo correcto? Tal vez hubiera sido mejor para lord Mayhew descubrir la infidelidad de su esposa. Pero solo el breve pensamiento de una escena así la llenó de pavor y compasión por un hombre que no merecía una traición tan dolorosa.

De todos modos, probablemente debería haberse mantenido al margen. Ahora se sentía cómplice del comportamiento desleal de la mujer y eso no le sentaba nada bien.

Con un profundo suspiro, cerró su caja de pinturas, luego la metió debajo de su brazo junto con el resto de sus suministros y comenzó a levantarse de donde había estado arrodillada al lado del camino. Pero cuando levantó la vista, vio un par de botas gastadas y pantalones marrones justo delante de ella. Jadeó y se habría caído de espaldas si el hombre que se había acercado a ella tan silenciosamente no la hubiera sujetado rápidamente y con firmeza por los hombros

para levantarla sin contemplaciones.

«Gracias», murmuró automáticamente, sintiéndose claramente inquieta por la aparición repentina del hombre y el trato brusco que le dio a su persona.

«A usted, creo», dijo con voz ronca y con un tono que ahora reconocía mientras extendía uno de sus pinceles con su mano grande y callosa.

Su corazón se aceleró mientras su mirada viajaba desde sus dedos muy masculinos a lo largo de un brazo obviamente fuerte cubierto con una simple capa de color marrón oscuro que también se extendía sobre hombros aterradoramente anchos hasta un rostro enmarcado por largas ondas de cabello negro. Sus rasgos anchos y rudos adquirieron una expresión de innegable irritación mientras el hombre la miraba con el ceño fruncido.

Sr. Beynon Thomas.

Lady Anne había oído hablar de él, en realidad, no había mucha gente en Londres que no lo hubiera hecho, aunque nunca lo había conocido personalmente. Su presentación en sociedad al comienzo de la temporada más reciente había sido el escándalo del año. No se trataba de su presentación en sí, sino del hecho de que lo hubieran presentado como el medio hermano ilegítimo del conde de Wright. Al parecer, el conde anterior había tenido bastantes hijos ilegítimos. El señor Roderick Bentley, propietario de una popular casa de juego, había sido conocido como el bastardo del conde durante toda su vida. Pero, hasta hace poco, nadie sabía que había otros. Lo más sorprendente era que el conde actual estaba haciendo un comentario muy obvio al reconocer a sus hermanos, a pesar del daño que esto había causado a su apellido.

El conde no parecía muy preocupado por la opinión pública cuando se trataba de sus medio hermanos, que según lady Anne eran cuatro en total, aunque no había oído hablar mucho de los otros dos. Pero eso no impidió que los entrometidos se volvieran absolutamente locos con la información. Especialmente una vez que el señor Thomas hizo una aparición en la escena social de Londres.

La mayoría de los hijos bastardos, incluso cuando eran reconocidos y apoyados por la familia, eran objeto del rechazo de una parte importante de la sociedad. Y el señor Thomas se enfrentó, sin duda, a su cuota de prejuicios y juicios. No solo era el heredero de un lord, sino que también era un forastero, un galés del que se rumoreaba que era granjero. Eso en sí mismo causó un poco de revuelo cuando empezó a aparecer en algunas fiestas selectas de Londres.

Pero más que esas cosas, eran los modales del señor Thomas los que se habían convertido en el tema de conversación más jugoso. Al parecer, tendía a ser bastante brusco y hosco. A los entrometidos les

gustaba especular sobre el motivo de su carácter un tanto malévolo, y cualquiera que consiguiera mantener a la alta sociedad charlando en los tocadores privados, estaba destinado a volverse popular en una escena social que adoraba el espectáculo en cualquiera de sus formas.

Siempre que el brusco y falto de modales señor Thomas aparecía en un evento, seguro que se hablaba de él durante días. Ninguna anfitriona podía resistirse a semejante incentivo para incluirlo en su lista de invitados. Aun así, aceptaba las invitaciones con mucha moderación, lo que, por supuesto, lo hacía aún más deseable.

Al obligarse a mirarlo a los ojos, lady Anne comprendió por qué algunas personas en susurros bajos lo llamaban el ‘Diablo Galés’. El hombre exudaba animosidad en su gran estatura y su intimidante porte, y en la rigidez de sus rasgos sombríos.

Aunque la ira que había oído en su voz cuando le habló a lady Mayhew, todavía era evidente en la tensión de sus labios firmes y el ceño fruncido que estropeaba su frente, fue su mirada lo que más la inquietó. Su mirada de ojos negros era profunda y penetrante. Se sentía como si mirara directamente al fondo de su alma.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Y por un momento rígido y sin aliento, Anne se sintió perdida.

Su mente se quedó completamente en blanco. Sus nervios se alteraron. Y su vientre se retorció de la manera más extraña.

Mientras esperaba su respuesta, echó una mirada por encima de su hombro hacia el muro de piedra que se extendía detrás de ella, luego al trozo de hierba que había quedado aplastado donde ella había estado sentada durante tanto tiempo. Sus cejas oscuras se fruncieron aún más.

El calor inundó su cuerpo. Él sabía que había oído cada parte de su encuentro con lady Mayhew.

Su atención volvió a ella. Si era posible, sus ojos parecían aún más negros. Su mirada, más pesada. «¿Vas a tomarlo o no?».

Anne parpadeó. Luego miró hacia abajo al pincel que todavía sostenía en sus dedos.

«Oh, sí», rápidamente le tomó el pincel de la mano y lo metió en el bolsillo profundo de su falda. «Gracias» añadió en un murmullo vergonzosamente sin aliento, pero el señor Thomas ya se alejaba con un paso largo y decidido.

Desorientada y perturbada por el encuentro, Anne solo pudo mirar su ancha espalda hasta que se dio la vuelta y desapareció detrás de una hilera de setos altos.

Capítulo Dos

Beynon echó un vistazo a los ocupantes del salón y tensó los músculos del pecho. Las más de dos docenas de invitados del conde y la condesa de Harte, se habían reunido en pequeños grupos para charlar, chismorrear y coquetear. Los caballeros acababan de reunirse con las damas después de tomar un oporto al finalizar la cena y se estaban haciendo presentaciones de algunas personas, pero en general parecía que ya todos se conocían.

Como el calor de agosto había empezado a provocar que Londres fuera insoportable, los residentes de la ciudad habían escapado en masa a los espacios abiertos y al aire fresco de las fincas rurales para realizar visitas prolongadas. Ir allí les había parecido un respiro bienvenido. Pero era solo el primer día completo de la fiesta de verano en la casa y Beynon ya se estaba arrepintiendo de su decisión de asistir.

Debería haber regresado a Gales para pasar el verano.

No. Se había comprometido a una visita prolongada con sus hermanos recién descubiertos. No se arrepentiría de su palabra. Su hermana pequeña, Caillie, lo molestaría si se atrevía a sugerirlo.

Había venido a Inglaterra para conocer mejor a sus hermanos y hermana, no para participar en una socialización inútil. Caillie, de tan solo trece años, era desafortunadamente demasiado joven, y aunque había asistido a la velada, por su corta edad no podría participar en las actividades de la noche. Una pena porque, entre ella y sus hermanos mayores, ella era, por mucho, su favorita.

Dirigió una mirada sombría hacia la esquina de la habitación donde el actual conde de Wright, su hermano mayor, Colin, estaba sentado con su esposa. Ainsworth había sido la tutora de Caillie hasta hace dos años, cuando Colin las había traído a ambas de su hogar en las Tierras Bajas de Escocia para que se quedaran con él en Londres. Era difícil entender cómo dos personas tan diferentes como Colin y Ainsworth podían llevarse tan bien juntos, pero aparentemente habían encontrado un punto lo suficientemente común como para casarse y parecían felices por ello.

Su otro hermano, Roderick Bentley, se encontraba no muy lejos hablando con su anfitrión, lord Harte. Sus esposas, que eran hermanas, estaban sentadas en un sofá cercano charlando con un gran grupo de damas. La mirada ceñuda de Beynon se deslizó sobre la reunión de vestidos de color pastel, peinados elegantes y rostros brillantes y sonrientes. La evidente riqueza y frivolidad le ponían los nervios de punta. No podía imaginar que ninguna de las jóvenes

presentes, ni tampoco los caballeros, para el caso, pudiera durar un momento en el mundo del que él provenía. Y, sin embargo, sus hermanos parecían pensar que debería aprovechar la fiesta para encontrar novia.

El bufido de desdén de Beynon solo se vio frenado por el hecho de que, en ese momento, su atención se fijó en la mujer de cabello pálido del jardín. Al instante se puso rígido. No la había visto durante la cena, sin duda había estado sentada a cierta distancia de él en la enorme mesa, pero al mirarla ahora, no pudo evitar sentir un rápido retorno de su enojo de esa mañana.

Ya había sido bastante malo que su paseo matutino hubiera terminado en un encuentro frustrante con una mujer que se negaba a reconocer su rechazo. Pero que una joven debutante insípida hubiera escuchado todo lo sucedido le irritó por la pizca de dignidad que había logrado conservar desde que se unió a la escena social de Londres.

Al principio, había estado agradecido por la torpeza de la rubia que escuchaba a escondidas, ya que logró liberarlo del agarre de lady Mayhew. Pero cuando ayudó a la joven a ponerse de pie, sus ojos muy abiertos lo habían recorrido como los de un conejo asustado. La fascinación y el miedo se habían arremolinado en sus ojos azules y él había *sentido* su incomodidad como un puñetazo en el estómago.

En los últimos meses, había aprendido que las mujeres de la alta sociedad tendían a verlo de una de dos maneras. O bien se sentían escandalizadas y repelidas por su negativa a ajustarse a las apariencias y conductas esperadas de la sociedad educada, o, como lady Mayhew, se sentían ferozmente atraídas por sus cualidades más rudas y buscaban usarlo como un medio para escapar de sus aburridas y gentiles vidas.

Todo era tan condenadamente ridículo.

La atención. La cautela. Las miradas furtivas, las murmuraciones y el escrutinio constante.

Cuando finalmente decidió reconocer su posición como uno de los bastardos del conde de Wright, aceptó todo lo que eso conllevaba. Si hubiera sabido el espectáculo que se convertiría a los ojos de la alta sociedad, tal vez hubiera elegido algo diferente.

Antes de que pudiera apartar la mirada, la joven del jardín levantó la vista por casualidad. Cuando sus ojos se encontraron con los de él, murmuró un juramento ronco y rápidamente desvió la mirada, esperando que ella pensara que su atención se había centrado en ella solo momentáneamente. Pero después de otro rápido vistazo a la habitación, no pudo evitar mirar hacia atrás. Afortunadamente, ella ya no lo estaba mirando. Pero tampoco había vuelto a participar en la conversación a su alrededor. El rubor que le teñía las mejillas era

evidente incluso desde su posición al otro lado de la habitación.

Maravilloso.

Volvió a dirigir su atención. Y esta vez captó la desafortunada mirada de su hermano.

Roderick levantó la comisura de la boca en una media sonrisa. Luego se inclinó para susurrarle algo al oído a su esposa antes de dirigirse al lado de Beynon.

Beynon consideró marcharse, pero hacía tiempo que se había dado cuenta de que la evasión nunca funcionaba con este hombre. Era mejor enfrentarse a Roderick y a cualquier observación que el hombre quisiera compartir. Y este hermano siempre tenía *algo* que compartir.

«Buenas noches, Thomas», saludó Roderick mientras hacía un gesto hacia un lacayo, que se acercó rápidamente con una bandeja de champán. «Parece que te vendría bien una copa».

Beynon miró el vino burbujeante con sospecha. «¿No hay nada más fuerte?».

Roderick soltó una risita. «Más tarde. Por ahora, nos dedicamos al juego de la amabilidad social mientras mostramos nuestro ingenio brillante y modales pulidos».

«¿Y si no cuento ni con ingenio ni con modales?».

«Entonces te quedas en los rincones oscuros mientras miras amenazadoramente a todas las personas felices reunidas a tu alrededor».

«No estaba mirándolos amenazadoramente», protestó Beynon y luego deseó haber mantenido la boca cerrada. Roderick tenía una extraña habilidad para arrastrarlo a discusiones en las que no tenía ningún deseo real de participar. Y sospechaba que el hombre lo hacía a propósito.

«Pero sí estabas mirando fijamente», señaló su hermano triunfante, «y debo añadir, muy intensamente a la pobre lady Anne».

Lady Anne. El nombre le sentaba bien. Tradicional, mansa y aburrida.

La atención de Beynon se volvió hacia el grupo de mujeres, donde una pelirroja estaba deleitándolas con una historia que parecía requerir gestos bastante animados.

Lady Anne estaba escuchando cortésmente, con una postura perfecta, las manos cruzadas sobre el regazo, la barbilla ligeramente baja. Su rostro era bastante estrecho, lo que hacía que se adaptara a su nariz recta y patricia y a la forma alegre de su boca, y aunque sus cejas eran un poco demasiado oscuras para su tez clara, todos sus rasgos juntos formaban una expresión de templanza silenciosa y duradera.

Tradicional, mansa y aburrida.

Tan pronto como confirmó la evaluación, la pelirroja llegó a la

conclusión de su historia. Mientras los demás se reían a su alrededor, lady Anne le ofreció una leve sonrisa que transformó su rostro de la manera más extraña. Como si una lámpara de hadas acabara de encenderse en un amanecer brumoso, sus rasgos más bien ordinarios adquirieron una cualidad silenciosamente etérea.

«¿Ves? Así como ahora», señaló Roderick divertido antes de que su tono se volviera serio. «No miraría a la dama con tanta intensidad durante demasiado tiempo, hermano. La gente hará ciertas suposiciones sobre tu interés».

Beynon inmediatamente cambió su atención de nuevo a Roderick. «No hay interés».

«Por supuesto que no lo hay», asintió Roderick mientras bebía un sorbo de su copa de champán.

Frunciendo el ceño con frustración, Beynon sabía que la única forma de salir de la conversación era ser franco. «*Si* me interesara una mujer joven, seguro que no sería una como ella».

Ahora, Roderick frunció el ceño mientras volvía una mirada evaluadora hacia la dama en cuestión. «¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo lady Anne?».

Beynon casi gruñó su fastidio por verse obligado a decir algo así en voz alta, pero sabía que nunca conseguiría quitarse a Roderick de encima si no lo hacía. «Mírala. Dudo que haya hecho alguna vez algo más agotador físicamente que un baile campestre».

Roderick lo miró con las cejas levantadas ante eso. «¿Qué tipo de actividad física le pedirías que hiciera?».

Al darse cuenta de cómo habían sonado sus palabras, Beynon decidió acallar las bromas de su hermano antes de que fueran más lejos. «Olvidas de dónde vengo. No soy un lord inglés mimado. La mujer que finalmente tome como esposa tendrá que estar preparada para una vida sencilla y ardua de trabajo doméstico rural. ¿De verdad crees que alguna de las damas presentes lo encontraría atractivo?».

Su hermano no tenía nada que decir al respecto, pero continuó mirando fijamente a Beynon con ojos penetrantes. Luego, después de una larga pausa, finalmente respondió. «Entiendo tu punto. Te pido disculpas».

«No es necesario». Beynon intentó restar importancia al sincero arrepentimiento del hombre. Tales sentimientos eran casi tan angustiantes como el encontrar esposa.

«Lo es», insistió Roderick. «Pero prometo que no habrá más expectativas de tu estadía. Todos realmente solo queremos que te diviertas, Beynon, con la obvia esperanza de que continúes viniendo de visita».

Ahora era el turno de Beynon para sentir arrepentimiento. No había querido que la conversación terminara en un terreno tan

delicado. Su aceptación de esta nueva familia que Wright estaba tratando de crear, había sido vacilante. Al principio había rechazado la idea por completo hasta que la joven Caillie lo había buscado y le había dado un buen sermón. Con solo once años en ese momento, su hermana había poseído la visión y la perspectiva que necesitaba. Pero eso no significaba que su transición de simple granjero galés a hijo bastardo de un conde inglés hubiera sido fácil.

Con la esperanza de cambiar un poco el tono, respondió bruscamente, «¿sabes?, todos los caminos también conducen hacia el norte».

Los ojos de Roderick parpadearon, luego se rió y le dio una palmada en la espalda a Beynon. «¿Es eso una invitación? Qué idea tan buena. Una visita a Gales podría ser justo lo que el joven Owen necesita».

Max Owen era su medio hermano más joven, con veintiún años. Habían logrado localizar al chico hacía apenas un par de semanas, después de más de dos años de búsqueda. Aunque Owen parecía recibir con agrado la noticia de ser hijo bastardo del anterior conde de Wright y no se resistía a conocer a sus hermanos y hermana, había dejado muy claro que disfrutaba de su vida como líder de una prolífica banda criminal en uno de los barrios más duros de Londres.

«El muchacho está demostrando ser bastante testarudo, ¿no?», señaló Beynon.

«No más que tú, diría yo».

Beynon gruñó, sin estar de acuerdo ni en desacuerdo con ese último comentario. En su opinión, su propia renuencia anterior y la de su hermano menor eran situaciones completamente diferentes. La lealtad de Beynon había sido hacia la familia en la que se había criado. La lealtad de Owen era hacia una banda de peligrosos matones. «Como sea», se quejó, «me temo que no habrá suficiente espacio para todos ustedes en Gwaynynog».

«Te visitaremos en rondas», aseguró rápidamente Roderick con una amplia sonrisa. «Podrías aceptar un grupo diferente de londinenses cada mes».

Beynon emitió un fuerte gemido involuntario, sin molestarse siquiera en ocultar su absoluta consternación ante la idea. Parecía ser exactamente la reacción que Roderick había estado provocando cuando el hombre mayor soltó una carcajada.

«No hay necesidad de preocuparse, hermano. Emma y yo no haremos ningún viaje a través del país hasta que los niños sean un poco mayores».

Roderick y su esposa tenían dos hijos, un bebé de apenas un par de meses y un niño de dos años, que actualmente se encontraban arriba con su niñera. La pareja rara vez iba a ningún lado sin los niños

a cuestas.

«Wright, por otro lado», continuó su hermano con una sonrisa, «podría ser una historia diferente. Has *estado* deleitando a Cailleach con historias de tu hogar. Si le propusiera una visita a nuestra hermana menor, no habría muchas posibilidades de que desistiera de la idea hasta que los carruajes estuvieran preparados y partieran hacia el norte».

Caillie, a quien Roderick era el único que la llamaba por su nombre completo, suponía que le encantaría su casa, aunque Colin o Ainsworth no podían permitir que la chica viajara tan lejos sin ellos, y Beynon no podía imaginar que su muy correcto y señorial hermano mayor encontrara placer en la zona rural de Denbighshire. Pero cuando le dirigió a Roderick su mirada más feroz, la sonrisa del hombre se ensanchó aún más, recordándole a Beynon cuánto disfrutaba este hermano atormentarlo para su propia diversión.

Decidió darle al hombre una muestra de su propia medicina.

«Deberíamos esperar hasta que nuestra hermana cumpla al menos catorce años», respondió pensativamente, «la edad suficiente para venderle su mano a un granjero local por un lindo cerdo cebado».

El humor de Roderick desapareció en un instante. Su expresión se volvió tan feroz como Beynon la había visto nunca. «¡Qué demonios dices!».

Beynon mantuvo la cara seria todo el tiempo que pudo antes de responder con voz ronca. «¿De verdad crees que consideraría algo así?». Aunque era muy consciente de los prejuicios y especulaciones sobre su pasado que circulaban por los rumores, esperaba de verdad que sus hermanos no se creyeran nada de eso.

La vergüenza brilló en los ojos azules de Roderick. «Por supuesto que no».

«Me alegra oírlo», dijo Beynon con el ceño fruncido antes de apartar la mirada como si fuera el final de la historia. «No aceptaría nada menos que un toro en su mejor momento por nuestra hermana».

Entonces tuvo que darse la vuelta y golpear con fuerza la espalda de Roderick mientras el otro hombre se atragantaba con su champán, lo que en sí mismo era casi tan satisfactorio como pillar a su hermano desprevenido por una vez.

Capítulo Tres

Mientras Roderick luchaba por recuperar la compostura, Beynon notó un movimiento en la sala. Todos parecían estar reuniéndose alrededor de su anfitriona, lady Harte, quien se había puesto de pie con un tazón de ponche muy grande en sus manos.

«¿Qué demonios?», murmuró confundido.

Roderick inclinó la cabeza para seguir la mirada de Beynon. «Ah. Los juegos».

«¿Juegos?».

La respuesta de su hermano fue un tanto demasiado casual. «¿No te hablé de los juegos?».

Beynon frunció el ceño en respuesta.

«Fue algo que lady Harte ideó durante la fiesta de verano del año pasado. Fue un éxito tan grande entre los invitados que decidió traerlo de vuelta este verano».

«¿Traer de vuelta qué?», presionó Beynon mientras una de las damas reunidas alrededor de su anfitriona dio un paso adelante para sacar un pequeño trozo de papel del tazón.

«Una serie de competencias que se extienden a lo largo de varios días al final de las cuales los ganadores reciben un pequeño premio».

«¿Y qué tiene eso que ver con un tazón de ponche?».

«Los juegos se juegan en parejas. Las parejas casadas se emparejan, por supuesto, pero los miembros solteros del grupo se emparejan al azar. Los nombres de cada caballero soltero se colocan en el tazón. Las damas sacan a ciegas un papel y el nombre que le toque a una dama se convierte en su pareja».

«¿*Todos* los caballeros?».

La boca de Roderick se torció un poco, provocando la sospecha de que el hombre sabía exactamente cómo se sentía Beynon en ese momento. «Solo a unos pocos invitados se les permite no participar. Tú no eres uno de ellos, me temo».

«No me dijiste nada de esto a propósito», acusó bruscamente.

«Y bueno, ¿por qué haría eso?», su hermano era inocencia pura.

Beynon no se dejó engañar ni un poco por el acto. «Porque nunca habría aceptado la invitación si hubiera sabido que me vería obligado a jugar un juego ridículo».

«No seas tan despectivo. En realidad, es muy divertido», respondió Roderick dándole una palmada en la espalda a Beynon y empujándolo sutilmente hacia adelante. «Te gusta divertirte, ¿no, hermano? Vamos, veamos con quién estás emparejado».

#

Lady Anne titubeó al borde del bullicioso gentío. Si hubiera podido excusarse de los juegos, lo habría hecho. En la fiesta del año pasado, la habían emparejado con lord Reiner, un caballero mayor que disfrutaba demasiado del vino. Había pasado la mitad de las competiciones a trompicones y no se había molestado en aprender las reglas del resto. Había sido una experiencia extremadamente decepcionante.

Habría preferido evitar repetir semejante desagradable experiencia y había considerado brevemente enviar sus disculpas cuando recibió su invitación a la fiesta en la casa. Pero lady Harte era una de sus mejores amigas y sabía lo mucho que Lily quería que esta reunión campestre se convirtiera en un éxito anual.

Entonces, cuando llegó su turno de sacar un nombre del tazón, dio un paso adelante con una sonrisa para su amiga y sacó el primer trozo de papel que sus dedos tocaron.

Le tomó otro momento mirar fijamente la disposición de las letras para aceptar que no era un truco de la luz y que de alguna manera se leerían de manera diferente si le daba un par de segundos más. Pero el nombre permaneció inalterado. E innegable.

Sr. Beynon Thomas.

Con un suspiro ahogado, levantó la mirada para ver al hombre acercándose con su hermano, el Sr. Roderick Bentley. El semblante enojado del Sr. Thomas no fue una sorpresa, ya que ya había determinado que el hombre aparentemente siempre tenía esa expresión oscura y amenazante.

«¿A quién has sacado?», preguntó Lily mientras extendía la mano para recibir el papel.

Como había sucedido con cada elección anterior, el nombre tendría que leerse en voz alta y la hermana de Lily, Emma Bentley, registraría al compañero para hacerlo oficial.

Anne le entregó el nombre a Lily, pero no pudo obligarse a mirar hacia el señor Thomas mientras su anfitriona leía el nombre con una sonrisa complacida.

Hubo algunos jadeos y murmullos silenciosos de algunas de las damas cercanas, que Anne ignoró intencionadamente. Sin embargo, lo que no pudo ignorar fue al señor Bentley cuando se acercó a ella.

«Hola, lady Anne».

Se volvió hacia el encantador cuñado de su amiga y le dio una rápida sonrisa. «Buenas noches, señor Bentley».

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que el señor Bentley, como propietario de un escandaloso club de juego, habría sido un conocido extremadamente inapropiado para una joven soltera. Pero el matrimonio del hombre con Emma Chadwick y su estrecha asociación

con los condes de Wright y Harte habían cambiado un poco el rumbo de la sociedad en ese sentido. También estaba el hecho de que después de tres años fuera, a Anne simplemente no le importaba tanto lo que la alta sociedad consideraba apropiado. No es que ella fuera a hacer algo abiertamente escandaloso, pero había ciertas libertades que una joven podía reclamar una vez que todos decidían que no merecía tanta atención.

«Permítame el privilegio de presentarle a su compañero de juego», señaló Bentley con una sonrisa que parecía un poco más feliz de lo que la situación justificaba. Dando un paso a un costado, hizo un gesto hacia el hombre que estaba a su lado. «Lady Anne, me gustaría que conozca a mi hermano, el señor Beynon Thomas».

Lady Anne hizo todo lo posible por evitar mirar directamente a los ojos oscuros y duros del galés, asintió con la cabeza a modo de saludo y murmuró, «es un placer conocerlo, señor».

El señor Thomas respondió con una reverencia y pronunció bruscamente, «lady Anne».

Afortunadamente, la última dama y caballero solteros se emparejaron y lady Harte se dirigió una vez más a sus invitados. «El programa de juegos se publicará mañana por la mañana en la sala de desayunos. El primer evento tendrá lugar mañana por la tarde. Buena suerte a todos».

Cuando la pequeña multitud comenzó a dispersarse una vez más, el señor Bentley esbozó una sonrisa. «Si me disculpan, parece que mi esposa necesita mi presencia». Sin esperar una respuesta, el hombre se dio la vuelta y se alejó, dejando a Anne y al señor Thomas parados en un silencio rígido e incómodo, ya que ambos parecían decididos a mirar a cualquier lado menos el uno al otro.

Desafortunadamente, la visión periférica era más que competente cuando se trataba del señor Thomas.

Anne era bastante alta para los estándares comunes, un metro ochenta y cinco, pero notó con una dosis de incomodidad inesperada que, si quería encontrarse con la mirada de su compañero, a esta proximidad, tendría que inclinar la cabeza hacia atrás. No era una experiencia que tuviera muy a menudo, pero significaba que el Sr. Thomas medía al menos unos centímetros más de un metro noventa.

El hombre era innegablemente grande. Y para nada corpulento. Su volumen parecía estar compuesto de músculos sólidos. La combinación de una fuerza tan obvia y una altura excepcional la hacían sentir claramente en desventaja al estar tan cerca de él.

En desventaja y vulnerable. Y extrañamente… temblorosa.

Tan pronto como se dio cuenta de lo intensamente que estaba considerando su forma física, se obligó a descongelar su lengua estática y hacer una pequeña charla. Pero tan pronto como levantó la

vista hacia su rostro, el oscuro desagrado en sus anchas facciones la sobresaltó un poco.

Los músculos a lo largo de su columna se tensaron y rápidamente bajó la mirada.

Él había tenido la misma expresión feroz esa mañana en el jardín. Al hombre no le gustaba nada. Como nunca había inspirado tanta animosidad en nadie en su vida, Anne no sabía cómo responder. Especialmente cuando no estaba segura de qué había hecho para ganarse tal enemistad.

Solo habían tenido esa interacción en el jardín. ¿A menos que él pensara que ella había escuchado a escondidas su encuentro con lady Mayhew a propósito?

«Lady Anne». Su áspera voz de barítono inmediatamente hizo que ella volviera a levantar la mirada para verlo ofrecer otra inclinación con la cabeza.

Luego se dio la vuelta y se alejó.

No solo se alejó. El hombre abandonó el salón por completo. Dejándola de pie, bastante visiblemente, en el centro de la habitación.

Mientras tomaba aire para calmarse después de un corte tan directo, Lily se colocó a su lado.

«Estoy segura de que no quiso decir nada con esa actitud», susurró suavemente la amable mujer. «Simplemente no está acostumbrado a…».

«¿Qué? ¿Emplear modales básicos?», la interrupción venía de Bethany Pinkman, otra de las buenas amigas de Anne. Las tres se habían acercado mucho durante su temporada de debut. Aunque cada una de ellas poseía personalidades muy diferentes, de alguna manera se las arreglaban para complementarse. «El hombre puede ser *devastadoramente* atractivo, pero eso no puede excusar un comportamiento tan grosero con nuestra querida amiga».

«Ahora, Bethany…», comenzó Lily, pero la otra mujer no había terminado.

«¿No podemos emparejar a nuestra querida Anne con alguien más? ¿Alguien que no sea el mismísimo 'Diablo Galés'?».

«¡Silencio!», Lily amonestó firmemente, «no deberías llamarlo así».

«Tal vez no debería comportarse de una manera que respalde ese apodo», replicó Bethany. «¿Sabías que no le pidió a ninguna jovencita que bailara en toda la temporada, aunque asistió a no menos de cinco bailes? Su actitud es prácticamente hostil cada vez que alguien intenta entablar una conversación ligera con él y parece hacer hincapié en mirar fijamente a cualquier mujer que se atreva a acercarse a unos pocos pasos de él».

Lily negó con la cabeza, un pequeño ceño fruncido estropeó su

frente. «Eso es una exageración descarada, Bethany».

«¿Lo es?», preguntó la otra mujer con evidente sorpresa. «¿Viste cómo trató a nuestra querida Anne, y aún así lo defenderás?».

«Creo que el señor Thomas es un incomprendido», observó Lily, quien siempre había sido de las que le daban a la gente el beneficio de la duda. «He tenido algunas conversaciones con él y lo encontré amable y bien hablado».

«Eso es difícil de imaginar», replicó Bethany y Anne estuvo tentada en estar de acuerdo.

«La verdad es...», continuó Lily con firme convicción, «que el señor Thomas no es la figura amenazante que todos disfrutan tanto en hacer que parezca. Y creo que será un compañero perfecto para Anne».

«Sospecho que esta es una de las ocasiones en las que tu eterno optimismo te fallará», insistió Bethany.

«Está bien», intervino Anne. «De verdad. No hay necesidad de hacer un problema de esto. Estaré bien».

«En realidad no es lo que todo el mundo dice», insistió Lily. «Dale una oportunidad».

Anne sonrió. «Por supuesto. Por favor, no le demos más vueltas». En primer lugar, era mucho más vergonzoso que sus amigas se preocuparan por algo tan insignificante que el ser menospreciada por el hombre. Su orgullo podría haberse visto un poco herido por su actitud y su repentino despido, pero estaba recibiendo un golpe mucho más brutal ante la insinuación de que no podía manejar un poco de adversidad. Después de todo, era la hija de su padre. La adversidad había sido su niñera.

Sin duda podía manejar a un compañero gruñón durante los pocos días asignados a los juegos.

Agradecidamente, el tema quedó abandonado cuando Bethany se inclinó hacia Lily para susurrar con complicidad, «ya que somos solo nosotras tres, ¿qué tal si nos das algunos consejos sobre qué esperar este año?».

Lily abrió los ojos en estado de shock y luego tuvo que apretar los labios para ocultar su sonrisa traviesa. «Ni hablar. Eso sería hacer trampa».

«Y lady Harte es demasiado noble para considerar algo así».

Esto último era declarado con lealtad por el marido de Lily, cuando el caballero alto y de cabello oscuro se acercó a su esposa. Aunque se quedó un paso atrás del trío, su intensa presencia alteró de inmediato la atmósfera de su conversación.

Como muchas veces antes, lady Anne se maravilló ante la inesperada unión entre su sincera amiga y el enigmático lord. Hubo un tiempo en que Anne había estado convencida de que lord Harte nunca

habría sido capaz de hacer feliz a Lily, pero su amiga había estado completamente enamorada del conde desde el primer momento en que lo había visto. Y, cuando Lily inclinó la cabeza para sonreírle a su marido, Anne tuvo que admitir que la pareja estaba innegablemente y muy profundamente enamorada.

«Me disculpo, damas, pero debo robarles a mi esposa por un momento».

Aunque las palabras del lord eran contritas, su tono no lo era.

Las pestañas de Bethany revolotearon. «Por supuesto, mi lord. Ella es toda suya».

Lord Harte hizo una reverencia cuando Lily prometió hablar con ambos más tarde, luego la pareja se alejó. Aunque no se tocaron, ni siquiera con una mano en su brazo, la conexión entre ellos era clara y se había vuelto aún más fuerte desde su boda.

Bethany suspiró dramáticamente, atrayendo la rápida mirada de Anne.

Al ver la expresión interrogativa de su amiga, la dama soltó una breve risa. «No me malinterpretes, querida Anne, amo profundamente a mi esposo». Hizo una pausa para inclinarse más cerca. «Pero hay algo en los hombres que emanan tal…», entrecerró los ojos mientras parecía buscar la palabra correcta, «maldad que honestamente me hace erizar los dedos de los pies».

Anne negó con la cabeza de la manera en que solía hacerlo cuando conversaba seriamente con esta amiga en particular. «No tengo la menor idea de lo que estás hablando».

Bethany esbozó una sonrisa condescendiente mientras palmeaba la mano de Anne. «Lo sé. Sigues siendo tan inocente», se lamentó. «Pero espero que lo averigües pronto, cariño». Sus ojos grises se iluminaron cuando pareció que se le ocurría algo. «¿Sabes?, tal vez tenga que considerar la posibilidad de estar de acuerdo con la evaluación de Lily, después de todo. El señor Thomas, con toda su intensidad melancólica, podría resultar ser exactamente lo que te ha faltado desesperadamente estos últimos años».

Y con esa declaración extrañamente críptica y ligeramente insultante, su amiga se alejó y una vez más Anne se quedó parada sola en medio de la habitación.

Capítulo Cuatro

A la mañana siguiente, Anne fue una de las primeras invitadas a la sala de desayunos. La anciana tía abuela de Lily, una francesa maravillosamente excéntrica, estaba sentada leyendo un periódico en un extremo de la mesa mientras la condesa de Wright estaba de pie junto al aparador con una niña que parecía tener unos doce o trece años. La condesa levantó la vista cuando Anne entró en la habitación y sonrió ampliamente a modo de saludo. «Buenos días, lady Anne».

Anne había sido presentada a la escocesa de cabello castaño rojizo poco después del inesperado matrimonio hacía dos años de la mujer con el conde de Wright.

«Lady Wright», respondió Anne cortésmente, «es agradable volver a verla».

«Y a usted», dijo la condesa con un ligero tono de voz mientras ponía la mano sobre el hombro de la niña que estaba a su lado. «Permítame presentarle a la señorita Cailleach Claybourne. Aunque la muchacha no participará en ninguno de los juegos, sospecho que será una ávida espectadora».

Cuando la niña hizo una reverencia apropiada, Anne sonrió. «Encantada de conocerla, señorita Claybourne».

«A usted también», respondió la chica con un acento similar al de lady Wright. «¿Entonces usted es Lady Anne Humphries?».

«Lo soy».

La chica sonrió ampliamente. «Así que usted será la compañera de mi hermano en los juegos».

Los ojos de Anne se abrieron de par en par. «¿Su hermano?».

«Sí. El señor Thomas».

De repente, al darse cuenta de que esta chica era otra de las hijas ilegítimas del conde anterior, Anne parpadeó sorprendida, sin saber exactamente cómo responder. No habría esperado que un hecho que la mayoría consideraría vergonzoso o escandaloso fuera reconocido con tanta confianza en sí misma.

Lady Wright soltó una breve carcajada mientras negaba con la cabeza. «Has sorprendido a la pobre dama, muchacha. Te advertí que no fueras tan franca todo el tiempo».

La chica simplemente se encogió de hombros. «La gente se enterará finalmente. No veo el sentido de ocultar quién soy». Luego dirigió una mirada concentrada hacia Anne. «He decidido apoyarla a usted y a Beynon para la competencia».

Anne parpadeó de nuevo. «Bueno, gracias, señorita Claybourne. Aprecio el voto de confianza».

«¿Ha echado un vistazo al evento programado para hoy?».

«Aún no».

«Deberías», afirmó la chica antes de entrecerrar la mirada y mirar los pies de Anne. «Espero que haya traído unos zapatos resistentes».

«Caillie, cariño», intervino lady Wright con una sonrisa, aunque su tono era un poco firme, «¿por qué no permites que lady Anne desayune un poquito antes de interrogarla sobre la estrategia?».

«Bien. Lo siento», observó la chica, solo ligeramente apenada. «Venga a buscarme si quiere hablar más sobre los juegos».

«Me aseguraré de hacerlo», respondió Anne. La chica, aunque atrevida para alguien tan joven, parecía una buena aliada y Anne no estaba dispuesta a ignorar cualquier apoyo que pudiera obtener para la larga competencia que la esperaba.

Especialmente considerando que no estaba segura de cuán comprensiva sería su compañero. Una sombra se cernió sobre su estado de ánimo mientras recordaba la abrupta partida del señor Thomas la noche anterior.

Había intentado, y realmente lo había hecho, considerar todas las razones que podría haber tenido para tratarla con tanta rudeza, pero siempre llegaba a la conclusión de que era probable que simplemente no estuviera contento de tenerla como compañera. Eso o que simplemente fuera un gruñón sin escrúpulos.

Lady Wright y su pupila se apartaron para ocupar sus asientos en la mesa mientras Anne comenzaba a llenar su propio plato en el bufé. Unos minutos después, dos jóvenes caballeros entraron en la habitación y fueron directamente al programa de juegos, donde comenzaron a bromear un poco. Una mujer joven y su madre llegaron después, y luego un matrimonio mientras la habitación comenzaba a llenarse lentamente de invitados. Algunos venían por la comida, pero casi todos se tomaron un momento para revisar la información que Lily había publicado sobre las competencias del día.

Anne hizo todo lo posible por concentrarse en su desayuno, pero más de una vez, se encontró mirando con impaciencia el programa publicado al otro lado de la habitación. Anne nunca lo habría sabido si no fuera por su experiencia durante los juegos del año pasado, pero aparentemente tenía una vena competitiva bastante fuerte, aunque previamente latente.

Lord Humphries había establecido expectativas muy específicas para la educación y la crianza de su hija. Buscando cualquier oportunidad para ganarse el favor de su padre, Anne había sobresalido en lectura, historia, aritmética y cualquier otra materia considerada apropiada para la mente femenina. Había dominado las habilidades necesarias para presentarse como una dama consumada: danza,

bordado, administración de las cuentas y el personal de la casa, la planificación adecuada de un menú. Sabía mantenerse al día con las últimas modas y tendencias en decoración del hogar. Había memorizado la 'Guía de Debrett' para la nobleza y conocía el comportamiento adecuado para cualquier situación social.

[Nota de la Trad.: *La Guía de Debrett de 1769 ofrece información sobre títulos nobiliarios británicos, así como también guías de etiqueta y protocolo acerca de las normas y prácticas sociales correctas para eventos, interacciones con la riqueza y otras situaciones sociales de la alta sociedad británica*]

Concentrarse tan intensamente en cumplir con el estricto plan de estudios de su padre no le había dejado mucho espacio para la diversión y los juegos, incluso si hubiera tenido a alguien con quien podría haber participado en tales actividades. Así que, fue una sorpresa durante la competición del año pasado cuando Anne descubrió la emoción y la motivación de competir contra otros en varias tareas de habilidad mental y física. Incluso sin un compañero activo, la experiencia había sido estimulante y bastante reveladora. Pero también, muy decepcionante. Aparentemente, no le gustaba perder y el año pasado había perdido mucho.

Y ahora, aquí estaba una vez más, con un compañero poco entusiasta.

Como retirarse de la competencia sería una terrible decepción para Lily, Anne no tuvo más opción que seguir adelante.

Cuando notó una breve pausa en el flujo constante de invitados, se puso de pie y comenzó a dirigirse hacia los carteles del juego pegados en la esquina de la habitación. Al pasar por la puerta, levantó la vista justo cuando la figura grande e imponente del Sr. Thomas cruzó el umbral.

Sin ninguna directiva consciente, sus pasos se detuvieron torpemente. Cuando sus ojos se encontraron con los de él, una extraña inquietud la invadió. Su semblante eternamente melancólico se oscureció aún más cuando la vio, pero de alguna manera logró mantenerse erguida y orgullosa antes de girar decididamente la mirada para continuar a través de la habitación.

Cuando llegó al tablero donde se publicaba la información más reciente sobre los juegos de cada mañana, tuvo que tomarse un momento para forzar sutilmente una respiración firme en sus pulmones mientras presionaba su mano contra su abdomen.

Ella podría haber descartado el extraño temblor en su centro como una reacción persistente a la rudeza del hombre la noche anterior, pero la verdad era que había sentido la misma inquietud interna esa mañana en el jardín, cuando se encontró con su mirada solemne.

El hombre simplemente la inquietaba.

Y ahora iban a ser compañeros durante los próximos días, aunque el Sr. Thomas había dejado en claro que hubiera preferido a cualquier otro. El rechazo no era algo completamente nuevo para Anne. Después de todo, acababa de pasar por su tercera temporada sin una oferta de mano. Ya había pasado demasiadas noches preguntándose qué era lo que los jóvenes parecían encontrar objetable en ella y no tenía intención de perder un momento más en la inútil pregunta.

Con otra respiración profunda, bajó la mano a su costado y se concentró en la información que tenía ante sí.

En la parte superior del tablero se enumeraban todas las parejas. Diez equipos en total, compuestos por parejas casadas y parejas elegidas al azar. Su mirada se dirigió automáticamente a su propio nombre, cerca del final de la lista.

Lady Anne Humphries y Sr. Beynon Thomas

Ignorando a la fuerza el incómodo nudo en el estómago, examinó rápidamente las reglas y el proceso de puntuación. Dado que los juegos estaban diseñados para el entretenimiento y la diversión, mucho dependía del sistema de honor en términos de seguir las pautas y los procedimientos esperados para las diversas actividades.

Se otorgarían puntos solo a los tres equipos con mayor puntuación en cada evento. Cinco puntos para el primer lugar, tres puntos para el segundo y un punto para el tercero. Cada noche, se contarían los puntos y la tabla de líderes se ajustaría en consecuencia. La pareja con más puntos al final de la semana sería declarada ganadora. En caso de empate por el primer lugar, una competencia final determinaría el resultado entre los dos líderes.

El programa de juegos reveló que se estaban repitiendo algunos eventos del año pasado, pero también había varios nuevos. Anne notó una pareja en la que sentía que tenía las habilidades adecuadas para competir con confianza, aunque otras estaban definitivamente fuera de su ámbito de experiencia. Esas situaciones eran exactamente en las que un compañero podría ser útil suponiendo que aportara su propia aptitud única a la pareja.

Si su compañero estaba dispuesto a participar.

Supuso que el Sr. Thomas todavía estaba en la habitación. Sin duda estaba comiendo un abundante desayuno, completamente desinteresado en el programa de los juegos o en su compañera. ¿Se molestaría siquiera en presentarse al primer evento?

Un resentimiento de un tipo que no había sentido desde que era una niña, que todavía ansiaba la atención de un padre frío y negligente, ardía en sus venas. Antes de que pudiera apagar la ira sutil, alguien se acercó por detrás de ella. Los pasos fuertes se

detuvieron y una presencia pesada pareció flotar sobre ella.

Se puso rígida y no se molestó en mirar por encima del hombro para confirmar quién se había unido a ella. Ya lo sabía por el repentino estremecimiento en su vientre y el hormigueo en su nuca. Ella apretó los labios y se obligó a respirar con firmeza por la nariz.

Como él había tomado la decisión de acercarse a ella, no sintió ninguna obligación de saludarlo.

Desafortunadamente, la decisión condujo a un extraño silencio, ya que, aparentemente, él tampoco estaba dispuesto a hablar.

Bueno, esto iba a salir bien.

El pensamiento sarcástico le provocó un tirón rápido en el pecho cuando Anne soltó un suspiro lento y luego se dio la vuelta para alejarse. Antes de que pudiera dar ese primer paso, el señor Thomas se aclaró la garganta bruscamente.

«Buenos días».

Anne se quedó quieta. *Ahora* él decidía dirigirse a ella.

Ella respondió sin volverse hacia él. «Buenos días, señor Thomas».

Hubo otro silencio incómodo. Luego, él emitió un breve sonido gutural antes de comentar con evidente renuencia. «Debería disculparme por mi rudeza de anoche».

El acento galés que se reflejaba en su voz de barítono le provocó a ella otro extraño vuelco en el estómago, que hizo todo lo posible por ignorar.

Cuando él no dijo nada más, su creciente tensión hizo que comentara de manera un tanto cáustica, «en efecto».

«Si pudiera retirarme de la competencia, lo haría», respondió él en un tono brusco y bajo.

Así que, en lugar de disculparse, decidía añadir más sal a la herida. ¿Era ella realmente una compañera tan indeseable?

Finalmente, cuando se volvió hacia él, se sorprendió una vez más por su considerable tamaño. Levantó la barbilla y notó la gruesa columna de su garganta, luego la dura línea de su mandíbula recién afeitada y sus labios firmemente apretados. Estaba más cerca de lo que esperaba, lo que provocó una rápida perturbación en su sistema. Con un rápido parpadeo, levantó la mirada hasta encontrarse con la de él, que la miraba con el ceño fruncido.

«Entonces, retírese», respondió ella, con un tono sereno a pesar de las llamas que lamían sus nervios. «No intentaré detenerle».

Sus espesas cejas se juntaron en un ceño feroz y los músculos de su mandíbula se tensaron, endureciéndose como piedra. Casi podía oír cómo rechinaban sus molares.

¿Había esperado que ella le rogara por su participación?

Por supuesto que no.

«Quizá podría intentar convencer a otro caballero para que cambie de pareja», sugirió ella, «y así poder emparejarse con alguien que le agrade». El hombre la miró con frustración evidente en cada dura arruga, pero no habló. «De lo contrario, me temo que está atrapado conmigo, señor».

Tragó saliva visiblemente, atrayendo su atención hacia los músculos de su garganta, que quedaba justo a la altura de sus ojos. Cuando él respondió, Anne se encontró observando el movimiento de su manzana de Adán mientras subía y bajaba con sus palabras.

«No tengo interés en participar en un montón de juegos de salón tontos».

«¿Juegos de salón?», repitió Anne, preguntándose si él se había molestado siquiera en mirar el programa frente al cual habían estado parados durante los últimos minutos.

Cuando sus ojos volvieron a los de él, notó un claro destello de desdén en su mirada. ¿Estaría esperando pequeñas rondas pintorescas de *'Besa a la monja'* y *'Pudín de bala'*?

[Nota de la Trad.: *En el idioma original "Kiss the Nun" (Besa a la monja) y "Bullet Pudding" (Pudín de bala), son referencias a juegos tradicionales infantiles o poco sofisticados en esa época; resulta ser un pensamiento de lady Anne haciendo énfasis en la idea de que Beynon desprecia los juegos propuestos, considerándolos triviales*]

Se irguió un poco para disipar la inusual sensación de pequeñez que experimentó cuando se encontró cara a cara con el hombre, ofreciéndole una sonrisa tensa. «No hay nada que pueda hacer si decide renunciar a su posición en la competencia, Sr. Thomas. Sin embargo, si tiene la intención de permanecer en los juegos, espero que venga al primer evento un poco más preparado de lo que está ahora».

Después de inclinar la barbilla en un rápido asentimiento, pasó junto a él y salió de la habitación. Como despedida, sus palabras no habían sido precisamente hirientes, pero al menos esta vez, ella había sido la que se había marchado. Esa era una pequeña victoria.

Capítulo Cinco

Beynon nunca había sido muy bueno admitiendo un error, por lo que era muy consciente de que su disculpa a lady Anne no había estado a la altura. Pero sería lo mejor que pudiera obtener de él.

Había luchado con un temperamento difícil toda su vida. Lo había metido en más de un lío cuando era un muchacho, pero a medida que maduraba, había trabajado duro para corregir ese defecto. Desafortunadamente, todavía había esas raras ocasiones en las que sus emociones lo dominaban y hablaba o reaccionaba sin pensar. Se dio cuenta de que su frustración por verse envuelto en una competencia frívola, incluso si no eran exactamente juegos de salón, podría haber influido en sus interacciones con lady Anne. Pero la idea de exhibirse para entretenerse cuando ya era el foco de tantos susurros no deseados y murmuraciones de mal gusto, francamente, lo irritaba muchísimo.

Sin embargo, la única otra opción no era una opción en absoluto. Solicitar un cambio de pareja solo causaría más insultos. Y como su hermana, Caillie, le había dejado claro, esperaba que se comportara lo mejor posible con lady Anne. Al parecer, la chica se había encariñado con su pareja. Sospechaba que se trataba de un caso de defensa de los desvalidos, ya que el sermón de Caillie incluía comentarios sobre cómo la dama había soportado tres temporadas fallidas a pesar de ser tan amable y gentil como una princesa y ciertamente no merecía ningún mal trato por parte de él.

Beynon estaba un poco preocupado por cómo la chica había obtenido tanta información sin siquiera participar de pleno derecho en la fiesta. Pero había accedido a regañadientes a las demandas de su hermana, reconociendo de todos modos para sí mismo que cualquier cosa que no fuera cooperación atraería aún más atención hacia él. La mejor manera de superar esta terrible experiencia era prestarse a las competiciones de una manera que no atrajera más chismes.

A la hora señalada, salió de la casa y se dirigió al césped sur donde los competidores y espectadores, aquellos invitados que de alguna manera habían logrado escapar de participar, se reunirían para el primer evento. Después del desayuno, se había cambiado de ropa para la actividad planeada y, cuando se unió a los demás, se dio cuenta de que no había sido el único. Pantalones de lana, vestidos sencillos y botas resistentes habían reemplazado el atuendo más sofisticado que había prevalecido durante el día anterior. Muchos de los invitados ya estaban de pie en parejas, mientras que otros se habían reunido en pequeños grupos. Había un aire de emoción y anticipación mientras todos charlaban alegremente sobre la carrera

que se avecinaba. Beynon vio a Colin y Ainsworth de pie con Caillie a un lado. Prefiriendo no recibir otro sermón de su hermana menor, simplemente asintió con la cabeza a modo de saludo mientras seguía adelante. No se dio cuenta de que inconscientemente había estado buscando a una mujer alta y ágil con cabello claro y una mirada que de alguna manera lograba ser directa y modesta al mismo tiempo hasta que la vio. Su pareja estaba conversando con su anfitriona, lady Harte, y la pelirroja contadora de historias de la noche anterior cuyo brazo estaba unido al de un caballero delgado que lucía una expresión algo distraída. El cuello elegante de lady Anne estaba ligeramente inclinado mientras bajaba la barbilla para escuchar atentamente a la mujer que estaba a su lado. Beynon apenas podía distinguir la suave curva de sus labios que sugería una sonrisa.

Frunció el ceño al ver cómo el sutil cambio en su expresión parecía iluminar nuevamente toda su apariencia.

Después de otro momento, la pelirroja y su acompañante se alejaron. Fue entonces cuando lady Anne levantó la vista y captó su mirada pesada. Su sonrisa se desvaneció y su postura se tensó cuando pareció darse cuenta de que él se acercaba a ella. Incluso cuando lady Harte decía algo, no apartaba la mirada y la constante conciencia en sus ojos le hacía pensar en un conejo observando la llegada de un lobo.

Varias veces, a lo largo de la temporada, Beynon se había encontrado con lady Harte, ya que su hermana, Emma, estaba casada con Roderick. En sus pocas conversaciones, la había encontrado amable y compasiva. Podía ver por qué ella y la igualmente apacible lady Anne serían amigas.

Hizo una reverencia primero a su anfitriona y luego a su compañera. «Buenos días, lady Harte. Lady Anne».

Ambas respondieron a su saludo, pero solo lady Harte le sonrió. «Hola, señor Thomas. ¿Está listo para comenzar nuestros juegos?».

«Creo que sí, milady».

Levantándose de puntillas, lady Harte miró a la multitud reunida. «Supongo que es hora de darles la bienvenida a todos y comenzar. Mucha suerte», agregó en un tono de genuino aliento antes de rodearlos para abrirse paso entre sus invitados.

Beynon se aclaró la garganta y se volvió hacia su pareja.

La expresión de ella se mostraba algo plácida e imperturbable, pero cuando el sol se reflejó en su mirada firme, notó cómo el azul de sus ojos era en realidad solo un anillo alrededor del borde exterior que se fundía con un verde suave cerca del centro. El extraño color era inquietante y le recordó '*Y Tylwyth Teg*', los cuentos de hadas de la infancia.

Ella parpadeó. La rápida caída de sus pestañas le alertó de que

la estaba mirando.

Se aclaró la garganta y miró hacia donde lady Harte se había unido a su marido y estaba dando la bienvenida a los competidores al primer evento de los juegos. Los espectadores ya habían comenzado a caminar por un sendero que los llevaría a ver la carrera desde la línea de meta.

Cuando lady Harte dio una breve descripción general de las reglas y expectativas para la carrera que estaba a punto de comenzar, Beynon miró a su alrededor, dirigiendo su atención hacia cualquier cosa que no fuera la dama que estaba a su lado. Desafortunadamente, su mirada panorámica localizó a lady Mayhew, que estaba de pie junto a su marido, con su brazo entrelazado con el de él, luciendo ante todo el mundo como una esposa dulce y devota. Nadie que observara a la mujer ahora creería que el día anterior había forzado su lengua en la garganta de Beynon.

Se comprometió nuevamente a mantener una clara distancia de ella.

Cuando la dama que estaba a su lado emitió un sonido breve, lanzó una rápida mirada para verla mirando fijamente hacia adelante.

«Ya que está aquí», dijo, «espero que eso signifique que ha adquirido una mejor comprensión de lo que implica esta competencia».

El tono de la dama era apropiadamente educado y no había nada particularmente desafiante en sus palabras, pero Beynon instantáneamente cuadró los hombros. «Como dijo, ya estoy aquí».

Su mirada se movió rápidamente para encontrarse brevemente con la de él antes de que su atención se desviara hacia algo detrás de él. «Se están alineando».

Sin decir otra palabra, ella pasó junto a él y se dirigió hacia donde las parejas habían comenzado a tomar sus lugares en la línea de partida. Él alcanzó a su pareja rápidamente, a pesar de sus zancadas bastante largas, y tuvo su primer vistazo de la colina inclinada por la que correrían.

Era mucho más empinada de lo que había imaginado. La hierba alta ocultaba los detalles del terreno, que imaginaba que sería áspero y accidentado. Los espectadores habían tomado posición al pie de la colina donde la tierra volvía a nivelarse. El lago privado del conde de Harte a una distancia significativa más allá de eso, brillaba a la luz del sol.

Las carreras de descenso podían ser peligrosas y parecía que esta no iba a ser una excepción. Si los pies de uno no podían seguir el ritmo del impulso cada vez mayor del cuerpo, había una gran probabilidad de que terminara dando tumbos colina abajo. Afortunadamente, él estaba acostumbrado a pruebas físicas de todo

tipo y confiaba en su capacidad para manejar el terreno sin verse superado por la importante fuerza de gravedad.

Cuando un lacayo se acercó con un trozo de cinta en sus manos enguantadas, Beynon recordó un detalle significativo sobre la carrera que había olvidado momentáneamente.

Lady Anne levantó sus cejas finamente arqueadas en señal de interrogación, luego suspiró y se acercó a su lado. «Su mano, señor Thomas».

Se mantuvo rígida mientras las yemas de sus dedos se deslizaban por su muñeca para hundirse en su palma. La dama se tensó sutil y brevemente antes de que su mano se asentara en un agarre sorprendentemente firme alrededor de la suya, mucho más grande. Una vez que sus manos estuvieron entrelazadas, el lacayo enrolló la cinta alrededor de sus muñecas, asegurándolas correctamente entre sí.

Maldita sea. Las cosas se ponían mucho más difíciles.

Aunque la forma y el paso de lady Anne eran ciertamente elegantes, eran mucho más adecuados para una pista de baile que para el tipo de prueba que estaban a punto de enfrentar. Tendría que ajustar su paso para igualar al de ella o correría el riesgo de que ambos se lanzaran de cabeza colina abajo.

Ya no tenía tiempo para considerar todas las implicaciones de tener que descender con seguridad una pendiente imprudente atado a una mujer que poseía menos de la mitad de su volumen y fuerza cuando se escuchó un disparo, lo que indicaba el inicio de la carrera. Lady Anne dio un paso adelante de inmediato y se detuvo de repente cuando Beynon no pudo moverse con ella.

«Vamos», instó en voz baja mientras lo intentaba de nuevo. «¿Se da cuenta de que esto es una carrera?».

Beynon miró a las otras parejas. La mayoría avanzaban con pasos pequeños y cuidadosos. Sin embargo, una pareja había comenzado demasiado vigorosamente y ya había azotado en el suelo. Otra pareja cayó al césped mientras él observaba.

Concentrándose en mantener un ritmo mesurado y pasos cortos, agarró la mano de la mujer con fuerza y comenzó a avanzar. El terreno era tan irregular como había previsto, pero al menos no vio ninguna roca o peñasco que pudiera causar lesiones importantes en caso de una caída.

La pequeña multitud que había debajo animaba a sus equipos favoritos y se podían oír las carcajadas de los demás competidores a medida que el camino se volvía ligeramente más empinado. Inclinándose hacia atrás y clavando los talones en el suelo blando, logró mantener un ritmo lento a pesar de que la mujer a su lado parecía decidida a saltar descuidadamente hacia adelante.

«Nos estamos quedando atrás, señor Thomas. Debemos ir más rápido», imploró.

«Si vamos más rápido, terminaremos rodando por la maldita colina», replicó.

Su respuesta fue un bufido de frustración muy poco femenino justo cuando la pareja que estaba a su lado intentaba, sin éxito, mantenerse en pie. El caballero cayó de lado, directamente en el camino de Beynon. Solo un salto rápido hacia un lado evitó que tropezara con el pobre tipo.

Le dirigió a su pareja una mirada de triunfo cuando su advertencia se justificó de inmediato. Pero el bajo fruncimiento de cejas rubias oscuras y la firmeza de la mandíbula de Anne, le indicaban que no se había dejado convencer.

«Vamos a perder», murmuró ella al viento.

«Pero llegaremos a la meta de pie».

A pesar de sus palabras, la dama siguió tratando de acelerar el paso. Su determinación logró desequilibrar a Beynon más de una vez, pero él se puso más firme y apoyó su peso aún más hacia atrás.

Solo quedaban cinco parejas cuando llegaron a la pendiente final hacia la meta. Dos estaban delante de ellos y las otras dos estaban a una distancia significativa por detrás. Si continuaban avanzando con firmeza, fácilmente quedarían en tercer lugar.

Justo cuando llegaron a una pendiente repentina en el paisaje, la mujer apretó su agarre alrededor de él. «Podemos ganar esto», murmuró con fiereza mientras empujaba todo su peso hacia adelante. No tenía idea de si simplemente no se había dado cuenta de lo mucho más empinado que se había vuelto el terreno o si había decidido intencionalmente usar eso a su favor, pero no estaba en absoluto preparado para el aumento repentino de su impulso descendente.

Su embestida hacia adelante lo arrastró con ella, enviando sus hombros hacia adelante sobre sus pies. Tan pronto como eso sucedió, se acabó. Su mitad inferior no pudo seguir el ritmo de su mitad superior. Todo lo que pudo hacer fue jalarla bruscamente contra él y envolver su brazo libre alrededor de su espalda para ahuecar su cabeza mientras se giraba para recibir la peor parte de la caída. Pero no se detuvieron una vez que tocaron el suelo. Su ímpetu era demasiado grande.

El mundo giró y el olor a tierra llenó sus fosas nasales mientras rodaban por la hierba áspera, finalmente deteniéndose abruptamente al pie de la colina.

Beynon no se movió de inmediato mientras se tomaba un momento para respirar y evaluar su estado. No tenía heridas más allá de algunos moretones menores, tal vez. Sin embargo, su alivio fue breve, ya que la mujer tumbada sobre él, con la cara apoyada en su

hombro debido a la pesada mano que todavía sostenía sobre su nuca, emitió un sonido breve y apagado e intentó ponerse de pie.

Él levantó la mano y ella inmediatamente plantó la palma de su mano sobre su pecho como palanca para sentarse. Su expresión era tensa y un profundo rubor coloreó sus mejillas, pero no parecía sentir dolor. Luego levantó la vista para mirar más allá de su figura desplomada y esas elegantes cejas suyas se fruncieron hacia abajo en un pequeño y feroz gesto.

Habiendo escuchado los gritos de celebración, tenía una fuerte sospecha de qué había desencadenado la expresión de insatisfacción.

Levantándose para apoyarse en su codo, vio cómo la mujer comenzaba a tirar de la cinta que todavía estaba enrollada alrededor de sus muñecas. Se había enredado durante su descenso por la colina y estaba teniendo problemas para soltar el nudo.

Con un gruñido, se incorporó y se inclinó para ayudarla.

Como sus costados estaban presionados uno contra el otro desde la rodilla hasta el hombro, sintió la oleada de tensión deslizarse por su cuerpo cuando sus dedos rozaron los de ella.

«Podríamos haber ganado», dijo ella obstinadamente mientras luchaban por ocuparse juntos en desatar el nudo.

Él emitió un sonido áspero de desacuerdo. «Creo que la caída que acabamos de dar demuestra lo contrario».

«Si me hubiera permitido marcar un ritmo más rápido desde el principio», argumentó, «los habríamos vencido a todos».

Beynon levantó la vista de su tarea y se encontró mirando fijamente unos turbulentos ojos por la emoción. El azul y el verde realmente parecían arremolinarse uno alrededor del otro mientras chispas doradas se encendían en sus profundidades.

¿La había considerado dócil?

«O nos habríamos roto algunos huesos», sugirió bruscamente.

Con un resoplido, ella se puso de pie con un movimiento rápido y elegante. El jalón de sus manos atadas liberó el nudo aflojado y la cinta flotó hasta la hierba junto a él.

«Supongo que nunca lo sabremos», respondió ella con rigidez.

Luego se dio la vuelta y, con faldas manchadas de hierba y mechones de cabello rubio pálido cayendo en desorden sobre su rostro y hombros, caminó con gracia hacia la multitud que se reunía alrededor de los ganadores.

Beynon la observó con el ceño fruncido hasta que escuchó que alguien se acercaba a él por detrás.

«Buena actuación, hermano», dijo Roderick con una amplia sonrisa mientras extendía una mano para ayudar a Beynon a levantarse.

Aunque podría haberse puesto de pie perfectamente por sí solo,

Beynon aceptó de mala gana la ayuda de su hermano.

«Emma y yo quedamos fuera muy rápido», se rió. «Fue culpa mía. Estaba demasiado ansioso por ganar, supongo».

«Entonces, hubieras sido una buena pareja para mi compañera», se quejó Beynon en respuesta.

Roderick se rió. «¿La gentil lady Anne posee un espíritu competitivo?».

Beynon se limitó a gruñir en respuesta mientras se inclinaba para sacudirse la hierba y la tierra de los pantalones. Temía que las palabras de su hermano fueran un eufemismo grosero.

Capítulo Seis

La cena de la noche había estado llena de conversaciones animadas, mientras todos se reían de los éxitos y fracasos de la tarde.

Anne no había hablado con el señor Thomas desde que lo dejó sentado en el suelo al pie de la colina. Por supuesto, se había dado cuenta de él en el momento en que había entrado en el salón, pero se había asegurado a propósito de estar profundamente involucrada en la conversación con Bethany. Era algo fácil de hacer, ya que su amiga siempre parecía tener mucho que decir, algo que Anne apreciaba cuando no tenía ganas de hablar.

Como su mirada solo la pasó brevemente, se dio cuenta de que no habría importado si lo hubiera estado esperando descaradamente. El hombre claramente no estaba dispuesto a reconocerla con un saludo rápido y mucho menos con una conversación completa. No importaba que tampoco se acercara a nadie más y pareciera bastante decidido a mantenerse apartado. Ella era su compañera. Ese hecho debería contar para algo.

Honestamente, era el hombre más exasperante que había conocido. Malhumorado, grosero y arrogante de una manera que nunca había conocido, el señor Thomas estaba exponiendo una dura prueba para su paciencia. Y estaba obligada a pasar los siguientes días en su cercana compañía.

Cuando terminó la cena y las damas se dirigieron al salón, dejando a los caballeros con su oporto y tabaco, Anne estaba ansiosa por alejarse de la presencia melancólica del señor Thomas. Desafortunadamente, ella tampoco estaba en condiciones de socializar con sus amigas en ese momento. Así pues, cuando Lily le hizo un gesto amable para que se sentara a su lado en el sofá, Anne sonrió y sacudió la cabeza levemente en favor de caminar por la habitación.

Desafortunadamente, los hombres no se demoraron mucho y pronto comenzaron a filtrarse en el salón en grupos de dos y tres.

Anne continuó su camino alrededor del perímetro de la habitación, haciendo todo lo posible por no mirar hacia la puerta o notar con qué entusiasmo algunos de los caballeros buscaban a sus parejas. Muchos de ellos ya eran parejas casadas, pero no todos. Y al menos los demás caballeros solteros hicieron un esfuerzo por mostrar un poco de solidaridad con la dama con la que los habían emparejado. Su caballero era la única excepción, por supuesto.

No debería sorprenderse. ¿No le habían enseñado nada sus tres temporadas fallidas?

A pesar de provenir de una buena familia, poseer una dote

considerable y dominar las habilidades que su padre había insistido que le asegurarían una pareja ejemplar, había recibido exactamente cero ofertas de matrimonio. Era inteligente, amable, educada y pasablemente atractiva. También era extremadamente leal a aquellos que se habían molestado en conocerla lo suficiente como para ser considerados amigos, aunque ese número era, sin duda, muy pequeño. Y ni un solo susurro de escándalo podía asociarse remotamente a su nombre. Sin embargo, en tres años completos, ningún caballero había intentado siquiera un cortejo tentativo.

Sin embargo, se había acostumbrado bastante a las miradas de los hombres que la pasaban de largo, a las conversaciones educadas pero distraídas durante la cena y a que eligieran compañeros de baile de todos lados mientras ella permanecía sin ser reclamada. En esencia, salir a la calle solo había logrado revivir la dolorosa e infructuosa esperanza de su infancia, cuando había hecho todo lo que se esperaba de ella y aun así no había logrado ganarse la consideración de su padre.

Al menos, había logrado cultivar un par de hermosas amistades en los últimos años. Y las verdaderas amigas eran mucho más valiosas que un marido reticente.

Al darse cuenta de que su agitación interna se había prolongado y sus pasos acelerado, ya había comenzado a disminuir el ritmo de su andar a medida que se acercaba a la puerta que conectaba el salón con el comedor. Aun así, apenas logró evitar chocar con un caballero que cruzaba el umbral.

Tenía que ser el señor Thomas, por supuesto.

Reaccionando mucho más rápido de lo que ella era capaz de hacer, el hombre dio un paso atrás justo cuando ella pasó a su lado, lo que resultó en el roce de sus faldas contra sus botas en lugar de un contacto más devastador.

Todo sucedió lo suficientemente rápido como para que nadie más en la habitación pareciera notarlo. Pero el corazón de Anne se le había subido a la garganta antes de volver a bajar y golpearle las costillas. No miró hacia atrás a propósito, pero sí redujo la velocidad a un ritmo más tranquilo. El sonido bajo que había hecho cuando pasó junto a él se quedó con ella, asentándose en su vientre, mientras lo dejaba a él y a los otros invitados atrás y salía con confianza de la habitación.

Continuó cruzando el salón principal hasta un estrecho pasillo que conducía al baño.

En el pequeño y privado cuarto, recogió un poco de agua del cuenco del lavabo para refrescarse las mejillas acaloradas y se tomó un momento para calmar los latidos imprudentes de su corazón.

Tendría que volver. Pero aún no.

Anne Humphries no era una cobarde, pero tampoco era una mujer que se exhibiera en un estado emocional tan agitado. Y aunque le hubiera gustado culpar a su desafortunado compañero de su angustia actual, en verdad, habían sido sus propios pensamientos internos los que la habían puesto tan nerviosa. El señor Thomas había servido simplemente como otro indicador de que ella no era el tipo de mujer que los hombres tendían a buscar para tener compañía, ni siquiera de la manera más casual.

Era algo que tenía que aceptar, ya que aborrecía la idea de pasar el resto de sus años lamentando la falta de un marido. Ningún hombre, imaginario o real, merecía ese tipo de miseria autolimitante. No necesitaba un hombre a su lado para disfrutar de su vida.

Había pasado toda su existencia hasta las citas tratando de cumplir con las expectativas de su padre y luego las de la sociedad. Había perfeccionado el comportamiento y las actitudes que le habían dicho que eran deseables y había dominado todas las habilidades requeridas de una mujer en su posición. ¿Y para qué, exactamente?

Al mirar su reflejo en el espejo ovalado que había sobre el lavabo, vio la respuesta en su propia mirada desencantada.

Todo había sido en vano.

Bueno, ya había terminado con eso.

En cierto modo, la soltería le ofrecía algo que nunca había tenido. Liberación. Una oportunidad de vivir como deseaba, de explorarse a sí misma, sus intereses, sus habilidades. Seguramente, tenía más para ofrecerle al mundo que modales bonitos y una serie de logros comunes. Solo tenía que averiguar qué era eso. Anne respiró profundamente varias veces, reconociendo que la tarea podría ser más fácil de declarar que de lograr. Pero estaba decidida a hacerlo. Su nueva vida comenzaba ahora.

Con un último y firme asentimiento hacia su reflejo, se dio la vuelta, salió del baño y se dirigió de nuevo a la fiesta.

Desafortunadamente, todo su recién recuperado aplomo casi se esfumó de golpe cuando entró en el salón y su mirada se dirigió de inmediato hacia el señor Thomas, que estaba solo en un rincón lejano de la habitación. Su profunda mirada negra atravesó la distracción de los otros invitados reunidos para golpearla con una fuerza curiosa. Por una fracción de segundo, sintió que había estado esperando a que reapareciera. Con impaciencia.

Pero luego miró hacia otro lado, desviando su atención con una expresión de aburrimiento torturado. Durante el resto de la velada, Anne hizo un esfuerzo sincero por disfrutar del ambiente general de jolgorio y expectación que reinaba entre los demás invitados. Pero en cuanto algunas personas empezaron a disculparse, Anne también murmuró unas cuantas rápidas buenas noches y se dirigió a su

dormitorio, donde la esperaba su doncella.

Sin una pariente femenina adecuada para desempeñar el papel de acompañante, el padre de Anne había contratado a una mujer para que cumpliera con esa función en su primera temporada, tras lo cual determinó que el gasto era innecesario. Aparentemente, la idea de que Anne pudiera participar en algo que pudiera parecerse a un comportamiento escandaloso era inconcebible para su frugal padre. Y el serio lord Humphries ciertamente no se dignaría a asistir a ninguno de los frívolos eventos sociales en apoyo de su única hija. Esas cosas eran para el ámbito de las mujeres, no de los hombres serios como él.

Como alternativa, Anne se había visto obligada a convencer a sus amigas, pidiéndoles que la acompañaran a las diversas fiestas y eventos. Bethany y Lily nunca la habían hecho sentir como una carga o una rueda más, pero en su tercera temporada, Anne había comenzado a asistir sola a eventos sociales, a pesar de la posible percepción de incorrección.

Tal vez no resultaba sorprendente que nadie pareciera notar su falta de etiqueta.

Una vez que estuvo sola y todas las velas se apagaron, Anne se sentó en el asiento de la ventana con vista al jardín y recordó el mantra que había repetido a menudo cuando era niña.

Estar sola no tenía por qué significar soledad.

Luego agregó algo nuevo. *Y yo soy capaz de más*.

#

A la mañana siguiente, la casa entera estaba llena de actividad ya que todos bajaron temprano para estar listos para la primera competencia del día.

Tiro con arco.

Todavía había una neblina matutina en el ambiente cuando los invitados se reunieron en el césped sur. Se había establecido una fila de objetivos a tres distancias diferentes de las cinco mesas donde los arqueros debían apuntar. Un compañero tendría tres tiros al objetivo más cercano y el otro compañero haría el más lejano. En función de los resultados de las dos primeras rondas, la pareja podía elegir quién de los dos se enfrentaría al tercer objetivo, el más lejano. Los objetivos en sí consistían en tres anillos de colores y se concedían tres puntos por cada acierto en el anillo central, dos puntos por el siguiente que saliera y un punto por el anillo más exterior.

Anne fue una de las primeras en llegar al lugar de la competición, después de haber salido caminando de la casa con Lily y lord Harte. A medida que más gente se dirigía al pequeño campo de tiro con arco, Lily y su marido se apartaron para saludar a los demás invitados y ofrecerles palabras de aliento para el próximo evento.

Poco después, a Anne se le unieron un par de las otras mujeres

solteras, que se dejaron llevar rápidamente por sus parejas para discutir quién dispararía primero entre ellas. La hermana de Lily, Emma, y su marido, el señor Bentley, también se detuvieron a charlar un rato antes de seguir adelante.

Mientras tanto, Anne no dejaba de mirar a su alrededor en busca de alguna señal de su compañero. Con su altura y anchura, no debería haber sido difícil localizar al hombre entre los pequeños grupos de invitados esparcidos por el amplio césped, pero no lo vio ni una sola vez.

Consideró la posibilidad de que después de la debacle del evento inaugural del día anterior, hubiera decidido retirarse después de todo. La idea amenazó con provocar una oleada de enfado, pero se contuvo. Si terminaba teniendo que continuar sola con los demás juegos, encontraría una forma de arreglárselas.

Al menos el tiro con arco era una de las pocas actividades físicas que su padre había considerado apropiada para las jóvenes, por lo que Anne no carecía de cierta habilidad con el arco y la flecha. Hubo un par de años en su adolescencia en los que se había comprometido bastante a dominar la habilidad, a veces pasando horas al día practicando. No era como si tuviera mucho más con lo que llenar su tiempo. Como habían pasado algunos años desde que había cogido un arco y una flecha, solo esperaba haber conservado la habilidad suficiente para no avergonzarse.

Se habían dispuesto cinco mesas a varios pasos una de la otra. Un lacayo estaba a mano en cada mesa para ayudar con el equipo de tiro. Como había diez equipos y solo podían jugar cinco a la vez, era probable que el evento durara gran parte de la mañana. Los primeros cinco concursantes, que incluían a Bethany junto con otras dos mujeres y dos caballeros, ya se estaban preparando.

Mientras Anne se dirigía hacia el lado donde los otros competidores esperaban su turno, echó una última mirada a su alrededor en busca del Sr. Thomas. Lo vio casi de inmediato, a un lado a la sombra de un roble cercano, y se dio cuenta de que era posible que hubiera estado de pie allí todo el tiempo, con su posición bloqueada de su vista por el grueso tronco del árbol.

Tenía las manos metidas casualmente en los bolsillos de su abrigo mientras apoyaba un hombro contra el árbol y observaba a la primera ronda de arqueros preparando sus tiros. La postura informal lo hacía parecer casi relajado y, por un momento, lució bastante apuesto. Pero luego cambió su enfoque y toda la fuerza de su mirada oscura aterrizó abruptamente sobre ella. Su nuca se estremeció y los dedos de los pies se curvaron. Al igual que la noche anterior, se sentía como si hubiera estado esperando a que ella apareciera.

No seas ridícula, se reprendió a sí misma.

Él no la estaba esperando. Simplemente tenía una mirada muy intensa. Una a la que aparentemente ella era bastante sensible. Sería mejor para ella superar ese pequeño problema.

Sacudiendo su inquietud momentánea, Anne cruzó el césped hacia su compañero. Aunque hubiera estado bien mantenerse a distancia del hombre que claramente quería tener incluso menos que ver con ella que ella con él, necesitaban decidir quién dispararía primero.

No se dio cuenta de lo alejada que estaba su posición del resto de los participantes reunidos hasta que llegó a su lado y se giró para mirar hacia el juego. Aunque había más de dos docenas de personas a la vista, de repente se sintió sola con el melancólico galés.

«¿Tiene experiencia con el arco?», espetó ella en su repentina incomodidad.

Hubo una pausa durante la cual se obligó a no mirarlo. Lo mejor era mantener la mirada fija hacia adelante.

«Un poco», respondió él finalmente. «¿Y usted?».

«Un poco», respondió ella.

¿Por qué siempre parecía tan terriblemente difícil conversar con él?

Anne no era una mariposa social de ninguna manera, y aunque era algo reservada por naturaleza, tampoco era tímida. Tenía mucha práctica en el arte de la charla informal y sabía los conceptos básicos sobre cómo hacer que una persona se sintiera cómoda, como lo haría cualquier persona entrenada para ser una buena anfitriona. También se había encontrado con hombres con modales mucho más malhumorados. Su padre era un excelente ejemplo.

Entonces, ¿por qué no parecía poder comunicarse adecuadamente con el Sr. Thomas?

"Porque te desestabiliza", fue su respuesta interna instantánea.

Sí, pero ¿por qué?, insistió.

No tuvo una respuesta satisfactoria.

«¿Preferiría ir primero o segundo?», preguntó ella, odiando lo rígido que se había vuelto su tono.

«No tengo preferencia».

Y luego, como la primera ronda estaba terminando y Anne sintió una necesidad imperiosa de alejarse del hombre grande y moreno que estaba a su lado, se ofreció. «Entonces iré primero».

Se alejó sin esperar su respuesta, sabiendo que no se molestaría en discutir.

Unos minutos después, tomó su lugar en una de las mesas y se encontró de pie junto al conde de Wright. La joven señorita Claybourne estaba allí, ofreciendo a su medio hermano un poco de aliento antes de volverse hacia Anne con una sonrisa.

«Buena suerte, lady Anne. Te estaré animando».

«Gracias», respondió ella mientras la niña se alejaba para unirse a lady Wright entre los espectadores.

Mirando al conde, Anne se maravilló de lo diferente que era del señor Thomas. Rubio donde Thomas era moreno. Delgado y atlético en lugar de ancho y sólido. Lord Wright era todo lo que un conde debía ser: refinado, correcto, atractivo y, aunque a veces parecía un poco distante, era discretamente amable.

Era difícil creer que él y el señor Thomas fueran hermanos. Pero entonces se dio cuenta de que esos elementos no eran las únicas diferencias entre los hermanos. El señor Roderick Bentley era tan diferente del conde en apariencia como el señor Thomas. Pero Bentley era un tipo carismático. Un hombre que podía encantar a casi cualquiera. Y parecía que su hermana menor podría compartir ese rasgo. El señor Thomas… no.

¿Se daba cuenta el galés de lo diferente que era de sus medio hermanos? Se arriesgó a echar una rápida mirada en su dirección. ¿Era por eso que todavía estaba solo debajo del roble?

El pensamiento le provocó una punzada de angustia antes de que el lacayo asignado a su mesa le entregara el arco y luego una flecha.

Cuando le dijeron que apuntara, se obligó a apartar de su mente cualquier consideración que la distrajera mientras creaba un bloqueo mental entre ella y todos los que la rodeaban. El equipo de tiro con arco se sentía sorprendentemente cómodo en sus manos a pesar de los años desde la última vez que había apuntado. Volvía a caer en los viejos patrones como si fueran una segunda naturaleza.

Primero, estabilizó su respiración. Mirando fijamente al objetivo, imaginó la punta de su flecha volando recta y precisa hacia el centro. Cuando soltó la cuerda tensa en una exhalación uniforme, hubo un momento de anticipación suspendida, luego un destello de orgullo cuando la flecha golpeó ligeramente hacia un lado, pero dentro del círculo central.

Manteniendo la mirada en el objetivo, extendió la mano para la siguiente flecha. En movimientos fluidos, apuntó y jaló la cuerda hacia atrás.

Respiración tranquila. Mirada concentrada.

Luego, un momento de decepción. La segunda flecha falló el blanco por un pequeño margen.

Con un apretón de labios, Anne aceptó la tercera y última flecha de la ronda.

Esta se clavó en el objetivo al lado de la primera. Justo en el centro.

Con una sonrisa de satisfacción, Anne le entregó su arco al

lacayo.

«Muy bien hecho, lady Anne».

Ella asintió hacia el conde en reconocimiento. «Gracias, milord».

«El mejor del día hasta ahora, creo».

Anne parpadeó. ¿En serio? Luego miró hacia los otros objetivos. Algunas personas aún no habían terminado los tres intentos, pero solo vio otras dos flechas que habían llegado al círculo central, cada una de ellas por competidores diferentes. Estaba un poco sorprendida de que hubiera tan pocas.

Observó cómo volaban las últimas flechas y notó que solo había una diana más.

Cuando la ronda terminó y el lacayo recogió los objetivos para puntuar y sacarlos del camino para la siguiente ronda, Lily y Bethany se acercaron a Anne para ofrecerle sus felicitaciones.

«No tenía idea de que pudieras disparar así», exclamó Lily con una amplia sonrisa.

«Fue maravilloso verlo».

Que Bethany ofreciera un elogio tan efusivo era algo importante.

Anne estaba un poco sorprendida. En realidad, no se había considerado particularmente hábil en el tiro con arco, pero siempre había practicado sola y nunca había tenido a nadie con quien compararse. Ella permaneció con sus amigas cuando comenzó la segunda ronda, pero no pudo evitar mirar de vez en cuando al Sr. Thomas, que permanecía debajo del árbol. Al menos ya no estaba solo, ya que su hermana menor se había unido a él junto con lord y lady Wright.

Cuando llegó su turno, el Sr. Thomas y lady Wright se acercaron a las mismas mesas desde las que Anne y el conde habían disparado. Anne se relajó un poco al notar la facilidad con la que su compañero manejaba el arco y colocaba la flecha. Claramente, él no era un extraño en el tiro con arco. Tampoco lady Wright. Sus primeras dos flechas aterrizaron en el centro, mientras que una tercera golpeó el anillo más externo. Incluso con la flecha desviada, estaba claro que la mujer era bastante hábil.

No es que de ninguna manera el Sr. Thomas fuera un mal tirador. Dos de sus flechas encontraron el segundo anillo, mientras que su tercera aterrizó justo en el borde del círculo central, llegando suficientemente adentro para contar como diana.

Hubo un breve descanso mientras se contaban los puntos de las dos primeras rondas para determinar los cinco equipos con mayor puntuación que avanzarían a la ronda final. La mayoría de la gente se dirigió hacia los refrigerios que habían sido dispuestos en una mesa

larga a un lado para esperar la ronda final. Pero cuando notó que el Sr. Thomas no estaba entre ellos, Anne se quedó atrás.

Aunque no había observado de cerca a los primeros arqueros, por lo que *había* visto, sospechaba que ella y el Sr. Thomas irían adelantados. Y eso significaba que tendrían que discutir quién dispararía.

Le tomó un momento localizar a su compañero entre la multitud que se movía, pero cuando lo hizo, fue para encontrarlo dirigiéndose directamente hacia ella con un semblante oscuro y zancadas que devoraban el suelo.

Su padre solía acercarse a ella de esa manera cuando estaba molesto por alguna ineptitud percibida que ella había mostrado sin darse cuenta. Pero habían pasado muchos años desde que su padre se había preocupado tanto por sus actividades y ella hacía mucho que había dejado de lado cualquier deseo de apaciguar a un hombre que la veía como nada más que una extensión de su patrimonio.

Anne ya no se dejaba intimidar tan fácilmente en estos días. Y el señor Thomas no era su padre frío y crítico.

Cuadrando los hombros, permaneció con una calma que era superficial y esperó que nunca descubriera cómo su atención intensamente concentrada siempre parecía desencadenar un extraño remolino en su estómago y un aumento de calor en su sangre.

Al detenerse frente a ella, tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada, ignorando con fuerza cómo la hacía sentir pequeña y femenina de una manera que solo había experimentado en su compañía.

«Señor Thomas», saludó simplemente.

Él asintió. Luego, «Imagino que querrá participar en la ronda final».

La forma en que expresó la declaración la hizo dudar. Frunció el ceño. «Ciertamente no tengo por qué hacerlo. Pero si prefiere no…».

«Claramente es la mejor tiradora», señaló bruscamente mientras miraba por encima de su cabeza.

Se giró para ver lo que estaba viendo, pero no había nada de interés detrás de ella. Ella se inclinaba a estar de acuerdo con su evaluación, pero su padre diría que tal arrogancia era decididamente poco femenina y poco atractiva.

«Mis objetivos estaban mucho más cerca. Sería difícil decir…».

«Es la mejor», la interrumpió con firmeza.

Ella se quedó en silencio, sin estar segura de si su brusquedad era simplemente un aspecto de su naturaleza o si en realidad estaba molesto por su habilidad. Antes de que pudiera determinar si era una cosa u otra, él hizo una pequeña reverencia con la cabeza y se alejó.

Capítulo Siete

La ronda final de tiro con arco transcurrió con bastante rapidez. Los cinco arqueros dispararon en rápida sucesión mientras los espectadores y otros competidores observaban con evidente entusiasmo.

En el momento en que su tercera y última flecha dio en el centro de la diana junto a las dos primeras, Anne supo que había ganado. Dado que ella y el señor Thomas tenían la mayor cantidad de puntos al llegar a la ronda final, incluso si cada uno de sus competidores hubiera acertado tres veces, no habrían podido superar al primer puesto. Con una pequeña sonrisa, bajó el arco y miró hacia el lugar donde había visto por última vez a su compañero.

Ya no estaba allí. Una rápida mirada a la multitud confirmó lo que ya sospechaba. No se había molestado en quedarse hasta el final del evento.

Antes de que el hecho pudiera hundirse demasiado en su mente, lady Wright dio un paso alrededor de su mesa con una amplia sonrisa.

«Muy bien hecho, lady Anne», dijo con una sonrisa. «No me importa perder cuando es contra alguien con tanta habilidad».

Anne miró hacia el objetivo de la condesa. «Veo que también ha colocado tres en el centro, milady».

«Sí, lo que significa que puedo culpar a mi marido de la derrota. Y seguro que tengo intención de hacerlo», añadió con un guiño. «Pero eres magnífica con el arco y deberías reconocerlo. Nunca he visto a nadie apuntar y disparar con tanta gracia y fluidez. Es fascinante».

Los puntajes finales se contaron rápidamente y dieron como resultado un primer puesto para lady Anne Humphries y el señor Thomas, con el conde y la condesa de Wright en un segundo puesto muy reñido y el tercer puesto lo obtuvo un escudero local, el señor Gallagher, y su pareja, lady Muriel Ratcliffe.

Los comentarios de lady Wright ni siquiera fueron los más efusivos que recibió Anne, ya que otros se acercaron para ofrecerle sus felicitaciones. Aunque la cantidad atípica de atención la hizo sentir bastante incómoda, no podía negar lo mucho que había disfrutado de llevarse la victoria.

Finalmente, todos comenzaron a regresar a la casa. Anne caminaba al lado de Bethany y el señor Pinkman, escuchando solo a medias mientras la pareja se burlaba mutuamente por su pobre actuación en el evento de la mañana. Desafortunadamente, tardó más

de lo debido en darse cuenta de que sus bromas ligeras se convertían en murmullos bajos e íntimos, pero tan pronto como lo hizo, disminuyó el paso para poner algo de espacio entre ellos y permitirles algunos momentos de privacidad.

Por supuesto, luego perdió la distracción que le proporcionaban y se encontró buscando esos hombros anchos y musculosos y cabello negro un poco demasiado largo. Tan pronto como se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se dio una sacudida mental y mantuvo su atención enfocada en el suelo dos pasos por delante de ella.

Lily había dispuesto que el almuerzo se sirviera estilo picnic en los extensos jardines de flores de la propiedad. Los invitados podrían elegir entre disfrutar de sus comidas en mantas extendidas sobre el suave césped o en una de las mesas instaladas debajo de varias carpas que se habían erigido en los pequeños y frondosos cenadores del jardín.

En cuanto Anne cruzó la puerta trasera y se dirigió hacia el área principal donde todo estaba organizado, se dio cuenta de su error al tomarse su tiempo. Parecía que todos ya habían ocupado sus lugares.

Lily y su esposo estaban descansando sobre una manta de picnic con el Sr. y la Sra. Bentley y sus dos hijos muy pequeños, mientras que los Pinkman se habían unido a otras dos parejas sentadas en una de las mesas.

Anne miró a su alrededor en busca de alguien más que conociera lo suficiente como para unirse, pero no parecía haber ningún espacio libre. Justo cuando un miedo incómodo se infiltraba en sus huesos, la joven señorita Claybourne saltó hacia ella.

«Lady Anne, venga a sentarse con nosotros. Le he estado guardando un asiento».

Al mirar hacia donde la niña hizo un gesto hacia una manta extendida debajo de las ramas de un hermoso sauce, Anne sintió un rápido destello de alivio. La manta estaba ocupada por lord y lady Wright, quienes la miraban con una sonrisa y un saludo.

«Gracias, señorita Claybourne, me encantaría unirme a ustedes».

#

Beynon se abrió paso por el jardín, atento a Caillie. Su astuta hermana lo había atrapado cuando intentaba abandonar el campo de tiro con arco sin que nadie se diera cuenta. Lo había regañado por irse antes de la escena de felicitación que inevitablemente seguiría al triunfo de su pareja y solo lo había dejado ir cuando prometió acompañarla a almorzar.

Esperaba saltarse el pintoresco y pequeño almuerzo en el jardín, pero había cedido al soborno de su audaz hermana porque la

necesidad de escapar de la mirada codiciosa de lady Mayhew había sido mucho más urgente.

La mujer infiel estaba resultando ser un grave problema.

Nunca lo habían perseguido con tanta intensidad. Y, obviamente, de manera tan sangrienta. Su esposo podría haber estado participando en la ronda final de tiro con arco, pero había muchos otros a punto de tomar nota de sus miradas abiertas y sonrisas sugerentes. Como Beynon no había logrado disuadir a la mujer con una honestidad dura, no sabía qué más hacer que evitarla tanto como fuera posible.

Enseguida vio a Caillie saludándolo con la mano desde debajo de un sauce. Con su atención centrada en asegurarse de no pasar demasiado cerca de lady Mayhew, no se dio cuenta de quién más había sido incluido en el grupo de Caillie hasta que estuvo sobre ellos.

Que Colin y Ainsworth estuvieran allí no era una sorpresa. Sin embargo, no esperaba ver a lady Anne sentada erguida y derecha con sus largas piernas recogidas a un lado debajo de las faldas de su vestido rosa pálido. Era un poco desconcertante que siendo una mujer tan alta, pudiera lucir tan elegante sin esfuerzo mientras estaba sentada en el suelo. Pero no era ni de lejos tan inquietante como la grácil línea de su cuello o los tenues mechones de cabello dorado pálido que rozaban su nuca.

Frunciendo el ceño para desalojar el foco problemático de sus pensamientos, levantó la vista para ver a Colin mirándolo de manera bastante extraña. Era una mirada que habría quedado mucho más a gusto en el rostro irreverente de Roderick.

«¿Vas a tomar asiento, Beynon?», preguntó Ainsworth sin rodeos. «¿O pretendes permanecer sobre nosotros durante toda la comida?».

Resistiendo el impulso de aclararse la garganta, dio un paso adelante para agacharse en el espacio libre que aún quedaba sobre la manta, quedando al lado de su reticente pareja. No se le escapó la tensión que puso la delgada figura de lady Anne ante su proximidad.

Ella mostraba una reacción similar cada vez que lo veía. Un estremecimiento apenas perceptible seguido de un ligero retroceso de los hombros y una rápida bajada de la barbilla. Como si de alguna manera sintiera que necesitaba apoyarse en él.

Y cada vez que la veía hacerlo, una punzada de irritación se hundía un poco más en su interior. Sabía que su ceño se estaba oscureciendo, pero no parecía poder evitarlo. Tenía en la punta de la lengua decirle que estaba haciendo todo lo posible por mantener la distancia. Que, si no fuera por esta maldita competencia, ella no tendría que sufrir su detestable compañía en absoluto.

«¿Limonada?».

Miró a Caillie, que se inclinó sobre la manta con un vaso pequeño en la mano y una sonrisa brillante en su rostro.

«Gracias», murmuró mientras tomaba la bebida ofrecida.

Desafortunadamente, el vaso se vació en dos tragos saludables, lo que lo dejó acunando torpemente un vaso vacío en su mano demasiado grande.

«¿Has tenido la oportunidad de decirle a lady Anne lo bien que lo hizo esta mañana?», preguntó Caillie.

Beynon entrecerró la mirada hacia su hermana pequeña. La chiquilla sabía muy bien que no lo había hecho.

«Reconocí su habilidad», respondió.

«Como ni Colin y Worthy, ni los arqueros del tercer lugar, pudieron terminar la carrera cuesta abajo, creo que esto los coloca a los dos cerca del tope de la clasificación».

«Los juegos recién comienzan, Caillie», razonó el conde con calma. «Y con una gama tan amplia de eventos, aún pueden suceder muchas cosas».

«Sí, pero sigue siendo muy emocionante estar a la cabeza. Aunque sea solo por un ratito», argumentó la chica. «¿No le parece, lady Anne?».

«Ah, sí. Sí, es emocionante».

La mirada azul verdosa de la dama se posó brevemente en él antes de bajarla hacia la mano de él, que sostenía el vaso vacío. Un leve surco de consternación elevó sus elegantes cejas.

Sin duda, había notado sus callos y las numerosas pequeñas cicatrices que le había dejado una vida de trabajo físico. Sus dedos se apretaron involuntariamente alrededor del vaso y ella rápidamente desvió la mirada hacia otra cosa.

La irritación se asentó como un trozo de carbón ardiendo en su estómago mientras obligaba a su atención a otra cosa también y notó que Colin y Ainsworth estaban enfrascados en una conversación aparte. Sus voces bajas y la forma en que se inclinaban el uno hacia el otro indicaban que no encontraría una distracción adecuada allí.

«El evento de la tarde debería ser interesante», continuó su hermana, claramente decidida a hablar de los juegos. «¿Lo estás esperando con ansias, Beynon?».

Se volvió hacia Caillie con un destello de fastidio. Por su sonrisa descarada, pudo ver que era plenamente consciente de su estado de ánimo y que no le preocupaba en absoluto. Por alguna razón, ella había decidido arrastrarlo a la conversación y no le importaba demasiado lo que él pensara al respecto. Desafortunadamente, solo había echado un vistazo al horario y no podía recordar qué dolorosa prueba se esperaba que soportara a

continuación.

Murmuró un evasivo, «no particularmente».

Caillie sonrió, obviamente sospechando su ignorancia, mientras se giraba hacia lady Anne. «Creo que será encantador». Luego, sus ojos se abrieron con un destello de emoción. «Oh, tal vez me dé la oportunidad de practicar la floriografía».

[Nota de la Trad.: *La floriografía se refiere al "lenguaje de las flores"; práctica popular en la época. Las flores se usaban para transmitir mensajes simbólicos según su tipo, color y disposición*]

Lady Anne inclinó la cabeza. «¿Se ha interesado por el pasatiempo francés, señorita Claybourne?».

«Sí», exclamó la chica y luego deslizó una mirada hacia Beynon. «¿Estás familiarizado con la floriografía, hermano?», presionó Caillie.

Descontento con que lo arrastraran de nuevo a la conversación, comentó, «¿Si estoy familiarizado con qué?».

«El lenguaje de las flores», respondió lady Anne con una voz que no era exactamente condescendiente, pero *tampoco* dejaba de serlo.

Todavía molesto, le dirigió a la dama que estaba a su lado una mirada sombría mientras respondía con obstinación intencional. «No. No puedo decir que haya oído hablar a las flores».

Caillie se rió y él juró que vio un tic de diversión en la comisura de la boca de lady Anne mientras ella explicaba. «Es la práctica de usar el simbolismo asociado con cierta flora para comunicar un mensaje en particular».

«Leí un libro maravilloso sobre eso, "*Le langage des Fleurs*"», agregó Caillie en un tono melancólico.

«¿Sabes leer francés?», preguntó Beynon, un poco sorprendido.

La chica se encogió de hombros. «Pasablemente».

«Le encantaría "*Le Dictionnaire du langage des fleurs*" de Joseph Hammer-Purgstall. Puedo prestarle mi copia si gusta», ofreció lady Anne. «Pero tendremos que esperar hasta que regresemos a Londres».

«Gracias. Eso sería genial», dijo la chica efusivamente antes de volverse hacia Beynon. «Es una lástima que no tengas la oportunidad de leer sobre eso tú mismo antes de la próxima competencia».

«Supongo que se espera que hagamos algo con flores», señaló con una clara falta de entusiasmo.

Caillie sonrió y decidió que era un buen momento para volver a centrarse en su comida. Suponiendo que finalmente él estaba recibiendo un indulto, Beynon hizo lo mismo.

Pero cuando lady Anne se inclinó hacia delante para seleccionar un panecillo con mantequilla de la cesta situada en el centro de la manta, la mirada de Beynon se desvió hacia la línea recta de su columna y la suave curva de sus caderas. La postura y el aplomo

de la mujer eran impecables. Nadie debería tener tanta gracia y elegancia sentada en el suelo.

Cuando se inclinó de nuevo hacia atrás para recuperar su asiento en la esquina de la manta, Beynon no pasó por alto la sutil rigidez de su cuerpo.

Siguiendo la dirección de su mirada, notó que el dobladillo con volantes de sus faldas se había movido para acurrucarse contra su bota. Por un momento, el rosa prístino contrastó marcadamente con el cuero negro desgastado. Era extrañamente fascinante.

Pero luego la dama cambió de posición, metiendo las faldas con más seguridad sobre sus piernas.

Algo oscuro y peligroso fluyó por su torrente sanguíneo cuando reconoció sus acciones. ¿Lo encontraba tan desagradable que no podía tolerar ni siquiera ese contacto casual? No se molestó en ocultar la acritud que fluía a través de él cuando levantó la vista y se encontró con la mirada tempestuosa de la dama. A pesar de la estricta quietud de su persona, el azul verdoso de sus ojos se arremolinaba con una luz tranquila y desconcertante. Una intensidad ferviente, cuidadosamente guardada. Fue completamente inesperado y lo golpeó como una patada en el esternón. Se puso de pie de golpe, casi volcando uno de los platos. Colin y Ainsworth levantaron la vista de su conversación y Caillie observó su movimiento repentino con curiosidad. Él no pudo atreverse a arriesgarse a mirar otra vez a su compañera.

«Si me disculpan».

Sin molestarse en esperar una respuesta, se dio la vuelta y atravesó el jardín con paso firme hasta la puerta trasera y no se detuvo hasta que estuvo bajo el fresco dosel de los bosques que se extendían hacia el oeste desde la casa y los jardines bien cuidados.

No debería importarle lo que la bella lady Anne pensara de él. *No* le importaba. Al menos, no más allá del hecho de que estaban atrapados en este juego espantoso durante los próximos días.

Había sido completamente honesto cuando le dijo a Roderick que no tenía intención de considerar una novia entre las damas reunidas aquí. No es que no quisiera casarse. La idea de tener una esposa e hijos lo atraía mucho. Pero elegiría a una mujer que estuviera dispuesta y fuera capaz de trabajar en la granja junto a él. Alguien que compartiera las cargas y las recompensas de su trabajo. Como su madre había hecho con su padrastro.

Seguro que jamás consideraría a una mujer que no fuera adecuada para nada más que servir té sentada en el borde de un sofá o revolotear por un salón de baile vestida con sedas y encajes. Se dijo a sí mismo que la evidente aversión de lady Anne al roce de sus finas faldas con sus botas gastadas no significaba absolutamente nada para él. Pero era el fuego cerúleo de sus ojos lo que le hacía sentir que no

había un bosque lo suficientemente oscuro, lo suficientemente fresco o lo suficientemente profundo como para escapar del calor no deseado que ella desencadenaba en su sangre.

Capítulo Ocho

Arreglos florales.

Ese fue el evento de la tarde.

Un compañero se encargaba de seleccionar las flores mientras que el otro era responsable de crear el arreglo más atractivo. Los resultados serían juzgados anónimamente por la tía abuela de la condesa de Harte, lady Chelmsworth.

Así fue como Beynon se encontró de pie en la larga mesa del jardinero en el invernadero de la finca junto a los otros caballeros competidores, mirando la profusa variedad de opciones. Había flores de todos los colores, formas, tamaños y aromas imaginables en exhibición. Había más de unas pocas que nunca había visto antes y algunas que seguro que no podía identificar por su nombre.

Las reglas indicaban que se tenían que elegir al menos tres tipos diferentes, pero no más de siete.

Mientras los otros hombres caminaban alrededor de la mesa, haciendo sus selecciones, Beynon permaneció en su lugar con los brazos cruzados sobre el pecho. Nunca había tenido motivos para considerar lo que podría requerirse para hacer un ramo elegante. Pero no podía permanecer inmóvil por mucho tiempo. También había un límite de tiempo para el evento. Cuanto antes le entregara las flores a lady Anne, más posibilidades tendría ella de entender lo que había conseguido reunir.

No es que le importara ganar el evento. Simplemente no quería que se dijera que no había intentado al menos hacer su parte.

«Vamos, hermano», dijo Roderick dándole una palmada en la espalda mientras pasaba. «No hay necesidad de parecer tan afligido. Son solo flores».

La respuesta de Beynon fue un gruñido áspero mientras seguía mirando fijamente la explosión de flores.

Justo cuando estaba a punto de comenzar a agarrar lo que estaba más cerca de él, vio algo familiar. Madreselva silvestre.

Tomó un pequeño puñado, se detuvo cuando el aroma embriagador le provocó una sutil ola de nostalgia. Al ver otro par de flores que reconoció, tomó un poco de cada una de ellas también. En poco tiempo, de repente era el último hombre que seguía tomando sus decisiones. Al mirar lo que tenía en la mano, se dio cuenta de que eran flores bastante pequeñas y delicadas, cuando había visto a otros con flores grandes, como rosas, lirios y cosas así. Pensando que necesitaba algo un poco más atrevido para equilibrar las cosas, vio algunos jacintos azules cercanos. Luego, tomó algunos helechos culantrillo

para agregar algo de verdor a su mezcla.

Con una mirada dubitativa a su extraño grupo, se encogió de hombros.

Eso tendría que servir.

Al entrar al invernadero, agradeció que no hubiera espectadores para este evento. A cada pareja se le había permitido su propia mesa individual con un gran jarrón y un par de tijeras. Lady Anne estaba ubicada en un lado de la habitación. Mientras las otras parejas se inclinaban sobre sus flores y hablaban en voz baja, la desafortunada pareja de Beynon esperaba. Su mirada aguda se posó en él en el momento en que entró en la habitación y sintió la extraña necesidad de disculparse.

No sería probable. Podría haber sido el último en llegar, pero solo por unos pocos pasos. Aún tenía tiempo de sobra para hacer su pequeño arreglo.

A medida que él se acercaba, ella centró su atención en los ramilletes que sujetaba en su puño. Tuvo un pequeño tic extraño en su ceja derecha y una rápida presión de sus labios antes de bajar la barbilla.

¿Qué diablos significaba eso?

Con un sonido áspero que tendría que pasar por un saludo, Beynon colocó sus selecciones en la mesa junto al jarrón. Sin saber qué más hacer, pero notando que los otros caballeros permanecían todos suspendidos sobre sus respectivas mesas, dio un paso atrás y observó cómo lady Anne comenzaba a clasificar las flores.

No dio ninguna indicación de si estaba contenta con sus elecciones o decepcionada mientras escogía uno de los jacintos más grandes y cortaba un poco del tallo con las tijeras antes de colocarlo en el jarrón. A continuación, agregó uno de los helechos, luego un poco de trébol y luego un poco de madreselva. Mientras ella seguía añadiendo flores, él se dio cuenta de que la composición no se parecía a ninguno de los ramos que había visto en la casa en los últimos días.

Con el ceño fruncido, miró las otras mesas y vio rosas de todos los tonos, orquídeas, tulipanes e iris. Con una dura comprensión, reconoció que la mayoría de sus selecciones podrían considerarse flores silvestres. O malas hierbas.

«Tengo la sensación de que mis elecciones no son muy refinadas», señaló.

Lady Anne hizo una pausa para mirarlo. Sus ojos eran suaves y ligeramente translúcidos en la luz indirecta del invernadero. No había fuego tormentoso hoy, gracias a Dios.

En lugar de responder de inmediato, pareció examinarlo por un momento. Su mirada evaluadora tocó los músculos tensos que se amontonaban entre sus cejas antes de deslizarse suavemente por el

puente de su nariz hasta la dura línea de su boca.

Apretó los molares y apenas resistió el impulso de cambiar su peso cuando ella parpadeó y volvió a centrar su atención en la tarea que tenía frente a ella.

«Creo que los distintos tonos de púrpura y azul son muy bonitos, con un poco de amarillo y blanco como acentos».

Ella hizo una pausa para tomar un tallo de delicadas flores moradas que él había visto antes pero no sabía cómo se llamaban y lo colocó cuidadosamente en un grupo de helechos. Él tuvo la sensación de que ella no había terminado de hablar, así que se mordió la lengua. No es que tuviera nada en particular que decir, de todos modos.

«Los helechos añaden una textura agradable», agregó ella.

«En casa crecen entre las rocas cerca de las cascadas». No estaba exactamente seguro de por qué había dicho eso. «El trébol también es bastante común».

Ella asintió, pero no dijo nada más.

Unos minutos más tarde, una campana señaló el final del tiempo asignado. Lady Harte explicó que el jurado tomaría su decisión mientras todos descansaban antes de la cena y los ganadores se anunciarían esa noche.

Mientras todos comenzaban a caminar fuera de la habitación, Lady Anne lo miró ligeramente anticipadamente. Parecía como si se esperara algo de él, pero no tenía la menor idea de qué era.

La dama se aclaró la garganta. «Mañana es la competición de pesca, la búsqueda del tesoro y el laberinto. ¿Ha anotado los horarios de cada una de ellas?».

Beynon asintió. «Seremos los primeros en llegar al lago y los últimos en atravesar el laberinto».

«Lo que nos deja todo el tiempo entre ambas competiciones para la búsqueda del tesoro. ¿Deberíamos hacer también un plan para ensayar la lectura dramática que se espera que hagamos?».

«¿La qué?».

Su ceño fruncido fue un rápido descenso de sus cejas. «Se espera que cada pareja lea un diálogo breve de una obra popular. Nos han dado '*Fausto*' de Johann Wolfgang von Goethe. Debería haber recibido una copia de la lectura».

Él no la había recibido, pero estaba familiarizado con la obra. Era una de las favoritas de su madre.

«No se espera que memoricemos las líneas, pero supongo que deberíamos practicar un poco», añadió ella.

No pudo evitar notar el tono esperanzado en su voz y una extraña resistencia surgió dentro de él.

«¿Cuándo será la lectura?», preguntó él.

Lady Anne parpadeó ante su tono brusco. «Es el último evento.

Al final de la semana».

«Entonces tenemos tiempo», respondió él bruscamente.

Estaba claro que su respuesta no la complacía particularmente, pero no intentó discutir ni persuadir. En cambio, dio un pequeño suspiro suave y miró hacia un lado. Fue entonces cuando él se dio cuenta de que ahora estaban completamente solos en el invernadero. Ni siquiera un lacayo se había quedado atrás.

Cada músculo de su cuerpo se tensó. Al mismo tiempo, ella de repente volvió a mirarlo a los ojos. Aunque ahora no giraban con una intensidad tranquila, todavía había una profundidad sorprendente en sus ojos. Como un estanque místico, interminable.

Y se encontró conteniendo la respiración. Sería terriblemente fácil ahogarse en esos ojos.

«Supongo que lo veré en la cena entonces, señor Thomas».

Sin saber qué más hacer, asintió y luego la observó mientras se daba vuelta y se deslizaba elegantemente fuera de la habitación.

Murmuró una maldición.

Aunque había habido muchas veces desde que había conocido a sus hermanos y hermana en las que había experimentado una sensación de estar totalmente fuera de su elemento, especialmente en los meses desde que había sido presentado oficialmente a la sociedad londinense, nunca se había sentido tan perdido como cuando lady Anne se alejaba de él.

#

Esa noche, el salón estaba lleno de ramos fragantes y coloridos, lo que les dio a los invitados la oportunidad de admirar y evaluar las creaciones antes de que se diera el anuncio de los ganadores.

Aunque trató de no prestar demasiada atención a los gorjeos y especulaciones de los demás invitados al pasar junto al arreglo de lady Anne, Beynon no pudo ignorar por completo las ocasionales miradas furtivas que le lanzaban. Sin duda, todos encontraban muy divertida su falta de sofisticación al elegir flores tan obviamente tan silvestres, pero se negó a sentir vergüenza por ello. Semejante habilidad no tenía ningún propósito en su vida.

Desviando su atención del arreglo floral, cruzó la habitación hacia donde se encontraba Roderick con Emma, junto a lord y lady Harte.

Beynon solo tuvo un momento para murmurar buenas noches antes de que un pequeño alboroto atrajera la atención de todos hacia las puertas principales.

Lady Harte soltó una pequeña risa que rápidamente ocultó detrás de su guante mientras Emma murmuraba, «deberíamos haber sabido que iba a hacer una entrada teatral».

Beynon se giró para ver a la condesa de Chelmsworth, una

francesa mayor que prefería su cabello negro entintado y sus labios rojo rubí, entrar en la habitación con un vestido verde esmeralda con una falda que mostraba un verdadero jardín de ramos bordados. Caillie caminaba a su lado, también vestida con un vestido de flores de color rosa y verde, que llevaba una almohada de seda rosa sobre la que descansaba una corona de lirios blancos.

Roderick le dio un codazo a Beynon. «Creo que nuestra hermana pequeña tiene un verdadero don para lo dramático, ¿no crees?».

«Me pregunto de dónde lo habrá sacado», señaló Beynon secamente mientras miraba fijamente el chaleco de su hermano.

En general, el estilo de Roderick era sobrio y elegante para los estándares londinenses, con una excepción significativa. Sin importar el evento o la hora del día, nunca dejaba de lucir un chaleco de algún color llamativo. Esta noche, era un brocado verde hoja.

Mientras su hermano se reía, lady Chelmsworth, que insistía en que todos la llamaran Angelique, se detuvo en el centro de la sala. Aunque era bastante mayor, la dama tenía una presencia muy imponente y un estilo propio. Emma y Roderick habían hablado una vez de cómo Angelique solía contar historias de su vida anterior a su matrimonio con el conde de Chelmsworth. Historias que, si todo era cierto, sugerían que había vivido una existencia muy colorida.

«Hola, hola a todos», comenzó con una voz que transmitía sus palabras con un acento sorprendentemente bueno a través de la multitud murmurante. «Aunque fue una decisión muy difícil que requirió la consideración de muchos factores, he elegido a los tres ganadores».

Beynon, que no estaba particularmente interesado en qué ramos se consideraban los mejores, dejó que su atención se desviara hacia lady Anne. No estaba del todo seguro de por qué había desarrollado la molesta tendencia de buscar a la mujer cuando su atención no estaba ocupada en otra cosa, pero tampoco estaba particularmente inclinado a resistirse.

Como siempre, estaba sentada con una postura perfecta. Sus delgados hombros, parcialmente descubiertos por el amplio escote de su vestido, estaban erguidos y orgullosos, aunque sostenía la cabeza con una ligera inclinación que le daba un elegante arco al cuello. Sus manos descansaban suavemente sobre su regazo y su expresión era de aplomo espontáneo mientras prestaba toda su atención al anuncio de los ganadores.

Pero incluso desde su ángulo y distancia, pudo detectar algo ligeramente discordante en su actitud. No había nada específico en su apariencia que fuera incongruente. En realidad, era solo una sensación. Una sensación interna de que su comportamiento exterior

era un poco forzado.

Frunció el ceño. Estaba siendo ridículo.

Entonces, justo cuando estaba a punto de mirar hacia otro lado, lady Anne de repente se puso rígida. Sus ojos se abrieron y su mirada se desvió muy brevemente en su dirección. La mirada fue tan rápida que él nunca la habría notado si no hubiera estado mirándola tan fijamente. Y aunque inmediatamente volvió su atención a Angelique, sus dedos ahora estaban entrelazados y apretados con fuerza.

Fue entonces cuando escuchó una oleada de risas que recorrió la sala, seguida de más miradas furtivas en su dirección.

«¿Qué demonios pasaba?».

A su lado, Roderick soltó una risita. «Felicitaciones».

«¿Por qué?».

Roderick arqueó una ceja. «¿No estabas escuchando?».

«Solo dime», gruñó Beynon mientras las miradas y los susurros continuaban. Una rápida mirada hacia lady Anne reveló un ligero rubor que coloreaba sus mejillas mientras hablaba en voz baja con las damas sentadas a su lado.

«Angelique otorgó el tercer lugar a la entrada más inusual del concurso».

La comprensión surgió con un poco de irritación. Aunque ciertamente no estaba feliz por el voto de lástima, no creía que el asunto mereciera el tipo de atención que estaba recibiendo actualmente.

«Ella explicó que, aunque la combinación de colores era bastante poco convencional, siendo ella misma poco convencional, era una de las cosas que más le gustaban», continuó Roderick. «Eso y el mensaje deliciosamente escandaloso de las flores».

Beynon miró fijamente a su hermano y notó que el otro hombre apenas podía contener la risa. «¿Qué mensaje?».

Roderick se rió y le dio una palmada en la espalda a Beynon antes de alejarse sin responder.

Beynon prácticamente gruñó de frustración. ¿Qué diablos había hecho?

Capítulo Nueve

El sol llevaba menos de una hora en el horizonte cuando Anne salió de la casa. Como era tan temprano, el jardín y los terrenos estaban tranquilos y en calma, y el cielo ligeramente nublado cubría todo con un tono gris dorado apagado. Ahora hacía un agradable frescor, pero algo en el aire sugería que el día podría volverse bastante cálido si la fina capa de nubes lograba dispersarse.

El cobertizo para botes estaba ubicado al final de un largo camino, más allá del césped sur y la colina por la que habían corrido, o caído, el otro día.

La pesca no era el fuerte de Anne, pero como parecía ser un pasatiempo favorito entre la mayoría de los caballeros que conocía, esperaba que su compañero pudiera ocupar su lugar en este evento en particular. Se habían programado cinco equipos para la mañana y cinco equipos para la tarde, lo que les permitía a todos pasar tres horas en el lago para hacer su mejor intento por atrapar el pez más grande.

Cuando llegó al final del camino de grava y se acercó al cobertizo para botes, Anne miró hacia adelante para ver si alguien había llegado a la orilla del lago antes que ella. Cuando no vio ninguna señal de movimiento, se preguntó si tal vez había llegado demasiado pronto. Pero, de nuevo, dado que no estaba tan segura de este evento, tenía la intención de aprovechar al máximo cada minuto asignado para la tarea.

Por supuesto, eso solo funcionaría si el Sr. Thomas también lograba llegar a tiempo.

Con mucho cuidado, la noche anterior había evitado hablar con él aunque podía sentir sus ojos negros mirándola intermitentemente durante las horas que habían seguido al pequeño anuncio incitador de Angelique. Aunque el tono sugerente de la voz de la dama solo había sido suficiente para causar revuelo, podía esperar que la referencia críptica de la francesa a los símbolos de su arreglo floral no hubiera sido entendida por la mayoría de las personas presentes. La práctica de la floriografía, aunque popular en Francia durante algún tiempo, en realidad era bastante nueva en Gran Bretaña.

Como Angelique agradeció no entrar en detalles, la mayoría de las personas solo pudieron especular sobre cuál podría ser el "mensaje escandaloso" hasta que perdieran el interés, lo que no debería llevar mucho tiempo. Al menos, eso era lo que Anne esperaba.

Al llegar al cobertizo para botes, continuó rodeando el edificio hacia la orilla del lago en lugar de entrar. Si todavía no había nadie,

buscaría una orilla seca y con pasto donde pudiera sentarse y esperar al aire libre.

Pero parecía que no era la primera en llegar después de todo.

Tan pronto como dio la vuelta a la esquina de la pequeña construcción, vio a dos de los lacayos de Harte atando un bote de remos a uno de los anillos de metal atornillados a lo largo del muelle que se extendía a poca distancia de la orilla. Justo cuando se detuvo, otros dos hombres salieron del cobertizo para botes, llevando otro bote de remos entre ellos. Un hombre estaba vestido con un uniforme de lacayo mientras que el otro iba vestido como un caballero rural sin abrigo.

El señor Thomas.

Anne respiró rápidamente por la nariz cuando los huesos de su cuerpo de repente se tambalearon un poco. Nunca se había planteado cuánto del físico de un hombre podía ocultar o realzar un simple abrigo, dependiendo del hombre. Si antes había pensado que el señor Thomas era excepcionalmente grande y corpulento, ahora se daba cuenta de que realmente no tenía idea.

Debajo del fino algodón de su camisa, los músculos se abultaban y se tensaban mientras él y el lacayo ajustaban su agarre en el bote para ponerlo en el agua y asegurarlo al muelle. Tenía las mangas arremangadas hasta los codos, revelando los músculos bronceados por el sol de sus antebrazos. Por alguna razón, la forma en que esos músculos se tensaban y se relajaban mientras sus grandes manos y hábiles dedos trabajaban la cuerda en un nudo adecuado hizo que el corazón de Anne saltara locamente.

El calor la invadió cuando se dio cuenta de lo burdamente que estaba mirando al hombre. Pero justo cuando estaba a punto de huir de vuelta a la esquina, el señor Thomas se enderezó. Apoyó sus grandes manos en las esbeltas caderas, se giró para decirle algo al lacayo que estaba a su lado. Debió haber visto a Anne con el rabillo del ojo, porque mientras el lacayo respondía con una risa, Thomas envió su pesada y oscura mirada en su dirección.

Y luego, huir resultó imposible.

Respirar y pensar eran imposibles.

Había algo tan… crudo e intenso en la forma en que la miraba. Lo que inicialmente había pensado que era ira, estaba empezando a sospechar que podría ser mucho más complicado que eso. O tal vez era su propia reacción la que era tan complicada e intensa. Fuera lo que fuese, parecía aumentar con cada encuentro, cada mirada, cada breve conversación.

Básicamente paralizada en el lugar, observó con una pequeña punzada de decepción mientras él se acomodaba las mangas mientras caminaba con paso decidido hacia la orilla. Después de recoger su

abrigo de donde lo había dejado en el césped, se puso la prenda y una vez más volvía a ser un caballero vestido adecuadamente cuando llegó a su lado.

«Lady Anne».

¿Por qué su voz siempre sonaba tan cargada de riqueza y textura? ¿Como si fuera algo físico que fluyera a través de ella?

«Buenos días, señor Thomas».

Fue todo lo que lograron decir antes de que el sonido de voces precediera la llegada de varios invitados más. Luego hubo unos momentos de actividad mientras todos seleccionaban sus cañas de pescar, cebos y otras necesidades que los lacayos cargaban en los botes mientras los caballeros ayudaban a sus damas a subir a los barcos antes de hacerlo ellos.

Cuando el Sr. Thomas le tendió la mano a Anne, ella automáticamente puso sus dedos en su palma. Ninguno de los dos llevaba guantes y la sensación de su piel cálida y áspera contra la de ella envió un extraño escalofrío por todo su cuerpo. La sensación fue delicada pero aguda y recordó que había sentido algo similar cuando había tomado su mano para la carrera cuesta abajo. Pero esta vez fue significativamente más inquietante. Podría haber sido capaz de ocultar su reacción si no hubiera estado ya de mal humor desde antes. Así las cosas, se quedó quieta. Abruptamente.

Sus labios se separaron en una inhalación rápida y su atención se dirigió hacia su rostro. Con la cabeza inclinada mientras la miraba, sus rasgos oscuros parecían ligeramente amenazantes.

Definitivamente, lo que vio en sus ojos era ira.

Y por alguna razón, el borde duro de su mirada y la firme presión de su boca la impactaron de una manera nueva. En realidad, le dolió.

Entrecerró los ojos mientras miraba hacia abajo, donde los dedos de ella todavía descansaban contra su palma, antes de volver a mirarla a los ojos. «Es solo una mano, lady Anne. Más áspera y más grande que la suya. Pero no es diferente en todo lo demás».

Parpadeó. El tono de su voz era áspero y acusador. Parpadeó de nuevo y luego abrió los ojos cuando se dio cuenta con una punzada de sorpresa de que él pensaba que se había sentido ofendida por su toque cuando lo opuesto no podía ser más cierto. El calor inundó sus mejillas cuando miró hacia abajo. Era terriblemente vergonzoso pensar que él la creería tan superficial, pero parecía peor, sin embargo, admitir la verdad.

«Por supuesto», murmuró mientras se giraba hacia el bote de remos, deseando de repente poder desaparecer.

Mientras subía a toda prisa a la embarcación inestable, esta se balanceó un poco, lo que la obligó a agarrarse más fuerte de la mano

de él mientras recuperaba el equilibrio. Pero tan pronto como lo hizo, lo soltó y se sentó en la proa.

Él embarcó con mucha más seguridad y gracia masculina. En un momento, el lacayo soltó la cuerda y dio un pequeño empujón para alejarlos del muelle. Dos de los otros equipos ya se alejaban suavemente de la orilla y el tercero pronto los seguiría cuando el Sr. Thomas agarró los remos y comenzó a remar.

Mientras que los otros remeros caballeros mantuvieron un ritmo constante pero suave, la gran potencia de los movimientos de su compañero eliminó rápidamente la desventaja de ser uno de los últimos en empujar mientras los inclinaba hacia el lado sombreado del lago.

Anne se concentró en mantener el equilibrio y en centrarse en el estrecho banco de madera mientras se deslizaban rápidamente sobre el agua. Como su compañero parecía enfocado en su tarea, no se molestó en charlar, aunque oía el murmullo de las conversaciones y las risas periódicas que provenían de los otros botes de remos.

Después de unos minutos más, pudo encontrar algo de placer en observar cómo el sol naciente dispersaba lentamente la capa de niebla que se desplazaba por la superficie del lago. Los suaves rayos de luz comenzaron a brillar en el agua mientras la vegetación a lo largo de la orilla cobraba vida. En cualquier otra circunstancia, podría haber sido una escena muy romántica. Por esa razón en particular, Anne se obligó a no enviar ni una mirada casual en dirección al Sr. Thomas, en caso de que de alguna manera malinterpretara su disfrute.

Cuando llegaron a una pequeña bahía bordeada de grandes árboles caducifolios que creaban patrones moteados en el agua, el Sr. Thomas dejó de remar y echó una pequeña ancla.

Aún sin decir nada, aseguró los remos y luego comenzó a preparar el equipo. Sus movimientos eran eficientes y bien practicados mientras preparaba las largas cañas de pescar de bambú.

Como estaba tan ocupado con su tarea, ella se permitió un momento para observarlo. Ávidamente.

Con los pies apoyados en el fondo del bote de remos, ni siquiera parecía notar el balanceo ocasional que se producía cuando se inclinaba hacia adelante para esto o se giraba para aquello. Con sorprendente destreza, sus grandes manos sujetaban el sedal y colocaban el cebo en los anzuelos.

Se sentía muy cómodo allí. En ese elemento. Al aire libre, bajo el cielo, con la tranquilidad de la naturaleza rodeándolo. Sin duda, se habría sentido aún más cómodo si ella no estuviera allí.

Miró hacia arriba y extendió una de las varas hacia ella.

La fuerza oscura de su repentina atención la desequilibró mucho más que el suave balanceo del bote de remos. Estar a solas con

él así, aunque estuvieran a la vista de los demás competidores y de cualquiera que bajara a la orilla del lago, se sentía inquietantemente íntimo. Hasta que sus rasgos se tensaron en una expresión sombría y casi hostil.

«Su caña, lady Anne», murmuró.

Moviéndose con cuidado para no volcar el bote, cambió el peso de posición y se inclinó hacia adelante para tomar la caña de pescar mientras murmuraba un rápido gracias. Luego observó cómo él se giraba hacia un lado, apoyaba su propia caña entre las rodillas abiertas y arrojaba el cebo al agua.

De repente, deseó poder pintarlo exactamente así. La forma en que los tonos terrosos de sus pantalones de piel de venado y su abrigo marrón chocolate contrastaban con la exuberante vegetación de la orilla y el azul oscuro y dorado del lago. Incluso en su postura relajada, con los hombros bajos y los codos apoyados en sus muslos sólidos, poseía una presencia tan imponente que de alguna manera no era en absoluto incongruente con la serenidad natural del entorno. Tal vez incluso permitiría que sus acuarelas difuminaran un poco el fondo para que la mirada se sintiera inevitablemente atraída por las líneas fuertes de su forma, la confianza en su actitud informal y el enfoque de su mirada, que una vez más estaba dirigida hacia ella.

En cuanto sus ojos se encontraron con los de él, él frunció el ceño y apartó la mirada.

La había pillado mirándolo otra vez. Parecía que esta mañana iba a estar marcada por sus frecuentes momentos de vergüenza.

Anne apretó los dientes. Los dos iban a pasar casi todo el día juntos. Si no dejaba de lado su inquietud interna y encontraba una manera de entablar una conversación sencilla con el hombre, iba a resultar insoportable. Seguramente, podría lograr un poco de charla inocua.

«¿La pesca es uno de sus pasatiempos preferidos, señor Thomas?».

Él la miró de reojo por un breve momento antes de responder. «No tengo tiempo para pasatiempos».

Anne se obligó a ignorar su tono brusco mientras continuaba agradablemente. «Sin embargo, parece bastante competente en la tarea».

Se encogió de hombros. «No es particularmente difícil poner el cebo en un anzuelo».

Muy bien, entonces. Aparentemente, el hombre no apreciaba los cumplidos, sin importar lo sutiles que fueran. De todos modos, la conversación estaba sobrevalorada. Ocultando su suspiro, volvió a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Observó su caña con recelo, la inclinó hacia delante y dejó que el anzuelo cayera al agua

como le había visto hacer a él. Ahora, suponía que todo lo que tenía que hacer era esperar, aunque no tenía la menor idea de qué hacer si realmente conseguía la atención de un pez.

«¿Ha pescado antes?», preguntó.

«¿Qué?». Al levantar la vista y parpadear, se dio cuenta de que la estaba mirando con una expresión algo escéptica. Su falta de experiencia era sin duda bastante obvia. «Solo una vez», respondió, «cuando era muy pequeña. Siempre que mi padre pasaba tiempo en el campo, visitaba el arroyo de truchas de nuestra finca. Una vez, sentí la suficiente curiosidad como para preguntar si podía ir también». Observó cómo las ondas de su bote que se balanceaba suavemente se desvanecían en la superficie del lago. «El lacayo que me acompañaba no sabía mucho más de pesca que yo».

Hubo un breve silencio. «¿Su padre no la llevó él mismo?».

Ella soltó una suave risa. «Definitivamente no. Lord Humphries no es un hombre que soporte la compañía de niños. Jóvenes ni adultos», murmuró, luego se reprendió a sí misma por la demostración de amargura autoindulgente. Para compensar su tono resentido, sonrió mientras decía, «pero si pescar no es particularmente difícil, como dice, estoy segura de que me las arreglaré». De repente, al darse cuenta de que estaba en medio de una oportunidad perfecta para explorar un posible nuevo interés, se arriesgó a agregar. «Aunque si siente el deseo de ofrecer algunos consejos en el trayecto, se lo agradecería».

Su respuesta fue un breve gruñido mientras volvía su atención a su propia caña.

Ella frunció el ceño. Había valido la pena intentarlo, pero probablemente debería haber sabido que no debía *intentar* pedirle un favor tan difícil a su gruñón compañero.

El silencio reinó una vez más, pero solo por unos minutos antes de que él hablara sin preámbulos, preguntando, «¿qué significaban las flores?».

«¿Qué?», repitió, un poco más brusca esta vez.

Sin mirarla, él aclaró, aunque realmente no era necesario aclarar nada. Ella sabía exactamente lo que le estaba preguntando, aunque hubiera deseado que no lo supiera.

«Nuestro *escandaloso* ramo», la apuntó mientras miraba fijamente el lugar donde su sedal desaparecía en el agua.

«Claro. Nada significativo, en realidad», intentó adoptar un tono ligeramente despectivo, con la esperanza de convencerlo de que el asunto era intrascendente.

Entonces él la miró, con una ceja negra y espesa alzada con incredulidad mientras entrecerraba la mirada. «No es una buena mentirosa, lady Anne».

Ella bajó la mirada mientras trataba de mantener a raya el rubor creciente. «En serio. Sé que no hubo ninguna intención detrás de sus selecciones. Fue una desafortunada coincidencia que Angelique estuviera familiarizada con el simbolismo; de lo contrario, dudo que alguien más hubiera notado algo al respecto».

Hubo una larga pausa antes de que él murmurara, «pero sabía el significado que supuestamente transmitían en el momento en que se los traje».

Anne no estaba segura de por qué se le cortó la respiración de esa manera o por qué se le tensó el estómago cuando él la miró, pero por un segundo, honestamente no pudo encontrar la manera de responder.

«Como dije», logró ella decir finalmente, «sabía que no era intencional, así que no le di mucha importancia».

Otra pausa, luego miró hacia donde su sedal desaparecía en el agua.

«No me lo va a decir, ¿verdad?», observó con un tono de barítono descontento.

Ella casi sonrió ante su enojo, pero respondió simplemente, «no, no lo haré».

Afortunadamente, dejó pasar el asunto y, poco después, pescó su primera captura de la mañana.

Capítulo Diez

Beynon se pasó la toalla por la cabeza mientras salía de la bañera. Una rápida mirada al reloj le indicó que solo faltaban quince minutos para encontrarse con lady Anne en el salón de desayunos, donde debían conseguir la lista de artículos para la búsqueda del tesoro.

Eligió ropa informal una vez más, suponiendo que se esperaba que caminaran por la casa y los jardines. Mientras se paraba frente al espejo para anudarse la corbata, rápidamente hizo un gesto. Su cabello necesitaba un corte, y aunque se había afeitado esa mañana, ya tenía una sombra oscura a lo largo de su mandíbula. No tenía tiempo ahora, pero tendría que afeitarse de nuevo antes de la cena. Incluso si tuviera tiempo, la idea de afeitarse tres veces en un solo día era más de lo que se podía imaginar cuando a veces en casa pasaban varios días entre afeitados.

Lady Anne y el resto de los elegantes huéspedes de la casa simplemente tendrían que aceptar su estado menos que prístino. Al menos ya no olía a pescado ni a agua de lago.

Aunque no tenía experiencia previa, lady Anne lo había sorprendido haciendo bastante durante las tres horas que estuvieron en el agua. Como el concurso requería que entregaran solo la captura más grande del día, cualquier captura demasiado pequeña era liberada. Ella le había entregado la red cuando la necesitaba y había sujetado su caña mientras él intercambiaba una captura más grande por la que estaba en su cuerda.

Incluso había logrado enganchar dos ella misma, insistiendo con bastante terquedad en que él le enseñara cómo sostener el pez y quitar el anzuelo. Su primer intento había sido ridículo. Beynon se había visto obligado a morderse el labio para contener la risa cuando el pez se le cayó de las manos y ella dio un grito. Pero finalmente logró la tarea con su ayuda y luego insistió en que le mostrara cómo volver a colocar un cebo nuevo. La liberación de su segunda captura fue significativamente más suave y se inclinó con confianza sobre el costado del bote para liberar el pez nuevamente en el lago con una sonrisa de logro iluminando su rostro.

Beynon había desviado rápidamente la mirada, ignorando la extraña sensación de tirón en su pecho tan intensamente como había negado su diversión anterior.

Al final de su tiempo asignado, habían terminado con una muy buena entrada para la competencia.

Ahora, cuando entró en la sala de la mañana con solo un

minuto de sobra, esperaba encontrar a lady Anne ya esperando. La habitación estaba vacía; sin embargo, una canasta que contenía una colección de pergaminos, que supuestamente contenían la lista de elementos a encontrar, había sido colocada en la pequeña mesa cerca del tablero de líderes y el programa del evento. Beynon tomó uno de los pergaminos y luego los registró con la hora que indicaba el comienzo de su búsqueda. Tendrían que regresar para documentar su hora de finalización también. La pareja que encontrara la mayor cantidad de elementos en el menor tiempo ganaría el evento.

Consideró esperar a lady Anne antes de registrarlos, pero confiaba en que bajaría en breve. Decidió esperarla en el pasillo, se dio la vuelta para irse, pero se quedó corto al ver a lady Mayhew entrando en la habitación. Sola.

«Sr. Thomas. Qué placer encontrarlo aquí».

Beynon casi gimió de frustración al verse acorralado por la mujer una vez más. Pero esto no era como el otro día, cuando ella lo había encontrado lejos de la casa, resguardado contra una pared alta. Cualquiera podía entrar en la sala de desayuno en cualquier momento. Lady Anne probablemente ya se estaba dirigiendo hacia allí. No había ninguna razón para pensar que lady Mayhew intentaría algo escandaloso, aparte de la mirada bastante codiciosa en sus ojos. Beynon nunca había sido de los que cometían el mismo error dos veces. Con solo una fracción de segundo de deliberación, decidió que su mejor curso de acción era simplemente irse. Rápida y eficientemente.

Sin decir nada en respuesta a su saludo, dio grandes zancadas hacia la puerta. Pero había subestimado enormemente su descarada resolución. La libertad del salón estaba a la vista mientras él se arqueaba alrededor de su posición, esperando que su absoluta falta de reconocimiento pudiera darle una pista de que él no estaba interesado, incluso si sus palabras contundentes del otro día no lo habían hecho. Pero en el último momento, la mujer se puso a un lado y él apenas tuvo tiempo de agarrarla de los brazos para no derribarla mientras avanzaba a toda velocidad, completamente desprevenido de semejante maniobra. Cuando sus cuerpos hicieron un breve e inevitable contacto, un silencioso zumbido de satisfacción se escapó de la garganta de la mujer, provocando un destello de mal humor en la sangre de él.

Aunque logró empujarla, asegurándose de usar solo la fuerza que fuera absolutamente necesaria, la mujer insistió en inclinarse hacia él, poniendo todo su peso en su agarre. No podía soltarla razonablemente o caería de nuevo en sus brazos.

No le gustaba que lo manipularan de esa manera. De hecho, lo aborrecía.

La ira y la frustración se hinchaban en su interior como el calor de un horno. Mantuvo su cuerpo ferozmente rígido, haciendo todo lo posible por no tocarla más de lo necesario para mantenerla erguida. La miró con enojo y se esforzó por encontrar palabras lo suficientemente duras para convencerla de que lo dejara en paz sin maldecirla descaradamente, como estaba tentado de hacer.

«Buenos días, lady Mayhew. Hola, Sr. Thomas».

La suave voz de lady Anne levantó la mirada de Beynon hacia donde su compañera estaba parada en la puerta. Aunque tenía una sonrisa tranquila y agradable en su rostro, notó un destello de fuego en sus ojos azul verdoso. También había algo… nuevo en su comportamiento. Era una especie de irritación sutil. O tal vez podría describirse mejor como antipatía desdeñosa.

A pesar de la ridícula y humillante situación en la que se encontraba en ese momento, no pudo evitar sentir una punzada de gratitud a regañadientes por su repentina aparición cuando lady Mayhew tropezó un paso hacia atrás y rápidamente se enderezó. La mirada que le dirigió a Beynon antes de darse vuelta para saludar a la otra dama sugería que permanecía impávida.

«Lady Anne», respondió la mujer con una amplia sonrisa. «Me temo que el señor Thomas y yo hemos tenido una pequeña colisión. Sin embargo, no hay de qué preocuparse», añadió riendo y agitando la mano. «El caballero me salvó galantemente de una caída desastrosa».

Sin responder a la transparente explicación, lady Anne siguió adelante, desviando su atención hacia Beynon. Con una suave inclinación de cabeza, preguntó, «¿Tiene la lista de objetos que debemos buscar, señor Thomas?».

Todavía furioso por el intento de seducción de la otra mujer, simplemente levantó el pergamino en lugar de responder.

«Excelente», hizo una pausa y luego se giró deliberadamente para darle la espalda a la otra mujer en la habitación, lo que provocó un jadeo de afrenta conmocionada, mientras levantaba la mano. «¿Comenzamos la búsqueda?».

Siguiendo su ejemplo ignorando por completo a lady Mayhew, dio un paso adelante y lady Anne deslizó su mano en la curva de su codo. Salieron de la habitación en un silencio tenso e incómodo. La vergüenza de que ella lo sorprendiera en otra posición comprometedora con lady Mayhew solo se sumó a la ira que aún no se había disipado.

En su distracción, Beynon tardó un momento en darse cuenta de que la dama a su lado lo estaba guiando sutilmente a través del pasillo hacia la puerta principal. Una vez afuera, continuaron alrededor de la casa hacia el oeste, donde un patio adoquinado separaba la gran mansión de los establos de la finca. Solo entonces

ella aminoró el paso y finalmente le soltó el brazo.

Al volverse para mirarlo, parecía bastante decidida a no verlo a los ojos mientras revisaba fijamente el pergamino que tenía en la mano. «¿Esta es la lista?».

Su tono brusco era muy diferente de la forma suave y melódica en que solía hablar y, por alguna razón, desencadenó en él un feroz y repentino impulso de defenderse.

«No hice nada malo». Las palabras salieron bruscamente de su boca antes de que pudiera detenerlas.

Ella se puso rígida, pero no levantó la vista del pergamino que había desenrollado. Después de una breve pausa, dijo, «no hay necesidad de explicación alguna».

«No lo estaba haciendo», gruñó, dándose cuenta de que su ira todavía estaba coloreando sus respuestas. «Solo estoy diciendo que no fui yo».

Lentamente, bajó el pergamino y levantó la barbilla para poder mirarlo a los ojos. Respiró profundamente otra vez y luego respondió, «y yo digo que no hay necesidad». Su voz era baja pero firme y el azul de sus ojos parecía más oscuro de lo habitual. «Sé que está consciente de que lo escuché por encima del muro el otro día. Entonces intentó disuadirla. También tuve una visión clara de su pequeña actuación ahora mismo. *Sé* que no hizo nada malo, Sr. Thomas».

Por un segundo, tuvo la extraña sensación de que la mujer estaba por él. Pero luego volvió a mirar el pergamino y arqueó suavemente una ceja fina. «Ahora que hemos perdido más tiempo en el tema del que se merece, ¿podemos comenzar?».

Beynon fulminó con la mirada la coronilla de su cabeza inclinada. Ella declaró que el asunto estaba terminado, ¿así que eso era todo? ¿Y si él tenía más que decir?

«No lo creo», respondió con un gruñido áspero. Cuando ella lo miró con un destello de confusión y una sutil cautela en sus ojos, él continuó, «tal vez no hemos dedicado suficiente tiempo al asunto. Tal vez me gustaría saber por qué algunas personas sienten que tienen derecho a tratar a los demás como objetos para su diversión personal».

Parpadeó de esa manera en que solía hacerlo, donde sus pestañas dieron un rápido aleteo y sus ojos se abrieron al mismo tiempo.

«Yo…», comenzó, pero luego no pareció capaz de continuar.

Él era consciente de que su actual exhibición de ira podría verse como desproporcionada al incidente, pero no le importaba. Estaba tan malditamente cansado de todo eso. La sociedad de Londres ya había decidido que él era apenas mejor que un bruto, así que ¿por qué debería molestarse en intentar demostrar lo contrario?

Entrecerró la mirada y bajó la voz. «Sé lo que la gente dice de

mí. El idiota apodo que me han dado». *Diablo galés*. Su madre moriría si alguna vez se enteraba de eso. Se le revolvió el estómago. «Y lady Mayhew no es la primera en acosarme de esa manera. En los últimos meses, he recibido innumerables demandas similares de otras de su tipo».

«¿De su tipo?», preguntó lady Anne en voz baja.

«Egoísta. Rico. Incapaz de imaginar que algo que desean no deba ser puesto a sus pies. Sé exactamente lo que quieren de mí y le aseguro que no es una ronda de conversación agradable ni una vuelta por el salón de baile. Las mujeres como ella me ven menos como un hombre que como una bestia», añadió con brusquedad, «algo impredecible y aterrador para ahuyentar su aburrimiento, aunque sea solo por unas horas».

La dama lo miró a los ojos con valentía, aunque sospechaba que parecía el demonio incivilizado que creían que era. Había una intensidad tranquila en su mirada fija. Luego juntó los labios antes de hablar en un tono uniforme que apenas superaba un susurro. «Está diciendo que quieren...», hizo una pausa y un pequeño ceño fruncido se formó entre sus cejas. «Quieren usarlo como una distracción... como un juguete».

Su simple reconocimiento quemó un camino a través de su interior. La ira amenazó con surgir de nuevo a su paso, pero la mantuvo a raya. Apenas. Lady Anne pensó que lo entendía. Ella apenas había rozado la superficie.

«Algunas de ellas quieren usarme», convino él, con voz pesada. Pero luego bajó aún más el tono. «Otras quieren ser utilizadas *por* mí».

En su obvia inocencia, no podía captar el significado completo de sus palabras. Pero la sorpresa en sus ojos y el rubor que coloreó sus mejillas sugerían que tampoco era totalmente ajena a lo que decía.

«Lo siento», murmuró suavemente y él pudo ver que lo decía en serio.

Por desgracia, su compasión solo lo enfureció más. Con un gruñido de frustración, cerró los ojos y respiró hondo para dispersar la presión en su pecho. Abrió los ojos de nuevo para clavarle una mirada oscura a lady Anne.

«No quiero su compasión», gruñó él.

Ella separó los labios como para refutar su comentario, pero él habló primero. «Quiero que me dejen en paz».

Sus pestañas oscuras se agitaron rápidamente mientras parpadeaba y luego miraba hacia abajo para centrar su atención en el pergamino que aún sostenía en sus manos. Sus modestos pechos se levantaron y presionaron contra su corpiño antes de dar una serie de breves y superficiales asentimientos.

«Por supuesto. Lo entiendo», respondió ella.

Pero él no estaba seguro de que lo hiciera. Y de repente, se sintió como un idiota furioso. Ella no había hecho nada para merecer sus duras palabras, incluso si no estaban dirigidas específicamente a ella. Sabía que debía disculparse, pero su temperamento todavía estaba demasiado alto y las palabras de arrepentimiento nunca le salían fácilmente.

Mientras miraba hacia abajo a su cabeza inclinada, notando cómo la ligera brisa agitaba los débiles mechones de cabello que se curvaban contra su sien y a lo largo de su nuca, sintió un repentino aumento de urgencia en su sangre. Necesitó toda su voluntad para resistir la compulsión de rozar el dorso de sus dedos por el costado de su garganta para ver si su piel se sentía tan suave como parecía.

«¿Revisamos la lista?», preguntó en un obvio intento de redirigir su atención al tema mucho menos volátil de la búsqueda del tesoro.

Se aclaró la garganta, pero su voz seguía siendo antinaturalmente áspera cuando respondió, «¿cuál es el primer objeto?».

«Estamos buscando algo que posea un borde lo suficientemente afilado como para rayar el vidrio y al mismo tiempo otorgarle a su portador una habilidad divina».

Beynon frunció el ceño. «¿Todas las pistas están expresadas en acertijos?».

«Al menos no se han visto obligadas a convertirse en rimas incómodas», respondió ella. Luego levantó la barbilla y el triunfo iluminó sus rasgos. «Patines de hielo. Las cuchillas rayan el hielo y permiten que una persona camine sobre el agua, aunque sea agua congelada», añadió levantando un hombro.

«Vi una gran colección de ellos en el cobertizo para botes», comentó él.

Sus ojos brillaron cuando encontró su mirada y su sonrisa, aunque sutil, lo obligó a dejar de respirar como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Su mal genio desapareció en un segundo y fue reemplazado por algo decididamente más peligroso.

«Bien hecho, señor Thomas. Vayamos allá».

Capítulo Once

Consiguieron reunir los veinte objetos en el tiempo que les habían asignado, aunque tuvieron que volver a la casa más de una vez para registrar lo que habían recogido hasta ese momento antes de volver a salir. Veían a otras parejas ir de un lado a otro con grandes cestas o sacos, inclusive, una pareja pasó con una carretilla. Al principio, Anne temió que su falta de previsión al organizar algo similar pudiera costarles la victoria. Pero cuando terminaron, simplemente se sintió agradecida de que así fuera.

Las botas que llevaba eran nuevas y todavía no se habían amoldado bien a sus pies, lo que le provocó varias zonas de fricción que rápidamente se convirtieron en dolorosas ampollas. Se las había arreglado para morderse la lengua y mantener un ritmo constante mientras completaban la búsqueda del tesoro, pero cuando se retiró a su habitación antes de la comida del mediodía, suspiró profundamente una vez mientras se quitaba los rígidos zapatos de cuero.

Aunque las zapatillas más ligeras por las que se cambió no le causaron tanto dolor, todavía le rozaban algunas de las zonas en carne viva. Si hubiera tenido tiempo, se habría mojado los pies y los habría vendado adecuadamente para evitar más molestias. Pero el almuerzo solo se serviría por un rato más y, después de saltarse el desayuno, estaba muerta de hambre.

El cuidado de las pequeñas heridas tendría que esperar hasta más tarde.

Desafortunadamente, después del almuerzo se encontró con Angelique, quien insistió en entablar con Anne una larga discusión sobre las diferentes calidades de la lana obtenida de las diferentes razas de ovejas. Aunque Anne no tenía experiencia con el tema, Angelique aparentemente tenía una gran cantidad de conocimientos y continuó la conversación mucho más tiempo de lo que Anne hubiera creído posible.

Como conocía a la condesa viuda desde su temporada de debut, considerando que la anciana había servido como acompañante de Lily, Anne estaba bastante familiarizada con las excentricidades de Angelique, que incluían ocasiones en las que la dama parecía un poco desconectada de la realidad. Los vuelos de fantasía de la anciana eran bastante inofensivos, por lo que era mejor complacer a la amable y descarada anciana. Algo que Anne siempre estaba feliz de hacer, ya que tales conversaciones tendían a ser mucho más interesantes que la mayoría.

Pero el retraso no le dejaba tiempo extra antes de que tuviera

que encontrarse con el señor Thomas para intentar atravesar el extenso laberinto de setos del conde antes del anochecer.

Con un suspiro, salió y se dirigió hacia el lugar donde el señor Thomas le había dicho que la estaría esperando. Aunque el tiempo se estaba acortando, no podía darse prisa porque cada paso le causaba una punzada de incomodidad. Cuando se acercó al lugar designado y no vio señales del señor Thomas, se preguntó si tal vez había entendido mal dónde se encontrarían. ¿O tal vez era más tarde de lo que había pensado y el hombre se había adelantado?

Preocupada por ser la causa de cualquier retraso, continuó un poco más por el camino hacia el laberinto. Después de un minuto, escuchó el suave ladrido de un perro y el sonido bajo de la risa masculina. Al girarse hacia el sonido, vio al señor Thomas a cierta distancia. Estaba agachado junto a un collie blanco y negro que tenía la intención de lamerle la cara al hombre. La joven señorita Claybourne estaba cerca y un lacayo la seguía no muy lejos.

Una vez más, Anne se encontró simplemente observando al hombre.

El por qué lo encontraba tan fascinante mientras hacía cosas tan comunes estaba más allá de su comprensión. Pero ahí estaba. El señor Thomas era fascinante.

Había una gracia terrenal en su forma mientras se agachaba allí en medio del camino. Su rodilla descansaba en la tierra, y aunque acariciaba el pelaje del perro con movimientos vigorosos, estaba concentrado bastante intensamente en su hermana, que estaba hablando con gestos animados.

Anne se sorprendió al notar que no lucía su habitual ceño fruncido. Había en realidad una sutil gentileza en sus rasgos rudos mientras escuchaba a la señorita Claybourne. ¿Y era una sonrisa la que curvaba la línea típicamente dura de sus labios?

Tuvo que creerlo cuando siguió la risa baja y sonora de él. El sonido era rico y fácil, como miel tibia.

Al momento siguiente, el señor Thomas se enderezó justo cuando la señorita Claybourne levantó la vista y vio a Anne parada en medio del camino. La amigable chica le dio una sonrisa brillante y la saludó.

El señor Thomas también la miró y, aun desde la distancia, Anne pudo ver que su expresión cambiaba de relajada y abierta a oscura y amenazadora.

La sonrisa de saludo que le había dirigido a la señorita Claybourne desapareció y sus entrañas se retorcieron cuando la encantadora niña y su perro continuaron hacia la casa y el señor Thomas avanzó a grandes zancadas por el sendero hacia donde Anne lo esperaba.

Una punzada de irritación la distrajo de la herida aguda que había sufrido su orgullo, que rápidamente se estaba endureciendo y marcando con cicatrices debido a los numerosos desaires anteriores que este hombre le había infligido. Estaba bien acostumbrada a que la pasaran por alto y la ignoraran, pero ¿qué demonios había hecho para merecer su desprecio?

Nada en absoluto. Eso era lo que había hecho.

Sinceramente, después de la agradable mañana y las horas casi amistosas que habían pasado en la búsqueda del tesoro una vez que él se desahogó un poco por ese encuentro con lady Mayhew, ella pensó que habían dado un giro en su relación.

Aparentemente no.

Sin esperar un saludo agradable que probablemente no llegaría, ella habló. «¿Vamos?». Y luego se giró para dirigirse hacia el laberinto. Desafortunadamente, se olvidó de sus ampollas y su primer paso se convirtió en un cojeo sin gracia.

«¿Qué pasa?», preguntó él bruscamente, todavía unos pasos detrás de ella.

Anne agitó la mano y enderezó la columna. «Nada. Deberíamos apurarnos». Apretando los dientes contra el dolor, marchó bastante rígidamente por el camino.

Un par de lacayos los saludaron en la entrada del laberinto. Durante todo el día, mientras caminaban por toda la finca, había notado varios grupos de espectadores deambulando cerca del laberinto mientras otras parejas intentaban llegar a la salida lo más rápido posible.

En realidad, estaba agradecida de que fueran los últimos en llegar y de que nadie se quedara allí. Sin duda, la mayoría de los demás invitados se habían retirado a sus habitaciones para descansar y prepararse para la cena. Anne haría lo mismo si tuviera la oportunidad. De hecho, la idea de un baño caliente y un bálsamo calmante para los pies podría ser la motivación perfecta para superar rápidamente esta actual prueba.

Cuando los dos entraron en el laberinto, miró a su compañero. «¿Qué tipo de estrategia le gustaría emplear?».

Él arqueó una ceja gruesa. «¿Estrategia? ¿No es el objetivo atravesarlo lo más rápido que podamos?».

«Por supuesto. Pero este laberinto es conocido por ser uno bastante complejo». Miró hacia los dos posibles caminos que tenían frente a ellos. Uno avanzaba recto y mostraba varias intersecciones, el otro continuaba hacia la izquierda antes de girar a la derecha. «El método más fiable sería mantener la mano derecha en la pared en todo momento. Debería llevarnos inevitablemente a la salida, pero tomará tiempo atravesar cada curva de la pared». Ella frunció el ceño.

«Como ganar depende de tener el tiempo más rápido, sin duda otros optaron simplemente por apresurarse, confiando únicamente en la suerte».

«Me parece bien», señaló mientras avanzaba a grandes zancadas.

«Pero podríamos terminar completamente perdidos con la misma facilidad», argumentó Anne mientras lo seguía, extendiendo los dedos para rozar los setos a su derecha. «Y una vez que perdamos de vista la entrada, no podremos usar la estrategia de la pared ya que podríamos terminar siguiendo una estructura interna que está desconectada de la pared que contiene la salida».

Él no la estaba escuchando en absoluto mientras tomaba una bifurcación a la izquierda en una elección decididamente frustrante que anulaba por completo su estrategia de la mano derecha.

La exasperación hizo que su voz sonara aguda. «Sr. Thomas, deberíamos abordar esto con un poco más de consideración».

Él respondió sin siquiera molestarse en mirarla, «acaba de decir que seguir la pared será tardado y no tengo ningún deseo de permanecer atrapado con usted en este laberinto más tiempo del necesario. Anne sospechaba que su comentario no tenía la intención de ser un insulto personal hacia su compañía, pero no pudo evitar tomarlo exactamente como eso. Si esta iba a ser su actitud durante esta tarea, estaba completamente de acuerdo en que lo hiciera lo más rápido posible. Como claramente no tenía intención de seguir su consejo, ni siquiera se molestó en mencionar otras estrategias. Pero se las arregló para doblar una rama para marcar su paso mientras él hacía otro giro impulsivo.

Entrecerró los ojos en una mirada feroz y ardiente hacia la ancha espalda del hombre. Él podría desear atravesar el laberinto sin pensarlo dos veces, pero eso no significaba que ella tuviera que hacerlo.

#

«Maldita sea».

Beynon no tenía la intención de murmurar la maldición en voz alta. Ya anteriormente, había logrado mantener a raya casi una docena de maldiciones, pero la hora que habían pasado encontrando callejones sin salida y falsas avenidas había desgastado su autocontrol y ya no tenía los medios adecuados para moderar su frustración.

«Señor Thomas».

Podía sentir la molestia en el tono de su compañera. Golpeó sus sentidos como un buen látigo. En verdad, estaba bastante sorprendido de que la mujer no hubiera hablado más de lo que lo había hecho mientras los llevaba más y más profundamente en lo que comenzaba a sospechar que era un laberinto imposible. Esperaba que una letanía de

quejas comenzara en cualquier momento. Hasta ahora, después de sus protestas iniciales, solo intervino cuando llegaban a una divergencia en el camino para expresar una sugerencia sobre qué camino deberían tomar. A veces estaba de acuerdo con su recomendación. Otras, no.

Cuando él no lo estaba, casi siempre escuchaba un suave suspiro. Pero la dama se abstuvo de discutir más. Al principio, había agradecido su silencio, pero ahora dudaba de su dirección y deseaba en silencio haber depositado más fe en las estrategias de Lady Anne.

«Señor Thomas».

Su tono se había vuelto más agudo y, si no se equivocaba, más distante.

Inmediatamente se detuvo para mirarla por encima del hombro. Ella se había sentado en uno de los muchos bancos de piedra pequeños distribuidos por todo el laberinto. Sus rasgos finos estaban tensos y su piel ligeramente enrojecida. Aunque el rosa en sus mejillas podría haber sido por el ritmo bastante castigador que él les había impuesto, sospechaba que había un saludable matiz de frustración coloreando su actitud rígida.

Con un profundo suspiro y una rápida mirada al cielo, que comenzaba a pasar de azul a un suave gris violeta, se acercó a su compañera.

«Necesito un momento antes de continuar», explicó.

«Un momento», concedió bruscamente mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. «Calculo que apenas tenemos otra media hora antes de que oscurezca».

«Estoy consciente». Su tono era decididamente brusco.

La dama estaba molesta.

Estaba a punto de decir algo sobre tomarse la competencia demasiado en serio cuando notó que ella hizo una mueca de dolor. Fue tan leve, rápida y sutil que casi no la notó. Hizo una pausa y entrecerró la mirada.

Ahí estaba otra vez. Era una breve tensión alrededor de su boca mientras ajustaba sus pies debajo de sus faldas.

Maldita sea.

Debería fingir que no se había dado cuenta. Eso debería hacer un caballero, ¿no? Que ella estuviera tan decidida a ocultar cualquier incomodidad que estuviera experimentando significaba que no quería que él lo supiera. Debería respetarlo.

Estaba a punto de mirar hacia otro lado cuando ella bajó la barbilla y se mordió los labios mientras cerraba los ojos.

Maldita sea.

«¿Qué sucede?», preguntó él. Reconoció la brusquedad en su tono y por eso no se sorprendió mucho cuando la dama lo miró con una expresión firmemente en blanco.

«¿Qué pasa, señor Thomas?».

«Tiene dolor, lady Anne. ¿Cuál es el problema?».

«Ninguno», respondió con rigidez.

¿No le había dicho ya una vez que era una mentirosa terrible?

«Entonces, sigamos».

Se dio la vuelta para alejarse, pero luego miró rápidamente hacia atrás para observarla.

Ella se levantó muy lentamente, con tiento, observando sus pies. Su rostro era una máscara de resignación estoica. Parecía que seguiría adelante a pesar de lo que la angustiaba, hasta que dio su primer paso. Todo su cuerpo se estremeció y se mordió con fuerza el labio inferior.

«Siéntese», ladró.

Pensó que ella protestaría, pero se sentó de nuevo en el banco con un suspiro ahogado.

«Solo necesito un minuto o dos», insistió con los dientes apretados.

«Claro que sí», se arrodilló frente a ella. «Muéstreme sus pies».

Ella jadeó con indignada sorpresa.

«No lo haré».

Él la miró con expresión oscura y autoritaria. Su tono no dejaba lugar a disentirlo.

«Sus pies, lady Anne».

El orgullo estalló en las profundidades de su mirada feroz, pero apoyó las palmas de las manos en el banco y levantó los pies hasta las manos que él le tendía.

Los zapatos que llevaba eran de satén suave con una suela de cuero resistente. No detectó nada que pudiera causar el tipo de incomodidad que ella mostraba. Pero cuando cambió su agarre y sus dedos rozaron sus talones, ella inhaló rápidamente.

«Levántese las faldas».

Su voz era más tensa que resistente cuando respondió, «no creo...».

«Le aseguro que no tengo intenciones diabólicas. Ahora, haga lo que le digo o nos quedaremos atrapados en este laberinto por el resto de la maldita noche».

Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa ante el uso de la maldición, pero se recuperó lo suficientemente rápido. «Bien. Pero no es nada. Solo un par de ampollas por todo el caminar de antes. Estaré perfectamente bien cuando tenga la oportunidad de atenderlas».

Mientras hablaba, jaló sus faldas, deslizándolas hacia arriba por sus delgados muslos unos escasos centímetros. Solo lo suficiente para quitarle el dobladillo de los pies y los tobillos.

La gravedad del problema se hizo evidente de inmediato por las

manchas de color marrón rojizo oscuro que empapaban los tacones de ambas zapatillas. La obstinada mujer sangraba y llevaba un tiempo así.

Beynon murmuró una dura maldición mientras aflojaba el cierre de un zapato antes de empezar a quitárselo con cuidado.

«¿Qué está haciendo?», preguntó ella bruscamente, tratando de liberarse de su agarre.

Pero él había previsto la reacción y la sujetaba con firmeza por el tobillo. Sus rasgos tenían una expresión obstinada, pero había un pánico innegable en sus ojos.

«Estos zapatos están provocando más daño. Están flojos».

«Pero...».

La detuvo con su mirada más feroz. La que usaba cuando su hermana menor y más testaruda pensaba que podía anular sus dictados.

Las protestas de la lady se apagaron. Con la columna todavía recta y los ojos centelleantes, giró la cabeza para mirar fijamente a algún punto en la distancia cercana.

Después de quitarle el primer zapato, hizo lo mismo con el otro. Las finas medias de la mujer no habían hecho nada para proteger sus heridas de la fricción constante causada por su interminable caminata a través del laberinto. Y él había marcado un ritmo muy duro. Sin embargo, ella nunca le había pedido que fuera más despacio o que descansaran, hasta ahora.

Mujer testaruda y orgullosa.

Capítulo Doce

«¿Por qué demonios no dijo nada?», exigió él enfadado.

Hubo una pausa. Luego, ella contestó, «¿Para decir qué exactamente?».

Su voz era tensa y cortante. Beynon levantó la vista y se sorprendió al ver un destello de mal genio iluminando sus ojos de ensueño.

«De verdad, señor Thomas, ¿había algo que pudiera haberle dicho durante la última hora que lo hubiera convencido de prestar atención? ¿Algo que pudiera haber anulado su insistencia fija en hacer exactamente lo que deseaba? Dejó muy en claro desde el comienzo de esta miserable tarea que no tenía intención de considerar nada de lo que yo dijera».

Beynon fulminó con la mirada sus acusaciones. No eran del todo falsas. Pero no estaba acostumbrado a que su comportamiento, posiblemente obstinado, fuera catalogado tan abiertamente. «Si hubiera dicho que tenía dolor...».

«¿Qué habría hecho?», interrumpió ella con las cejas arqueadas con incredulidad. «¿Seguiría quejándose de que las mimadas damas inglesas no pueden soportar un simple paseo?».

Maldita sea. Tampoco estaba del todo equivocada en eso. «Así que, ¿decidió que su orgullo valía más que su sangre?», preguntó con dureza.

Sus ojos brillaron. «A veces, el orgullo es todo lo que tiene una mujer».

El tono de su voz y la posición de su barbilla de repente le recordaron a su madre, una mujer cuya calidez y gracia estaban sostenidas por una voluntad de acero.

Se miraron el uno al otro ferozmente por un momento. Luego la dama respiró hondo para tranquilizarse. Cuando habló de nuevo, su voz era tranquila y casi irritantemente razonable. «Entiendo si no le gusto particularmente, Sr. Thomas. Está bien. No tenemos que ser amigos. Ciertamente no es un requisito para una buena relación», hizo una pausa y la comisura de su boca se levantó con tristeza antes de agregar, «pero no creo que pueda hacer mucho daño mostrar un poco más de cooperación».

Aunque Beynon se sintió un poco avergonzado por su pequeño y efectivo sermón, no estaba dispuesto a admitirlo. En cambio, mantuvo su expresión duramente impasible mientras su mirada directa y esperanzada vagaba tentativamente por sus rasgos. Pero a medida que el momento de silencio se alargaba, la confianza y el

fuego en su actitud se desvanecieron lentamente. El espacio entre sus cejas se frunció y un profundo suspiro elevó sus hombros.

Beynon estuvo a punto de decir algo entonces, pero su mandíbula permaneció ferozmente apretada cuando finalmente miró hacia otro lado.

Al darse cuenta de que todavía sostenía sus pies en sus manos, los bajó suavemente al suelo. Pero cuando se inclinó hacia adelante para apoyar su mano en el banco en preparación para levantarse, su rápida inhalación atrajo su atención de nuevo a su rostro.

Sus pestañas revolotearon como si quisiera bajar la mirada, pero luchó contra eso y él quedó instantáneamente capturado por las curiosas chispas de luz que brillaban desde las profundidades del azul y el verde. No podía apartar la mirada. No podía levantarse. Ni siquiera podía forzar una distancia entre ellos que de repente se había vuelto muy necesaria.

Al centrar su atención en su boca y labios, estos se separaron en una inhalación brusca, provocando que algo se tensara en lo más profundo de él.

Maldita sea. Iba a besarla.

Era un hecho.

Incluso cuando reconoció que era una idea horrible, levantó una mano hacia el costado de su cuello. Cuando sus dedos presionaron el pequeño hueco en la base de su cráneo y su pulgar rozó el borde de su mandíbula, se inclinó hacia ella.

Él tuvo una rápida impresión de la sorpresa en los ojos de ella, antes de que sus pestañas lo cubrieran y presionara su boca contra la de ella.

Sus labios eran más suaves, más dulces de lo que había imaginado, no es que hubiera imaginado la sensación de ellos en absoluto hasta hace un momento. Pero cuando rozó su boca con la de ella, sintió como si hubiera estado esperando este beso durante mucho tiempo y se preguntó por qué demonios se había estado negando a sí mismo un placer así.

Cuando su sorpresa inicial desapareció y el arco de su cuello se relajó en su mano, pasó la lengua contra la suave separación de sus labios. Su jadeo le provocó un escalofrío en la columna y le hizo un nudo en el estómago. Pero cuando ella extendió la mano para curvar la superficie de su muslo y su lengua se deslizó entre sus dientes para deslizarse suavemente por la de él, una oleada de lujuria pura se dirigió hacia su ingle. Fue tan aguda, intensa e inmediata que se tensó mientras un gemido llenaba su pecho.

Por desgracia, ella sintió su sorpresa y un pequeño sonido quedó atrapado en su garganta. Sus dedos se apretaron sobre su muslo y luego lo soltaron mientras ella se apartaba suavemente.

Mierda. Lo había arruinado. Si hubiera podido controlar su reacción, todavía podría estar besándola, explorando su dulzura. En cambio, vio cómo sus ojos se abrían y su respiración rápida y desesperada bañaba sus labios.

«¿Por qué hizo eso?», preguntó, con la voz ligeramente temblorosa.

Él no respondió. No podía. No sabía por qué.

O tal vez sabía exactamente por qué, pero no podía formularlo en palabras adecuadas en ese momento.

Así que, en cambio, se puso de pie abruptamente. Después de recogerle los zapatos con una mano, se inclinó hacia delante y la levantó en brazos también.

«No. ¡Espere! ¿Qué está haciendo?».

«No puede caminar con los pies ensangrentados», se quejó con voz ronca, todavía luchando contra su deseo feroz e inesperado.

«Sí puedo. Estaré bien», protestó ella mientras sus elegantes manos se aferraban a su abrigo en un intento de encontrar apoyo en sus brazos.

«No tenemos tiempo para discutir esto, lady Anne», observó él, «tal como están las cosas, estará completamente oscuro para cuando encontremos la manera de salir de aquí».

«Encontraremos nuestro camino más rápido si me escucha», murmuró ella.

«Bien», concedió él bruscamente. Cuanto más intensamente se concentraran en el laberinto, menos probable era que él pensara en lo que acababa de ocurrir o en el encantador peso y calidez de su cuerpo en sus brazos. «Pero pensé que había dicho que no podíamos usar su estrategia una vez que dejáramos la entrada».

«Si se hubiera molestado en escucharme antes, sabría que hay más de una estrategia». Su expresión se mostraba presumida y contrita al mismo tiempo.

El deseo se encendió dentro de él una vez más. Se obligó a ignorarlo mientras levantaba una ceja en señal de interrogación.

«Doblaba una rama cada vez que entrábamos en un nuevo pasaje. Dos ramas en los callejones sin salida o si nos encontrábamos dando la vuelta para volver a la marca inicial. Mientras tratemos las marcas dobles como un muro infranqueable, al final encontraremos el camino correcto hacia la salida.

Quería sentirse irritado e insultado por su falta de fe en él, pero no podía evitar admirar su obstinada astucia.

«Muy bien, entonces. ¿Por dónde, lady Anne?».

«Deberíamos empezar por regresar por donde vinimos, ya que hemos pasado por aquí dos veces. Pero realmente no es necesario que me lleve cargada, señor Thomas. Imagino que soy una carga bastante

pesada».

Emitió un gruñido breve mientras se dirigía hacia la dirección que ella le indicaba. «Menos carga que una oveja adulta».

«¿Disculpe?», su tono era solo ligeramente indignado. «¿Acaba de compararme con el ganado?».

El destello de diversión fue inesperado y casi no logró reprimirlo. «Puede que sí».

El silencio siguió durante varios pasos más y empezó a sospechar que realmente había insultado a la dama.

«¿Entonces carga ovejas a menudo?».

Se las arregló para encogerse de hombros a pesar de tenerla en sus brazos. En realidad, no era muy pesada. Su altura inusual coincidía con una figura delgada. «En ocasiones».

«¿Por qué?».

Su pregunta sonaba genuinamente curiosa.

«Para llevarlas al establo para esquilarlas o para moverlas de un pasto a otro».

No tuvo que mirarla a la cara para sentir su sorpresa con los ojos muy abiertos.

«¿Las mueve todas a mano?».

«Por supuesto que no». La miró de reojo y le dirigió una mirada intencionalmente oscura. «Solo a las testarudas».

Algo inesperadamente desafiante brilló en sus ojos un momento antes de que soltara un pequeño bufido y apartara la mirada.

Le tomó más esfuerzo del que debería resistir el impulso de reírse.

#

Con el Sr. Thomas finalmente siguiendo sus instrucciones, solo les tomó otros diez minutos encontrar la manera de salir del laberinto. Anne no sabía si debía estar agradecida o arrepentida de que hubieran salido tan rápido. La sensación de ser llevada contra el sólido pecho del hombre era una experiencia singular. Una que no tenía idea de cómo procesar adecuadamente a través de sus sentidos, ya que cada uno de ellos se abrumaba por turnos.

El señor Thomas era simplemente demasiado para que ella pudiera asimilarlo todo a la vez. El calor de su cuerpo y la fuerza de hierro de sus brazos alrededor de su espalda y debajo de sus rodillas. Su aroma, oscuro, misterioso y maravillosamente áspero. La forma en que su voz gruñona se filtraba a través de su carne y sangre hasta la profundidad de sus huesos. Su perfil, tan duro e inquebrantable contra las oscuras hileras de setos que pasaban. El sabor de su beso en su lengua.

Se había quedado tan sorprendida en ese momento cuando él se inclinó hacia ella, su gran mano cálida y fuerte alrededor de su nuca,

que apenas había tenido un momento para pensar en lo que estaba sucediendo. Ella había recurrido al instinto mientras cerraba los ojos y se mantenía quieta y receptiva, una parte de ella temía hacer algo en caso de que pudiera interrumpir su intención.

La primera y encantadora presión de su boca había sido una revelación.

Anne nunca había sido besada, pero en todas sus imaginaciones privadas de cómo podría sentirse, se había quedado muy lejos de la realidad. Para un hombre con modales tan bruscos, los labios del Sr. Thomas habían sido sorprendentemente suaves. La sensación había sido similar a la de la seda más fina rozando sus labios.

Pero luego su lengua, ese repentino toque de fuego entre sus labios.

Había sido sorprendentemente inesperado y una sensación tan diferente… tan decadente y perversa.

Había querido más. Había querido sentir la textura cálida y húmeda de su lengua con la suya y no había dudado en buscarlo. Pero ahora, mientras recordaba ese momento, se dio cuenta de que eso fue lo que detuvo el beso. Había escuchado el sonido áspero que él había tratado de contener. Había sentido que el músculo de su muslo se endurecía bajo su mano antes de darse cuenta de que lo había agarrado. Su audacia lo había sorprendido. La recatada y correcta Lady Anne Humphries había *sorprendido* al 'Diablo Galés'.

Si no lamentara cómo había terminado su beso mucho antes de que estuviera lista, podría haberse reído de la idea.

Cuando salieron del laberinto, uno de los lacayos que esperaban se ofreció a buscar un carro, pero Thomas gruñó una negativa. «La he traído hasta aquí, estoy seguro de que puedo llevarla sana y salva de regreso a la casa».

Anne metió la barbilla para ocultar el rubor que calentaba sus mejillas.

Una vez que entraron al pasillo, hizo un intento más para que la bajara.

«Si bien aprecio su galantería, señor Thomas, siento que debería abrirme camino sola desde aquí».

Ni siquiera se molestó en detener sus largas zancadas mientras continuaba hacia la escalera principal, aunque la siguió con una mirada dura que hizo que su estómago se sintiera extrañamente efervescente.

«Permítame esto, lady Anne».

Sus palabras fueron dichas en voz baja, casi íntimamente. Y sintió como si hubiera un dejo de disculpa en la profundidad de la voz de barítono.

¿Se arrepentía de no haber escuchado su consejo sobre el

laberinto? ¿O de haberla besado?

Afortunadamente, solo se encontraron con algunos sirvientes en el camino mientras ella dirigía a su escolta hacia la habitación de invitados que le habían asignado. Con la hora tan avanzada, los otros invitados sin duda se estaban preparando para la cena, algo que tendría que hacer rápidamente si esperaba finalmente cuidar sus pies y evitar llegar groseramente tarde.

Su doncella estaba esperando cuando el Sr. Thomas abrió la puerta de su habitación sin siquiera cambiar su peso. La sirvienta se giró con los ojos muy abiertos al ver a Anne en los muy capaces brazos del caballero.

«¡Oh, milady! Estaba muy preocupada. Estaba a punto de enviar a alguien a buscarla. ¿Se ha lastimado?».

«Nada de qué preocuparse», aseguró rápidamente Anne.

Pasando a grandes zancadas junto a la ansiosa doncella, el Sr. Thomas bajó a Anne a un cómodo sillón cerca del fuego. Hubo un momento en que él se inclinó sobre ella, con los brazos todavía alrededor de su cuerpo, sus hombros bloqueando el resto de la habitación, en que su mirada oscura encontró la de ella.

Su cuerpo se encendió con un millón de chispas.

Porque la pesada intensidad en sus ojos era exactamente como había sido en el laberinto, justo antes de que la besara. La dura resistencia. El presentimiento silencioso. La *confusión*.

Una parte de ella quería sentirse insultada por el desconcierto en sus ojos, pero lo entendía. El hombre apenas la toleraba. El beso había sido claramente un error impulsivo.

Pero no pudo evitar preguntarse... si su doncella no la hubiera estado esperando, si estuvieran solos en este momento, ¿la besaría de nuevo?

Incluso mientras tenía el pensamiento, la soltó y dio un paso atrás para entregarle las zapatillas arruinadas a la sirvienta. «Sus pies necesitarán atención».

«Sí, señor. Por supuesto».

Estaba a mitad de camino a través de la habitación cuando Anne logró llamarlo. «Sr. Thomas, realmente debemos concertar un tiempo para ensayar nuestra lectura». Ni siquiera miró hacia atrás mientras gruñía una respuesta. «Más tarde».

Y luego, se marchó.

Capítulo Trece

Como de costumbre, Anne se despertó temprano a la mañana siguiente. Después del desayuno, se dirigió al sitio especificado para su siguiente tarea: pintar un retrato. A cada pareja competidora se le había asignado una ubicación por sorteo, lo que colocó a Anne y al Sr. Thomas en un rincón lejano del jardín. Como se esperaba que el evento de hoy tomara una cantidad significativa de tiempo, era el único programado para el día. Algo por lo que Anne estaba bastante agradecida. Los últimos días habían sido bastante difíciles. Físicamente... y en otros sentidos.

Al menos el evento de hoy era algo que le daba mucho placer y no era terriblemente agotador. Lo mejor de todo era que finalmente iba a poder pintar al Sr. Thomas, lo que le daba una pequeña emoción bastante intensa.

El jardín estaba tranquilo bajo la suave luz del sol de la mañana mientras Anne caminaba lentamente por el sendero hacia la esquina suroeste del jardín. Por exploraciones anteriores, sabía que ese lugar estaba bien sombreado debajo de un roble frondoso, con una hilera de setos altos a un lado y macizos de flores desenfrenados que mostraban una gama de colores al otro. A esa hora del día, la iluminación sería suave e indirecta, y aunque cada uno tendría su turno como artista y modelo, esperaba que el señor Thomas no se opusiera a permitirle tomar el pincel primero.

Cuando llegó al pequeño espacio con césped, vio que habían colocado dos caballetes juntos con un taburete alto cerca de una mesa que contenía una variedad de pinceles, una serie de bloques de pigmentos de acuarela en todos los tonos y varios otros elementos necesarios para la tarea que tenían por delante, incluidas batas para proteger su ropa.

Anne hubiera preferido tener sus propias pinturas, pero al examinar las que le habían proporcionado, reconoció que serían más que adecuadas. Lily ciertamente no hacía nada a medias.

Tomando la bata más pequeña, deslizó sus brazos por los tirantes estrechos de los hombros, luego envolvió los largos cordones del delantal alrededor de su cintura y los ató firmemente por delante. Había elegido intencionalmente un vestido que tenía mangas cortas y estaba desprovisto de volantes que pudieran estorbarle.

Había empezado a ordenar las pinturas y los pinceles a su gusto cuando oyó pasos detrás de ella.

Un delicado escalofrío recorrió sus nervios, encendiendo pensamientos que había mantenido latentes toda la mañana. Una

respiración de conciencia y sus esfuerzos se desvanecieron.

¿Cómo demonios iba a pasar las siguientes horas mirando al hombre cuando lo único en lo que podía pensar era en cómo la había besado? La noche anterior, le había llevado horas de análisis en la oscuridad de su dormitorio convencerse de que el beso no había sido más que un impulso extraño desencadenado por la frustración y la proximidad de haber quedado atrapada en el laberinto.

Sin duda, el señor Thomas lamentaba el acto y probablemente se había jurado a sí mismo que nunca se repetiría. En ese caso, Anne había decidido que sería mejor actuar como si nunca hubiera pasado.

Apenas logró recordarse esa decisión cuando él se acercó a ella y su corazón dio un pequeño vuelco violento. Forzando una apariencia de calma que no sentía en absoluto, Anne inclinó la cabeza para mirarlo. Y olvidó todo lo que ella podría haber dicho.

Sus ojos casi negros se encontraron con los de ella y sus rodillas se debilitaron. La fuerza y la amplitud de él se sentían demasiado grandes bajo las ramas anchas del roble, pero quería entrar en él y sentir esa fuerza rodeándola.

¿Cómo podía un hombre sentirse tan peligroso y tan seguro al mismo tiempo?

Qué tontería.

Volvió a mirar las pinturas y logró murmurar un suficiente, «buenos días».

En lugar de devolver el saludo habitual, él se estiró más allá de ella para recoger uno de los pinceles con sus dedos callosos.

Su tono era despectivo mientras refunfuñaba, «no puedo creer que alguien haya pensado que esto sería una buena idea».

Anne, que ya estaba nerviosa, se tomó su comentario como algo personal. El hecho de que las acuarelas a menudo se vieran como un pequeño pasatiempo pintoresco para señoritas no significaba que no fuera una verdadera forma de arte. «Pintar es un pasatiempo tan digno como pescar o cazar, señor Thomas», respondió secamente.

Él se inclinó sobre ella de nuevo para dejar el cepillo en su sitio y sus palabras le revolvieron el pelo de la sien cuando respondió, «no cuando yo lo hago».

Ella parpadeó y levantó la mirada para encontrarlo viéndola de cerca, y con demasiada intensidad. Intentando no mostrar lo profundamente que la afectaba su cercanía, su calidez que emanaba, su concentración intensa y su aroma terroso, Anne preguntó, «¿tiene alguna experiencia con esto?».

Las comisuras de su boca se levantaron en una sonrisa autocrítica que hizo que sus huesos se derritieran. «Ninguna en absoluto».

Primero, sus huesos y ahora su cerebro. Dios mío, no permita

que su corazón sea el siguiente.

Se giró para mirar el caballete más directamente, dándole la espalda al hombre que claramente tenía la intención de destruir su equilibrio y su cordura. Aunque creyó oírlo dar un suave resoplido, lo ignoró y un momento después él se alejó de ella para caminar hacia el roble. «¿Cómo le gustaría verme?».

Su pregunta fue áspera e impaciente, lo que demostró el regreso de la actitud típica del hombre. Anne se sintió aliviada. No tenía idea de qué hacer con los tonos aterciopelados que había usado hacía un momento.

Levantó la vista y lo vio de pie, con los brazos cruzados y la barbilla baja, como si esperara enfrentarse a un adversario largamente esperado.

Le encantaría pintarlo de esa manera. Todo feroz, desafiante y magnífico.

Pero no hoy.

Hoy, quería algo diferente. Algo más tranquilo. Más calmado.

«¿Por qué no se sienta y se recuesta contra el árbol?».

Con una expresión pesada que no hizo nada para ocultar su evidente incomodidad, se sentó en el césped e hizo lo que ella sugirió.

Anne negó con la cabeza. «No hay necesidad de ser tan rígido y correcto, Sr. Thomas. Trate de imaginar que ha estado caminando por el campo y decidió tomar un breve descanso».

Suspiró mientras cambiaba su peso, permitiendo que su columna tuviera una curva más natural. Entonces, dobló una rodilla para plantar el pie en la hierba y le lanzó una mirada de exasperación.

Estaba mejor así. Si tan solo se relajara un poco más...

«Cuénteme algo sobre su casa, señor Thomas», sugirió en tono de conversación mientras tomaba un pequeño lápiz de grafito y comenzaba a esbozar su idea.

Los retratos no eran por lo general su tema elegido cuando pintaba, pero había algo en el señor Thomas que la inspiraba de maneras que nunca había experimentado. Quería capturarlo como un hombre que se sentía cómodo siendo un elemento de la naturaleza. Un hombre de la tierra, la hierba y los árboles. Un hombre del aire fresco de la mañana y de los espacios abiertos. Casi podía imaginar un pastizal de colinas onduladas detrás de él con flores silvestres y ovejas en la distancia.

Al concentrarse en su boceto, tardó un momento en darse cuenta de que no había respondido a su comentario. Hizo una pausa y miró a su sujeto para encontrarlo mirándola de esa manera.

Melancólico, silencioso, anticipando.

«¿Por qué haría eso?».

Ella parpadeó. ¿Tenía que estar siempre tan decidido a ser

difícil?

«Bueno, podría ser una buena manera de llenar el tiempo. Y supongo que esperaba que la conversación lo ayudara a relajarse un poco», agregó con un dejo de desafío en su tono.

Su ceño fruncido se profundizó, pero cambió su peso a una posición ligeramente más natural. «¿Qué quiere saber?».

Ella ocultó su sonrisa mientras volvía a prestar atención a su dibujo. «Ayer mencionó ovejas. ¿Las cría?».

Hubo una pausa después de su pregunta, durante la cual Anne recordó con qué frecuencia las malas lenguas habían usado el rumor de que él era granjero como una herramienta para degradarlo. Preocupada de que pudiera haberlo insultado con el tema que había elegido, trató de pensar en un tema menos potencialmente delicado.

Pero entonces él respondió, y aunque sus palabras fueron un poco breves, había una calidez interesante en su tono. «Las criamos, las reproducimos y las esquilamos para vender la lana».

Aliviada de que él estuviera dispuesto a hablar sobre algo que a ella realmente le interesaba, mantuvo un tono ligero con su siguiente pregunta. «Si pudiera elegir hacer otra cosa, ¿lo haría?».

Terminó el boceto básico de su idea y pasó al tinte, eligiendo un color dorado pálido que quedaría bien debajo de los colores más intensos que planeaba agregar.

Su respuesta llegó después de otra pausa. «Probablemente no».

Anne lo miró entonces. «Disfruta su trabajo».

Su respuesta fue un sonido ronco y un sutil asentimiento que reconocía la verdad de su afirmación.

Regresó a sus pinturas, sin esperar que él dijera más.

Pero lo hizo.

«Tenía diez años cuando mi madre se casó con mi padrastro y nos mudamos a la granja. Aprendí rápidamente que mis días estarían llenos de trabajo duro. Pero aún así era mucho mejor que la vida que habíamos tenido antes».

Su voz se volvió pesada con las últimas palabras, y aunque Anne estuvo tentada de mirarlo, no quería correr el riesgo de interrumpir su inesperada voluntad de compartir.

«No quería que me gustara el hombre que había cortejado a mi madre durante años, antes de convencerla finalmente de que se casara con él», añadió con un dejo de reflexión en su tono. Pero la paciencia de Cedric Thomas era infinita. Incluso cuando se trataba de un muchacho con más ira que sentido común. Aprendí todo de él. No solo sobre la agricultura, sino también lo que era ser un hombre que protegía y proveía para su familia. Supongo que es natural que llegara a valorar las cosas que hacía». Respiró lentamente. «Lo único que amaba más que la granja éramos nosotros».

Sintiendo el peso y la profundidad del último comentario, Anne levantó la vista y lo vio mirando fijamente una brizna de hierba que sujetaba entre sus grandes dedos. Había un claro aire de tristeza en él.

«¿Ya falleció?», preguntó.

Él asintió. «Hace tres años. No soy su hijo de sangre, así que no tuvo que cederme la granja, pero los hijos que él y mi madre comparten son más jóvenes». Dejó caer la brizna de hierba y luego la apartó de donde había caído sobre su muslo. «Supongo que me la dejó porque yo era el único capaz de gestionar las cosas».

«O quizás porque sabía que a usted le encantaría tanto como a él», sugirió Anne en voz baja.

Su mirada oscura se encontró con la de ella. Por la pesadez y profundidad de sus ojos, Anne pudo ver que todavía lloraba al hombre que lo había criado. Y sospechaba que trabajaba duro todos los días para enorgullecerlo.

Con un suave carraspeo, reanudó su pintura. «Hábleme de sus hermanos. ¿Tiene hermanos o hermanas?».

«Tres hermanos. Todos son unos miserables bribones», se quejó, pero una vez más, la calidez en su tono era innegable. «Y dos hermanas. Una casi adulta y la más joven de apenas cuatro años y una gran prueba para mi paciencia».

Anne sonrió ante el orgullo en su voz. «Me imagino que la señorita Claybourne se lleva muy bien con todos ellos».

«La señorita Claybourne nunca los ha conocido», respondió, con una sutil dureza en su tono. Pero luego agregó, «aunque creo que tiene razón».

Sabía que no era asunto suyo, pero algo en su interior la impulsaba a preguntar de todos modos. «¿Por qué nunca se han conocido?».

Suspiró con fuerza y entrecortado. «Hace un par de años que me enteré de los otros hijos bastardos de mi padre».

Se había preguntado si ese había sido el caso. «¿Fue muy difícil descubrir la existencia de medios hermanos de los que no sabía nada antes?».

«Al principio», respondió bruscamente, «pero son un grupo persistente».

Anne sonrió. «Solía preguntarme cómo sería crecer con hermanos y hermanas».

«Ruidoso. Sin un momento de paz».

Ella se rió y reflexionó, «aun así, habría sido bueno tener a alguien».

Su expresión pareció oscurecerse ante sus palabras y ella rápidamente miró hacia otro lado. Nunca le había admitido eso a nadie y la dejó sintiéndose desagradecida considerando todo lo que él

había soportado. No tenía motivos para quejarse, como su padre había expresado a menudo. Obligada a volver a concentrarse en su pintura, rápidamente se concentró en los detalles de su tarea mientras mezclaba el tono exacto de verde que quería o recreaba cuidadosamente la forma en que la luz se reflejaba en las anchas ramas del árbol. No tenía idea de cuánto tiempo pasó mientras aplicaba los pigmentos sobre el papel, asegurándose de que la saturación de color fuera la adecuada con cada pincelada y giro de su pincel.

Pero cuando finalmente llegó al tema principal de la pintura, su mano se detuvo.

Estudió su boceto original, todavía ligeramente visible debajo del color transparente que ya había aplicado, luego levantó la mirada hacia el hombre reclinado contra el árbol.

Algo no estaba del todo bien.

Su pose era perfecta. El ángulo de su cabeza mientras la observaba en el caballete, la forma en que uno de sus antebrazos estaba apoyado sobre su rodilla doblada y la otra mano descansaba sobre su muslo extendido, la sutil maestría física evidente en su forma relajada... Todo era perfecto.

Pero algo seguía fallando.

Bajó la barbilla para enviarle una mirada interrogativa. «Parece perturbada, lady Anne».

«Lo estoy», respondió ella y luego se mordió el labio cuando él arqueó las cejas. «Lo siento», continuó rápidamente, con el calor subiendo por sus mejillas, «es solo que… me pregunto… ¿le importaría quitarse el abrigo, por favor?».

Hubo un momento de vacilación y, por un segundo, pensó que él podría negarse. Pero luego se inclinó hacia delante y se quitó la prenda de los hombros antes de liberar sus brazos. Dobló el abrigo y lo dejó sobre el césped a su lado antes de recuperar su posición anterior.

«Y súbase un poco las mangas, por favor».

La mirada que le dirigió era escéptica, pero hizo lo que le pidió. Cuando terminó, se encontró con su mirada estudiada una vez más. «¿Mejor?».

Anne asintió. Había un aleteo en su vientre y una opresión en su pecho que le impedían responder. Eso estaba perfecto ¿Quién diría que los antebrazos desnudos de un hombre podían ser tan… atractivos?

Obligándose a volver la mirada al caballete, se recordó a sí misma que no estaba allí para contemplar con lujuria el físico del hombre. Entrecerró la mirada, sumergió y giró el pincel en el pigmento y comenzó a añadir forma y profundidad a su figura.

Después de un momento, se detuvo de nuevo para observar la pintura con el ceño fruncido crítico antes de volver a fijarse en el hombre debajo del árbol.

Parpadeó cuando vio lo que parecía ser una curva de diversión suavizando la línea firme de su boca. Seguramente, eso no era una sonrisa.

«¿Y ahora qué?», se quejó él.

No estaba muy segura.

Anne volvió a mirar la pintura. Luego al hombre. Luego volvió a su interpretación.

«Ah, eso es», exclamó en voz baja.

Dejando el pincel a un lado, se dirigió hacia él. Aunque él se puso visiblemente rígido, ella no apartó la mirada del asunto ofensivo. Se arrodilló entre sus piernas y alcanzó el pañuelo del cuello. Podía ser que estuviera atado de forma incorrecta, pero no encajaba y tenía que quitárselo. Ni siquiera se dio cuenta de que acababa de empezar a desatar el nudo hasta que levantó la mirada y vio su intensa expresión. No era oscura, exactamente, ni enfadada, ni siquiera sorprendida. Puede que hubiera un destello de diversión en sus ojos, pero seguramente se vio eclipsado por la profundidad y la pesadez que había allí mientras la miraba a la cara, a escasos centímetros de la suya.

Su vientre estalló en aleteos y sus manos se detuvieron en los pliegues blancos como la nieve de su corbata mientras el fuego la recorría. Fuego y un escalofrío hormigueante que tocó cada nervio de su cuerpo.

Trató de ahuyentarlo, y cuando eso no funcionó, simplemente eligió ignorarlo.

Con un sutil carraspeo, bajó su atención de nuevo al pañuelo y continuó desenredándolo.

Aunque sus acciones podrían haber indicado una falta de preocupación por su repentina proximidad, su cuerpo se negó a permitirle ningún respiro. Cada centímetro de ella zumbaba mientras sus entrañas se derretían lentamente y su núcleo se retorcía y giraba a través de una tormenta interna silenciosa.

Lo mejor era terminar la tarea rápidamente para poder regresar a una distancia segura.

Agarrando un extremo del largo trozo de algodón suave, lo liberó de alrededor de su cuello y lo dejó a un lado sobre su abrigo. Afortunadamente, el hombre permaneció quieto e inmóvil. Casi antinaturalmente quieto, si no fuera por la tensión ocasional de su mandíbula. Pero cuando levantó las manos hasta el cuello de su camisa para soltar los cierres, él emitió un breve sonido gutural que atrajo su atención de nuevo a su rostro.

Toda la diversión que pudiera haber estado presente antes había desaparecido por completo ahora, cuando se encontró con una mirada tan oscura y profunda que parecía infinita. Sintió como si esa mirada suya tuviera respuestas a misterios milenarios que estaba desesperada por explorar.

Su voz era áspera y apenas por encima de un murmullo susurrado mientras hablaba. «¿No se está volviendo esto demasiado escandaloso?».

¡Sí! Sí, lo es.

Ella levantó la barbilla mientras el desafío daba un ligero jalón a su boca en una sonrisa sutil. «Esto es arte».

Su risa fue cálida y baja. Un sonido íntimo, en su mayoría, contenido.

Anne bajó su atención mientras separaba suavemente las puntas de su cuello, revelando la fuerte columna de su garganta. Inexplicablemente se encontró fascinada por la sombra creada debajo del borde duro de su mandíbula. Ese hueco era de repente la cosa más intrigante que había visto nunca. Quería acariciar con los dedos su piel allí. Sin duda sería cálido y ligeramente texturizado por la tenue barba que apenas podía ver. ¿Sentiría el latido de su pulso? ¿El músculo que iba desde ese hueco hasta su hombro se sentiría tan fuerte bajo su palma como parecía?

Se inclinó hacia delante, levantando la mano.

Dios mío. Estaba perdiendo la cabeza.

Al darse cuenta de lo inapropiado de sus pensamientos e intenciones, se habría echado hacia atrás de inmediato, pero algo la detuvo. Un jalón firme en su cintura.

Miró hacia abajo con sorpresa para ver su gran mano envuelta en los cordones de su bata de pintura. Mirando su mano con los ojos muy abiertos, observó con una conciencia creciente y hormigueante mientras él apretaba el puño y la acercaba lentamente. No levantó la vista hasta que sintió su cálido aliento sobre sus labios.

El calor negro en sus ojos de párpados pesados detuvo su corazón.

«Por el arte", murmuró él con voz espesa, antes de dar un jalón final que la hizo caer contra su pecho mientras su boca se posaba sobre la de ella.

Capítulo Catorce

No era el mismo beso sin aliento del laberinto, donde sus labios habían rozado tan suavemente los de ella. Este era intenso, ardiente y lleno de intención.

Su boca estaba dura contra la de ella mientras su cuerpo grande y fuerte creaba un soporte inquebrantable para su columna vertebral que se derretía rápidamente. Un brazo la envolvió alrededor de la espalda, sujetándola segura mientras las llamas hormigueantes que había tratado de ignorar estallaban en un infierno abrumador.

Con un suave gruñido, él apretó su brazo alrededor de ella, levantándola y moviéndola hasta que su cadera se posó sobre la hierba en el espacio entre sus piernas. Ella estaba retorcida torpemente contra él, pero no le importaba. La posición le permitía sentir la dura longitud de su muslo contra su cadera mientras su vientre presionaba su ingle y sus pechos se aplastaban contra la amplia superficie de su pecho. Con la banda de su brazo alrededor de su espalda, se sintió rodeada por él. Capturada y reclamada.

La sensación la emocionó.

Aliviando un poco la presión de su boca, volvió a cambiar de posición para llevar una mano al costado de su cuello, como había hecho en el laberinto. Esta vez, su pulgar presionó contra la comisura de su boca, suavemente, pero con una presión firme, hasta que sus labios se separaron.

Un bajo sonido de triunfo lo recorrió cuando su lengua entró en su boca con una embestida aterciopelada. Caliente, húmeda, exigente.

Anne jadeó y su lengua se retiró. Pero estaba lista cuando él se adelantó de nuevo para golpear su lengua contra la suya. Probándolo, conociendo la deliciosa sensación de él. Pronto se enzarzaron en una danza diabólica, mientras se retorcían y provocaban con caricias. Ya desesperada por su sabor, cuando él se retiró una vez más, ella lo siguió de inmediato para explorar la calidez de su boca.

¡Dios mío! El sabor de él. El calor. El estímulo áspero y sutil mientras la instaba a ir más profundo. Probar más. Tomar más.

Su cabeza dio vueltas y su cuerpo parecía agobiado por un hambre profunda que no podía comenzar a comprender. Pero tal vez él sí, porque el beso siguió profundizándose. Las caricias de su lengua se volvieron más exigentes. Él quería algo de ella, y fuera lo que fuese, ella también lo quería.

Ella levantó la mano para rodear la fuerte columna de su cuello. Sus dedos se enredaron en los mechones ondulados de su nuca y se deleitó con la sensación de su pulso contra su palma. Su piel era

tan cálida. Su cuerpo tan viril y fuerte. Quería fundirse en él.

Mientras cambiaba de posición, luchando por acercarse, sintió un espesor imposiblemente duro contra su bajo vientre. Siguiendo su instinto, se presionó contra él.

Su gemido de respuesta fue bajo y profundo y pareció atravesar el doloroso vacío dentro de ella. Ahora comprendía qué era esa dureza, y en lugar de sorprenderse o asustarse por la evidencia innegable de su estado lujurioso, se sintió fortalecida por ello.

Deslizó la lengua sobre la plenitud de su labio inferior, se retorció contra él, tratando de acercarse aún más.

Su gran mano cayó sobre su cadera y apretó. Con tanta fuerza que sintió la presión de cada dedo que le golpeaba la suavidad de las nalgas mientras el pulgar de él presionaba su vientre. Entonces empezó a amasar su carne, moldeándola con una urgencia que aumentó la suya mientras mecía con valentía su cadera contra su ingle endurecida. La asombrosa intensidad de su firme caricia y la evidencia flagrante de su excitación desencadenaron algo dentro de ella y un suave gemido de rendición se deslizó de sus labios.

No sabía si fue el sonido lo que lo detuvo o algo más, pero con un gemido entrecortado, apartó su boca de la de ella.

La respiración de Anne era agitada y su cuerpo pesado cuando abrió los ojos para verlo mirándola con ojos de un negro infinito.

Se quedaron así un momento. Todavía envueltos el uno en el otro, pero ya no se besaban. Solo se miraban y respiraban con dificultad mientras todo dentro de ella se acomodaba y tomaba nuevas formas.

Entonces, él le dio un breve y posesivo apretón en la cadera que encendió las sensaciones más deliciosas en su bajo vientre antes de pasarle la mano con una caricia pesada por el costado, hasta que la base de su mano descansó firmemente contra la curva exterior de su pecho.

Al comprender la señal tácita, Anne aplanó la palma sobre el músculo abultado de su pecho para apoyarse en una posición más estable mientras se acomodaba de nuevo sobre sus rodillas. Con la barbilla baja y la mirada desenfocada, se llevó las manos al cabello, tratando de determinar conscientemente qué tan despeinada podría verse.

Debería decir algo. Pero, ¿qué exactamente podía decir uno después de que todo su mundo se pusiera patas arriba?

Él se aclaró la garganta y ella hizo a un lado sus nerviosas atenciones, dejando caer las manos sobre su regazo.

«Deberías terminar tu pintura».

Su voz, grave e íntima, le hizo cosquillas en cada centímetro de su piel.

Pero tenía razón. La comprensión de lo fácil que alguien podría haberlos descubierto hizo que un rubor le calentara las mejillas. Aunque su vientre aún temblaba, se levantó con cuidado y se puso de pie. La pesadez en sus extremidades, que se había sentido tan lánguida y maravillosa mientras la sostenía segura en sus brazos, ahora la hacía sentir torpe y extraña mientras regresaba al caballete.

Supuso que ahora simplemente fingirían que el beso nunca había sucedido. Tal como lo habían hecho en el laberinto.

Pero no quería fingirlo. Había sido demasiado... maravilloso. Demasiado esclarecedor. Demasiado poderosamente perfecto como para ignorarlo en algún rincón oscuro, dejándola preguntándose si alguna vez volvería a suceder.

Lágrimas inexplicables le picaron los ojos mientras se sentaba en el taburete, tomaba un pincel e intentaba volver a concentrarse en la acuarela. Odiaba llorar. Nunca cambiaba nada. Y además... no importaba cuán hermosamente impresionante hubiera sido el beso, ciertamente no justificaba tal reacción.

Respiró profunda y lentamente, obligándose a mirar hacia el árbol. Él había regresado a su pose anterior con una facilidad que no debería haberla sorprendido. El cuello abierto se había aflojado aún más con sus dedos que lo agarraban. Parecía descaradamente masculino, fuerte, cómodo en su cuerpo, con una expresión amenazadora y desafiante a la vez, y muy sensual.

Sus miradas se encontraron por un momento, pero para Anne fue como si él todavía la estuviera tocando. Sus nervios se encendieron. Su respiración se entrecortó. Y su bajo vientre revoloteó con delicioso anhelo.

Pero no podía decir lo que él estaba pensando, solo lo que la hacía sentir.

Sus pensamientos permanecieron tan oscuros como siempre.

Terminó el cuadro en silencio. Cada respiración que inhalaba traía consigo un regreso a su habitual firmeza practicada hasta que una calma concentrada reemplazó la tormenta salvaje de confusión y deseo dentro de ella. En lugar de mirar al hombre, se obligó a ver solo las líneas, curvas, formas y colores. Sus pinceladas gradualmente se volvieron más seguras y concisas, moviéndose sobre el papel con un instinto fluido mientras recreaba la imagen frente a ella en la composición más grande que imaginaba.

Finalmente, dio un paso atrás y miró críticamente la acuarela. Luego, con un suspiro de liberación de tensión, dejó el pincel.

Al parecer, al darse cuenta de que había terminado, el señor Thomas se puso de pie con un movimiento rápido y firme y comenzó a acercarse a ella. «Ahora es mi turno».

Nerviosa por su repentina aproximación y por la forma en que

las cosas volvieron a girar en su interior, Anne rápidamente comenzó a aflojar los lazos de su bata.

«¿Dónde desea que pose?», preguntó mientras dejaba la bata a un lado y comenzaba a levantarse del taburete.

«Justo ahí. No se mueva».

Parpadeó y lo miró, de pie detrás del otro caballete. Ya lo había girado para mirarla y estaba comenzando a impregnar el pincel con un poco de pigmento.

«¿Sabe lo que está haciendo?», preguntó dubitativamente.

«La observé», respondió.

Sus hombros estaban tensos y sus cejas estaban peligrosamente bajas sobre su mirada, mientras que su mandíbula estaba más dura que nunca. En conjunto, parecía un poco hostil. Y aterradoramente guapo.

Ella no lo entendía, pero cuanto más amenazador y prohibitivo parecía, más intensamente reaccionaba su cuerpo.

Entonces él la miró y el tiempo se detuvo.

Totalmente cohibida, se dio cuenta de que tenía los labios separados mientras su respiración pasaba rápidamente entre ellos y sus ojos probablemente estaban desbordados por el deseo que la atenazaba.

Sus pestañas revolotearon, pero un sonido breve y áspero de él le impidió cerrar los ojos o apartar la mirada como quería. En cambio, vio cómo su atención se desplazaba de su rostro a la pintura mientras movía su pincel en audaces trazos.

Casi sonrió ante su técnica apresurada y aleatoria, pero la experiencia era demasiado fascinante para lograrlo. Solo podía mirar fijamente. Sin aliento y curiosa. Y extrañamente... estimulada.

Al cabo de apenas un minuto, al parecer, había terminado.

Simplemente hizo una pausa, echó otra mirada de ida y vuelta, luego asintió y dejó el pincel. Sin decir palabra, se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia el lugar donde había dejado el abrigo y la corbata.

Incapaz de resistir la curiosidad, Anne se levantó del taburete y dio un paso para ver su pintura.

Y se le cortó la respiración.

Era evidente que no tenía formación. Sus pinceladas no se parecían a ninguna otra que hubiera visto antes en una acuarela. No se molestó en mezclarlas y parecía que simplemente había arrojado color sobre la página sin pensar en la composición.

Sin embargo, de alguna manera funcionó.

La había pintado sentada en el taburete, con el cuerpo parcialmente girado mientras lo miraba por encima del hombro. Con movimientos mínimos de su pincel, había logrado capturar el toque de

luz del sol en su cabello, el rosa pálido que coloreaba sus mejillas y el extraño azul verdoso de sus ojos. Era innegablemente ella, aunque no se sintiera como ella.

Era demasiado atrevido. Su mirada era demasiado directa y segura. Sus labios demasiado sensuales y sus modales demasiado regios.

«Increíble». Ella no había tenido intención de pronunciar la palabra en voz alta y miró rápidamente en su dirección, esperando que no la hubiera escuchado.

Pero él la miró de reojo mientras se ponía el abrigo. «No soy pintor», se quejó.

«Es hermoso», ella murmuró rápidamente, sin querer que él pensara que lo estaba criticando de ninguna manera.

«Solo traté de recrear lo que veo».

«*¿Así* es como me ve?».

Sus ojos negros se encontraron con los de ella. Durante un largo momento sin aliento, Anne se sintió vista de una manera que nunca había experimentado. Y luego miró hacia otro lado. «No puedo quedarme», murmuró él con brusquedad. «Disculpe».

Anne solo pudo mirar con estupefacción mientras el hombre se alejaba abruptamente.

#

Beynon dobló ciegamente la esquina alrededor de un alto seto de jardín y casi atropelló a un hombre que venía en la otra dirección. Mientras ambos se enderezaban, él se obligó a contener un gruñido de fastidio.

Encontrarse con su hermano mayor en cualquier momento contenía el potencial de un cierto grado de incomodidad. Pero encontrarse con él ahora, con todo su ser hirviendo de frustraciones apenas contenidas, solo podía resultar en un desastre involuntario.

«Beynon». Después de casi dos años, el siempre correcto conde de Wright apenas había comenzado a llamarlo por su nombre de pila.

Por supuesto, Beynon no le había dado al hombre muchos motivos para antes asumir la familiaridad. Su primer viaje a Londres había durado apenas un par de semanas. Esta visita ciertamente había resultado más larga y podría haberse acostumbrado a la idea de tener tres medios hermanos y una media hermana joven desde que se enteró de ello, pero todavía había una pequeña parte de él que resentía al heredero de su padre y único hijo legítimo.

Era un resentimiento irracional y Colin había demostrado su valía muchas veces. Pero Beynon tenía una horrible tendencia a guardar rencor y su hermano mayor, lamentablemente, había asumido parte del resentimiento residual de Beynon hacia su padre biológico.

Todavía conmocionado por su experiencia con lady Anne,

Beynon no logró devolver el saludo antes de que la atención de Colin se desviara hacia algo detrás de él.

Por el sutil movimiento de la frente de su hermano, Beynon sospechó que Colin había visto a lady Anne regresando a la casa.

«¿Está todo bien?», preguntó el conde, con un tono tranquilo.

«Maravilloso».

El ceño ligeramente fruncido se dibujó en las facciones de Colin antes de que lo suavizara. «¿Cómo te va con lady Anne?».

Beynon apretó los dientes. ¿De verdad iba a tener esta conversación? ¿Ahora? «Bien».

Sosteniendo su mirada, Colin continuó, «no conozco bien a la dama, pero parece una persona amable, más bien tímida y reservada. Espero que tengas eso en cuenta en tus interacciones con ella».

Beynon entrecerró los ojos cuando la furia irracional comenzó a reemplazar el deseo que finalmente había contenido. «¿Tienes miedo de que la destroce?».

«En absoluto», respondió el conde, claramente sorprendido por la vehemencia en el tono de Beynon. «Solo entiendo lo difícil que puede ser para alguien como ella y alguien como tú encontrar un punto en común».

«¿Alguien como yo?», Beynon apretó los puños con frustración. «¿Te refieres al Diablo Galés?

La expresión de Colin brilló con algo parecido a la ira antes de que pudiera ocultar rápidamente la emoción. Luego suspiró. «No, Beynon. Me refiero a alguien con sentimientos y pensamientos que son tan fuertes y profundos». Arqueó una ceja en una expresión sardónica que era casi una réplica de la que su esposa solía mostrar. «Te das cuenta de que a veces pareces bastante antagónico».

Beynon no podía discutir eso exactamente. Era muy consciente de que no siempre era capaz de evitar que sus emociones más vehementes se reflejaran en su actitud y semblante. Pero, aunque Colin pudiera tener razón sobre él, sospechaba que el hombre era bastante extraño cuando se trataba de lady Anne. ¿Apacible? Tal vez. ¿Reservado? Tal vez la mayor parte del tiempo.

Pero definitivamente no *todo* el tiempo.

Y dudaba de que la mujer tuviera una pizca de timidez. Lo más probable es que simplemente prefiriera su propia compañía a la socialización forzada en la que participaban todos los demás.

«La subestimas», murmuró.

Colin inclinó la cabeza pensativamente. «¿Lo hago? Puede que tengas razón».

«De cualquier manera, no tienes de qué preocuparte. La dama y yo nos llevamos muy bien».

Colin no le creyó. Pero en realidad no le importaba. Solo quería

salir de la maldita conversación para poder caminar y aliviar la tensión que lo recorría, especialmente ahora que había recordado cuán *desinteresada* había sido la dama en cuestión solo unos minutos antes.

«Si tú lo dices», respondió el conde con calma. «Solo ten cuidado».

Beynon asintió brevemente antes de pasar junto a su hermano. «Disculpa».

«Te veré en la cena», gritó el conde detrás de él.

Ya no se molestó en responder.

Capítulo Quince

Teniendo en cuenta el estado de ánimo espantoso en el que se encontraba, Beynon hizo todo lo posible por no mirar con el ceño fruncido durante la cena de esa noche, pero sospechó por las muchas miradas aprensivas que recibió que estaba fallando espectacularmente.

Sin embargo, se las arregló para evitar mirar demasiado tiempo a lady Anne. Desafortunadamente, al evitar que su mirada se detuviera en la única persona que quería observar, básicamente se aseguró de que sus pensamientos permanecieran fijos en ella.

Si cerraba los ojos incluso por un segundo, podía ver claramente la forma en que ella se veía después de que él terminó de besarla debajo del roble.

Cuando sus espesas pestañas se levantaron para revelar el verde brillante y el azul que se arremolinaban en su mirada desenfocada y su aliento se deslizó superficialmente de sus labios, relucientes, rosados y regordetes por su beso, se había estremecido hasta la médula. Nunca había visto nada tan condenadamente hermoso como lady Anne atrapada en una red de deseo dichoso.

Demasiado hermoso.

Colin podía haber estado un poco equivocado en su percepción de la vulnerabilidad de la dama, pero había estado en lo cierto en una cosa. Ella no era rival para Beynon. Ni socialmente. Ni físicamente. Y seguro que tampoco románticamente.

Según los estándares de la alta sociedad, ella estaba tan por encima de él que ni siquiera podía ver su exaltada posición. Él era burdo y sin refinar mientras que ella era el epítome de la gentil gracia. Cualquiera que los mirara por un segundo podía ver que no pertenecían al mundo del otro. Ni siquiera existían en el mismo universo.

Entonces, ¿por qué demonios podía imaginarla tan claramente desnuda en su cama?

Maldita sea.

«Hola, hermano», saludó Roderick mientras se acercaba a él. Su habitual sonrisa molesta estaba firmemente en su lugar.

Beynon había esperado que, al tomar posición en la esquina del gran salón, dejaría en claro a los demás que no estaba de humor para socializar. Su hermano claramente no entendió el mensaje.

«Vete, Roderick», le advirtió. «Soy una compañía miserable esta noche».

Roderick lo miró de cerca. «Es exactamente por eso que vine a hablar contigo. Para que nadie más tuviera que hacerlo».

«Debería irme».

«Quédate».

Beynon miró a su hermano con curiosidad. Nunca había escuchado ese tono tan brusco antes.

Al ver su expresión, Roderick agregó, «tengo algo que decirte y te quedarás ahí y escucharás».

Beynon lo fulminó con la mirada. «¿Por qué tengo la sensación de que estoy a punto de recibir un sermón?».

«Porque parece que te corresponde uno. Colin dice que tú y lady Anne están teniendo una especie de confrontación».

Beynon miró hacia donde Colin estaba parado con lady Wright hablando con el Sr. y la Sra. Turner, quienes temprano ese día acababan de llegar a la finca. La Sra. Turner era la hermana menor de la esposa de Roderick y su anfitriona.

Volvió su mirada acusadora hacia Roderick. «¿Hablan de mí cuando no estoy?».

Roderick se encogió de hombros. «Colin y yo hablamos de ti. Tú y yo hablamos de Colin. Sin duda, tú y Colin a veces hablan de mí. Y los tres hablamos de Owen. La única excepción es Cailleach, que todos sabemos que prefiere expresarse de forma más directa».

Beynon frunció el ceño ante eso. El hombre tenía razón. Pero eso no hacía que el asunto fuera más aceptable.

«¿Qué pasó?», insistió Roderick. Beynon ya podía sentir que su temperamento aumentaba al sospechar a dónde se dirigía la obvia preocupación de su hermano.

«Nada».

«Puedo saber cuándo mientes, ¿sabes?». La intuición de este hermano era frustrantemente astuta, pero eso no significaba que Beynon tuviera que ceder ante su curiosidad. Ignoró a Roderick para echar un vistazo a la habitación. Desafortunadamente, su atención recayó casi de inmediato en lady Anne, que estaba hablando con otras damas.

Después de pasar las últimas horas evitando a propósito incluso el más mínimo vistazo a la mujer, ahora no parecía poder apartar la mirada de ella.

Esta noche, se había vestido de seda color rosa. No un pastel pálido, sino un tono de rosa intenso y vivo que no era muy diferente del color de sus labios después de que él la había besado tan profundamente.

Con un fuerte nudo en el estómago, apartó la mirada, solo para que se estrellara desconcertantemente contra la mirada escrutadora de su hermano.

Mierda.

«¿Sabes?», comenzó Roderick, «lady Anne ha sido una amiga

íntima de mi cuñada desde su debut. Aunque seguro como el infierno no tengo la costumbre de preocuparme por esas cosas, creo que es prudente ofrecerte una pequeña advertencia».

La irritación se encendió aún más intensamente. Primero Colin. Ahora Roderick. Y la peor parte de todo era que ni siquiera podía argumentar que su preocupación estaba fuera de lugar. No quería imaginar que supieran que ya había besado a la mujer. Dos veces.

Roderick, que no se daba cuenta de la lucha interna de Beynon ni le preocupaba, le devolvió la mirada con intensidad. «Te he oído decir miles de veces que no tienes intención de casarte con una dama de la alta sociedad londinense», bajó las cejas con aire amenazador y bajó la voz, «a la que lady Anne pertenece sin duda alguna. Lo que sea que esté ocurriendo entre ustedes dos debe detenerse o, después de todo, te encontrarás con que deberás tener una novia».

Eso era todo. Beynon había tenido suficiente.

Ninguno de sus hermanos podía decirle nada que no se hubiera dicho ya a sí mismo, y con mucha más dureza. No necesitaba sus advertencias ni sus consejos ni su noble insistencia en proteger a la mansa y bella lady Anne de sus cobardes intenciones. Incluso si provenía del deseo de protegerla, su hermano mayor tenía una manera de poner a Beynon contra la pared como nadie más. Y cuando se sentía acorralado, tenía tendencia a arremeter.

Se enfrentó a su hermano más directamente y decidió ser lo más claro posible.

«¿Tienes idea de lo ridículo que te escuchas? La idea de que algo remotamente digno de preocupación ocurra entre lady Anne y yo es absurda. Te aseguro que no tengo absolutamente ninguna intención hacia esa mujer. Deshonrosa o no. El tipo de mujer que tome como esposa tendrá que ser mucho más dura de carácter que la delicada lady Anne. Si no fuera por esta competencia infernal, haría todo lo que estuviera en mi poder para mantenerme lo más lejos posible de ella. Nunca se me ocurriría llevar a Gales a una mujer tan inadecuada».

Con la sangre ardiendo y sus palabras llenas de autocondena, Beynon tardó más de lo debido en reconocer la mirada de alarma que cruzó el rostro de Roderick a mitad de su diatriba.

Pero sí notó el sutil cambio de aire detrás de él seguido por los tonos distintivos de la voz de lady Anne mientras hablaba.

«Pido disculpas por interrumpir. Claramente, debería haber esperado a que terminaran su conversación antes de acercarme».

Beynon se volvió hacia ella con un doloroso nudo en el estómago. No había forma de que no hubiera escuchado todo lo que él acababa de decir. Aunque su vehemencia había sido autodirigida, sin duda podría haberse confundido fácilmente con rencor contra la

propia mujer. El rubor en su piel anormalmente pálida y la frialdad de su mirada dejaban muy claro que sus palabras irreflexivas y furiosas la habían herido.

Y todo lo que Beynon pudo hacer fue mirarla, con las manos todavía cerradas en puños y sus dientes tan apretados que le dolía la mandíbula.

Sus hermosos y mágicos ojos se arremolinaban como el cielo en una tormenta de verano.

«Para tranquilizarlo, señor Thomas, no tengo ningún deseo de ir a Gales», afirmó la dama con una extraña nota flotando en su voz. «En ningún caso». Se volvió hacia Roderick y asintió brevemente. «Si me disculpan». Sin mirar a Beynon otra vez, se dio la vuelta y salió de la habitación. Su actitud, sus movimientos, su expresión ilegible, eran un estudio perfecto de gracia y dignidad.

Beynon la vio irse. El fuego dentro de él giraba peligrosamente fuera de control. Y en el centro, un punto de arrepentimiento tan agudo y fino que quemaba su núcleo.

«Mierda», murmuró en voz baja.

«En efecto», convino Roderick con su tono igualmente arrepentido.

Capítulo Dieciséis

Anne llegó a la mitad del oscuro y silencioso pasillo que corría detrás de la escalera principal antes de que las lágrimas brotaran de sus ojos. Incapaz de seguir adelante, apoyó la espalda contra la pared y levantó las manos para cubrirse la cara, presionando las yemas de los dedos contra los párpados cerrados en un intento de detener el flujo.

Él no merecía las lágrimas. Era un imbécil solemne, melancólico y sentencioso que no merecía ni una pizca de la emoción que brotaba en su interior. Era grosero, brusco, despectivo y arrogante y ahora estaba claro que la había odiado desde el principio.

A pesar de la forma en que la había besado esa mañana y la ternura y el cuidado que le había demostrado en el laberinto o el hecho de que había comenzado a creer que había algo más en el hombre de lo que todos creían.

Obviamente se había estado engañando a sí misma.

«No lo dije en serio».

El sonido rico y pesado de su distintiva voz de barítono interrumpió el silencio del estrecho pasillo. Anne dio un respingo mientras su corazón se agitaba y su cuerpo se inundaba de un hormigueo de conciencia y un pánico urgente. Sin mirarlo, se apartó de la pared y siguió caminando. No tenía idea de a dónde conducía el pasillo y no le importaba mientras se alejara de él. Lejos de la humillación y el dolor que sus palabras habían causado. Eran palabras que realmente no deberían haberla sorprendido, aunque lo hicieron. Él nunca había sugerido que tuviera pensamientos tiernos hacia ella.

«Lady Anne», la llamó con voz ronca.

Ella lo ignoró y aceleró el paso. Cuando él respondió con un gruñido bajo, un escalofrío crudo de euforia temerosa la recorrió, pero no disminuyó la velocidad ni se dio la vuelta. Fuera lo que fuese lo que la hacía sentir de la manera en que lo hizo en reacción al hombre era inútil y tonto. Puede que se hubiera dejado llevar por la avalancha de sentimientos una vez, pero no volvería a cometer ese error.

Pero parecía que el Sr. Thomas no tenía intención de dejarla escapar de él. Y cuando sintió que su gran mano rodeaba su muñeca, impidiéndole seguir escapando, una extraña locura se apoderó de ella. Era feroz, temeraria y tal vez un poco aterradora. En lugar de resistirse a su fuerza muy superior, se giró para enfrentarlo sin ninguna previsión o intención particular. Pero tan pronto como levantó la vista hacia él y vio sus rasgos oscuros, que se volvían aún más profundos por las sombras del pasillo sin uso, perdió gran parte

de la lucha en su interior. De repente, se sintió pequeña, triste y cansada. Jaló su muñeca para probar que todavía estaba atrapada en su agarre, pero él no aflojó. En todo caso, sus dedos se apretaron mientras daba un paso deliberadamente más cerca. Su cuerpo era tan grande que ocupaba todo el ancho del estrecho pasaje y su voz, aunque no era más que un murmullo bajo, parecía llenar todo el espacio disponible entre ellos.

«Continúe», instó él con voz ronca. «Sé que tiene una lengua afilada cuando decide usarla. Dáñeme por mi crueldad».

Anne respiró profundamente. Quería hacerlo. Realmente lo deseaba. Pero no le salieron las palabras. Deseaba que se hubiera quedado en el salón. No quería que viera lo profundamente que la habían herido sus palabras. No quería que tuviera la satisfacción de saber que tenía el poder de hacerle daño.

«No tengo nada que decirle», respondió ella.

«Sí, lo tiene», gruñó él mientras se acercaba a ella, girándola hasta que su espalda se topó contra la pared una vez más. Solo que esta vez, la mantuvo allí por la pura fuerza de su proximidad. «Llámeme maldito bastardo si quiere. Un bruto salvaje. El Diablo Galés. No me importa».

Con cada palabra que salía bruscamente de sus labios, él lentamente acortaba la distancia entre ellos hasta que estuvo presionado contra ella desde la rodilla hasta el pecho. Su cabeza estaba inclinada hacia la de ella, lo suficientemente cerca para que un mechón ondulado de su cabello le rozara la sien.

«Ambos sabemos que lo merezco», murmuró. Las líneas duras e implacables de sus labios firmes se cernían justo encima de los de ella. Sus ojos despedían fuego negro en la oscuridad.

Abrumada por sensaciones demasiado salvajes y ardientes para controlar y emociones que la apuñalaban profundamente, Anne cerró los ojos, forzando una barrera intrascendente entre ellos cuando todo lo que quería era hundirse en él, en el fuerte calor de él, el potente salvajismo de su ira, la sensualidad cruda.

Pero ahora sabía que no podía confiar en él. Ni con la ternura que crecía en su interior ni con la confusión y el anhelo que se habían vuelto siempre presentes en el rincón más privado de su alma.

«¿Por qué está haciendo esto?», preguntó ella en un susurro sin aliento.

Con los ojos todavía cerrados, pudo sentir su respuesta. El apretón de sus dedos alrededor de su muñeca clavada en la pared detrás de ella. La rápida inhalación que expandió su pecho y aplanó sus senos. Y luego la exhalación entrecortada que bañó el costado de su cuello.

«No lo sé», confesó y la derrota torturada en su voz azotó su

orgullo. Abrió los ojos y los músculos que le sostenían la columna se tensaron como acero. Levantó la mano libre y empujó contra su hombro, con toda la intención de alejarse. Pero con su muñeca todavía firmemente en su mano, cuando ella apartó su peso de la pared, solo puso su cuerpo más en contacto con el de él. Y cuando él puso su gran mano en la curva interna de su cintura, la calidez y el peso de su agarre sobre ella allí se sintieron como un acto de posesión, una reivindicación.

Un sonido de suave frustración y rendición voluntaria escapó de los labios de Anne. No quería alejarse. Quería estar allí con él. En la oscuridad y el silencio. Pero no en la ira, la culpa o el orgullo herido. Quería sentirse protegida, como si importara, como cuando él la había cuidado en el laberinto. Quería sentir lo que había experimentado cuando la había besado en el jardín, la locura y el deseo. No quería sentir desesperación mientras estaban tan cerca. Anhelaba el deseo.

Sin detenerse a considerar la decisión, levantó la mano hacia la dura curva de su hombro y se puso de puntillas mientras inclinaba la cabeza hacia atrás.

La presión y el calor de su boca cubrieron inmediatamente la de ella, como si hubiera estado esperando exactamente eso. Ella gimió suavemente y separó los labios para pasar la lengua por el borde de sus dientes. Buscando desesperadamente su sabor.

Su gemido fue pesado y crudo. Respondió a su demanda con un deslizamiento aterciopelado de su lengua y la áspera mordida de sus dientes en su labio inferior.

Puede que no le gustara, pero en esto… sospechaba que la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él.

Se arqueó contra él y agarró su abrigo con un puño apretado mientras trataba de adaptarse más completamente a su poderosa forma. La desesperación presionaba hacia afuera desde cada rincón de su ser. Haciéndola tensar su agarre y jadear en su boca.

Después de solo un momento, él gruñó y envolvió un brazo fuerte alrededor de su cintura, levantándola de sus pies. Empujó su lengua en su boca y ella gimió de nuevo ante la exuberante invasión.

En el fondo de su mente, reconoció el sonido de una puerta abriéndose. Él dio un rápido giro y ella captó apenas la impresión de una especie de armario de almacenamiento antes de que la puerta se cerrara de nuevo, dejándolos en una oscuridad total. Con su brazo todavía cerrado alrededor de su cintura y su boca devorando la de ella, la presionó contra la puerta cerrada.

Estaban solos. Aislados del resto de la fiesta, del resto del mundo, en una oscuridad privada que les pertenecía.

Un escalofrío como nunca había sentido recorrió su cuerpo,

haciendo que sus dedos de las manos y de los pies hormiguearan y que su sangre latiera salvajemente por sus venas. La desesperación se extendió como un infierno, como si de repente se hubiera liberado de algún confinamiento invisible.

La ira y el dolor todavía estaban presentes en algún lugar dentro de ella, hirviendo silenciosamente. Pero la necesidad que corría por su sangre, chispeando en su alma, era demasiado poderosa para ignorarla. Se permitió voluntariamente ser consumida por ella. No *quería* sentir dolor ni rechazo. Quería, *ansiaba*, este calor y esta hambre. Mientras se concentrara en la innegable pasión, todo lo demás se volvía irrelevante.

De alguna manera, él se las arregló para quitarse el abrigo y lo arrojó a un lado sin interrumpir el beso. Las manos de ella vagaron frenéticamente sobre el calor tonificado de su pecho y hombros, amando la fuerza y el poder tan evidentes en su forma, mientras él exploraba urgentemente su boca con caricias profundas y lamidas ardientes. Pero eso no fue todo lo que exploró.

Había bajado una gran palma para agarrar firmemente la curva del trasero de ella mientras envolvía su otra mano alrededor de su caja torácica. Cuando cambió su agarre para rozar con valentía su pulgar sobre la curva de su pecho, ella giró la cabeza para respirar entrecortadamente. El segundo roce de su pulgar encontró el punto dolorido de su pezón y se detuvo allí, rodeando el pico sensible a través del fino material de su vestido de noche. La caricia envió ondas de choque a través de su sistema, provocando un profundo remolino en su vientre.

Ella echó la cabeza hacia atrás y profundizó la curva de su columna, un débil intento de presionarse más completamente con su mano. Quería que la cubriera por completo. Que la reclamara, moldeara su carne con el calor de su palma y la fuerza de sus dedos.

Cada vez que ella creía que no podía sentirse más salvaje, más desenfrenada, él la instaba a un nuevo nivel de desesperación. Con un gruñido casi salvaje, bajó la boca hacia un lado de su cuello, chupando su carne sensible contra el borde de sus dientes mientras agarraba un puñado de sus faldas y las levantaba hasta su cintura. Sus movimientos eran impacientes y toscos mientras hurgaba debajo del material recogido para agarrar su trasero con ambas manos. Antes de que pudiera pensar en protestar, sus pies estaban en el aire y sus piernas estaban envueltas alrededor de su estrecha cintura.

Y luego, cuando la presionó con más fuerza contra la puerta a su espalda, protestar fue lo último en lo que pensó.

La conmoción y la pasión más loca la invadieron cuando la longitud dura y ardiente de su erección se alojó en ese hueco entre sus muslos. El deseo fundido se acumuló allí. Ella movió las caderas con la

esperanza de aliviar el dulce dolor y, por un instante, casi encontró el alivio perfecto para su tormento cuando una parte delicada de ella se frotó contra su dureza. Gimió de puro placer, pero fue demasiado fugaz y la frustración la siguió rápidamente.

Con su boca vagando sobre la curva superior de un pecho agitado, murmuró algo áspero en galés. Ella no pudo entender las palabras, pero se sintieron innegablemente eróticas deslizándose sobre su piel.

Y luego se meció contra ella.

Fue un movimiento fuerte y sutil que hizo que la gruesa cresta de su erección se frotara con dolorosa perfección contra su centro caliente e hinchado.

Jadeó y respondió a su siguiente embestida rodante con una inclinación decidida de su pelvis.

Sí. Esto era lo que necesitaba. Esta presión audaz. Esta fricción maravillosa. El sonido gutural que emitió mientras hundía la lengua en la hendidura poco profunda entre sus pechos destrozando cualquier tenue recipiente que contenía el último trocito de reticencia al que se había aferrado.

En ese momento, ella lo quería todo. Cada centímetro, cada gemido áspero, cada agarre brusco de sus manos. No quería que hubiera nada entre ellos. Quería tomarlo dentro de sí misma y reclamarlo como él la reclamaba con cada tirón de su boca y cada empuje corto y celestial entre sus piernas.

Él levantó la cabeza y sus labios encontraron los de ella. Hundió la lengua más allá de sus dientes y reclamó su aliento con cada inhalación brusca. Mientras se perdía en el beso, sintió vagamente que él cambiaba de posición antes de llegar entre ellos.

El primer toque de las yemas de sus dedos, largos, anchos y ligeramente ásperos, deslizándose por su sexo, le robó el aliento. Sus bragas se habían empapado por la reacción de su cuerpo y se aferraban a ella como una segunda piel, permitiéndole sentir cada empujón de su pulgar contra su capullo hinchado. La caricia erótica era celestialmente perversa y nunca quería que se detuviera. Pero entonces encontró la abertura y, un segundo después, su dedo se deslizó más íntimamente a lo largo de ese espacio.

La euforia que experimentó al permitirle tanta libertad con su persona, al anhelar su toque tan intensamente, fue absolutamente inesperada.

Y cuando su dedo presionó más allá de su entrada para reclamar lentamente espacio dentro de ella, se quedó sin aliento por la sensación. Cada pensamiento, cada segundo, cada latido de su corazón estaba concentrado intensamente en la experiencia. De alguna manera, su toque se las arregló para ser implacable pero suave al

mismo tiempo mientras la llenaba, suavizando su carne interior y dando vida a más sensaciones. El placer que despertaba con cada caricia deliberada y exigente de un dedo primero y luego dos comenzó a desbordarse a medida que se expandía por su cuerpo, llegando a sus dedos de manos y pies, serpenteando por su columna vertebral, hormigueando en su cuero cabelludo.

Anne gimió y se arqueó contra la puerta. Sus muslos se apretaron con fuerza alrededor de sus caderas. Se sintió imprudente y fuera de control. Le encantó.

Empujando sus dedos dentro y fuera de su cuerpo en un ritmo que ella comenzó a anhelar como su próximo aliento, él extendió besos con la boca abierta a lo largo de su cuello y la curva de su hombro. Todo el tiempo, murmurando palabras ricas y ásperas que ella no podía entender.

Cuando él acercó su boca a la de ella, ella agarró su cabeza entre sus manos y se sumergió en el calor de su boca con una urgencia que no podía explicar.

Él le respondió con caricias profundas de su lengua y rasguños ásperos de sus dientes. No había nada suave en el beso. Nada tranquilo o dulce o tentativo. Era primitivo y salvaje y la consumía.

Tanto que casi gritó cuando sus dedos la dejaron.

Los nudillos de su mano chocaron y frotaron contra ese capullo apretado en el vértice de su sexo mientras parecía manosear algo entre ellos. Ella jadeó ante la sensibilidad e intensidad del breve contacto y retorció su lengua más salvajemente con la de él.

Y entonces no fueron sus nudillos los que la empujaron, sino algo más suave, más caliente y mucho más ancho que sus dedos. Ella sabía lo que era, por supuesto que lo sabía, y extrañamente, la comprensión le provocó un profundo suspiro de satisfacción seguido rápidamente por una inhalación aguda mientras él empujaba lentamente dentro de su cuerpo.

Inclinó la cabeza junto a la de ella, apoyando la frente en la puerta. Su respiración pesada y jadeante esparció aire caliente contra su cuello y sus manos agarraron con fuerza sus nalgas mientras la mantenía en su lugar para aceptar la presión de su cuerpo reclamando espacio dentro del de ella.

Con el corazón en la garganta, se aferró a él. Sus piernas se cerraron alrededor de sus caderas y sus brazos se apretaron alrededor de su cuello. Metiendo la cara en ese hueco debajo de su mandíbula, respiró profundamente por la nariz mientras él la llenaba.

Esperaba un poco de dolor o incomodidad, pero todo lo que sintió fue un delicioso estiramiento y el maravilloso calor duro de él. Una vez completamente envainado, inmediatamente comenzó a retirarse. Un deslizamiento lento y encantador, luego otro empuje

lento y reclamante. Pero a medida que continuaba, cada movimiento de sus caderas se hacía más urgente, más fuerte y más escalofriante que el anterior.

Algo empezó a fortalecerse en su interior. Algo más duro y exigente que la desesperación. Más feroz que el hambre. Era una pesadez… y un placer que era más profundo de lo que había experimentado hasta ahora. Le hacía apretar los dientes y el corazón le latía tan furiosamente que le dolía el pecho. No podía hablar, apenas podía respirar más allá de un jadeo rápido y superficial, y aunque quería rogarle que aliviara el increíble tormento que la desgarraba, quería que nunca detuviera las embestidas intensas y profundas que la estaban volviendo loca lentamente. Seguramente, no sobreviviría mucho más.

Cuando él emitió un gemido pesado que reverberó por todo su cuerpo, se preguntó si él podría estar sintiendo lo mismo. *¡Dios mío, esperaba que así fuera!* Y entonces él apretó su agarre en sus caderas e inclinó su pelvis. El cambio repentino y sutil provocó una nueva sensación que le robó el aliento cuando sus embestidas alcanzaron algo dentro de ella que hizo que sus músculos internos se tensaran a su alrededor.

Cuando llegó el máximo placer, estalló tan rápido y con tanta fuerza que ella gritó. Él rápidamente cubrió su boca con la suya, amortiguando el sonido. Él consumió sus jadeantes gemidos mientras el clímax se extendía por su cuerpo, extendiendo un placer tembloroso a cada rincón de su existencia.

Arrastrada por la vorágine de sensaciones y su rendición, se obligó a reconocer la impresionante belleza de ese momento. El sabor de él en su lengua, la huella de sus manos marcando su suavidad, el sonido de su respiración entrecortada y el calor palpitante y duro de él llenando el doloroso vacío en su interior.

Capítulo Diecisiete

Una oleada de posesividad animal recorrió a Beynon mientras los profundos y agitados espasmos de ella acariciaban su pene. El placer era demasiado intenso, la demanda de liberación excesivamente fuerte. Su garganta se cerró en un gruñido y sus piernas temblaron. Luego se tensó de la cabeza a los pies cuando su orgasmo explotó con una profundidad y un poder que lo aturdieron.

Cuando los suaves y entrecortados suspiros de ella se desvanecieron y sus temblorosos miembros recuperaron un poco de fuerza, la impactante realidad de lo que acababa de ocurrir lo golpeó como una bala de cañón en el estómago.

Respiró hondo y flexionó las manos contra la suave carne del trasero de la joven.

Mierda.

Los músculos de sus muslos se tensaron cuando se dio cuenta de que casi todo su peso estaba presionado contra ella. Su vientre se pegaba firmemente contra el de ella. Podía sentir cada subida y bajada de sus pechos mientras ella luchaba por disminuir su respiración y el ritmo atronador de su corazón resonó a través de su pecho.

Cuando él movió la pelvis y se apartó de su vaina, que latía suavemente, ella murmuró en voz baja, pero no dijo nada. Un momento después, bajó los pies al suelo, lenta y temblorosamente.

Un gran y terrible temblor recorrió su cuerpo. No era exactamente arrepentimiento ni negación, sino algo similar. Nunca había experimentado una pasión tan devoradora, una necesidad tan cruda de reclamar. ¡Y el placer! La intensidad de su clímax todavía lo recorría.

Pero ahora...

Con un dolor que nunca había experimentado antes, reconoció que una experiencia como la que acababa de tener venía con una serie de consecuencias severas.

Cuando los brazos de ella se deslizaron lejos de su cuello, no necesitaba poder ver a través de la oscuridad que todavía los rodeaba para saber que había un rubor de esfuerzo en sus pálidas mejillas y sus labios estaban carnosos y brillantes. Su vestido probablemente estaba más que arruinado, arrugado y retorcido entre sus cuerpos calientes.

Después de desenrollar el pañuelo de cuello, usó el algodón suave para limpiar la humedad que se filtraba de su cuerpo, luego se limpió también. A pesar de haber compartido la forma más intensa de intimidad física, ninguno de los dos habló mientras él atendía las secuelas de su pasión temeraria. No pudo evitar acariciar suavemente

con la mano la parte interna del muslo de ella antes de dar un paso atrás para permitir que sus faldas cayeran sobre sus piernas. Su respiración se entrecortó un poco ante la caricia, pero aun así... no dijo nada. Beynon volvió a abrocharse los pantalones y luego se inclinó para recoger su abrigo. Después de volver a ponerse la prenda, se metió el pañuelo húmedo en un bolsillo. Luego se pasó las manos por el cabello mientras finalmente dirigía su atención a la mujer que estaba de pie contra la puerta, como si se derrumbara sin su apoyo. Su vista se había adaptado lo suficiente para ver que ella lo miraba atentamente. Su atención era tranquila pero feroz, pero la pequeña parte de sus labios casi lo tentó a reclamar otra probada de ella.

«¿Estás bien?», su voz era ronca, lo que hacía que las palabras sonaran más ásperas de lo que pretendía. Su sutil estremecimiento le retorció las entrañas. Nunca se había sentido más como el hombre vil que lo había engendrado que en ese momento.

Ella asintió y luego se lamió los labios. «Estoy bien». Su respuesta fue trémula y otra punzada de autodesprecio lo atravesó.

Debería decir algo tranquilizador. Algo que aliviara el velo de inquietud que había caído sobre ellos en el momento en que el placer había cedido. Pero ¿qué seguridad podía darle un hombre a una mujer que sin duda ya lo estaba maldiciendo por ser tan diabólico como la gente decía que era?

En verdad, sabía exactamente lo que necesitaba decir. Simplemente no podía hacer que las malditas palabras pasaran por sus dientes apretados.

Dio un paso atrás y chocó con algo que estaba en el suelo. Al mirar hacia abajo, notó que lo que había empujado con el pie era un balde de lavado.

Mierda. Estaban en el armario de una doncella. La había llevado al maldito armario de una criada.

«No podemos quedarnos aquí», murmuró.

«Probablemente no», respondió ella, con un tono completamente ilegible.

Los hombros de Beynon ardían de tensión. «¿Te acompaño a tu habitación?».

Hubo una pausa y sus pestañas revolotearon como si estuviera luchando por encontrar su mirada. Pero el momento de vulnerabilidad se fue en otro instante cuando ella lo miró con firmeza.

Sacudió suavemente la cabeza. «No. Creo que preferiría ir sola».

Aunque parecía debidamente serena, Beynon sintió su tensión. Vibraba en el aire entre ellos, como si estuviera al borde del pánico total.

Su estómago se apretó, deteniéndole la respiración.

Todo esto estaba mal.

Ella no se merecía esto. *A él.* Su inocencia y su futuro destruidos en un momento imprudente. Ella lo odiaría. Y con razón.

Él bajó la mirada, incapaz de seguir viendo sus ojos con tanto arrepentimiento que lo atravesaba.

«Vigilaré el camino para asegurarme de que nadie te intercepte».

Sin responder, ella se hizo a un lado lentamente para que él pudiera abrir la puerta. El pasillo estaba tan silencioso y oscuro como antes. Su mano agarraba con fuerza el pomo de la puerta y se volvió hacia ella antes de irse.

Su mirada era profunda y tumultuosa, sus mejillas estaban sonrojadas y sus manos temblaban visiblemente cuando las juntó. Pero había un aplomo innegable en su comportamiento. Era mucho más dueña de sí misma de lo que él jamás podría esperar ser. Incluso ahora, mientras la miraba, todo lo que quería hacer era levantarla en sus brazos y llevarla a la cama más cercana para poder quitarle la ropa y hacerle el amor como era debido.

No podía, por supuesto. *No debía.* Pero tampoco podía simplemente alejarse.

Dando un paso hacia ella, pasó un brazo alrededor de su estrecha cintura y la atrajo hacia sí. Su jadeo de sorpresa se convirtió en un suave gemido que se inclinó bruscamente a través de su pecho cuando cubrió su boca con la suya. Ella enroscó los dedos en la tela de su abrigo, aferrándose a él mientras él empujaba su lengua más allá de sus dientes y luego chupaba con fuerza su exuberante labio inferior. La soltó tan abruptamente como la había reclamado, antes de poder perderse de nuevo. Luego la dejó, negando el impulso de mirar atrás por miedo a que decidiera quedarse en ese maldito armario con ella el resto de la noche.

Los débiles sonidos de los otros invitados que todavía estaban reunidos en el salón lo recibieron cuando entró en el vestíbulo de entrada. Se quedó allí, acechando cerca de la entrada del pasillo, pero nadie salió del salón y mucho menos cruzó hacia él. Y después de un tiempo, supuso que lady Anne debía haber encontrado otra forma de subir las escaleras que no requería pasar por el salón principal y subió la gran escalera hacia su propio dormitorio.

Debería haber insistido en acompañarla.

Pero ahora sabía, como lo había sabido entonces, que, si la hubiera llevado arriba a los tranquilos pasillos de las habitaciones de invitados, habría tenido las mismas probabilidades de llevarla a su dormitorio que al suyo. Y no la habría dejado ir hasta la mañana.

Finalmente, solo en su habitación, cerró los puños mientras su mente se llenaba con la imagen de su suave cabello rubio ligeramente suelto de sus horquillas para rozar sus mejillas, su expresión tan

atentamente vigilante a pesar de la leve neblina de liberación sexual aún presente en su mirada. Hermosa. Suave. Sensual de una manera que lo sorprendió hasta los dedos de los pies solo de pensar en ella.

Maldita sea.

¿Cómo pudo haber perdido la cabeza de manera tan completa y desastrosa? Había una razón de peso por la que nunca había tenido la intención de cortejar a ninguna de las damas finas de Londres. Su vida en Gales estaba muy lejos de la elegancia y sofisticación de la alta sociedad. Cualquier esposa suya tendría asuntos mucho más urgentes de los que preocuparse que el último estilo o el baile de salón.

Lady Anne, tal vez incluso más que la mayoría de las damas que había conocido desde que entró en la sociedad londinense, estaba hecha para la vida apacible en la que había nacido. No podía imaginar ni por un segundo que encontraría alegría o paz como la esposa de un granjero común.

Y, sin embargo, la había condenado exactamente a eso.

Su mano cerrada le dolía por la urgencia de golpear algo.

Porque incluso ahora, mientras se castigaba a sí mismo por su falta de control y previsión, no podía evitar sentir otra oleada de deseo por la mujer. Esos momentos robados cuando ella lo había sujetado con sus piernas alrededor de sus caderas y sus brazos alrededor de su cuello se habían sentido más profundamente satisfactorios que cualquier cosa que hubiera conocido antes.

Sus silenciosos jadeos, suspiros y gemidos habían fluido a través de su sangre como miel derretida, rica y dulce y tan jodidamente erótico.

Era una bestia egoísta de hombre al desearla de nuevo con tanta fiereza después de haber estado enterrado profundamente dentro de ella apenas una hora antes. ¿Estaría dolorida? ¿Su cuerpo estaría sensible donde la había tocado? ¿Se habría asustado por la fuerza de su necesidad?

Su deseo fue reemplazado por una nueva ola de culpa y arrepentimiento.

Pero había establecido su rumbo. El camino a seguir estaba claro. Su estómago se apretó. No tenía elección.

Y ella tampoco.

Capítulo Dieciocho

Anne se despertó con una inquietante sensación de aprensión. Era la misma emoción que había tenido cuando finalmente se había quedado dormida la noche anterior. Solo que se sentía peor.

Porque a pesar del apasionado beso que Beynon le había dado antes de dejarla, la expresión que nublaba sus oscuros y atractivos rasgos era de... aflicción.

Su corazón se encogió dolorosamente al recordarlo.

Aunque en ese momento ella no podía dudar de su pasión por ella, había quedado sorprendentemente claro después que él había lamentado la experiencia. Una verdad que se volvió aún más desgarradora por el hecho de que nunca había sentido algo tan dolorosamente hermoso como lo que había descubierto en sus brazos. Él había desencadenado algo dentro de ella con sus besos profundos y sus manos fuertes. Algo salvaje y voluntarioso y un poco peligroso.

Finalmente se había liberado de los lazos invisibles que había aceptado tan ignorantemente toda su vida. Pero su liberación estaba cubierta por una sombra oscura. Porque él no había sentido lo mismo.

De hecho, nunca había visto a un hombre que pareciera más un oso atrapado en una trampa que la noche anterior.

Por supuesto, comprendía que la mayoría de las mujeres esperarían una propuesta formal después de participar en actividades tan escandalosas con un caballero. Pero Anne sabía que no debía esperar una oferta así. Las palabras del hombre a su hermano todavía resonaban claramente en su cabeza.

No, Beynon Thomas no tenía ningún deseo de tomarla como esposa. Lo que había sucedido entre ellos había sido sobre lujuria física, una erupción de pasión y necesidad sensual. No era tan ingenua como para no poder entenderlo.

Y, de todos modos, ¿por qué querría casarse con ese hombre? Eran completamente incompatibles. Él era terco y grosero y nunca la escuchaba. Y no era como si tuviera que preocuparse por la falta de inocencia que le impidiera casarse con nadie más. Ya se había resignado a la soltería.

En cuanto tuviera la oportunidad, le dejaría en claro al señor Thomas que no tenía expectativas y que, sin duda, no le exigiría ningún tipo de declaración. Ni ahora ni nunca.

Por desgracia, tranquilizar al hombre resultaría difícil cuando no lo encontraba por ningún lado. No es que lo estuviera buscando activamente, sino todo lo contrario, en realidad, ya que hacía todo lo posible por mantenerse ocupada con diversas tareas durante el día

para *no* buscarlo, por mucho que se sintiera obligada a hacerlo.

Esta noche era el último evento de la competencia: las lecturas dramáticas. Ella y su pareja iban a representar un breve diálogo del '*Fausto'* de Johann Wolfgang von Goethe. Anne estaba familiarizada con la obra y con la escena bastante emotiva que les habían asignado. Sin duda, le habría gustado repasarla varias veces con el señor Thomas antes de leerla delante de los demás, pero la práctica no era del todo necesaria.

Aun así, a medida que pasaban las horas sin siquiera un atisbo lejano de la figura alta y ancha del señor Thomas, Anne empezó a preocuparse. No creía que él fuera tan cobarde como para tratar de evitarla, lo que significaba que algo debía mantenerlo ocupado. Solo esperaba que no fuera algo desafortunado.

Finalmente, la señorita Claybourne le dio una explicación.

Anne estaba paseando por el sendero que se extendía más allá del jardín cuando se encontró con la niña que regresaba de un paseo con su collie.

Después de un saludo agradable, Anne decidió simplemente preguntarle a la niña si sabía dónde podía encontrarse el señor Thomas. Para su sorpresa, la expresión de la señorita Claybourne se tornó abiertamente rebelde.

«De hecho», respondió la joven, «sí lo sé. No gracias a mis hermanos sobreprotectores, que todavía no consideran conveniente darme un conocimiento justo y una voz igualitaria en los asuntos de Max, aunque saben perfectamente cómo me siento al ser excluida».

Sorprendida por la vehemente respuesta, Anne respondió con cautela, «me temo que no entiendo».

La señorita Claybourne sacudió rápidamente la cabeza. «Lo siento, lady Anne. Supongo que Beynon no le contó nada de nuestro hermano Max Owen».

«No lo hizo».

«Realmente es ridículo pensar que algo así puede permanecer en secreto».

Preocupada de que su conversación pudiera estar traicionando una confidencia, Anne sugirió, «si es un secreto, tal vez no debería decir nada más, señorita Claybourne».

La barbilla de la chica se levantó bruscamente. «Es mi secreto también. Puedo compartirlo con quien quiera».

Los inteligentes ojos color avellana se entrecerraron. «La verdad es que anoche muy tarde Beynon se fue, junto con Colin».

El corazón de Anne dio un extraño salto. «¿Se fue?».

¿Se había ido de la propiedad? ¿Sin siquiera decirle una palabra?

No es que le debiera a Anne un informe detallado de sus

actividades, pero seguramente… ella merecía cierta consideración. Un momento de reflexión. Después de todo, eran compañeros, cuando menos.

«Sí, en mitad de la noche mientras yo dormía y no podía insistir en acompañarlos».

«Pero, ¿por qué? ¿Adónde fueron?».

«Todo lo que Worthy me dijo esta mañana fue que tenían que ir a Londres por un asunto urgente. Dijo que no tenía necesidad de saber nada más que eso. Pero no soy una niña. Algo tan urgente que ni siquiera podía esperar hasta la mañana debe estar relacionado con Max, lo que significa que también está relacionado conmigo».

La chica volvió a exaltarse, moviendo las manos en gestos dramáticos mientras hablaba. «Será mejor que no se lo haya llevado el juez otra vez», murmuró en voz baja.

«¿El juez?», preguntó Anne, con los ojos muy abiertos y parpadeando. La explicación de la chica se estaba volviendo cada vez más confusa.

«Sí». La señorita Claybourne inclinó la cabeza. «¿De verdad que Beynon no le dijo nada sobre él?». Cuando Anne negó con la cabeza, la chica exhaló un gran suspiro. «¿Sabe usted que Beynon, Roderick, Colin y yo somos todos medio hermanos? Colin es el único hijo legítimo de nuestro padre, por supuesto», añadió con un gesto despectivo de la mano. Ante el asentimiento de Anne, continuó, «bueno, hay otro hermano nacido entre Beynon y yo. Max Owen. Logramos localizarlo hace apenas un par de meses y resulta que…», pausa dramática, «es el temido líder de una banda criminal con base en St. Giles, Londres».

Anne jadeó, ya que la chica obviamente tenía intenciones de hacerlo, a juzgar por el tono teatral en su voz cuando confesó lo último.

«Aunque Owen estaba emocionado con la idea de ser otro de los bastardos del conde de Wright, no tiene intención de dejar su pandilla. Si Beynon y Colin tuvieron que huir a Londres en mitad de la noche, no tengo dudas de que tiene algo que ver con Max, lo que significa que deberían haberme informado de ello», finalizó la señorita Claybourne con un resoplido de exasperación.

Anne estaba sorprendida, y aunque hizo lo mejor que pudo para no demostrarlo, la chica le dio una pequeña sonrisa de complicidad. «Está bien, lady Anne. Es una historia descabellada, pero cierta de todos modos. Solo espero que Max no se haya metido en serios problemas. Otra vez».

«Estoy segura de que lord Wright y el señor Thomas podrán manejar cualquier cosa que pudiera haber ocurrido».

«Lo intentarán, lo sé. Pero todavía me molesta cuando me dejan

fuera de esas cosas. Y ahora que lo pienso, es un poco extraño que Roderick no haya ido también».

Hubo una pausa mientras la chica parecía estar pensando en algo, pero luego su expresión cambió a una de brillante emoción.

«¿Está esperando ansiosa el baile de mañana por la noche, lady Anne?».

Anne parpadeó ante el cambio de tema. Había olvidado por completo que habría un baile para celebrar el final de la competencia. «Sí, supongo que sí», respondió.

«Worthy y Colin me han permitido bajar y *observar* un rato».

Aunque la chica puso los ojos en blanco dramáticamente ante la palabra *observar*, estaba claro que estaba emocionada por la oportunidad que normalmente no se le brindaba a una niña de su edad.

«Espero que Beynon regrese para su lectura esta noche», agregó pensativamente. «Sería una pena que tuviera usted que renunciar al evento. Dependiendo de cómo voten todos sobre las pinturas, ustedes dos tienen una excelente oportunidad de ganar los juegos».

«¿En serio?», Anne estaba honestamente sorprendida. No había seguido los resultados después de los primeros días y no se había dado cuenta de que les había ido tan bien. Habría pensado que su desastre en el laberinto habría arruinado sus posibilidades. Y había olvidado por completo que todos los cuadros habían sido exhibidos en sus respectivos pares en la galería de retratos para que los invitados votaran en silencio durante todo el día.

«Personalmente, creo que su representación de Beynon fue increíblemente romántica», continuó la señorita Claybourne con nostalgia. «Y el cuadro de Beynon fue bastante… sorprendente», concluyó con una sonrisa.

Anne sonrió. «Aprecio el voto de confianza, señorita Claybourne».

«Oh, he invertido más que eso», respondió la chica con un guiño. «Angelique y yo tenemos una apuesta. Pero supongo que debería llevar a Bramble de regreso a la casa». Lanzó un silbido agudo, que trajo a su collie rápidamente de regreso a su lado con la lengua colgando y la cola meneando ferozmente.

Después de separarse de la señorita Claybourne, Anne hizo todo lo posible por no preocuparse por Beynon.

Una parte de ella deseaba que él hubiera pensado en informarle de su abrupta partida, pero se deshizo de esa idea rápidamente. No tenía derecho a su tiempo personal, especialmente cuando se trataba de un asunto privado relacionado con su familia. Aunque esperaba que pudiera regresar para el último evento del juego esa noche, estaba más preocupada por la posibilidad de que algo grave pudiera haber

ocurrido con su hermano menor. Si todo lo que había dicho la señorita Claybourne era cierto, el joven vivía una vida peligrosa.

Considerando la posibilidad de que Beynon pudiera estar atrapado en algo peligroso incluso ahora, una especie de miedo agudo serpenteaba por su sangre. Rápidamente lo alejó, diciéndose a sí misma que él era más que capaz de manejarse solo. Además, lord Wright estaba con él. Seguramente, el señor sensato se aseguraría de que Beynon no se lanzara a nada verdaderamente peligroso.

Capítulo Diecinueve

Beynon y Colin llegaron a la finca del conde y la condesa de Harte justo después de ocultarse el sol. Cansado pero aliviado de que su viaje hubiera sido un éxito, Beynon estaba ansioso por asearse y ponerse ropa que no oliera a caballo.

Cuando la noche anterior se dio cuenta de que tendría que casarse con lady Anne y hacerlo rápidamente, antes de que se revelara cualquier rumor sobre su deshonra a manos suyas, fue en busca de su hermano mayor. Aunque había considerado ir primero a ver a Roderick ya que la idea de pedirle ayuda a Colin afectaba su orgullo, sabía que el conde de Wright tendría mucha más influencia en su búsqueda para obtener una licencia especial. Y había estado en lo cierto. Con la licencia especial en la mano, todo lo que necesitaba ahora era la firma del padre de lady Anne. Y el consentimiento de la propia dama.

Aunque Beynon había considerado hablar con Anne antes de partir hacia Londres, temía que el arzobispo se lo negara. En ese caso, avisarle a la dama de sus intenciones de antemano no serviría de nada. No cuando probablemente tendría motivos importantes para protestar por la unión. Esperaba que la licencia especial pudiera ayudar a convencerla de que, le gustara o no, el matrimonio era la única opción.

Y ahora que estaba de vuelta, estaba ansioso por que el asunto se resolviera, lo que implicaba que no se molestaría en ocultar su enojo cuando el mayordomo lo interceptó antes de que pudiera subir corriendo las escaleras para cambiarse.

«Disculpe, señor, pero esta carta llegó para usted esta mañana», señaló el serio sirviente mientras le entregaba a Beynon una misiva arrugada. «Y un lord Humphries también llegó hace más de una hora y ha estado esperando su regreso en el estudio privado del lord».

Suponiendo que Beynon lo seguiría, el mayordomo se dio la vuelta y comenzó a liderar el camino.

Beynon se metió la carta en el bolsillo para leerla más tarde. Aunque le hubiera gustado asearse primero, el asunto con lord Humphries era mucho más urgente. Levantó la vista hacia donde Colin se había detenido mientras subía las escaleras. Al oír el anuncio del mayordomo, su hermano alzó una ceja en señal de interrogación y, tras un momento de vacilación, Beynon asintió. Colin se dio la vuelta inmediatamente y bajó las escaleras para unirse a Beynon mientras se dirigían al estudio.

Beynon no estaba del todo contento de tener a su hermano

presente en la reunión con el padre de lady Anne, pero también reconoció el hecho de que Colin tenía una forma de calmar los ánimos alborotados mientras Beynon era más hábil en alborotarlos aún más. Y si quería que esta conversación resultara como él quería, lo mejor sería que aceptara toda la ayuda que pudiera conseguir.

Lord Humphries estaba de pie frente a la chimenea con los pies bien abiertos y las manos entrelazadas tras la espalda. Alto, flacucho y con un rostro aguileño y ojos penetrantes, el anciano lord no tuvo problemas en clavarle a Beynon una mirada de dura condescendencia y una impaciencia casi feroz.

«Lord Humphries», comenzó Beynon mientras se acercaba al lord, «gracias por responder tan rápidamente a mi solicitud de audiencia». Humphries ignoró descaradamente la mano que le ofrecía Beynon mientras entrecerraba su mirada.

«Es usted el señor Thomas, supongo».

Beynon respiró profundamente para disipar la inclinación natural a ceder al aumento de ira ante la rudeza del otro hombre y se recordó lo que estaba en juego. «Eso es correcto. Y este es lord Wright», añadió, señalando a Colin, que se encontraba detrás, justo dentro de la puerta ya cerrada.

Sin siquiera molestarse en mirar a Colin, Humphries le lanzó una mirada de desprecio a Beynon. «Usted es el hombre que ha comprometido a mi hija y ahora piensa reclamar su mano y su dote». Antes de que Beynon pudiera responder, continuó en un tono mordaz, «supongo que no debería sorprenderme que la boba se rebajara de esa manera. Aunque después de tantos años de humillantes fracasos, esperaba que se marchase al campo en lugar de hacer tanto esfuerzo por conseguir un marido». Su expresión se tornó de disgusto. «Siempre supe que no tenía nada de valor que ofrecerle a un caballero, pero desearía que no hubiera decidido prostituirse con un maldito criador de cerdos».

La saliva de su vitriólica declaración apenas salió de sus labios cuando el temperamento de Beynon se apoderó de él. En dos zancadas, tenía al lord inmovilizado contra la pared con el antebrazo presionado firmemente debajo de las mejillas sueltas del anciano. Inmediatamente, Colin se colocó detrás de él, con una mano sólida sobre el hombro de Beynon. «Suéltalo. Esto no sirve de nada», instó el conde con firmeza.

Pero la sorpresa y el destello de miedo en los diminutos ojos oscuros del lord no fueron ni de lejos suficiente satisfacción por lo que el desgraciado acababa de decir sobre su propia hija. Un puñetazo en la nariz podría ser un comienzo. Eso o un rodillazo en el estómago.

«Hermano», advirtió Colin.

Recordando que todavía necesitaba la firma del señor,

lentamente aflojó la presión de su brazo sobre el cuello de Humphries. El hombre mayor inmediatamente comenzó a farfullar y a temblar de rabia.

Pero Beynon se aferró a la corbata del lord. «Es una repugnante excusa de padre», murmuró con voz ronca, con su temperamento apenas controlado.

«Al menos ahora esa inútil tendrá el marido que se merece», replicó Humphries. «Un criador de cerdos y un bastardo. Que bien librarme de esa chica. No ha sido más que una carga desde su maldito nacimiento».

La mano de Beynon apretó el cuello del hombre. ¿Cómo había logrado Anne soportar a un padre tan odioso?

«Entonces no se opondrá a firmar la licencia especial», comentó Colin con calma detrás de Beynon.

«No puedo esperar a quitarme a esa maldita muchacha de encima».

Beynon lo soltó antes de que cambiara de opinión, dio un paso atrás y sacó la licencia del bolsillo de su abrigo. Se dirigió al escritorio, aventó la licencia y tomó una pluma. Sus movimientos eran rígidos y espasmódicos por la furia que todavía lo recorría.

Lord Humphries tardó un largo minuto en alisarse el abrigo y esponjarse la corbata antes de avanzar y tomar la pluma para firmar con su nombre en un apresurado gesto. Entonces, esbozó una sonrisa inquietante. «Buena suerte con su inútil nueva esposa, bastardo. Llega a usted sin nada más que la ropa que lleva puesta, ya que no verá ni un maldito centavo de su dote. Ya sea que siga adelante con este matrimonio o no, a partir de hoy no recibirá ni una sola cosa de mí. Está repudiada. Ahora y para siempre».

Beynon respondió con una furia apenas contenida, «váyase a la mierda».

Humphries soltó una risa con sonido estridente y fea, luego salió de la habitación.

#

Anne esperó hasta el último momento posible para buscar a Lily y avisarle que ella y el señor Thomas tendrían que retirarse del evento de la noche. Aunque estaba profundamente arrepentida de tener que decepcionar a su amiga, con las lecturas dramáticas que debían comenzar en menos de una hora y todavía sin noticias del regreso de Beynon, no vio otra opción.

Estaba cruzando el vestíbulo principal en busca de alguien que pudiera saber dónde se encontraba Lily cuando la puerta del estudio del señor se abrió con bastante fuerza y apareció una figura sorprendentemente familiar. Anne se quedó allí, con los ojos muy abiertos y parpadeando.

Mientras caminaba hacia la puerta principal, el paso de lord Humphries era rápido y firme, con sus hombros ligeramente encorvados y rígidos por la tensión. En su rostro largo y curtido había una expresión que había visto a menudo en su juventud, cuando todavía se interesaba por ella.

Era la mirada de disgusto al borde de la ira total.

No había visto a su padre en casi dos años y no había presenciado uno de sus ataques de temperamento en mucho tiempo, pero aún la afectaba como siempre. Todo su cuerpo se estremeció y luego se congeló. Su pecho se apretó tan rápidamente que la hizo ahogarse en un jadeo cuando se dio cuenta de que necesitaba seguir respirando. El sonido hizo que su padre girara la cabeza para clavarle una mirada dura. Ni siquiera aminoró el paso y su voz era tan fría e insensible como siempre.

«Nunca esperé mucho de ti, muchacha. Pero seguro que esperaba algo mejor que esto. Me desentiendo de ti».

Y con esas palabras crueles y crípticas, siguió adelante atravesando la puerta principal y desapareció.

La conmoción y un tipo de dolor peculiarmente nostálgico atraparon a Anne en un descontrol implacable. Se quedó donde estaba, a medio paso a la mitad del pasillo. Su sangre estaba helada mientras sus mejillas ardían de vergüenza y una ira enterrada demasiado bajo la superficie para ser liberada.

No fue hasta que los pasos de su padre se desvanecieron para silenciar que la confusión finalmente superó su conmoción.

¿Qué diablos había estado haciendo allí?

Su mirada voló hacia el estudio, dándose cuenta de que probablemente no había estado solo en la habitación. Beynon estaba en la puerta, con sus brazos musculosos cruzados sobre el pecho, sus rasgos amenazadores dibujados en una mirada tan feroz que provocó que un escalofrío de alarma le recorriera la nuca, y su mirada negra se centraba intensamente en la puerta por la que su padre acababa de salir. Unos pasos detrás de él, apenas visible por encima de su ancho hombro, estaba lord Wright. Su atención estaba fija en ella, una expresión sutil pero innegable de compasión ensombrecía su hermoso rostro.

Otra oleada de vergüenza la invadió, fluyendo más ardiente y más profunda que la anterior. La ignoró. Se volvió hacia el estudio y no dudó cuando la feroz mirada de Beynon se posó sobre ella con la fuerza de una bala de cañón. Mantuvo la cabeza alta y su paso pausado. Sosteniendo su mirada, se acercó a ambos caballeros.

Luego se detuvo y miró al conde antes de volver a concentrarse en Beynon. Ella podría haber superado la oleada de humillación que su padre le provocaba tan fácilmente, pero aún quedaba un gran

temor, un miedo agudo que la invadía como una nube negra que se tragaba la luna.

Al ver fijamente la mirada amenazante de Beynon, se obligó a mantener una calma firme en su voz. «¿Por qué estaba mi padre aquí?».

El ceño fruncido de Beynon se volvió cada vez más oscuro, más pesado, mientras la miraba. Los músculos de su mandíbula estaban tan duros bajo la sombra de la barba que parecían petrificados y la línea de su boca estaba tan firmemente dibujada que se preguntó si alguna vez volvería a detectar suavidad allí.

Cuando pareció que no iba a responder, Anne miró a lord Wright.

«¿Milord?».

«Por favor, lady Anne, únase a nosotros un momento y todo se aclarará».

¿Qué diablos estaba pasando?

Miró a Beynon una vez más, pero solo se encontró con una pared amenazante de intensidad y furia. Entonces él dio un paso atrás y se giró hacia un lado para que ella pudiera entrar en la habitación. No podía ver nada del hombre que la había besado tan apasionadamente la noche anterior. Pero cuando pasó junto a él, todavía sintió la atracción magnética de su cuerpo. El calor sólido de él, el atractivo de su fuerza y dureza. Especialmente en este momento, cuando se sentía tan pequeña y sola.

Pero había estado sola toda su vida.

Lo que sea que estuviera sucediendo ahora, ella podría soportarlo. Seguramente se había enfrentado a cosas peores.

El conde le hizo un gesto para que tomara asiento en la silla colocada frente al gran escritorio de lord Harte. Ella sacudió levemente la cabeza y continuó hasta el centro de la habitación, donde se giró para mirarlos mientras una oleada de aprensión le envolvía los pulmones, apretándose más con cada respiración.

«Déjanos».

Beynon le dijo las duras palabras a su hermano. El conde frunció el ceño y miró a Anne. «No creo que sea prudente».

La voz de Anne se escuchó firme y se apresuró a intervenir. «Está bien, milord».

La preocupación tiró de la boca del conde, pero asintió. «Estaré afuera».

Una vez que la puerta se cerró detrás de él, dejando a Anne y Beynon solos, se obligó a encontrarse con su mirada sin vacilar. «¿Por qué estaba aquí?».

«Solicité su presencia».

La ira estaba comenzando a vencer la inquietud dentro de ella.

«¿Por qué?», preguntó bruscamente. «Pensé que te habías ido a Londres. Mi padre pasa los veranos en Surrey».

Se aclaró la garganta y finalmente bajó los brazos a los costados mientras daba unos pasos hacia la habitación. Pero no hacia ella. Primero caminó hacia el escritorio antes de dudar detenerse detrás de la silla en la que lord Wright había pensado que se sentara. Apoyó sus grandes manos en el respaldo curvado mientras su mirada oscura encontraba la de ella.

«Fui a Londres, pero no antes de enviar una nota a lord Humphries, pidiéndole que se reuniera con nosotros aquí».

Sus ojos se entrecerraron y su vientre dio una sacudida fuerte cuando una terrible sospecha se apoderó de ella. «¿Por qué harías una cosa así?» ¿Y qué había dicho en la nota para sacar a su padre de su propiedad de verano tan rápidamente? No era un hombre que siguiera los caprichos de los demás.

«Necesitaba su permiso».

«¿Para qué?». Las palabras volaron de sus labios casi en un grito cuando el pánico la atrapó en sus garras.

Él miró hacia el escritorio. La superficie estaba extremadamente limpia y ordenada, lo que hizo que el papel que estaba en el centro se destacara con absoluta claridad.

Un extraño entumecimiento comenzó a extenderse desde los dedos de sus pies.

«¿Qué es eso?», le preguntó.

«Una licencia especial. Obtenida del arzobispo esta mañana».

El vacío de su voz resonó en su cabeza mientras miraba el documento. Incluso desde donde estaba, podía distinguir claramente la firma desparramada de su padre.

Una licencia especial.

Emociones demasiado intensas para nombrarlas se arremolinaron dentro de ella mientras enfrentaba con valentía la mirada oscura de Beynon.

«No puedes hablar en serio».

Hubo un tic rápido en la esquina de la mandíbula de él, pero le sostuvo la mirada. Y no dijo nada.

De todas las cosas que la atravesaron en ese momento, estaba agradecida por la furia que salió a la luz.

«Decidiste esto anoche. Sin hablar conmigo al respecto. Sin *preguntarme*. Saliste apresuradamente a Londres y mandaste llamar a *mi padre*, todo sin siquiera detenerte a considerar lo que yo podría decir al respecto».

Sus palabras se volvieron cada vez más fuertes y estridentes. Sin embargo, él seguía sin decir nada.

La ira la impulsó hacia adelante. Dos pasos rápidos antes de

que se detuviera. «¿Cómo te atreviste?», murmuró con los dientes apretados. «¿Cómo te atreviste a tomar una decisión así por mí?».

«Tomamos la decisión juntos», respondió él con brusquedad. «Anoche en el armario. ¿Recuerdas?».

Anne jadeó. Por alguna razón, su cruda referencia a esos momentos robados la tomó por sorpresa. La ira en su voz le dolió.

«¿Qué esperabas que hiciera?», su pregunta fue casi un gruñido.

Una sensación de plomo le revolvió el estómago. «No esperaba *esto*», susurró ella. Luego enderezó la columna y fortaleció su voz. «Lo que hicimos... lo que pasó entre nosotros anoche no te daba el derecho de tomar una decisión que afectaría el resto de *mi* vida sin consultarme. ¿Consideraste la posibilidad de que no *quisiera* casarme contigo?».

Su respuesta fue un gruñido bajo mientras sus manos se curvaban sobre el respaldo de la silla como si quisiera partirla por la mitad. «Por supuesto que lo consideré», gritó antes de sacudir bruscamente la cabeza. «Pero no importa».

«¡Sí, importa!», gritó ella. Nunca en su vida había imaginado que su primera perspectiva de matrimonio llegaría en la forma de un hombre enojado que le hacía la oferta por algún sentido del deber fuera de lugar.

Lanzó una mirada fulminante hacia el papel ofensivo. «Puede arrojar esa cosa al fuego, señor Thomas. No estoy de acuerdo».

Dicho esto, se dirigió rápidamente a la puerta.

«No tienes elección», dijo él con una voz apenas por encima de un murmullo.

Sus palabras la hicieron querer gritar, pero se contuvo, junto con la furia, la vergüenza y la desesperación que la invadieron como un reguero de pólvora. Lord Wright estaba de pie afuera, como había prometido, pero ella pasó junto a él sin mirarlo.

Capítulo Veinte

Beynon tenía ganas de arrojar algo. Tirar la silla por la ventana más cercana podría ser una buena forma de satisfacer su estado de ánimo actual, pero el alivio sería temporal.

La reacción de lady Anne ante la situación fue básicamente la que él esperaba. Sabía muy bien que ella no querría casarse con él. Tenía que admitir que esa era en parte la razón por la que había ido a buscar la licencia especial sin decírselo. Había pasado cada minuto desde que la dejó la noche anterior preparándose para su ira y consternación justificadas.

No. No fue su reacción lo que lo había puesto tan furioso.

Fue ese bastardo sangriento que se hacía llamar su padre. El hombre era más monstruoso que el propio padre de Beynon. Considerando que el anterior conde de Wright había engendrado un puñado de hijos ilegítimos por despecho y venganza, no era una hazaña fácil de manejar.

Beynon todavía lamentaba no haberle roto la prominente nariz al lord.

«Lo siento, Beynon». La voz tranquila de Colin interrumpió otro aumento de ira.

«No importa», se quejó Beynon, soltando su agarre de nudillos blancos en la silla. «Ella sabe lo que hay que hacer. Lo llevará a cabo».

No tenía elección.

Odiaba que la frase se repitiera en su cabeza. Pero era la terrible verdad.

«No tienes que considerar esta situación como una sentencia de muerte», observó el conde con calma. «Muchos matrimonios iniciados en tales circunstancias han logrado prosperar. Y hay algo innegable entre tú y lady Anne. Si te concentras en eso...».

«Basta, Colin», interrumpió Beynon. «Es lo que es».

Salió de la habitación a pasos furiosos. La gente comenzaba a reunirse abajo preparándose para el evento de la noche. Pasó junto a todos ellos, notando que Anne no estaba a la vista.

Calmó su necesidad casi desesperada de encontrarla con el reconocimiento de que la vería en breve en el evento de la noche. Un evento al que seguro que no podría asistir en su estado actual.

Después de un baño rápido, un afeitado y un cambio de ropa, Beynon se sintió apenas un poco más tranquilo. La furia que aún sentía había sido reprimida hasta el fondo mientras se decía a sí mismo que lo único bueno que podría resultar de esta debacle era que lady Anne nunca más tendría que sufrir la crueldad de su padre.

En su prisa por llegar a su lado, atravesó la galería de retratos del conde de Harte en su camino de regreso escaleras abajo. Había olvidado que todos los cuadros de los competidores estarían en exposición y, a pesar de su prisa, se encontró disminuyendo la velocidad.

De repente sintió una curiosidad desesperada por ver el cuadro que ella había pintado de él.

Ni siquiera lo había mirado ese día en el jardín. Había estado demasiado concentrado en la dama en sí. Después de su apasionado beso, había necesitado toda su fuerza de voluntad para evitar tocarla, besarla, como realmente quería hacerlo. Para distraerse, había concentrado su atención en observarla mientras terminaba su retrato.

Había sido fascinante, y no del todo eficaz para enfriar su ardor. Su expresión había sido tan tranquilamente intensa. Sus ojos vívidos y cautivadores. Sus movimientos tan seguros y elegantes. Cuando finalmente había sido su turno en el caballete, había estado decidido a capturar la vitalidad y tenacidad que ella solía mantener tan cuidadosamente contenida.

Cuando se detuvo ahora frente al retrato que ella le había hecho, un miedo nervioso lo recorrió. Le retorció el estómago.

La pintura era hermosa. El talento y la habilidad eran innegables.

Desde los verdes y dorados vívidos del fondo y los acentos de color en las flores que se arrastraban a la vista alrededor del borde hasta el uso de la luz y la fidelidad con la que ella reproducía su imagen. Era una escena hermosa.

Pero lo que lo atravesó tan agudamente fue darse cuenta de que así era como ella lo veía.

Rústico. Sin refinar. No un caballero rural ocioso, sino un trabajador del campo en reposo. Incluso podía ver un rebaño de ovejas salpicando las colinas al fondo.

Y tenía razón. En todo. Las botas sin lustrar, el cuello abierto y las mangas enrolladas. Los mechones descuidados de su pelo demasiado largo. Y lo más cierto de todo: la mirada atrevida y poco caballerosa. Nada en el mundo podría haberle mostrado su verdadero lugar tan bien como el cuadro de lady Anne.

De repente quiso romperlo en pedazos.

«Tenía la intención de darte una reprimenda severa por tu deslealtad, pero estoy reconsiderando ese plan ya que pareces en estado asesino en este momento».

Beynon se tensó al oír el primer sonido de la voz de su impertinente hermana. Pero no apartó la mirada del cuadro de lady Anne. «¿Qué quieres, Caillie?».

A pesar del tono amenazador de su voz, la valiente chica se

acercó hasta que estuvo a su lado. «Quería gritarte por ir a Londres sin mí».

Confundido, Beynon miró de reojo a la chica y la encontró mirando fijamente su retrato con bastante atención, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. «Era un asunto urgente y personal. No había ninguna razón para que vinieras». Su ceño fruncido era feroz y lleno de acusación.

«¿Cómo puedes decir eso? Ya sabes cómo me siento cuando me dejan de lado cuando se trata de Max».

Ahora lo entendía. «Mi viaje a Londres no tenía nada que ver con nuestro hermano».

Caillie entrecerró los ojos mientras se giraba para mirarlo más de cerca, como si quisiera escudriñar su mente y extraerle la verdad a fuerza de fuerza de voluntad.

«¿De verdad crees que Roderick se hubiera quedado si hubiera habido alguna novedad relacionada con el muchacho?», preguntó él.

Ella frunció el ceño. «Supongo que no».

«Cuando dijimos que te mantendríamos debidamente informada, lo decíamos en serio. Al menos, yo lo hice».

Y era verdad. Su primer encuentro con su hermana hacía dos años había ocurrido porque ella había andado sola por Londres para hablar con él cuando Colin y Ainsworth habían pensado erróneamente que era mejor mantener ciertos detalles ocultos a su conocimiento. Beynon sabía que no debía correr ese riesgo.

Después de otro momento, su hermana suspiró y asintió levemente. «Te creo. Entonces, ¿por qué te escapaste a Londres tan de repente?».

Beynon esperaba que su ceño fruncido disuadiera su curiosidad. «Como dije, fue por un asunto personal».

Por desgracia, pareció hacer lo contrario. Sus ojos color avellana se abrieron mucho y luego los entrecerró dramáticamente mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. «¿Tendrá algo que ver con la bella lady Anne?».

Maldita sea. La chica estaba demostrando ser tan astuta como Roderick. A Beynon realmente no le gustaba que lo leyeran tan fácilmente, por eso su respuesta salió mucho más dura de lo que pretendía. «Por supuesto que no».

Caillie sonrió. «Esa es una mentira descarada, Beynon Thomas». Luego, lo miró con los ojos entrecerrados con dura sospecha. «¿Qué hiciste?».

«No voy a discutir esto contigo».

Beynon dio un paso atrás, con la intención de alejarse, pero la chica testaruda dio un paso para bloquearle rápidamente el camino.

«Buena idea. No lo discutamos. Puedes simplemente escuchar».

«Preferiría...», logró gruñir antes de que ella lo interrumpiera.

«Me importa un carajo lo que prefieras».

La blasfemia lo detuvo en seco. Bajó la barbilla con una mueca amenazadora. «¿Qué pensaría Ainsworth de ese lenguaje?».

«Worthy sabe que una maldición bien colocada a veces es completamente necesaria».

Probablemente sería cierto. La escocesa no era de las que se contenían cuando una situación ameritaba un discurso brusco.

Se cruzó de brazos en una pose que coincidía con la de ella. «Entonces, sácalo».

Hubo una pausa mientras ella lo miraba, completamente impávida. Luego suspiró. «Sé que tú y yo no hemos tenido muchas oportunidades de pasar tiempo juntos. Pero desde nuestro primer encuentro, he sentido una afinidad contigo. Te entiendo, Beynon. Y por eso siento que puedo decir con plena confianza que corres el riesgo de estropear las cosas de una manera muy grave con lady Anne».

Su declaración fue demasiado perspicaz. «No voy a estropear nada. Estoy tratando de arreglarlo».

Ella le dirigió una mirada de incredulidad mientras plantaba sus manos en sus caderas en una imitación perfecta de la postura amenazadora de Ainsworth. «Entonces, ¿por qué estás aquí arriba cuando lady Anne y todos los demás se están reuniendo abajo para el evento de esta noche? ¿Por qué no estás a su lado? ¿Por qué no estás ensayando tu lectura? Si tienes alguna esperanza de ganar, tienes que hacerlo bien en el evento de esta noche».

Maldita sea, la niña estaba hablando de los juegos.

Por supuesto. No sabía por qué había pensado que ella se refería al miserable asunto de su repentina propuesta. Ella no podía saber nada de eso.

«He apostado mi dinero en ti y Lady Anne y no voy a permitir que lo arruines cuando estás tan cerca de ganar.

Él la miró con dureza. «¿Apostaste por el resultado de los juegos?».

He dejado muy claro que he estado apoyándote a ti y a lady Anne desde el principio», evadió ella sin demasiada sutileza. «Ahora, sé que no has sido un participante muy entusiasta, pero no puedes estar pensando en retirarte ahora».

Beynon sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo. Con demasiada frecuencia, sus conversaciones con su hermana tendían a dejarlo sintiéndose un poco agotado. «No te preocupes, iré abajo en un rato. No voy a estropear las cosas».

«Bien», Caillie asintió bruscamente. «Cuídate. Lady Anne se

merece algo mejor que eso».

Un rayo de inquietud lo atravesó mientras miraba de nuevo el cuadro de la dama.

Su hermana tenía razón. La dama definitivamente no merecía un hombre como él. Como compañero o como cualquier otra cosa.

Capítulo Veintiuno

Anne seguía furiosa, incluso después de su vigorosa caminata por los jardines cuando finalmente volvió a entrar en la casa para hablar con Lily sobre retirarse del evento final. No podía realizar la lectura en el estado en el que se encontraba actualmente. Sin duda, su amiga vería al instante que algo andaba mal, pero Anne no tenía intención de explicar el motivo de su disgusto. Simplemente no podía atreverse a decir en voz alta que finalmente había recibido una oferta de matrimonio, pero que había venido de un hombre que no tenía ningún deseo real de casarse con ella. Un hombre que no sentía ninguna admiración sincera ni sentimientos tiernos por ella. Y que ni siquiera le había pedido su mano, sino que había estado organizando el asunto a sus espaldas. Había decidido lo que debía hacerse y había involucrado a su padre en el asunto antes incluso de molestarse en considerar sus propios pensamientos.

Como su padre le había dejado tan claramente claro a lo largo de su vida, ella no era más que una obligación que debía ser manejada. Una responsabilidad que era preferible ignorar, excepto cuando su existencia se convertía en una molestia inevitable. Y ahora, el señor Thomas aparentemente había decidido que, debido a la noche anterior, ella se convertiría en *su* desafortunada carga.

Todas las inseguridades de su infancia surgieron de la oscuridad en la que ella había trabajado tanto para enterrarlas. Ya había pasado demasiado tiempo de su vida creyéndose indigna de tiempo, consideración y amor. Había jurado nunca resignarse a lo mismo en su matrimonio.

Apenas conteniendo el dolor y el resentimiento que la agitaban en su interior, Anne entró en el invernadero, donde los invitados a la fiesta se estaban reuniendo para las lecturas dramáticas. Escudriñó la habitación en busca de Lily. La mayoría de las sillas ya habían sido ocupadas, pero varias personas todavía permanecían de pie a lo largo del borde de la habitación. Lily y su esposo entre ellos. Anne había esperado poder simplemente entrar y salir agachada, pero parecía que tendría que rodear las filas de sillas para llegar a su amiga en la parte delantera de la sala.

Armándose de valor contra el deseo de huir, avanzó. Todavía estaba a varios pasos de donde estaba Lily cuando sintió una presencia siniestra que se acercaba por detrás de ella. Cerca. Luego, el cálido y firme toque de una mano grande que la sujetaba por el codo.

Se detuvo de inmediato, todo su cuerpo se quedó congelado en su lugar mientras un calor no deseado inundaba sus entrañas.

¿Se atrevía a acercarse a ella allí delante de todos? Sin duda, sabía que ella no querría causar una escena dramática. Tensa y acalorada por la ira, lentamente giró la cabeza para mirarlo.

Él se paró lo suficientemente cerca como para mover la caída de sus faldas. Y su cabeza estaba inclinada íntimamente hacia la de ella. Podía ver su pulso latiendo a un lado de su garganta.

¿Cómo podía todavía desear con tanta fuerza presionar sus dedos allí? ¿Sus labios?

Su cabeza dio vueltas y sus rodillas se sintieron repentinamente débiles.

«¿Nos sentamos?». Habló en un murmullo bajo, pero la rica voz de barítono fluyó pesadamente a través de ella.

Tensó la mandíbula. «No me quedaré».

Él no respondió, pero sus ojos se oscurecieron peligrosamente mientras sostenía su mirada sutil y silenciosa.

«Bienvenidos todos», gritó Lily desde el frente de la sala, donde estaba parada entre dos sillas posicionadas para mirar al público. «Me gustaría comenzar, si es posible».

Lady Anne estaba trabada. Era demasiado tarde para darse por vencida ahora, especialmente porque su compañero estaba presente y aparentemente todavía tenía la intención de seguir adelante con la lectura.

Una vez más, el poder de tomar su propia decisión le fue arrebatado.

Tan sutilmente como pudo, sacó su brazo del agarre de Beynon y comenzó a dirigirse hacia el asiento vacío más cercano. Desafortunadamente, estaba al lado de otra silla desocupada, que su compañero reclamó rápidamente.

Manteniendo su mirada hacia adelante, solo escuchó a medias a Lily explicar que el orden de las lecturas había sido elegido al azar antes de anunciar a la pareja quién iba a comenzar primero.

Anne podía soportar esto. Diez escenas cortas, incluida la suya. Tal vez después de que ella y Beynon dieran su actuación, podría escabullirse de la habitación sin que se dieran cuenta.

Cuando la primera pareja comenzó a leer, el hombre que estaba a su lado se movió en su silla. La nueva posición presionó la longitud de su muslo contra el de ella. Un escalofrío no deseado recorrió su piel con el contacto mientras el calor la recorría.

¿Estaba tan debilitada por su deseo por él que un toque tan simple podría hacerla temblar?

Con la misma sutileza, restableció el espacio entre ellos.

Por el rabillo del ojo, vio sus grandes manos, que anteriormente descansaban sobre sus muslos, curvarse lentamente hasta convertirse en puños. Por un segundo, pensó que podría extender la mano...

tocarla. Luego casi se rió de su estupidez.

Él no la quería.

Incluso cuando reconoció la dolorosa verdad, su memoria fue invadida por un recuerdo visceral de estar sostenida en sus brazos, su cuerpo envuelto alrededor de él, mientras su aliento pesado calentaba su garganta y su dureza palpitaba dentro de ella.

Entonces, él la deseó.

Pero la pasión y el hambre sexual, incluso tan intensos como los que habían experimentado la noche anterior, no eran sinónimo de verdaderos sentimientos. Y, sin importar cuáles fueran las expectativas de la sociedad, no creía que justificaran un matrimonio apresurado. Preferiría pasar sus días solterona que comprometerse a una vida como la obligación no deseada de otro hombre.

El señor Thomas podía mirarla con el ceño fruncido todo lo que quisiera. Ella no iba a casarse con él.

Se mantuvo estoica y resuelta durante las siguientes lecturas, pero cuando finalmente fue su turno de ponerse al frente de la sala, sintió un extraño temblor en lo más profundo.

Beynon se puso de pie primero y le tendió la mano.

Ella puso sus dedos en los de él sin pensar, una respuesta reflexiva al gesto común. Pero cuando su cálida mano se enroscó alrededor de la suya, su vientre se retorció y su mirada se levantó para atrapar la de él por una fracción de segundo antes de que él dirigiera su mirada hacia adelante.

Lo que vio en sus ojos en ese momento la preocupó. No era su habitual mirada melancólica. No se percibió ningún destello de ira ni de mal genio en las profundidades. En cambio, vio una determinación firme e inquebrantable.

La asustó de una manera que ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

Cuando se sentaron frente a los demás invitados, una cautela silenciosa se apoderó de ella.

Lily sonrió alentadoramente mientras entregaba a cada uno copias de la escena abreviada que debían leer antes de volverse hacia sus invitados.

«Lady Anne leerá el papel de Margaret y el señor Thomas leerá el papel de Fausto en la escena de la mazmorra de *Fausto*, primera parte, de Johann Wolfgang von Goethe». Echó una mirada a Anne y Beynon y susurró, «pueden comenzar cuando estén listos».

Cuando Lily se sentó junto a su esposo en la primera fila, Anne miró las líneas. Respiró profundamente y trató de concentrarse en las palabras en lugar de en el hombre que estaba a su lado.

Un silencio incómodo se instaló en la sala a su alrededor mientras todos esperaban que comenzara la escena. Las primeras

líneas fueron de Beynon y Anne finalmente levantó la mirada para verlo mirándola fijamente, su mirada oscura y su expresión severa.

Pero luego bajó la mirada a su escena y leyó. La pesadez de su voz le dio una gravedad cruda y dolorosa a las apasionadas palabras de Fausto cuando ve a su antiguo amor en la celda del calabozo. La respuesta de Anne como Margaret fue una súplica dolorosa llena de confusión mientras la mujer prisionera no reconoce al hombre que una vez amó.

Mientras la escena continuaba a través de la agitación emocional de una mujer perdida en el dolor y la culpa y un hombre desesperado por redimirse liberándola del trágico destino que la esperaba, Anne se rindió a la emoción de la escena. Se rindió al dolor en las súplicas de misericordia de Margaret mientras la mujer recordaba todo lo que había perdido. Y se rindió a la insistencia áspera, casi enojada, del hombre que la había llevado a la ruina pero que ahora estaba luchando por salvarla. La interpretación que hizo Beynon de las apasionadas exigencias de Fausto, que la instaba a marcharse con él y a huir de la mazmorra antes de que fuera demasiado tarde, obligó a Anne a luchar contra la emoción que le obstruía la garganta para responder mientras Margaret luchaba contra el peso de su propia vergüenza y desesperación.

Cuando llegaron al final de la escena, Anne se sintió débil y en carne viva.

Porque había *sentido* la interpretación de Beynon como si hubiera sido el propio Fausto. Desesperado y luchando por comprender plenamente a la mujer que deseaba salvar y la fuerza de la oscuridad que la atrapaba.

Con el corazón acelerado, se encontró con la mirada pesada de Beynon. Sus ojos oscuros estaban cargados de pasión silenciosa y, una vez más, de esa determinación implacable.

Por más desesperada que estuviera ella por rechazar su propuesta, él estaba igualmente decidido a no dejarse llevar por su intención.

Y de repente, ella ya no estaba tan segura de ser lo suficientemente fuerte como para resistirse a él.

Se puso de pie de repente e intentó mantener cierta apariencia de decoro mientras se acercaba a Lily, quien se había puesto de pie con un extraño brillo de lágrimas en los ojos. Después de murmurar unas palabras rápidas sobre que no se sentía bien, Anne continuó rápidamente pasando a los invitados sentados hacia las puertas abiertas detrás de ellos. Al pasar junto a lord y lady Mayhew, le llamó la atención la extraña mirada de furia en los ojos de la dama, pero no aminoró el paso.

Una vez libre de la audiencia, continuó hacia la escalera que

conducía al ala de invitados y a la soledad de su dormitorio. Incluso cuando sus ojos comenzaron a nublarse y su corazón retumbó en sus oídos, rezó para que su doncella no la estuviera esperando.

Afortunadamente, su dormitorio estaba vacío. Pero cuando suspiró aliviada y se dio la vuelta para cerrar la puerta, no pudo.

La gran figura de Beynon llenó el umbral. Ni siquiera lo había escuchado detrás de ella.

Su estómago se desplomó y su corazón rebotó en su garganta.

«Necesitamos hablar». Incluso ahora, su tono oscuro resonó con algo muy profundo en su interior. Ella negó con la cabeza y dio un paso atrás. «No tengo nada más que decir».

Su semblante ceñudo era amenazador a la tenue luz de las velas. «Entonces, puedes escuchar. Con un propósito feroz, cruzó el umbral y cerró la puerta detrás de él. Giró la llave en la cerradura, por si acaso.

Aunque ahora estaba encerrada en su habitación sola con un hombre muy intenso y muy fuerte, Anne no estaba ni un poco asustada. Estaba demasiado maltrecha emocionalmente y profundamente indignada como para sentir algo tan leve como el miedo.

Mirándolo fijamente, cerró sus pensamientos detrás de una máscara ilegible. Él nunca podría saber cuánto le dolía su traición, su total desprecio por su derecho básico a tomar sus propias decisiones.

¿Dijo que quería que ella escuchara? Bien. Podía decir lo que quisiera y luego podría irse.

Capítulo Veintidós

Esto fue un error. Un enorme error de juicio.

Nunca debió haberla seguido. Todos los que estaban abajo habían presenciado su apresurada partida, con él siguiéndola rápidamente. No es que la falta importara mucho después de que se anunciara su compromiso.

No, el riesgo que Beynon percibió mientras miraba la expresión estoica de lady Anne y su postura ferozmente orgullosa no tenía nada que ver con la percepción de la sociedad y todo que ver con la de la dama.

Dio un paso hacia adelante y ella levantó la barbilla. Su mirada se volvió inusualmente dura mientras esperaba en silencio a que él hablara.

¿Qué podía decir? Estaba claramente furiosa, y con razón. Pero no podía cambiar nada. Lo que se había hecho no podía revertirse.

Resistiendo el impulso de mirar a cualquier lado menos a la mujer frente a él, se aclaró la garganta. «Entiendo tu enojo». Un rápido arqueamiento de sus cejas sugirió su escepticismo. Él frunció el ceño. Ella no iba a ponérselo fácil. «Debería haber hablado contigo antes de mandar a buscar a lord Humphries. En ese momento, pensé que era mejor avanzar lo más rápido posible».

Cuando ella no respondió, él se giró para caminar hacia el fuego que ardía lentamente. Necesitando algo que hacer, se agachó frente a la chimenea y se dispuso a avivar las llamas. Estar de espaldas a ella le hacía más fácil continuar.

«Quería tiempo para superar cualquier objeción que tu padre pudiera expresar».

Hubo una pausa significativa después de la declaración. Entonces Anne preguntó con una voz tensa y tranquila, «¿y él se opuso?».

El estómago de Beynon se anudó bruscamente mientras usaba un atizador de hierro para revolver las brasas.

La respuesta de lord Humphries a la confesión de Beynon de haber comprometido a su hija todavía lo sorprendió y enfureció. Había esperado que el hombre se pusiera furioso de que alguien tan socialmente inferior tomara a su hija como esposa. Se había preparado para la indignación justificada de un padre por haber deshonrado a su hija de esa manera, pero nunca hubiera anticipado la absoluta falta de respeto de ese hombre hacia su propia hija.

El silencio que siguió a su pregunta se alargó hasta que finalmente ella habló con una voz tranquila y monótona. «¿Qué dijo?».

Beynon se levantó y se dio la vuelta.

Ella seguía de pie donde la había dejado, alta, orgullosa e imperturbable. Se merecía algo mucho mejor.

Beynon no tenía intención de repetir nada de lo que había dicho ese hombre despreciable. Se aclaró la garganta y respondió simplemente, «no puso objeciones a nuestro matrimonio».

Ella no parecía sorprendida por la aquiescencia de su padre. «Me imagino que se sintió bastante aliviado de librarse de mí», observó con tranquila resignación.

El hecho de que aceptara tan fácilmente la falta de protección y preocupación de su padre por su bienestar lo enfureció de nuevo. ¿Qué había soportado de ese hombre para esperar tan poco de él?

«No importa», admitió ella. «Yo me opongo. Y mi consentimiento debería ser el único que importe».

Tenía razón, pero era demasiado tarde. Mientras la frustración se mezclaba con la culpa y el arrepentimiento en su interior, se acercó lentamente a ella. No más evasivas. No más disculpas ni eludir la verdad.

Sus fosas nasales se dilataron y sus pestañas revolotearon sutilmente antes de armarse de valor una vez más e inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo fijamente mientras se detenía frente a ella. La vulnerabilidad y el orgullo obstinado todavía eran evidentes en su postura, pero había un brillo de temperamento en sus ojos, enterrado profundamente y fuertemente controlado, pero presente de todos modos. Verlo lo conmovió. Tan delicadamente refinada, pero tan feroz.

Feroz y apasionada.

Recordó la forma en que ella se había derretido en sus brazos incluso cuando lo había estrechado contra sí. Cómo había envuelto sus largas piernas y sus elegantes brazos alrededor de su cuerpo mientras lo aceptaba.

En un intento involuntario de detener el aumento de temperatura en su sangre, bajó la mirada del fuego en sus ojos. Pero el elegante arco de su cuello no era menos tentador. El constante y frenético latido de su pulso visible bajo su suave piel. Quería reclamar ese pulso con su boca, lamerlo con su lengua y rasparlo con el borde de sus dientes hasta que su cabeza cayera hacia atrás en señal de rendición y su cuerpo se arqueara contra el de él. Su cuerpo se endureció con una rapidez e intensidad sorprendentes. Cada centímetro de él estaba repentinamente desesperado por sentirla contra él. Sentirla rodeándolo con calor y suspiros y un hambre encantadora y ansiosa. Una frenética follada contra la puerta no sería suficiente para calmar el anhelo dentro de él. El deseo de hacerlo mejor por ella, de tomarse su tiempo, de reclamar su placer una y otra

vez. A pesar de lo terriblemente diferentes que eran y lo inadecuada que era ella para la vida como esposa de un granjero, todavía la deseaba. Su cuerpo ansiaba el de ella. Sus entrañas se apretaban de necesidad.

Y su cama estaba a solo unos pasos de distancia.

Se obligó a mirarla a los ojos otra vez, aunque sabía que era un riesgo. No había forma de que ella no viera el calor y la lujuria en sus ojos, en la furiosa tensión que se apoderaba de su cuerpo, el duro apretón de su mandíbula.

Pero su expresión también le decía mucho. Sus ojos se abrieron y sus labios se separaron en una inhalación profunda y aguda mientras sus brazos caían pesadamente a los costados. Si ella reconoció su repentino deseo por lo que era, no fue inmune a él. Un paso decidido hacia adelante y él podría tomarla en sus brazos.

Pero, de inicio, eso era lo que los había llevado a donde se encontraban ahora. Y una vez más, él demostraría ser el bruto que todos creían que era. Tenía que luchar contra eso. Negarlo. Luchar contra la negación a la necesidad que lo desgarraba incluso ahora.

Su voz era áspera mientras hablaba. «No puedes convencerme de que no entendiste las consecuencias de lo que hicimos anoche».

Sus pestañas se agitaron, pero sostuvo su mirada para decir con un dejo de desafío, «me temo que esas cosas estaban bastante lejos de mi mente en ese momento».

Aunque sus palabras inspiraron otra sacudida de lujuria a través de su sistema, la ignoró con fuerza. «Me aproveché...».

«No te atrevas», advirtió ella en un susurro pesado.

Beynon frunció el ceño. «No tenía derecho...».

«No me conviertas en una víctima», exigió ella con silenciosa ferocidad. «Yo estaba allí, Beynon. No tomaste nada que yo no diera voluntariamente».

Una vez más, los detalles de su pasión lo atravesaron como llamas que hormigueaban, haciendo que se le encogiera el estómago y cerrara los puños. Tenía la garganta en carne viva cuando murmuró en respuesta, «entonces no puedes negar lo que debe suceder ahora. Debe hacerse una compensación».

«No, no es necesario», argumentó ella, elevando la voz con un pánico sutil. «Mientras nadie sepa...».

«*Lo sé*», gruñó él. «Y también lo saben Wright y tu padre».

El sonido ahogado que se le atascó en la garganta le apretó la respiración. Ella negó con la cabeza cuando una nueva tristeza apareció en su mirada.

«No tenía por qué llegar tan lejos».

La desesperación en su voz era profunda, el filo de la espada irregular y afilado. Se recompuso contra la crudeza que crecía en su

interior. Ella tenía razón. Todo este asunto pudo… debería haberse manejado mucho mejor. Pensó que había hecho lo correcto al llamar a su padre, pero fue lo peor que pudo haber hecho. Su decisión la había acorralado.

«Ninguno de los dos quiere esto», dijo sin rodeos, «pero ya no importa. Nos casaremos, lady Anne».

Sus ojos brillaron de emoción cuando lo miró a los ojos. «¿Y si me niego?».

Se le encogió el estómago, pero respondió con oscura convicción. «No lo harás».

Sus ojos se abrieron y parpadeó con fuerza, ofendida. «¿Crees que soy tan dócil? ¿Tan carente de criterio que me someteré a tus dictados?». Su voz sonó aguda por la ira. Luego abrió los ojos de par en par. «¿O simplemente crees que estoy tan desesperada?».

Se obligó a mirarla a sus enfadados y desconfiados ojos. Tendría que contarle el resto. Era la única forma en que ella aceptaría que simplemente no había otra opción en el asunto.

«No *puedes* negarte».

Ella se puso rígida y abrió mucho los ojos. Algo en su tono debió haber logrado atravesar la neblina de su ira. En un susurro, preguntó, «¿qué quieres decir con que no puedo?».

Mierda. Realmente no quería tener que decir esto en voz alta, pero no podía ser un cobarde al respecto. Ella tenía que saberlo.

Y por mucho que quisiera ahorrarle el dolor de la traición de su padre, probablemente era lo único que la convencería de seguir adelante con su matrimonio. Con la mandíbula dolorida por el rechinido de muelas, le sostuvo la mirada mientras respondía, «tanto si te casas conmigo como si no, tu padre…», Beynon cerró los puños. Las palabras se sintieron como ladrillos de plomo en su boca. «Te repudió».

Para su sorpresa, ella permaneció completamente quieta mientras él forzaba las últimas palabras. La única evidencia de alguna respuesta emocional fue su respiración ligeramente acelerada y la innegable turbulencia en su mirada. Luego se dio la vuelta y caminó por la habitación hacia la ventana. Sus pasos eran lentos, como si tuviera que concentrarse para poner cada pie delante del otro. Durante un largo silencio, permaneció allí, con la columna recta y los hombros erguidos mientras miraba fijamente la noche.

Beynon tuvo que hacer un esfuerzo físico para no acercarse a ella. No lo aceptaría.

De repente, se dio cuenta de que, aunque la fortaleza de esta mujer era algo silencioso, no por ello era menos poderosa. Y una vez más se preguntó cómo había podido confundirla con una persona mansa o aburrida. Era una fuerza en sí misma y la sutileza de su

fuerza interior se entretejió en su voz cuando finalmente respondió.

«Entonces parece que tenía toda la razón, señor Thomas. No tengo elección».

Luego se dio la vuelta y, sin siquiera mirarlo, caminó hacia la puerta. La abrió de par en par, se hizo a un lado y solo entonces lo miró. Su expresión era estoica. Sus ojos oscuros y tranquilos. «Será mejor que se vaya».

Su cuerpo se tensó bruscamente en señal de rechazo. Quería negarse. Todo su impulso interior clamaba por quedarse y ofrecerle...

¿Qué? ¿Consuelo? ¿Simpatía? ¿Cuando lo que realmente quería hacer era darle un puñetazo a la prominente nariz de lord Humphries?

Si Colin no lo hubiera detenido. Al menos el dolor de los nudillos ensangrentados podría ofrecerle a Beynon cierta satisfacción en ese momento desdichado.

La mirada azul verdosa de lady Anne se clavaba en su alma. Nunca la había visto tan… insensible. El tono violeta de su vestido y el halo pálido de su cabello le daban un aspecto etéreo en la penumbra. Etéreo e intrínsecamente inflexible, recordándole una vez más a aquellas temibles reinas de las hadas de las historias de su infancia.

«Me gustaría que se fuera, señor Thomas», señaló con firmeza cuando él todavía no se había movido. «Ahora».

Salió de la habitación en silencio. ¿Qué más podía decir? Él era el bastardo que la había metido en esta situación, en más de un sentido. *Él* era el hombre que merecía unos cuantos puñetazos en la cara.

Una buena pelea podría hacer el truco para que se sintiera tan mal por fuera como por dentro. Desafortunadamente, sus posibilidades de encontrar un oponente adecuado eran escasas o nulas.

Capítulo Veintitrés

El salón de baile estaba bellamente decorado con franjas de tul blanco como la nieve y guirnaldas de hiedra. El piso de parqué había sido pulido hasta lograr un brillo reflectante y los dos candelabros del techo iluminaban el espacio con un resplandor dorado. Con la noche tan cálida, las puertas del balcón que bordeaban toda una pared se habían abierto de par en par para que entrara aire fresco, lo que permitía que una brisa refrescante circulara por la habitación. Además de los invitados de la casa de los Harte, se habían extendido invitaciones a los vecinos de los alrededores y el gran salón ya se estaba llenando de gente.

Anne tuvo mucho cuidado de ocultar la ansiedad que la invadía mientras comenzaba a caminar por el perímetro del salón de baile. Sus años anteriores en la sociedad le habían enseñado a abrirse paso entre la multitud sin parecer perdida o fuera de lugar, sin importar cuán intensamente pudiera sentirse exactamente así.

Esperaba que hubiera algo de curiosidad por su rápida partida después de terminar la lectura la noche anterior. Y no podía imaginar que alguien pasara por alto el hecho de que el Sr. Thomas la había seguido tan rápidamente.

En verdad, no podía obligarse a preocuparse por lo que la gente pensara del incidente. Pero en realidad no quería tener que soportar a ningún entrometido curioso que quisiera preguntarle sobre eso bajo la apariencia de preocupación.

Había recorrido aproximadamente un cuarto del camino alrededor de la habitación cuando vio a la señorita Claybourne parada en una pequeña alcoba en la esquina de la pista de baile. Lady Wright estaba a su lado y parecía que las dos estaban enfrascadas en una discusión suave. Cuando la señorita Claybourne captó la mirada de Anne, rápidamente le hizo un gesto para que se acercara.

Lady Wright levantó la vista cuando Anne se acercó y soltó un suspiro visible. «Ah, lady Anne, te ves muy hermosa esta noche».

Anne sonrió. «Gracias, milady. Igual que tú».

Era cierto. El vestido esmeralda profundo de lady Wright era impresionante contra su cabello castaño rojizo. Anne solo podía desear tener el valor de usar un color tan atrevido.

La escocesa le dirigió una mirada ligeramente suplicante. «Me pregunto si me harías el favor de quedarte con Caillie mientras me alejo por un momento. No puedo dejarla sola o la astuta muchacha podría escabullirse para probar la ratafía», añadió en voz baja.

«¿Qué es eso, Worthy?», preguntó la muchacha, con inocencia

pura.

«Nada, muchacha».

«Por supuesto», respondió Anne de buena gana. «Estaré feliz de quedarme con la señorita Claybourne hasta que regreses».

«Gracias, lady Anne. Eres un ángel».

Cuando lady Wright desapareció entre los invitados, Anne se volvió hacia la muchacha. «¿Es todo lo que imaginabas?», preguntó con una sonrisa.

«Muy cerca», suspiró la señorita Claybourne. «No puedo esperar hasta que tenga la edad suficiente para bailar en mi primer baile».

Anne reprimió un suspiro de hastío. «Estoy segura de que tu debut será todo lo que esperas que sea».

Pero en lugar de estar de acuerdo, la muchacha se encogió de hombros. «Sé que habrá algunos que me rechazarán de plano por mi ilegitimidad».

El remordimiento invadió a Anne. No podía creer que lo hubiera olvidado. Su comentario fue terriblemente insensible.

Pero antes de que pudiera disculparse por su falta de consideración, la señorita Claybourne esbozó una sonrisa. «Por supuesto, siempre está el club de Roderick. He oído que organiza algunas de las mejores fiestas de la ciudad. Si no puedo bailar con la alta sociedad, simplemente conseguiré una de sus invitaciones».

Mientras Anne luchaba por formular una respuesta adecuada a la descarada sugerencia, la chica se llevó una mano enguantada a la boca para sofocar la risa.

«Oh, lady Anne, si pudiera ver su propia cara ahora mismo». Se inclinó hacia adelante para acariciar el brazo de Anne en un gesto tranquilizador. «Sé lo escandaloso que sería algo así».

Anne exhaló un suspiro de alivio que fue un poco prematuro cuando la chica agregó, «por supuesto, eso no significa que no lo haré si tengo que hacerlo».

Anne solo pudo negar con la cabeza mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios. «Señorita Claybourne, sin duda tiene un espíritu aventurero».

«¡Gracias!», dijo la chica radiante. Entonces su cara redonda se iluminó al ver a alguien entre la multitud. «Ah, ahí están Roderick y Beynon. Debo decir que tengo los hermanos más guapos, ¿no cree, lady Anne?».

En cuanto la chica mencionó a Beynon, el cuerpo de Anne se tensó mientras una fina lluvia de chispas caía sobre sus nervios. Había esperado evitar ver al hombre al menos por un tiempo. Pero ahora sería extraño *no* mirar.

Los dos hermanos estaban parados casi directamente al otro lado del salón de baile, pero a pesar de la distancia y la formación de

invitados que cambiaba constantemente entre ellos, su compañero se destacaba.

Había pensado que era fascinante vestido de manera informal con la ropa de un caballero rural, pero con un traje de noche formal, era algo completamente diferente.

Toscamente apuesto y sin complejos, sin refinar.

Aunque estaba de pie junto al señor Bentley con la barbilla baja mientras escuchaba lo que el otro hombre decía, su mirada oscura, más oscura aún por el fruncimiento de sus pobladas cejas, estaba fijada en un ángulo agudo hacia Anne. La potente intensidad de su mirada le provocó un escalofrío en la columna y un aleteo en la parte baja del vientre. Su cuerpo se estremeció y un pulso sutil se encendió en lo más profundo.

Pero su corazón le dolía.

«Muchas gracias, lady Anne».

Se sobresaltó un poco cuando se dio la vuelta y vio que lady Wright se acercaba con lord Wright un paso detrás de ella. Inmediatamente recordó que el conde había estado presente durante la reunión de Beynon con su padre. ¿Había estado también allí cuando su padre la interrumpió?

El dolor por la renuncia de su padre se había atenuado hasta convertirse en un único punto de presión en su pecho. No se había sorprendido demasiado al oír que su padre la había abandonado. Lord Humphries había dejado claro hacía mucho tiempo que su valor para él se limitaba estrictamente a su capacidad para conseguir un buen partido, uno que fuera ventajoso para él, ya fuera económicamente o en relación con su posición política. Cuando no había conseguido despertar ni un atisbo de interés en su primera temporada, básicamente le había dado la espalda.

Esta situación con Beynon simplemente lo había hecho oficial. Y ahora estaba desamparada de hecho, en lugar de solo en sentido figurado. Su padre se había asegurado de que se viera obligada a ir a Beynon sin nada, un castigo tanto para él como para ella. Por alguna razón, estaba más agraviada por el hecho de que Beynon no recibiera su dote que por ella misma.

Si él recibiera alguna compensación financiera, tal vez no se sentiría como una carga.

Cuando lord y lady Wright llegaron hasta ellos, Anne apartó los pensamientos trágicos de su mente y ofreció una rápida sonrisa.

«Gracias, lady Anne», dijo la condesa antes de volverse hacia la señorita Claybourne. «Toma, Caillie, te traje un poco de ponche. Una vez que hayas terminado, te llevaré a tu habitación».

«¿Tan pronto?», exclamó la chica.

«Nuestro acuerdo era por quince minutos», señaló lady Wright

con firmeza. «Ciertamente ha sido así».

«Lady Anne», dijo el conde, dando un paso adelante. «Me pregunto si le gustaría concederme el próximo baile».

Su expresión era tranquilamente ilegible, pero creyó detectar un destello de compasión en sus ojos. La vergüenza amenazó con calentar sus mejillas.

«Imagino que su esposa está ansiosa por ser su pareja, milord».

«No se preocupen por mí», comentó la escocesa con una risa ronca. «Ya tendré mi turno».

Cuando empezó la siguiente canción, el conde se giró para ofrecerle el brazo. Negarse ahora sería una grosería desmesurada. Anne apoyó la mano en su brazo y le permitió que la llevara a la pista de baile.

«Me gustaría ofrecerle una disculpa, milady», dijo en tono serio.

«Realmente no es necesario», empezó a decir apresuradamente.

«De todos modos», insistió con suavidad mientras tomaban posiciones.

Cuando empezó la música y realizaron las rutinas del baile campestre, Anne esperaba que el conde no intentara continuar la conversación.

Se sintió decepcionada.

En la siguiente oportunidad, continuó, «supuse que Beynon había hablado con usted antes de que partiéramos a Londres».

«Bueno, no lo hizo», respondió ella con voz cortante. Entonces la expresión de pesar del conde la hizo sentir muy mal. No debería descargar su ira en nadie más que en el hombre responsable. «No lo culpo, milord», añadió apresuradamente, «es el señor Thomas el único que se ha ganado mi ira».

Pudo ver que el conde quería responder, pero no tuvo otra oportunidad hasta que terminó la canción. Cuando ella tomó su brazo y le permitió que la guiara fuera de la pista de baile, él mantuvo la mirada hacia adelante con rostro serio. «Beynon puede ser impulsivo a veces, pero es un buen hombre».

No dijo nada. ¿Qué podía decir? Ya creía que era un buen hombre, aunque también difícil. Había sospechado durante algún tiempo que su exterior duro era simplemente un escudo contra una sociedad en la que no tenía motivos para confiar. Desafortunadamente, ella estaba incluida en esa sociedad.

Por un segundo, pareció que el conde iba a decir más, pero perdió la oportunidad cuando llegaron al borde de la pista de baile y encontraron al señor Bentley esperando para interceptarlos.

Los ojos azules de Bentley brillaron mientras le dedicaba a Anne una sonrisa encantadora. «¿Puedo reclamar su próximo baile, milady?».

¿Qué era esto?

Miró de un lado a otro, entre lord Wright a Bentley. ¿Los hermanos estaban conspirando para suavizar su actitud hacia Beynon? Casi se negó por despecho, pero antes de que pudiera decir una excusa, Bentley inclinó la cabeza para agregar, «¿aceptará si prometo no mencionar a mi hermano ni una sola vez?».

Al no ver una salida fácil, asintió brevemente y transfirió su mano del brazo del conde al señor Bentley.

Afortunadamente, hubo muy poco tiempo para hablar ya que el baile ya estaba comenzando. El ritmo animado redujo la conversación a comentarios muy breves y Bentley cumplió su palabra ya que Beynon no se mencionó ni una vez.

Pero Anne podía ver que se moría de ganas de decir algo. Al final del baile, decidió permitirle la oportunidad, aunque solo fuera para sacárselo de encima y no tener que anticipar otra emboscada en un momento posterior.

Mientras la guiaba fuera de la pista de baile, ella le ofreció una oportunidad. «Ya ha cumplido con su promesa, señor Bentley. Puede decir lo que piensa».

Él le sonrió, para nada desconcertado por su franqueza. «Sabía que es inteligente, lady Anne. Por eso quería ser sincero con usted. Aunque no conozco los detalles de su repentino compromiso con mi hermano, me gustaría dejar claro que, al casarse con él, se unirá a una familia grande, que sigue creciendo. Y que todos estaremos allí para apoyarla en todo lo que podamos».

Las palabras fueron sorprendentemente sinceras y totalmente inesperadas.

Una familia. Una familia que la apoyaría.

Ella apenas podía comprender el concepto.

Entonces, el Sr. Bentley se rió entre dientes. «No tengo dudas de que lo va a necesitar. La mayor parte del tiempo mi hermano es grosero y sin tacto y puede ser francamente descortés con los demás. Y eso es cuando no está siendo insensible y burdo».

Mientras hablaba, Anne aminoró el paso para mirar al hombre con un asombro cada vez mayor que rápidamente se transformó en afrenta. «Sr. Bentley, con esos comentarios tergiversa groseramente al señor Thomas. Él es… un hombre difícil de entender, tal vez, pero sus palabras son decididamente demasiado duras».

El hombre se encogió de hombros. «Tal vez, pero nadie discutiría que no es en absoluto un buen partido para una dama gentil con sensibilidades delicadas a la que proteger».

Anne entrecerró la mirada. «Me subestima, señor Bentley, y me siento menospreciada en el proceso».

Sus cejas negras se arquearon. «¿Lo hago?».

Al ver el atisbo de una sonrisa en la comisura de su boca, Anne se puso rígida. Levantó la barbilla y le dirigió una mirada severa. «Sé lo que está haciendo».

Él sonrió. «No me sorprende».

«Si está tratando de hacerme sentir mejor por casarme con su hermano, me temo que su objetivo está bastante fuera de lugar. Sus modales rudos o sus supuestas deficiencias sociales no me molestan en lo más mínimo».

«No...», observó pensativamente mientras inclinaba la cabeza, «pero algo sí lo hace».

«Algo que resulta que no es de su incumbencia», dijo con una sonrisa moderada mientras se giraba para mirarlo. «Gracias por el baile, señor Bentley».

«Por supuesto», dijo él con una reverencia educada, dejando pasar el asunto por alto, afortunadamente. «Fue un placer».

«Si me disculpa». Anne asintió y se alejó, pero inmediatamente deseó haber tenido un destino en mente mientras se encontraba serpenteando sin rumbo entre la multitud una vez más. Cada mirada furtiva que la dirigía y cada susurro atrapado en la brisa la hacían cada vez más consciente de sí misma.

Después de tres años de ser una flor de pared invisible, la curiosidad y la atención repentinas eran más de lo que podía manejar. De repente, desesperada por escapar de la multitud, se volvió hacia el salón de refrigerios y se detuvo de golpe cuando lady Mayhew se interpuso en su camino.

La otra mujer tenía una sonrisa rígida en los labios, pero la mirada en sus ojos era todo menos amable. «Lady Anne, qué exquisita y ruborizada se encuentra esta noche».

Anne se obligó a responder de la misma manera, aunque el impulso de escapar solo se había intensificado con el encuentro inesperado. Su sonrisa era tensa cuando respondió. «También se ve bien, milady. Y tiene toda la razón, me siento un poco acalorada y estaba a punto de buscar algo para refrescarme».

Cuando intentó alejarse con gracia, lady Mayhew la agarró de la muñeca con un agarre sorprendentemente fuerte. Anne parpadeó sorprendida cuando la otra mujer se burló en voz baja, «conozco su juego, lady Anne. Juega a ser inocente e inofensiva hasta el momento en que me quita de las manos al hombre que quiero».

Anne apenas podía creer lo que decía la mujer. Lady Mayhew era una completa ilusa. Y Anne había perdido la paciencia. «El hombre que quiere no la quiere a usted», afirmó sin rodeos. «Nunca lo hizo y nunca lo hará».

La otra mujer en realidad se rió de eso. «Eso es ridículo. Supe en el momento en que lo vi que terminaría en mi cama. Sus ojos

tristes y sus manos pegajosas y aferradas no lo alejarán de mí. El señor Thomas es mío y lo *tendré*».

«No esta vez».

La alarma se apoderó de Anne al oír las palabras suaves de lord Mayhew. Se giró para verlo de pie a menos de dos pasos de distancia, ciertamente lo suficientemente cerca como para haber escuchado la declaración de su esposa. Su mirada estaba fija en lady Mayhew, una mirada de profundo dolor y resignación en sus ojos.

Como si Anne no estuviera allí, lord Mayhew continuó, «te dije lo que sucedería si descubría que otra vez estabas haciendo tus engaños».

«Pero, cariño», suplicó su esposa con esa voz aduladora que había usado en el jardín ese día.

Lord Mayhew la interrumpió con un firme movimiento de cabeza. «Suelta a lady Anne ahora mismo. Nos vamos».

Sorprendentemente, lady Mayhew hizo lo que le dijo. Su esposo inmediatamente la agarró firmemente por el codo, atrayéndola hacia su costado. «Mis más sinceras disculpas, lady Anne».

Luego se dio la vuelta y obligó a su esposa a abrirse paso entre la multitud mientras la dama parecía seguir defendiendo su caso en vano. Anne sintió pena por lord Mayhew. El dolor que la traición de su esposa había provocado había quedado claro en su expresión, pero no pudo encontrar ni una pizca de simpatía por la egoísta mujer.

Sintiendo la intensa curiosidad que la pequeña escena había inspirado a su alrededor, Anne ignoró las miradas penetrantes mientras corría hacia el salón de refrigerios. Aunque había un buen número de invitados reunidos alrededor del ponche, Anne se apoyó contra la pared e hizo todo lo posible por pasar desapercibida mientras recuperaba el aliento.

Apenas un momento después, Lily entró en la habitación. En cuanto vio a Anne, se giró para acercarse a ella con una amplia sonrisa. «Ahí estás. Esperaba tener la oportunidad de hablar contigo antes del anuncio».

Una sensación horrible recorrió a Anne. Seguramente, Beynon no pensaría en anunciar su compromiso aquí. Esta noche. ¿Sin siquiera hablar con ella primero? Pero, de nuevo... ¿lo haría?

«¿Qué anuncio?», preguntó, con la voz llena de temor.

La sonrisa de Lily se desvaneció cuando de repente pareció notar la tensión de Anne. «Esta noche anunciaré a los ganadores de los juegos. Quería avisarte con anticipación que tú y el Sr. Thomas obtuvieron el primer lugar. ¿Anne? ¿Estás bien?».

Aunque se sentía muy aliviada de saber que un compromiso que no había aceptado del todo no se convertiría en más material para los rumores esta noche, al menos, parecía que el impacto de los

acontecimientos de ayer finalmente la había afectado. Anne quería tranquilizar a su amiga, pero las palabras necesarias para hacerlo simplemente no le salían.

Pero antes de que Lily pudiera presionar más, se les unieron sus hermanas.

«Lady Anne, ¿por qué parece que alguien le acaba de dar una patada en el estómago?», preguntó Portia, la hermana menor de Lily, con su estilo típicamente brusco, aunque había una preocupación genuina en la voz.

«Estoy bien», logró responder Anne, aunque las palabras sonaron un poco estranguladas.

Emma Bentley evaluó a Anne con una mirada tranquila. «¿Estás bien, de verdad?».

Anne comenzó a asentir. Pero no estaba bien. Era un desastre, para ser honesta. Y el asentimiento lentamente se convirtió en un movimiento de cabeza malhumorado.

«Vamos, entonces», susurró Lily con una rápida mirada a sus hermanas. «Vayamos a un lugar un poco más privado». Entonces, sus suaves ojos grises parecieron enfocarse en algo por encima del hombro de Anne. «Portia, querida, ¿te importaría?», preguntó con un sutil gesto de la frente. Portia parecía saber exactamente a qué se refería Lily cuando asintió con la cabeza. «Con mucho gusto». La mujer más joven se apartó y Emma ocupó su lugar antes de que Anne pudiera ver cuál podría ser el problema. Las tres se movieron fácilmente entre los invitados hasta una pequeña puerta que conducía a una sala de estar contigua que, afortunadamente, estaba desocupada. Cuando Lily comenzó a cerrar la puerta detrás de ellas, una voz familiar gritó, «¡Espérenme!».

Bethany entró en la habitación con una mirada de reprimenda. «Vi que todos se llevaban a Anne y sabía que me necesitarían». Dirigiendo una mirada preocupada a Anne, señaló con suavidad, «¿qué ha hecho ese melancólico señor Thomas para molestarte ahora?».

«¿Por qué no nos sentamos todas y nos ponemos más cómodas antes de sermonear a Anne con preguntas?», sugirió Lily en tono firme.

«¿Pido un té?», preguntó Emma, pero la pregunta fue interrumpida cuando Portia entró rápidamente en la habitación y cerró la puerta con firmeza detrás de ella.

«¿Qué tal un whisky escocés, en cambio?», preguntó Portia mientras caminaba con paso decidido hacia una pequeña estantería donde sacó algunos libros para retirar una botella de whisky escondida detrás de ellos.

«¿Escondiste una botella de whisky escocés en mi sala de

estar?», preguntó Lily, horrorizada.

La mujer más joven se encogió de hombros mientras se reclinaba con una descarada falta de decoro en un sillón de respaldo alto. «En caso de que pueda ser útil», explicó. «Desafortunadamente, no había espacio para colocar vasos, así que tendremos que hacer lo que hacen los piratas», agregó con un guiño descarado antes de sacar el corcho con los dientes y acercarse la botella a los labios.

Anne sacudió la cabeza y miró a cada una de las cuatro mujeres que habían tomado posiciones a su alrededor. «No quiero causar tanto alboroto».

«Tonterías», respondió Emma rápidamente. «No es un alboroto en absoluto».

«Después de todo, no todos los días una mujer se ve obligada a casarse con alguien con quien preferiría no casarse», observó Portia, y luego añadió con el ceño fruncido y un gruñido, «aunque lo es, ¿no?».

Anne miró a la joven con los ojos muy abiertos. «¿Cómo lo supiste?».

Portia esbozó una sonrisa cautelosa mientras se inclinaba hacia delante para pasarle la botella a Anne. «Es lo que hago. Me entero de cosas».

«¿Qué es esto?», preguntó Bethany, ferozmente indignada. «¿Te están obligando a casarte?».

Anne evitó responder tomando un sorbo tentativamente de whisky. Una deliciosa sensación de ardor recorrió su lengua y bajó por su garganta para calentarle el vientre al instante.

«Lo siento, Anne», dijo Lily, sentada a su lado, con genuino remordimiento mientras Anne le pasaba la botella. «No tenía idea de que ser compañera del señor Thomas llevaría a… esto».

«Por favor, no lo hagas, Lily. La responsabilidad de lo que pasó recae con seguridad entre el señor Thomas y yo».

«Sabía que ese hombre era un sinvergüenza, desde el principio», declaró Bethany.

Anne negó con la cabeza. «No. No es así».

«¿Te gustaría contarnos qué pasó?», preguntó Emma.

Hubo solo un momento de vergüenza. «Más porque esas cosas no se hablaban con libertad a menudo que por verdadera vergüenza», antes de que Anne diera un breve suspiro. «Me temo que cruzamos los límites de la propiedad».

Hubo un breve momento en el que las otras mujeres la miraron fijamente, sin duda sorprendidas de oír que la siempre correcta lady Anne podría haber participado en algo escandaloso.

Portia se recuperó primero. «Nunca he entendido por qué unos cuantos besos robados deben resultar en un compromiso», señaló la joven con evidente frustración.

Anne tosió. «Fue un poco más allá de besos robados».

Los ojos de Lily se abrieron de par en par. «¿Cuánto más allá?».

La respuesta de Anne fue un rápido rubor.

Bethany jadeó de alegría. «¡Anne, eres una perfecta marimacho!».

La sonrisa de Lily fue comprensiva y Emma se inclinó hacia delante para agregar pragmáticamente, «no eres la primera, querida, y no serás la última».

«Solo para que quede claro», intervino Portia con una expresión inusualmente sobria, «¿fuiste una participante entusiasta en estas actividades?».

Entendiendo la preocupación de la otra mujer y apreciándola, aunque requiriera una respuesta incómodamente honesta, Anne respondió rápidamente, «sí, por supuesto».

Portia asintió satisfecha y se acomodó en la esquina de su silla.

«El señor Thomas no es lo que todos dicen que es», comentó Lily. «He llegado a verlo como un tipo bastante sensible y compasivo. Creo que solo tiene un poco de dificultad con las expectativas de la sociedad».

«Estoy de acuerdo», afirmó Emma asintiendo. «Puede parecer un poco descontento al principio, pero puede ser uno de los hombres más leales y constantes que conozco».

No estaban diciendo nada que Anne no supiera ya, pero se mantuvo firme en su respuesta. «Nada de eso significa que sería un buen esposo para mí».

Emma inclinó la cabeza mientras se formaba un surco entre sus cejas. «¿Te preocupa su falta de riqueza y posición social?».

Anne se encontró con la mirada interrogativa de la otra mujer. «En absoluto. Esas cosas no tienen relación con mi reticencia».

«Entonces, ¿cuál es exactamente el problema?», preguntó Bethany sin rodeos, la confusión y la compasión eran evidentes en su tono.

Anne bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas con fuerza sobre el regazo y admitió el verdadero origen de su angustia. «No creo que sea demasiado pedir que el hombre con el que me case realmente me desee».

Tan pronto como las palabras salieron de sus labios, se dio cuenta de lo lamentables que sonaban y lo odiaba.

«Oh, Anne», susurró Lily.

«Toma. Bebe más», dijo Portia, ofreciéndole la botella nuevamente.

Anne la aceptó agradecida.

Capítulo Veinticuatro

Aunque la buscó durante más de una hora, Beynon no pudo encontrar a Anne por ningún lugar del salón de baile ni en sus alrededores, después de verla brevemente en la sala de refrigerios. Iba de camino hacia ella cuando la descarada hermana menor de Emma lo interceptó sin contemplaciones y pensó que era un buen momento para preguntarle si estaba disfrutando de su estadía en Inglaterra. Para cuando logró salir de la conversación, Anne se había escabullido sin ser vista.

Frustrado, pero también ligeramente aliviado, se dio cuenta rápidamente de que no tenía idea de qué decirle de todos modos. Pero eso no le impidió escudriñar a la multitud cada cinco minutos esperando su regreso.

Solo quería verla. Mirarla a los ojos y confirmar que el dolor atormentador que había visto la noche anterior había desaparecido. Necesitaba asegurarse de que ella estaba bien. Pero, ¿cómo podía estarlo? *Él* no estaba bien. Y, aparentemente, se notaba. Incluso sus hermanos le estaban dando un amplio margen de seguridad, aunque los ojos azules casi idénticos que habían heredado de su maldito padre lo seguían con un cuidadoso escrutinio, como si temieran su próximo movimiento. Su preocupación solo avivó su temperamento, que en ese momento estaba firmemente arraigado en el autodesprecio.

Cuando otra joven dama lanzó una mirada aguda y cautelosa más allá de su posición en un rincón del salón de baile, decidió que ya había causado suficiente impresión por la noche. Pero cuando comenzó a abrirse camino hacia la salida principal, finalmente vio moviéndose el cabello pálido de Anne entre la multitud.

Inmediatamente cambió de dirección, pero no llegó muy lejos antes de que una campana sonara y llamara la atención de todos hacia lord y lady Harte, que estaban juntos en un estrado elevado en el otro extremo de la sala.

«Buenas noches a todos», dijo la condesa, dirigiéndose a la sala. «Ha llegado el momento de informar los resultados finales largamente esperados de los juegos de este año. Lord Harte y yo queremos agradecer a todos los que participaron…».

Beynon solo escuchó a medias mientras miraba a través de la multitud con la esperanza de echar otro vistazo hacia lady Anne. Finalmente la vio de nuevo al otro lado de la habitación donde estaba con sus amigos.

Frunció el ceño cuando notó algo un poco extraño en ella. No era terriblemente obvio y probablemente solo lo notó porque la había

observado tan atentamente en varias situaciones durante la última semana, pero le pareció que parecía inusualmente… relajada. Su columna no estaba tan rígida como de costumbre y sus hombros mostraban una suave curva.

Quizás le estaba yendo mejor de lo que esperaba. ¿Y por qué esa posibilidad solo lo ponía más ansioso?

«Se han contado los puntajes y la pareja ganadora de los juegos de este año es… ¡Lady Anne Humphries y el Sr. Beynon Thomas!».

La multitud reunida estalló en aplausos y sonrisas mientras todos miraban a su alrededor en busca de los ganadores.

«Me gustaría pedirles a nuestros ganadores que nos guíen a todos en un vals», anunció lady Harte.

Cuando las personas más cercanas a él comenzaron a separarse y crear un camino hacia la pista de baile, Beynon se dio cuenta de que no tenía otra opción que hacer lo que le pedía la condesa.

Llegó primero a la pista de baile abierta y la cruzó lentamente hasta donde lady Anne se estaba alejando de sus amigas para unirse a él. Su aproximación fue lenta pero no vacilante. Y su mirada encontró la de él rápidamente. Parecía serena y tan orgullosa y elegante como siempre, pero todavía había un indicio de algo diferente en su actitud. No podía identificarlo.

Su corazón latía fuertemente contra sus costillas cuando ella se detuvo frente a él, y aunque sabía que probablemente la estaba mirando con fiereza, no parecía poder detenerse. Al menos, lady Anne no parecía estar afectada por su semblante oscuro. Solo hubo un sutil parpadeo de sus pestañas cuando deslizó sus dedos en su palma extendida y se colocó en la posición adecuada.

Beynon había aprendido el vals y otros bailes sociales hacía apenas unos meses. Los pasos no le salían con naturalidad y todavía se sentía rígido y torpe cada vez que lo intentaba. Pero cuando miró a los ojos vivos de Anne y las primeras notas de la canción flotaron a su alrededor, los movimientos necesarios surgieron con facilidad. Pronto, otras parejas se unieron a ellos en la pista de baile y él se relajó con los pasos y los giros mientras su cuerpo se movía al ritmo instintivo de la mujer en sus brazos.

Con una punzada de deseo, de repente deseó poder hacerle el amor así. Todo lánguido, suave y sin prisas. Su primera vez juntos había sido un torrente de sentimientos y sensaciones demasiado poderosos para controlar. Había sido frenético, apasionado y desesperado. Fuego y necesidad.

Aunque su cuerpo ya estaba respondiendo con el mismo profundo deseo y la misma inquietud que había sentido entonces, imaginó una escena más suave. Una exploración lenta y deliberada. Un banquete tranquilo e interminable de los sentidos, de placer en

todas sus formas.

«Tienes que detenerte».

La silenciosa reprimenda de Anne interrumpió sus escabrosas cavilaciones, pero apenas tuvo efecto en su ardor físico. La miró a los ojos con el ceño fruncido. «¿Detener qué?», su voz sonó extrañamente áspera. «El baile acaba de empezar».

Ella miró hacia un lado y luego volvió a mirarlo. «No el baile. Debes dejar de pensar en lo que sea que estés pensando. Seguramente sabes cuánto revelas en tu expresión».

Su tono no sonaba recriminador ni ofendido. En todo caso, había una suave diversión en sus palabras. Y sus ojos, mientras lo miraba, brillaban de vida.

Él bajó la cabeza hacia ella, permitiéndose hundirse en su suave y verde mirada. «¿Y qué te está diciendo mi expresión ahora?».

Sus labios se separaron, pero su mirada brilló. «Que te gustaría encontrar el armario más cercano».

Su corazón tartamudeó y frunció el ceño ante su inesperada audacia. Sus dedos se tensaron contra la curva de su columna mientras miraba a su alrededor. Pero nadie parecía estar observándolos. No sabía qué había causado este cambio en su comportamiento habitualmente serio, pero se encontró respondiendo de la misma manera.

«Ahora mismo», murmuró él, «preferiría una cama de plumas, cubierta de terciopelo y seda».

Su respiración contenida era silenciosa, pero aún audible. El suspiro que siguió tenía un rico matiz de... ¿whisky?

Su barbilla se levantó mientras la miraba con más atención. «Lady Anne, ¿has estado bebiendo licor?».

Se encogió de hombros rápidamente. «Solo un poco».

Así que eso era lo que ella y las otras damas habían estado haciendo. Ciertamente explicaba su inusual actitud. Sus cejas se fruncieron sobre su mirada. «Estás hecha polvo».

Inclinando la cabeza, ella enfrentó su repentina mirada con un desafío amable. «No lo creo. Simplemente me siento mucho menos tensa y enojada que hace una hora. Me gusta bastante», añadió asintiendo. Luego sus pestañas bajaron un poco sobre su mirada. Sus siguientes palabras fueron suaves y roncas. «Ahora, cuéntame más sobre esta cama que estabas imaginando».

Beynon casi gimió.

«¿Qué sucede, señor Thomas?», su tono era claramente desafiante. «Si nos vamos a casar, a pesar de mis deseos en contrario, al menos me gustaría tener algo agradable que esperar».

Cierto. Porque era poco probable que su unión aportara algo agradable.

«Cumpliré con mi deber como esposo», murmuró sombríamente.

Evidentemente, no era lo que ella quería oír. Sus rasgos se tensaron de inmediato cuando levantó la barbilla y agudizó la mirada. «Su deber. Qué encantador. Pensándolo bien, señor Thomas», dijo secamente mientras se ponía rígida y los detenía a ambos, «creo que este baile ha terminado».

Luego se soltó de sus brazos y se alejó caminando con gracia, dejándolo de pie torpemente al borde de la pista de baile.

Estuvo tentado de seguirla, pero no tenía ningún deseo de hacer el ridículo más de lo que ya había hecho. Entonces, giró sobre sus talones y se dirigió en dirección opuesta, con el pecho dolorido por un peso que temía tener que llevar encima el resto de su vida.

Debería haber sabido que no debía permitirse fantasías que nunca podrían existir entre ellos. Era mejor no perder de vista la realidad.

Ella no quería casarse con él.

El hecho de que hubieran permitido que la pasión reinara una vez no significaba que se pudiera esperar que continuara en sus nuevas circunstancias. Lady Anne todavía podía sentir algún rastro de deseo por él, pero estaba claro que lo odiaba por obligarla a casarse.

Muy pronto, se convertiría en su esposa y regresaría con él a Denbighshire, donde su vida nunca volvería a ser la misma. Ambos tenían que aceptar eso. Y todo lo que venía con ello.

A la mañana siguiente, vio la carta que había metido en su bolsillo justo antes de ir a hablar con lord Humphries. En su prisa por cambiarse esa noche, la había arrojado al perchero y se había olvidado de ella.

Al mirarlo más de cerca, se dio cuenta, con un poco de inquietud, de que era de su hermana mayor. Tenía fecha de casi dos semanas y contenía noticias que no podía ignorar.

Su tiempo en Inglaterra había llegado a su fin.

#

Anne se despertó a la mañana siguiente con dolor de cabeza y de corazón. El exceso de bebidas alcohólicas de la noche anterior ciertamente había aliviado su angustia en ese momento, pero no hizo nada por ella a la luz de un nuevo día.

A pesar de su malestar actual, no pudo evitar sentir una pequeña excitación al recordar esos breves momentos durante su vals con Beynon cuando lograron hablar libremente de su deseo mutuo. Le había dado una hermosa visión de cómo podrían ser las cosas entre ellos. Una vez más, deseó que simplemente hubiera hablado con ella esa noche en lugar de mandar a buscar a su padre y cabalgar hacia Londres. Tal vez hubiera podido convencerlo de que podían continuar

como amantes clandestinos sin las consecuencias.

¿Realmente habría estado preparada para hacer algo tan escandaloso?

Cerrando los ojos, se imaginó cómo sería escabullirse con Beynon a rincones tranquilos y habitaciones oscuras donde pudieran explorar la pasión que ardía tan intensamente entre ellos. Se le erizó la piel al pensar en lo segura que siempre se sentía en su presencia. En sus brazos.

Sí. Podría haber manejado muy bien una aventura. Si fuera con él.

Pero ahora, en lugar de amantes apasionados, iban a ser esposos involuntarios.

Todo era tan inútil e innecesario. Haber probado algo tan maravilloso y esclarecedor solo para que lo arruinaran los dictados de una sociedad hipócrita. Anne había tardado demasiado en decidir vivir la vida según sus propios términos solo para que su autonomía fuera barrida por nociones de deber y honor y las expectativas poco realistas de pureza y perfección.

Pero ¿qué opción tenía?

Ninguna. Su padre se había asegurado de eso. Al igual que Beynon cuando decidió tomar medidas para reparar algo que no se había roto.

Se frotó la frente, se levantó de la cama y llamó a la criada. Tal vez la sirvienta tendría algún brebaje que pudiera aliviar su dolor de cabeza y su malestar estomacal.

Casi una hora después, la cabeza de Anne se sentía mucho mejor.

Después de un desayuno rápido, decidió aprovechar la mañana clara para pintar un poco en el jardín. El pasatiempo siempre lograba calmar pensamientos tumultuosos y aliviar tensiones que de otra manera no podía contener.

Sin realmente proponérselo, se encontró de nuevo bajo el roble donde había pintado a Beynon. Se sentó en el césped cerca de los rosales que formaban un borde a lo largo del camino. Después de colocar su pequeño caballete y ordenar sus pinturas, respiró profundamente y se obligó a no pensar en su padre, ni en Beynon, ni en Gales, ni en nada en absoluto.

Se concentró en las rosas, todavía cubiertas de rocío por la noche, y se tomó un momento para admirar sus colores vivos y las elegantes curvas y rizos de sus exuberantes pétalos en capas. En cuestión de minutos, estaba completamente inmersa en la tarea de recrear las hermosas flores y el rico follaje.

Pero, aun así, no estaba tan perdida en su pintura como para no darse cuenta al instante en el momento en que Beynon la encontró.

Su cuerpo reaccionó con una cascada de delicadas chispas a lo largo de sus nervios. Su vientre se tensó y su corazón saltó con lo que podría haber sido alegría o temor.

Al girar la cabeza, lo vio allí.

Estaba a varios pasos de distancia, todavía en el camino, como si se hubiera detenido de repente al verla. Parecía tan apuesto, fuerte y devastador para sus sentidos como siempre. Pero cuando se obligó a mirarlo a la cara, se puso rígida. Estaba tenso y preocupado. El ceño fruncido en su frente era pesado y su mandíbula estaba apretada. Sus ojos parecían más oscuros de lo habitual y su enfoque se apreciaba distraído, casi agobiado.

«Buenos días, señor Thomas», dijo mientras dejaba el pincel sobre el estuche de madera.

Se quedó sentada incluso cuando él comenzó a acercarse a ella nuevamente. Con cada paso que daba, se convencía más de que algo lo perturbaba. Algo que parecía involucrarla.

Cuando llegó a su lugar en el césped, tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para seguir mirándolo, pero solo por un momento mientras él se agachaba a su lado. Sus ojos se posaron primero en su acuarela y tuvo la impresión de que deliberadamente no la miraba mientras luchaba por encontrar las palabras.

La había buscado por una razón. Algo que claramente lo tenía preocupado.

Cuando el silencio se alargó, la preocupación de Anne se apoderó de ella. Levantó la mano y la colocó sobre la rodilla doblada de él, atrayendo finalmente su atención hacia ella. Vio un cauteloso arrepentimiento en sus ojos. Se le hizo un nudo en la garganta. «¿Qué pasa?».

Respiró profundamente. «Recibí una carta de mi hermana Eirwyn». Miró hacia abajo, a un trozo de hierba junto a su cadera. Su voz bajó bruscamente. «Dice que nuestra madre se enfermó y ha estado en cama durante algunos días».

«Lo siento, Beynon», murmuró Anne. La noticia obviamente lo tenía preocupado. «¿Estará bien?».

Sacudió lentamente la cabeza. «Mamá no es de las que se acuestan. Las únicas veces que lo ha hecho, si lo recuerdo, fueron por los nacimientos de mis hermanos». Se aclaró la garganta. «El hecho de que Eirwyn sintiera la necesidad de escribirme me dice que no se trata de una enfermedad simple. Y la carta ya tiene semanas». Su mirada se volvió intensa mientras decía el resto. «No puedo esperar a enterarme si se recuperó o empeoró. Debo regresar a Gwaynynog lo antes posible».

Aunque su decisión de dejar Inglaterra no era una sorpresa dadas las circunstancias, Anne se tensó con una delicada angustia.

Incluso después de todo lo que había sucedido, no quería que se fuera. Se dio cuenta con una sutil sorpresa de que lo extrañaría. «Por supuesto», respondió, tratando de ocultar su reacción. «Lo entiendo».

Sosteniendo su mirada, su ceño fruncido se profundizó mientras respondía en un tono áspero, «tendrás que venir conmigo. Como mi esposa».

Sus ojos se abrieron y su estómago se revolvió cuando su mano se apartó de su rodilla. «¿Qué?».

«No hay forma de saber cuándo regresaré a Inglaterra», explicó apresuradamente. «Podrían ser meses. O años».

Anne trató de encontrar algún apoyo mental dentro del disturbio emocional que acababa de inspirar con su declaración. «Entiendo tu deseo de volver a casa, pero seguramente no hay razón para apresurarse al altar». Forzó una sonrisa triste. «Te aseguro que seguiré aquí cuando puedas regresar».

«Pero estarás sola», le recordó con pesar. «Sin la protección de tu padre ni la mía. Y…», hizo una pausa y sus ojos parpadearon con una luz extraña antes de que pareciera obligarse a continuar con un ronco retumbar de palabras, «podría haber un niño».

El cuerpo de Anne se tensó bruscamente en reconocimiento de su inesperada declaración, incluso cuando sus pensamientos repentinamente volaron descontrolados. *Un niño.* Ni una vez siquiera lo había considerado. Pero sí, era completamente posible.

Oh, Dios.

¿Y por qué el pensamiento la llenó de tal oleada de esperanza y asombro cuando deberían ser el miedo y la incertidumbre los que la invadieron?

Parpadeó con fuerza, y aunque se dio cuenta por la tensión de su expresión que su sorpresa sin duda era bastante evidente, no parecía poder animarse a hablar.

Su mandíbula se apretó y se relajó mientras fruncía el ceño. Luego bajó la mirada hacia la hierba una vez más. Después de respirar profundamente, habló en un tono que ella nunca le había escuchado antes.

«Mi madre solo tenía diecisiete años cuando tuvo la gran desgracia de encontrarse con el prior conde de Wright en un festival de verano. En su juventud e inocencia, lo consideraba un héroe romántico. Un héroe que la coaccionaba y manipulaba y luego desapareció. Cuando se enteró de que estaba embarazada, sus padres la echaron de casa. Apenas podían alimentar a los niños que tenían y se negaron a hacerse responsables de otra boca que alimentar». Se aclaró la garganta. «Mamá se mudó un tiempo, haciendo trabajos ocasionales para conseguir comida y alojamiento, hasta que llegó a un pueblo donde la posada local necesitaba una lavandera. Les dijo a

todos que era viuda, pero...», bajó la voz con una ira que parecía surgir de la raíz misma de su ser, «no era así como la llamaban a sus espaldas».

Anne casi se acercó a él de nuevo, quería suavizar el borde del dolor en su voz, pero él sacudió la cabeza con fuerza y ella se quedó quieta.

«Aunque nadie le decía nada a la cara, en la privacidad de sus hogares, eran mucho menos circunspectos. Cuando era muy pequeño, creía que podía protegerla de las cosas malas que los otros niños decían para burlarse de mí. Pensé que podía ser su escudo y espada contra la crueldad de los demás», sacudió la cabeza, «fui un idiota. Cuanto más luchaba, peor se ponía. Solo demostré mi salvajismo como un bastardo miserable y la injusticia de todo eso aumentó mi imprudencia y mi ira. Cuando mamá finalmente se volvió a casar y dejamos el pueblo para ir a la granja, estaba resentido y enojado. Pero Cedric me dio su apellido y se convirtió en el padre que mi propio padre se había negado a ser. No puedo imaginar el hombre en el que me habría convertido sin su guía... pero nunca olvidaré la forma en que trataron a mi madre. O el hecho de que yo era un recordatorio constante de la traición que había sufrido». Levantó la mirada para encontrarse con la de ella. Su expresión era feroz y una tormenta se arremolinaba en sus ojos. Sus siguientes palabras salieron en un gruñido silencioso. «Me niego a ser la causa de tanta adversidad. No seré el padre de un bastardo».

Sintiendo la profundidad de la emoción en su tono, Anne sostuvo su mirada mientras respiraba profundamente y con firmeza. Podía verlo todo en él. La ira y el dolor de su infancia mientras luchaba una y otra vez para proteger a su madre de las consecuencias de la cruel indiferencia de su padre. Su determinación casi furiosa de ser mejor que su padre.

Y lo era. De mil maneras y mil veces.

De repente comprendió mucho más por qué había reaccionado como lo había hecho después de haber estado juntos. No excusaba su decisión de no consultarla, pero lo explicaba un poco más.

Y ahora, fuera cual fuera el propósito hacia cualquier futuro, estaban inexorablemente vinculados. Se casarían, tarde o temprano, y eso significaba que tendrían que aprender a apoyarse mutuamente como una verdadera pareja. ¿Cómo podía esperar eso de él si no podía ofrecérselo ella misma? Si alguna vez iban a superar las circunstancias que los habían llevado a este punto, tendrían que empezar por alguna parte.

«¿Cómo podríamos organizar algo tan rápido?».

Hubo un innegable destello de alivio en su mirada mientras resoplaba el aliento que había estado conteniendo. «Ya tenemos la

licencia especial. Tengo la intención de hablar con lord Harte y averiguar si hay un oficiante local que esté disponible para realizar una ceremonia apresurada. Espero partir hacia Denbighshire lo antes posible».

Ella asintió mientras sus pensamientos vagaban por todos los preparativos que habría que hacer. Concentrarse en cuestiones prácticas la ayudó a evitar profundizar demasiado en cómo se sentía. «Ya veo. Tendré que empezar a hacer las maletas. Dadas las circunstancias, la ceremonia debería ser un asunto privado, pero imagino que te gustaría que tus hermanos y hermana estuvieran allí. Y me gustaría que mis amigos estuvieran presentes».

«Por supuesto», respondió bruscamente.

Poniéndose de rodillas, comenzó a empacar sus materiales de arte. «¿Me informarás de los resultados de tu conversación con lord Harte?».

«Lo haré.

Después de cerrar su caja y doblar el pequeño caballete, comenzó a levantarse, pensando ya en las instrucciones que tendría que transmitirle a su doncella. Cuando Beynon se levantó y le ofreció la mano, puso sus dedos en los de él sin dudarlo. Una calidez hormigueante se encendió instantáneamente en su piel. Su mirada se elevó hacia él mientras estaban de pie cerca, pero sin tocarse más allá de su mano en la de él.

Sosteniendo sus dedos con firmeza, la miró fijamente a los ojos mientras murmuraba, «sin duda, esta no es la boda que imaginaste. No puedo borrar mis errores recientes, pero si tuviera el poder de cambiar las cosas, lo haría».

Aunque sus palabras probablemente habían tenido la intención de disculparse de algún modo, no pudo evitar escuchar su propio y profundo arrepentimiento cuando recordó que no tenía un verdadero deseo de casarse con ella.

Retiró su mano de la de él y respondió, «como ha dicho más de una vez, señor Thomas, no hay otra opción». Se inclinó y recogió sus cosas. «Hágame saber lo que lord Harte puede organizar. Haré todo lo posible para estar preparada».

Sin esperar a que respondiera, se dio la vuelta y se alejó. Aunque mantuvo la mirada fija en la casa que tenía frente a ella, aún podía ver el doloroso remordimiento en sus ojos, y lo único que pudo hacer fue contener la tristeza que le abrumaba el pecho.

Capítulo Veinticinco

Y así fue como lady Anne Humphries se casó con el señor Beynon Thomas en una ceremonia privada, aunque no demasiado pequeña, que tuvo lugar en el estudio personal del conde de Harte.

Entre los testigos se encontraban lord y lady Harte, lord y lady Wright, la señorita Cailleach Claybourne, el señor y la señora Bentley con sus dos hijos pequeños, el señor y la señora Pinkman, y Portia Turner, cuyo marido tuvo que irse a Londres por unos asuntos urgentes. También estuvo presente la condesa viuda de Chelmsworth, conocida por todos como Angelique, que de alguna manera había descubierto que la boda iba a tener lugar, aunque nadie admitió haberle dicho nada, e insistió en estar presente.

El novio llevaba un traje informal con un abrigo marrón chocolate y un chaleco verde pálido y la novia llevaba un sencillo vestido azul cielo con ribetes de encaje y una corona tejida con ramilletes rosas y morados seleccionados del jardín del conde por la señorita Claybourne.

Después de la ceremonia, el conde de Wright dio un brindis encantador pero sucinto en el que deseó felicidad y salud a la nueva pareja. Hubo tiempo justo para unas cuantas felicitaciones y, mientras lord Harte hablaba con el oficiante, Lily abrazó a Anne rápidamente, pero con emoción, susurrándole sinceros buenos deseos en una despedida entre lágrimas. A continuación, siguieron Bethany y su marido. Después, Emma Bentley, quien ofreció una garantía genuina de que todo saldría bien, mientras su marido se acercaba para añadir que, si no era así, Anne debía recordar lo que había dicho que, como miembro de la familia, siempre tendría su apoyo y ayuda si alguna vez lo necesitaba.

La gratitud y una extraña tristeza brotaron del corazón de Anne al reconocer que finalmente había adquirido el tipo de familia que siempre había deseado, pero que la estaba dejando por algo completamente desconocido.

Al mirar hacia donde estaba Beynon hablando con el conde de Wright, de repente deseó que estuvieran uno al lado del otro. Que las amables palabras se las estuvieran ofreciendo a los dos como nueva pareja casada en lugar de individualmente. La distancia entre ellos se sintió repentinamente insuperable.

Cuando la señorita Claybourne se acercó con lady Wright, Anne forzó una sonrisa brillante en sus labios. La chica estaba obviamente muy complacida con el resultado de la relación de su hermano con Anne y habría seguido diciendo que sabía que estaban destinados a estar juntos si lady Wright no hubiera dado un paso adelante para tomar a la chica en sus manos mientras lord Wright se unía a ellos para ofrecer su propio adiós, sugiriendo la posibilidad de una visita a Gales en el futuro.

Un momento después, Beynon estaba allí. Su figura grande e imponente tomó posición a su lado mientras murmuraba que necesitaban irse. Recordando por qué tenía tanta prisa por regresar a

casa, Anne asintió y deslizó su mano en el pliegue de su brazo justo cuando Portia Turner se puso frente a ellos.

«Antes de que te vayas», dijo la hermana menor de Lily con una amplia sonrisa que no hizo nada para suavizar la mirada algo calculadora en sus ojos, «solo me gustaría decir que realmente espero lo mejor en esta unión». La dama hizo una pausa para mirar fijamente a Beynon antes de volverse para dirigirse específicamente a Anne. «Sin embargo, si te encuentras en la necesidad de escapar de una situación insoportable, tengo los medios para ayudarte en tal esfuerzo». Anne parpadeó con sorpresa. Portia ni siquiera había intentado bajar la voz, claramente había querido que Beynon escuchara la amenaza apenas velada, lo que hizo con una feroz tensión de músculos y un ceño fruncido amenazador.

«Gracias, pero esa ayuda no será necesaria», respondió Anne rápidamente.

Portia simplemente le dio una palmadita a la mano de Anne y le guiñó un ojo. «Aun así». Luego se alejó.

Con un gruñido de fastidio, Beynon ofreció un adiós general a los amigos y familiares reunidos en el estudio antes de guiar a Anne fuera del salón. Apenas veinte minutos después de que el oficiante entonara sus primeras palabras y solo ocho horas después de que Beynon se acercara a Anne en el jardín, fueron apresurados a subir a un carruaje y comenzaron su viaje a la casa de Beynon en Denbighshire, Gales.

Durante todo el proceso, Anne se sintió como si se moviera a través de una densa niebla. Tenía una vaga sensación de todo lo que estaba sucediendo, pero parecía estar filtrada a través de una neblina de desconexión. Como si lo estuviera viendo desde una ligera distancia en lugar de experimentarlo todo de primera mano.

Y la actitud ferozmente solemne de Beynon no ayudaba en nada.

Cada vez que se encontraba mirando sus ojos, estos eran oscuros y sombríos, y su aliento abandonaba sus pulmones como si estuviera siendo aplastada entre paredes de piedra inamovibles.

No lo habría imaginado posible, pero la tensión empeoró mucho una vez que estuvieron solos en el carruaje. Se esperaba que el viaje durara unos cinco días y requeriría cuatro noches en posadas a lo largo del camino.

Por lo general, a Anne no le importaban los viajes largos. Disfrutaba viendo paisajes cambiantes y deteniéndose en diferentes pueblos y siendo capaz de ver áreas de Gran Bretaña que eran nuevas para ella.

Pero la idea de pasar tanto tiempo en el espacio reducido con un hombre que no se había molestado en decirle una sola palabra en...

¡Dios mío!, debían haber pasado al menos unas horas desde que habían dejado la propiedad de los Harte; sinceramente, eso la hacía sentir como si fuera a gritar.

Cinco días de viaje con este hombre.

Este hombre.

Su esposo.

Anne cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyada en el respaldo acolchado. Simplemente no parecía real.

Al menos, el carruaje que les había prestado lord Harte era tan lujoso como se puede imaginar. El viaje debería ser más cómodo que la mayoría, si no realmente placentero. Tal vez si no mirara al hombre sentado tan rígidamente frente a ella, no se sentiría tan desamparada ante el abismo de silencio que se extendía entre ellos.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se dio cuenta de que debía haberse quedado dormida un rato. El sol de la tarde de verano se había desvanecido hasta convertirse en una neblinosa franja de rayos a través de nubes rosas y lavanda. Parpadeando un par de veces para aclarar su visión y despertar sus pensamientos, Anne lanzó una rápida mirada hacia Beynon.

Estaba muy despierto y, aunque tenía la cabeza girada hacia un lado mientras miraba por la ventana, ella no tenía ninguna duda de que él sabía que ella estaba alerta y lo miraba. El apretar la mandíbula era una clara señal y el lento cierre de sus grandes manos en puños sobre el asiento acolchado era otro indicador. Y parecía que estaba molesto.

Al parecer, la había preferido ver dormida.

Pobre hombre.

Había querido que el pensamiento sonara mordaz y sarcástico en su propia mente, pero se dio cuenta de que había demasiada verdad en el sentimiento.

Él no la quería y ahora estaba atrapado con ella hasta la muerte si se separaban.

Y ella estaba atrapada con él.

Pero lo más triste de todo era lo fácil que sería para ella no sentirse atrapada en absoluto.

Como él estaba tan concentrado en mantener su atención en otra parte, ella permitió que su atención se desviara hacia su figura ancha y musculosa. Desde la espesa columna de su cuello y esa deliciosa sombra bajo una mandíbula oscurecida por un día de barba hasta la dura anchura de su pecho, que había presionado tan firmemente contra sus senos cuando la había inmovilizado contra la puerta. A los fuertes brazos que se abultaban con músculos cuando se tensaban, luego sus estrechas caderas, luego sus robustos muslos y pies separados y calzados con botas.

Su lenta lectura le aceleró la respiración y encendió el calor debajo de su piel.

Todo en él era tan diferente de cualquier hombre que hubiera conocido. Había una autenticidad sin complejos, una confianza física innata que la confundía al mismo tiempo que la atraía. Había algo en él que era tan… tangible. Le hacía querer agarrarlo y no soltarlo.

Había flotado a través de gran parte de su vida. Sin sentido e incierta. Nunca sintió realmente que tenía un lugar al que pertenecer. Y entonces conoció a Beynon.

Desde el principio, su actitud la había desafiado. Su manera brusca de comportarse le había inspirado ocasionalmente un temperamento que nunca había sabido que poseía. Su honestidad áspera la había llevado a comportarse de maneras de las que nunca se habría creído capaz.

Y le gustaba en quién se había convertido desde que lo conoció. Para ella, ese nuevo sentir podía disentir de las conductas esperadas. Finalmente, se sentía empoderada de una manera en la que no se había sentido mientras estuvo bajo el techo de su padre. Se sentía fuerte y segura.

Aunque prefería pensar que esos rasgos siempre habían estado en ella, enterrados profundamente o tal vez disfrazados por una vida de tratar de cumplir con las expectativas de su padre y luego de la sociedad, no podía negar lo fácil que había sido permitir que esos aspectos de su naturaleza salieran a la luz cuando estaba con él.

Y, por supuesto, no podía ignorar los descubrimientos más escandalosos que había hecho sobre sí misma.

Le gustaba ser el tipo de mujer que le abría el cuello a un hombre antes de besarlo profundamente debajo de un árbol a la vista de cualquiera que pasara por allí. El tipo de mujer que disfrutaba de que le gruñeran palabras duras contra la garganta y de que unas manos grandes y ásperas la agarraran con firmeza por el trasero. El tipo de mujer que un hombre podía tomar apasionadamente contra una puerta mientras una casa llena de invitados se reunía a solo unas habitaciones de distancia.

El deseo inundó su sistema, rápido y consumidor. Anne se movió en su asiento, tratando instintivamente de aliviar el profundo latido que había comenzado en la parte baja de su cuerpo. El movimiento finalmente atrajo la atención de Beynon.

La miró primero con el rabillo del ojo, como si esperara verla sin que ella lo supiera. Pero cuando sus miradas se encontraron, abandonó la farsa. Giró la cabeza hacia ella mientras bajaba la barbilla. Sus cejas estaban pobladas, añadiéndole sombra a su mirada. Añadiendo calor, también.

Las yemas de los dedos de Anne hormiguearon y su vientre se

estremeció ante la intensidad melancólica y penetrante que él transmitía tan fácilmente a través de esos ojos oscuros. En el silencio de su enfoque directo, sus huesos se derritieron y su conciencia se centró en un único e íntimo anhelo.

Una necesidad de rendirse ante él.

A él. A su futuro. A su intenso deseo por él.

Quería arrojarse a través del carruaje y ser aplastada por sus brazos. Quería sentir que pertenecía allí, apretada contra él. Que sus corazones y labios se alinearan.

Mientras su vientre se tensaba con un anhelo sensual y su respiración se entrecortaba, un dolor se extendió desde su pecho.

Miró hacia otro lado, dirigiendo su atención hacia la ventana.

Por mucho que lo deseara, no poseía una disposición tan temeraria como para arrojarse al inevitable rechazo. Sencillamente, le dolería demasiado. Él podría aceptar la conexión física que ambos parecían anhelar, pero ¿y el resto? En el fondo, sabía que él nunca la aceptaría por completo. Ella nunca sería la esposa que él hubiera elegido para sí mismo.

Así que permanecieron en silencio, envueltos en una atmósfera de amargura y arrepentimiento mientras el sol se ponía lentamente y la oscuridad llenaba el carruaje.

Cuando se detuvieron esa noche en una posada, Anne estaba desesperada por salir de su compañía y liberar la tensión y la emoción que había estado conteniendo. No dijo una palabra cuando él pidió dos habitaciones y ordenó que le subieran la comida. Fue a su habitación sola mientras él se aseguraba de que el cochero, el carruaje y los caballos estuvieran todos debidamente instalados.

Ella comió a la tenue luz del fuego que ardía en la chimenea, sin molestarse en encender más que una vela colocada junto a la estrecha cama. No se hacía ilusiones sobre su noche de bodas.

En algún momento durante las últimas horas de viaje, había llegado a la conclusión de que él no iba a ir a buscarla. No allí. No esa noche. La petición de dos habitaciones lo había confirmado.

Así que, cuando terminó de comer y dejó la bandeja fuera de la puerta, se volvió hacia la habitación y hacia el único baúl que habían descargado del carruaje que contenía solo lo que necesitaría para el viaje. Colocó un voluminoso camisón de algodón sobre la cama y se sentó para soltarse el pelo.

Mientras pasaba los dedos por los mechones sueltos, tuvo que tragarse la burbuja de emoción que le subía por la garganta.

¿Así sería la vida en el futuro?

Noches oscuras y solitarias. Días silenciosos y llenos de tensión. ¿Actuar por costumbre en lugar de por una verdadera alegría o un deseo personal? ¿Se convertiría con el tiempo en una sombra de sí

misma?

Era un miedo que había tenido por primera vez cuando era niña, cuando se dio cuenta de lo poco que importaba en el mundo en el que existía su padre. Cuando finalmente aceptó que la única persona que se suponía que debía amarla y cuidarla… no lo hacía.

Recordó su reciente promesa de comenzar a vivir solo para ella. Descubrir su verdadero yo más allá de las expectativas de los demás. Había imaginado que esa búsqueda personal tendría lugar dentro del estado algo liberador de la soltería.

Un estado que ahora estaba firmemente fuera de su alcance.

Pero no estaba resignada. En todo caso, sus nuevas circunstancias la hacían aún más decidida a poner finalmente sus propios deseos por delante de las expectativas de los demás.

Ella ya sabía que nunca sería el tipo de esposa que Beynon quería. Así que tal vez no debería perder el tiempo intentándolo.

Tal vez… realmente podría comenzar a vivir como deseaba. Su esposo ya estaba decepcionado de ella; dudaba que cualquier cosa que pudiera hacer empeorara las cosas. Y más que eso, ya no le importaba.

Estaba en camino a un nuevo hogar. Un nuevo comienzo. Ella crearía su propia satisfacción. Su propio espacio para vivir y respirar.

Y Beynon podía hacer lo que quisiera.

Sin duda, de todos modos, tenía la intención de hacer exactamente eso.

#

A la mañana siguiente, se despertó sintiéndose sorprendentemente bien descansada.

Su doncella, como empleada de su padre, no podía acompañar a Anne a Gales. Incluso si hubiera sido posible, Anne dudaba que una sirvienta personal fuera práctica en su vida futura. Sin su dote, dependía económicamente de Beynon y ciertamente no deseaba convertirse en una carga aún mayor de lo que ya era. Afortunadamente, la doncella había llenado su baúl de viaje con ropa que no requeriría ayuda para vestirse. Anne eligió un cómodo vestido de viaje de un verde salvia claro. Era un color fresco que representaba el crecimiento y los nuevos comienzos. Disfrutó de su desayuno en una pequeña mesa en un rincón de la sala común de la posada, donde observó a los compañeros de viaje mientras hacían su mañana. Casi había terminado cuando finalmente apareció Beynon.

Ella lo vio antes de que él la viera a ella y, por un momento, no pudo ocultar el anhelo que la invadió al contemplarlo de cerca. Las ondas descuidadas de su cabello negro enmarcaban sus rasgos rudos, sin suavizar sus líneas duras. Un abrigo de lana marrón no hacía nada para ocultar su anchura y fuerza y sus piernas largas y musculosas estaban enfundadas en pantalones ajustados de color beige y botas

negras polvorientas.

Era la encarnación perfecta de la masculinidad sin refinar. Agallas y fuerza envueltas en una autoridad tranquila y cruda. Era innegablemente atractivo.

Y no era la única que pensaba así, se dio cuenta de ello cuando finalmente pudo apartar la mirada. Una sirvienta de mediana edad aminoró el paso mientras llevaba una bandeja de comida para mirar descaradamente a Beynon mientras saldaba la cuenta con el posadero. Y una mujer mucho más joven se abanicaba en la puerta de la cocina, agitando las pestañas.

Anne podría haberlo encontrado divertido. Si fuera una mejor mujer.

Tal como estaban las cosas, los celos la invadieron con una fuerza inesperada, sorprendiéndola y luego entristeciéndola.

Fue entonces cuando Beynon terminó su asunto con el posadero y se volvió para examinar la habitación. Ni siquiera pareció notar que las dos mujeres prácticamente babeaban por su atención cuando su mirada la encontró al otro lado de la habitación. En un instante, su expresión se endureció como una piedra y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en charcos de negro arrepentimiento.

El estómago de Anne se revolvió. Pero luego recordó la promesa que se había hecho a sí misma la noche anterior.

Crearía su propio lugar. Y si no podía tener felicidad, encontraría satisfacción.

Se puso de pie antes de que él pudiera comenzar a dirigirse hacia ella y lo recibió cerca de la puerta principal.

No hubo saludo, solo un tenso cruce de miradas antes de que Beynon se aclarara la garganta. «El carruaje está listo, si usted…».

«Estoy lista», señaló ella, «podemos irnos».

Luego se dio la vuelta y cruzó el camino de grava hacia el carruaje, donde su conductor la ayudó a subir al vehículo bien amortiguado.

Beynon entró un momento después y su viaje tenso y silencioso continuó.

Capítulo Veintiséis

Mientras pasaban por el pueblo donde Beynon había vivido los primeros diez años de su vida, no parecía poder evitar observar las reacciones de Anne. De manera encubierta, por supuesto. No podía alterar la distancia cuidadosamente orquestada que había creado entre ellos durante los últimos días de viaje. Era lo único que lo ayudaba a mantener la cordura y se estaba agotando terriblemente.

Después de la forma miserable en que había manejado la licencia especial seguida de la boda apresurada, había jurado darle todo el espacio que necesitaba para aceptar la nueva vida a la que se había visto obligada. Una promesa que estaba resultando mucho más difícil de cumplir de lo que podría haber anticipado cuando deseaba tanto saber lo que ella pensaba y sentía a cada minuto que se acercaban a su hogar.

Aunque el pueblo a menudo desencadenaba una amplia gama de emociones dentro de él, el lugar y sus habitantes eran parte de su alma. Lo habían moldeado desde muy temprano. Incluso después de haber ganado la confianza y la compostura para caminar por la carretera principal sin mirar a la defensiva a nadie que lo mirara, la gente de allí seguía siendo una parte conmovedora de su historia personal.

Pasar por el pueblo también significaba que estaban a menos de una hora de la granja.

Con un nudo en el estómago, observó a su esposa.

Ella estaba sentada con una postura perfecta a pesar de los largos días de viaje. Como no tenía doncella, se había estado peinando el cabello claro con un estilo sencillo, con raya en el medio y luego torcido y recogido en la parte posterior de la cabeza. Se veía fresca, joven y vibrante con una elegancia discreta. A pesar de la rudeza ocasional de su alojamiento, las comidas rápidas y las camas llenas de bultos y la tensión constante e innegable que llenaba el vagón durante todos los días, ella había permanecido tranquilamente soportando todo. Nunca se había quejado ni mostrado incomodidad.

Tampoco nunca le había preguntado por qué insistía en conseguirles habitaciones separadas cada noche y nunca había intentado obligarlo a conversar durante el día. Básicamente, lo había dejado meditando en silencio mientras ella observaba el paisaje que pasaba o dormía la siesta o leía la delgada novela que había adquirido en su segunda parada. El tenso silencio entre ellos parecía ser del agrado de ella.

Y ahora, ella miraba atentamente por la ventana, inclinándose

hacia adelante de vez en cuando para contemplar las montañas que se alzaban en el paisaje. Él notó cómo su mirada seguía los escarpados afloramientos rocosos con curiosidad y tal vez un poco de asombro. Justo fuera del pueblo, comenzaron a pasar por las pequeñas granjas que se encontraban en las colinas más bajas. Algunas tenían ovejas, otras tenían vacas. Las granjas de cultivo se estaban volviendo cada vez menos comunes en el área, pero quedaban algunas.

Él observó cómo ella parecía empaparse de la vista de las cabañas de piedra y los trabajadores del campo realizando sus tareas al final de la tarde, terminando su trabajo antes de que el sol se pusiera en el día y pudieran instalarse para la noche, descansando entre la familia antes de comenzar todo de nuevo al amanecer.

Se había sumido en un agradable estado de incertidumbre cuando el carruaje finalmente aminoró la marcha para tomar el camino que lo llevaría a su casa, la granja que había quedado a su cuidado tras la muerte de su padrastro. La casa y la tierra donde finalmente había descubierto su lugar y su propósito.

Aunque no había tenido prisa, en ocasiones había imaginado el día en que traería una esposa a casa. Había asumido que sería una chica local. La hija de un granjero. Una mujer que ya sabía muy bien lo que se le exigiría como compañera de vida de Beynon. Al menos había dado por sentado que habría una sensación de optimismo cuando comenzaran su vida juntos. Una vida que había deseado profundamente modelar siguiendo el ejemplo de Cedric.

Una vida que nunca sería suya.

Porque no había podido resistirse a la sutil tentación de una mujer que poseía una gracia de hada que disfrazaba una riqueza de pasión silenciosa en su interior.

Echaba de menos la pasión de Anne.

La forma en que sus ojos se arremolinaban cuando estaba enfadada con él. O deseosa.

La lujuria y el anhelo endurecieron su cuerpo de golpe. Apretó los dientes.

Como si sintiera su atención, ella desvió momentáneamente su atención del campo que pasaba para echar una rápida mirada en su dirección.

Cuando vio que él la miraba, de nuevo apartó rápidamente la vista, después de dar un estremecimiento sutil y delicado. Y tal como había hecho desde su primer encuentro, lo vio. Siempre lo vio: esa reacción incontrolable cuando su cuerpo se tensó y algo tembló en lo profundo de su mirada. Al principio había creído que se trataba de una especie de miedo cauteloso. Pero ahora lo sabía mejor. La mujer no le tenía miedo a nada, y mucho menos a él. Entonces, ¿por qué seguía reaccionando de esa manera? Como si su cuerpo respondiera

involuntariamente.

Por desgracia, no tenía respuesta, lo que solo empeoró su mal humor cuando doblaron la curva y la casa apareció a la vista.

Con la luz del día, el viejo ladrillo gris adquirió un tono dorado allí donde se encontraba enclavado en un amplio valle sinuoso entre altas montañas verdes. Los exuberantes macizos de flores que su madre había plantado en el frente estaban en plena floración para absorber los últimos rayos de sol del día. Solo se podía ver un rincón del granero, que se asomaba detrás de la casa, donde el estrecho camino de grava se curvaba y se perdía de vista. Por un momento, la tranquilidad de la escena lo sobresaltó. Se le revolvió el estómago. ¿Dónde estaban todos? Pero entonces, escuchó el ladrido de un perro seguido rápidamente por el grito de un niño. Un segundo después, su perro, Harry, salió corriendo de alrededor de la casa, con algo blanco aleteando en sus grandes mandíbulas. El perro pastor nunca había tenido la costumbre de pastorear, así que se había convertido en una mascota para los niños. Tres niños de diferentes tamaños aparecieron a continuación en rápida persecución del perro con una niña diminuta siguiéndolos un poco por detrás, pero haciendo todo lo posible por seguirles el ritmo. Más gritos se unieron al primero, pero estaban fuertemente mezclados con risas, hasta que una joven apareció a la vista y dio un silbido agudo y ensordecedor que hizo que todos se detuvieran en seco, excepto el perro, que dio un giro repentino y trotó feliz al lado de la niña mayor, donde le quitaron de las mandíbulas el objeto robado, una media.

Un poco de la incertidumbre y la preocupación se aflojaron alrededor del pecho de Beynon.

Los niños estaban bien.

De repente, muy ansioso por darles a todos abrazos gigantes y averiguar cómo estaba su madre, apenas esperó a que el vehículo se detuviera por completo antes de abrir la puerta y saltar al suelo.

Aunque todos los niños se habían detenido y se habían girado para mirar el elegante carruaje con los ojos muy abiertos, Eirwyn lo vio primero y sonrió ampliamente mientras corría hacia él para arrojarse en sus brazos. Los demás lo siguieron rápidamente y hubo unos momentos en los que varias voces aumentaron de volumen y velocidad mientras todos lo bombardeaban con preguntas y expresiones de sorpresa por su repentina llegada. Le tomó unos minutos más calmarlos lo suficiente para entender lo que decían o incluso intentar responder.

Entonces, lo primero que escuchó fue. «¿Quién es ella?».

La pregunta directa vino de la joven Eirwyn y Beynon se encogió al darse cuenta de que había dejado a Anne sentada en el carruaje. Al mirar por encima del hombro, vio que el conductor debía

haberla ayudado a bajar mientras ella retrocedía unos pasos observando su caótica reunión con la más leve insinuación de una sonrisa. A pesar de la amabilidad de su expresión, pudo ver la tensión en su fina mandíbula y notó que sus dedos estaban fuertemente entrelazados.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que debería haberle avisado con anticipación de lo que podía esperar de su familia. Le había mencionado brevemente a sus hermanos antes, pero probablemente ella se habría beneficiado de tener más información antes de ser empujada entre ellos.

Dando un paso al costado, le tendió una mano en un gesto para que se acercara. Aunque ella se colocó a su lado, no puso su mano en la de él.

Al darse cuenta de que él y los niños habían estado hablando en galés, cambió al inglés. «Esta es mi esposa, lady Anne».

Todos sus ojos se abrieron de par en par, aunque no estaba seguro de si se debía a que la llamaba su esposa o al hecho de que era una verdadera dama, una distinción que no perdía a pesar de haberse casado con alguien de una posición social muy inferior a la suya. El silencio atónito que siguió a su presentación fue roto rápidamente por Daryn. Siempre se podía contar con que el chico dijera exactamente lo que todos los demás estaban pensando, pero sin pronunciarlo en voz alta.

«¿Por qué se casó contigo?», preguntó el niño de diez años con el ceño fruncido y la cabeza ladeada.

Beynon le dirigió al chico una mirada dura. «Es una larga historia».

#

Anne estuvo tentada de reírse ante la descarada pregunta del chico, pero la abrumadora sensación de rechazo por él mantuvo su diversión bajo control. Cuando Beynon se bajó del carruaje, ella había visto la expresión de preocupación en su rostro y esperó un momento para darle la oportunidad de aclimatarse al estar en casa.

La granja era tan hermosa y pintoresca como las otras que pasaron por el camino. También era mucho más grande. La casa en sí no era una cabaña de piedra y techo de paja, sino que estaba construida con ladrillos toscamente tallados y tenía dos pisos con una amplia puerta de entrada y flores exuberantes creciendo por todas partes. Si no fuera por los dos grandes graneros que se podían ver más allá de la casa y un pasto cercano lleno de ovejas, podría haber sido confundida con una pequeña mansión en lugar de una granja.

Cuando el sonido de los gritos de los niños desvió su atención de la casa, se tomó un momento para respirar profundamente.

Beynon había saludado a sus hermanos con abrazos bulliciosos

mientras todos hablaban a la vez. Las palabras en galés eran inidentificables para Anne, pero el sentimiento detrás de ellas no. Todos los niños estaban muy emocionados de que su hermano estuviera en casa. Y aunque su expresión seguía tensa, Beynon claramente compartía el sentimiento. El evidente alivio en su cuerpo y la calidez de sus saludos a cada uno de sus hermanos eran conmovedores y no del todo inesperados, considerando la calidez que había mostrado cuando había hablado de ellos ese día bajo el roble.

Después de que el conductor la ayudó a bajar del carruaje, había esperado pacientemente a que terminara la reunión, sin querer interrumpir la feliz escena. Pero ahora que la habían notado, ofreció una sonrisa y dio un paso adelante para dirigirse directamente a los niños.

«Imagino que mi apariencia es un poco impactante, pero estoy segura de que su hermano lo explicará todo. Ya que todos saben mi nombre, me pregunto si no les importaría presentarse».

Ignoró el ceño fruncido de Beynon cuando la niña mayor se acercó primero. Una chica de unos dieciséis años, supuso Anne, con cabello negro en fuertes ondas hasta los hombros y hermosos ojos castaños oscuros similares a los de Beynon, aunque no tan cautelosos. Hizo una impresionante reverencia y respondió, «mi nombre es Eirwyn, milady. Bienvenida a Gwaynynog».

«Gracias, Eirwyn. Espero ver más del lugar».

«Yo soy Aron y este es Daryn». El chico que habló era claramente unos años más joven que su hermana mayor, pero la superaba en altura por unos cinco centímetros. El chico que arrastró hacia adelante con él era un par de años más joven y había sido el que cuestionó tan abiertamente la elección de esposo de Anne. Si no fuera por la diferencia de edad, los dos hermanos podrían haber sido gemelos, ya que compartían rasgos tan similares, con ojos castaños oscuros y las mismas matas de rizos negros rebeldes.

«Encantada de conocerlos a ambos», respondió Anne antes de mirar al tercer niño, que podría haber tenido alrededor de seis años según su estimación.

Aunque sonrió alentándolos, el niño más pequeño no dio un paso adelante y tampoco lo hizo la niña pequeña a su lado.

«Estos dos son Edwyn y Carys», ofreció Eirwyn, colocando sus manos sobre los hombros de sus hermanos más pequeños.

Anne dio un paso hacia los niños más pequeños y se agachó. Su sonrisa era suave mientras decía suavemente, «hola, estoy muy feliz de conocerlos».

Edwyn asintió rápidamente, pero no dijo nada.

La niña, sin embargo, miró a Anne de reojo con sospecha y luego resopló. «Eres bonita, pero hablas raro».

Anne escuchó el gruñido de sorpresa de Beynon y las risas ahogadas de los niños mayores, pero los ignoró.

«Es un cumplido encantador, Carys. Yo también creo que eres muy bonita». Era cierto. El cabello negro de la niña caía en largos rizos por su espalda y sus ojos eran de un verde intenso. «Y también eres muy inteligente. Y sí, hablo raro», añadió sin rodeos, provocando una risa deliciosa en la niña.

Cuando Anne se enderezó de nuevo, Beynon preguntó, «¿Cómo está mamá?».

«Oh, está mucho mejor», dijo Eirwyn rápidamente. «¿Recibiste mi segunda carta?».

«No. Recién recibí la primera la semana pasada. Salimos tan pronto como pudimos después de que me enteré de que no se encontraba bien».

«Bueno, de todas formas, estará feliz de verte», respondió la chica mientras le lanzaba una rápida mirada tentativa a Anne. «Probablemente esté descansando, pero imagino que querrás verla de inmediato. Y presentarle a tu… esposa».

Beynon le lanzó una rápida mirada a Anne. «Quizá deba esperar».

Su alivio al saber que su madre se encontraba mejor de su enfermedad era evidente en su expresión. Al igual que su repentina renuencia a llevar a Anne ante ella.

«¿Por qué no vas a ver a tu madre mientras me instalo y me refresco un poco?». Miró a Eirwyn. «¿Tendrías un momento para mostrarme mi habitación?».

«Por supuesto, milady». La chica hizo una reverencia de nuevo. Anne tendría que decirle que no era necesario, pero esperaría hasta que estuvieran solas. No quería avergonzar a la joven.

Beynon miró primero a su hermana, luego a Anne. Después, con un firme asentimiento, se dio la vuelta y entró en la casa a grandes zancadas.

«¿Por qué está tan triste?», preguntó Daryn tan pronto como su hermano mayor estuvo fuera del alcance de su oído. La pregunta le valió un puñetazo en el hombro de Aron, quien luego se inclinó hacia él para murmurar algo en galés mientras le lanzaba una mirada furtiva a Anne.

Cualquiera que fuera la respuesta del chico, claramente tenía algo que ver con ella. Y a juzgar por el repentino rubor de Eirwyn y la risita de Carys, probablemente no fuera un cumplido.

Tenía en la punta de la lengua preguntar cuando el hombre no estaba triste, pero decidió no hacerlo.

«Muchachos», chistó Eirwyn con una clara nota de autoridad, «ayuden al conductor a descargar el equipaje y tráiganlo adentro

mientras Carys y yo le mostramos a lady Anne su habitación».

Aunque sus hermanos refunfuñaron un poco, arrastraron los pies hacia la parte trasera del carruaje, donde el conductor ya había comenzado a desatar los baúles.

Entonces la chica se volvió hacia Anne y le dedicó una rápida sonrisa. «Por aquí, por favor».

Anne esperaba que la formalidad de Eirwyn se suavizara con la familiaridad, pero el deseo no fue necesario para la pequeña Carys, ya que la niña deslizó su mano en la de Anne y dio un tirón insistente.

«¡Vamos!».

Capítulo Veintisiete

Después de que Eirwyn salió de la habitación, arrastrando a un Carys reacio, y cerró la puerta, Anne se sentó pesadamente en la gran cama y soltó un profundo suspiro.

Ya estaba aquí.

En su nuevo hogar.

Con su nueva familia.

Una oleada de emoción inexplicable le cerró la garganta y curvó su columna mientras levantaba ambas manos para cubrirse la cara. Apretando firmemente sus ojos para detener la amenaza de lágrimas, respiró profunda y regularmente.

Ella podía hacer esto. Era resistente. Al menos los últimos cinco días en un carruaje con su nuevo esposo lo habían demostrado.

Esposo.

¿Podría siquiera llamarlo así?

La unión no se había consumado. Nunca habían compartido una habitación o una cama. Apenas habían compartido una conversación completa desde su boda.

Antes de que pudiera comenzar a contemplar lo que debería hacer a continuación, sonó un fuerte golpe en la puerta. Anne, dándole la bienvenida a la distracción, se puso de pie rápidamente y cruzó la habitación.

Era Beynon.

Como siempre, verlo provocó una reacción inmediata en su cuerpo. Un hormigueo y una chispa. Una tensión. Un calor. Entonces notó el ceño fruncido en su rostro y la obvia tensión presente en su gran figura. Algo lo había perturbado. Un miedo inestable se apoderó de ella. «¿Qué pasa?», preguntó, cruzando la puerta hacia el pasillo. «¿Tu madre está bien?».

Su expresión permaneció feroz y amenazadora mientras la miraba.

Por un segundo, sintió una necesidad imposible de consolarlo, de dar un paso adelante y envolverlo con sus brazos. Pero no tenía dudas de que tal acto sería rechazado de inmediato.

«Mamá se está recuperando», respondió bruscamente. «Sospecho que estará lo suficientemente bien muy pronto».

«Esa es una buena noticia», respondió Anne tentativamente.

Luego respiró hondo y su mirada se deslizó momentáneamente hacia un lado. «Quiere conocerte».

«¿Ahora?», Anne dio un paso atrás. Por supuesto que su madre querría conocerla. No estaba del todo segura de por qué ese

pensamiento la hizo sentir tan insegura y nerviosa de repente.

«Por aquí», respondió él mientras se daba la vuelta para guiarla por el estrecho pasillo hasta una puerta al final.

Anne lo siguió obedientemente, sus pasos se oían incluso detrás de los de él, que pisaba con más fuerza el suelo de madera pulida. Su golpe en la puerta cerrada fue respondido inmediatamente por el llamado de una mujer para que entrara. Abrió la puerta y él se hizo a un lado, haciendo un gesto para que Anne lo dejara pasar a la habitación.

Lo primero que notó fue que era un dormitorio encantador, lleno de luz del sol del mediodía que brillaba a través de dos grandes ventanas abatibles a través de las cuales se podían ver las ramas de un gran sauce contra un fondo montañoso. El suelo estaba cubierto con una alfombra tejida en varios tonos de azul en un patrón intrincado y encantador y la cama colocada en una esquina frente a las ventanas también estaba cubierta de azul.

La madre de Beynon estaba sentada apoyada contra las almohadas. La mujer vestía una bata blanca y una bata azul marino y su espeso cabello negro, con mechones plateados, estaba peinado en dos trenzas que descansaban sobre sus estrechos hombros.

Era más pequeña de lo que Anne esperaba, bastante menuda en realidad, y a pesar de las canas en su cabello, parecía muy joven. Y cuando sonrió, Anne pudo ver fácilmente los rasgos angelicales que había heredado su hija menor.

«Lady Anne, permítame presentarle a mi madre, la señora Thomas. Mamá, esta es mi esposa, lady Anne Thomas».

«Me llamará Glynnis, por supuesto», señaló rápidamente su madre antes de hacer gestos con ambas manos de invitación para que entrara. «¡Pase, milady! Pase. Por favor, no se demore en la puerta. No esperaba una sorpresa tan maravillosa hoy y estoy ansiosa por satisfacer mi curiosidad».

Anne se acercó a la cama como se le pidió, sintiéndose de repente muy alta y torpe.

Pero la madre de Beynon siguió sonriendo mientras señalaba una silla que habían puesto al lado de la cama. «Siéntese, querida. Por favor». Luego desvió su atención hacia donde Beynon todavía estaba de pie junto a la puerta. «Puedes irte».

«Pero, mamá», empezó, pero ella lo detuvo con un rápido gesto de la mano. «Vete. Te veré en la cena».

Anne miró hacia atrás mientras se sentaba en la silla vacía y logró captar la expresión muy molesta de Beynon mientras salía de la habitación.

«Oh, Dios, ahora déjeme mirarla», dijo su madre.

Anne se encontró con los ojos castaños oscuros de la mujer que

eran tan similares a los de Beynon. Y no solo por su tono casi negro. Vio una profundidad e intensidad emocional similares en la mirada de esta mujer, aunque era decididamente menos enojada y amenazadora.

«Dígame, querida», dijo la mujer mayor en un tono pensativo, «¿qué diablos la unió a usted y a mi hijo?».

Anne se puso rígida ante la franqueza de la pregunta. Parpadeó mientras intentaba considerar lo que Beynon podría haber dicho.

«Yo, eh… Beynon...».

Glynnis sacudió rápidamente la cabeza. «Ya escuché la explicación de Beynon. Me gustaría escuchar su opinión ahora, si no le importa».

Anne se dio cuenta de que la pequeña estatura de la mujer y la dulzura de sus rasgos eran ligeramente engañosas. Su nueva suegra poseía una dureza inherente y una percepción aguda que no tenía miedo de usar.

Anne tomó una decisión rápida de ser lo más franca posible. ¿Qué sentido tenía comenzar este nuevo capítulo de su vida con un engaño, incluso si era por omisión o por pasar por alto los hechos?

Se aclaró la garganta y se encontró con la mirada firme pero no cruel de su suegra.

«Nos hicieron ser pareja para una serie de juegos en la fiesta de la casa de mi amiga», señaló simplemente. «Nos hicimos compañeros a regañadientes, debería decir. Beynon no estaba muy interesado en participar».

Glynnis puso los ojos en blanco sutilmente y luego asintió para que Anne continuara.

«Nuestra asociación fue realmente polémica», admitió Anne, «pero me gustaría pensar que llegamos a conocernos a través de la competencia». Hizo una pausa, esperando que fuera suficiente explicación, pero la mujer mayor simplemente arqueó las cejas y esperó a que continuara.

En ese momento, Anne tuvo que bajar la mirada hacia los detalles bordados en la colcha.

«Finalmente… una noche… nos…». ¿Cómo exactamente se le podía revelar algo así a la suegra? Realmente deseaba saber lo que Beynon le había dicho.

«¿Se sobrepasaron?», ofreció la mujer.

Los ojos de Anne se alzaron para encontrarse con la mirada penetrante de su suegra. Todo lo que pudo hacer fue asentir brevemente.

Hubo un momento de silencio, luego Glynnis dijo, «bueno, eso explica la boda apresurada, supongo».

No había exactamente censura en el tono de la mujer mayor, pero tampoco alegría.

Decidida a no comenzar su nueva vida sobre una base que siquiera insinuara engaño, Anne decidió tomar una página del libro de la joven señorita Claybourne siendo dolorosamente honesta.

«A decir verdad», dijo Anne, «yo no quería casarme con Beynon, y él no quería casarse conmigo».

Glynnis la miró con dudas, mientras la comisura de su boca se curvaba divertida. «Pero, por supuesto, él sí quería, o no estaría aquí ahora».

Anne se sintió obligada a corregir la suposición de la mujer. «Las circunstancias son un poco difíciles de explicar».

«Tonterías. Se comprometió con usted, ¿no?».

Anne asintió.

«Entonces tomó una decisión. Una que sé que no habría tomado a la ligera». La mujer mayor hizo una pausa y luego puso una cara que sugería que estaba ligeramente apenada. «Es algo bastante incómodo decir esto sobre mi hijo a su nueva esposa, pero considerando las circunstancias, hay algo que debería saber sobre mi hijo mayor».

Anne se quedó sin aliento. «Tal vez no deberías...», comenzó con cuidado, pensando en la respuesta de Beynon si supiera que su madre estaba a punto de revelar algún secreto, incluso cuando estaba desesperada por obtener alguna pista sobre el hombre con el que se había casado.

La mujer mayor rápidamente desestimó la protesta poco entusiasta de Anne. «Dado que el conde actual está reconociendo a sus hermanos, supongo que conoce las circunstancias que rodearon el nacimiento de Beynon». Anne asintió y continuó con una suave sonrisa. «Bueno, desde una edad muy temprana, Beynon ha estado dolorosamente consciente de las consecuencias que pueden resultar de las pasiones descuidadas. Debido a eso, siempre ha sido muy selectivo sobre con quién se ha acostado. Ciertamente nunca ha coqueteado con una inocente. Si sus acciones con usted fueron en contra de comportamientos tan estrictamente impuestos, revela una verdad poderosa».

Sonrió de nuevo. «Él la deseaba, querida. Desesperadamente. No lo dude ni por un segundo».

Anne deseó que las palabras de la mujer le hubieran dado algo de confianza, pero en realidad solo reforzaron lo que ya sabía. «Por lo que entiendo, la lujuria puede hacer que un hombre haga muchas cosas que de otra manera no haría».

«Es cierto», respondió Glynnis pensativamente antes de entrecerrar un poco la mirada. «¿Y esas pasiones son recíprocas, milady?».

El rápido rubor de Anne respondió a la pregunta con bastante facilidad.

Con un suspiro, la madre de Beynon tomó las manos de Anne. Su agarre era cálido y suave, pero no menos seguro. Había fuerza en las manos de la mujer, pero era una fuerza tranquila y constante.

Sus ojos oscuros sostuvieron los de Anne mientras decía, «muchos matrimonios felices han comenzado con menos. Matrimonios miserables, también», añadió sin rodeos. «Solo el tiempo dirá lo que resultará ser este».

Luego se inclinó hacia Anne y preguntó atentamente, «ahora, dígame... ¿ganaron?».

«¿Qué?», Anne parpadeó.

«¿Los juegos? ¿Ganaron?».

«Sí, ganamos, es cierto».

Glynnis aplaudió y una pequeña sonrisa de alegría curvó su boca. «Por supuesto que sí».

#

Beynon consideró esperar a Anne fuera de la habitación de su madre, pero rápidamente decidió no hacerlo. Su madre había dejado muy claro que deseaba hablar en privado con su esposa. A pesar de su fuerte tendencia rebelde, nunca había ido en contra de los deseos expresos de su madre y, desde luego, no tenía intención de empezar ahora. No podía imaginar de qué podrían hablar su madre y Anne, pero supuso que no era asunto suyo. Las mujeres, a pesar de sus obvias diferencias, compartirían una casa y tendrían que resolver ese hecho a su manera.

Entonces, en lugar de acechar en el pasillo del piso superior, se dirigió a la planta baja. Había mucho que hacer ahora que estaba de nuevo en casa. Rápidamente descubrió que el carruaje ya había sido descargado y había sido llevado al granero. Aron estaba cuidando a los caballos mientras Eirwyn se había ocupado de prepararle un refrigerio al cochero.

Su hermana mayor acababa de salir de la cocina cuando él volvió a entrar en la casa. Se encontraron en la acogedora entrada entre el salón y el estudio, que siempre se sentiría como el de su padrastro, a pesar de que Beynon lo había estado usando desde la muerte del hombre.

Hicieron una pausa y se evaluaron mutuamente de una manera inquietantemente similar.

Beynon fue el primero en hablar. «¿Hay algo que deba saber sobre la granja?».

La chica se encogió de hombros. «Nada en particular. El rebaño principal está pastando al norte. Gilly tuvo su potro hace quince días. Todo está listo para la esquila en Michaelmas».

[Nota de la Trad.: *Michaelmas, o la "Fiesta de San Miguel" era la época de esquilar ovejas, en preparación para el invierno. Podría señalar la*

preparación para un cambio de estación o finalización de un ciclo agrícola]

No era la primera vez que Beynon pensaba en lo parecidas que eran en edad Caillie y Eirwyn. Solo se llevaban un par de años. Tal vez por eso había sentido una afinidad tan rápida con su hermana en Inglaterra.

Cuando se enteró de la existencia de otros descendientes de su padre, nunca tuvo la intención de conocer a ninguno de ellos. El anterior conde de Wright había sido un hombre despreciable y egoísta que había esparcido su semilla en un acto de venganza contra una esposa infiel y que había durado una década. Beynon no tenía ningún deseo de relacionarse con nadie más asociado con un hombre así.

Había sido su madre quien finalmente insistió en que aceptara la invitación del heredero del conde. Beynon había ido a Londres hacía más de dos años con la intención de nunca permitir que sus dos familias se conocieran. No veía ningún propósito ni nada bueno que resultara en algo así.

Pero ahora, al reconocer la mirada inteligente y algo solemne de su hermana, se preguntó si tal vez esa separación no era realista. De pronto, pudo imaginar a Caillie y Eirwyn como dos caras de la misma moneda. Una tan directa, intrépida e inquieta. La otra tan capaz, segura de sí misma y demasiado pensante para su edad.

Podrían ser buenas la una con la otra.

O podrían desagradarse inmensamente.

«¿Hay algo más, *brawd*?

[Nota de la Trad.*: “brawd” en galés significa hermano*]

Beynon se aclaró la garganta y miró hacia el estudio de su padrastro. «No. Supongo que no. Creo que intentaré ponerme al día con el resto de las cosas durante el resto de la noche».

Eirwyn asintió. «¿Quieres que prepare algo específico para la cena de esta noche?».

Se dio cuenta entonces de que su hermana probablemente había asumido muchas de las tareas que su madre solía hacer durante su enfermedad. Eso, además de las suyas.

«Lo que decidas para esta noche está bien», murmuró él. «Creo que lady Anne querrá participar en este tipo de discusiones en el futuro. Tal vez tú y mamá...».

«Me encargaré de ello», interrumpió Eirwyn.

Beynon frunció el ceño ante la inesperada nota de autoridad en su voz. ¿Por qué se sentía como si de repente hubiera crecido en los meses que él había estado ausente?

«Gracias», murmuró y luego vio a su hermana asentir antes de alejarse.

El estudio era un poco más grande que una despensa de algunas

de las casas más grandes de Londres que había visitado últimamente. Pero la pequeña habitación conformada por un escritorio, dos sillas, una estantería llena de textos y poco más, le producía una nostalgia particular.

Después de que su madre se casara con Cedric Thomas y se mudaran de su pequeña habitación en la parte trasera de la posada del pueblo a esta gran casa antigua, aquí era donde su nuevo padrastro lo hacía sentar cada vez que necesitaban hablar sobre su comportamiento. Fue donde Beynon aprendió cómo era el amor de un padre. Cómo un hombre podía ser severo y cariñoso al mismo tiempo. Cómo un padre podía desaprobar las acciones de un hijo y aplicar disciplina si era necesario mientras seguía creyendo en el potencial del niño para mejorar.

Esta era la habitación donde, poco a poco, semana tras semana, año tras año, Beynon había aprendido a aceptar la responsabilidad de sus errores y lo que significaba trabajar duro para mantener a una familia.

Familia.

Beynon se tensó y se le hizo un nudo en el estómago.

¿Podría ser que lady Anne ya estuviera embarazada de él? ¿Lo sabría ya?

Mientras se lo preguntaba, sabía que no se lo preguntaría. A pesar de la tensión actual y la falta de comunicación entre ellos, confiaba en que, si ella descubría que estaba embarazada, se lo haría saber.

No podía permitirse pensar demasiado en ello. Porque pensar en los niños llevaba a la idea de la concepción, lo que inmediatamente le recordaba que su matrimonio aún no se había consumado. Y eso era algo en lo que realmente no podía pensar demasiado o terminaría haciendo algo precipitado y estúpido para corregir la situación.

Así que, en cambio, decidió concentrarse intensamente en volver a los ritmos y patrones que tanto amaba de su vida en la granja. Sin duda, su madre y Eirwyn habían logrado todo sin problemas. Pero prefería tener información de primera mano. Tal vez debería visitar los pastos. Contaría cada maldita oveja del rebaño si eso lo ayudaba a no pensar en su reticente esposa.

Él podría haberla obligado a contraer un matrimonio no deseado, pero no estaba dispuesto a forzar ningún derecho conyugal cuando ella había dejado muy en claro que no quería tener nada que ver con él.

Tal vez con el tiempo recordaría la pasión que habían compartido y lo buscaría...

Se metió las manos en el pelo y apretó la mandíbula.

Piensa en otra cosa. En cualquier otra cosa.

Cogió un montón de papeles y se inclinó sobre el escritorio para revisar cada anotación con una intención concentrada.

Capítulo Veintiocho

La primera cena de lady Anne en su nuevo hogar fue diferente a todo lo que había experimentado antes. Los niños Thomas ya estaban sentados alrededor de la mesa cuando Anne bajó. El sonido de sus voces superpuestas y risas estridentes se podía escuchar en gran parte de la casa. La recibieron en el comedor con amplias sonrisas y alegres saludos. La comida ya estaba en la mesa, llenando la habitación con sabrosos aromas que hicieron que a Anne se le hiciera agua la boca. Más tarde se enteró, con gran asombro, de que su comida había sido preparada íntegramente por Eirwyn.

Cuando Anne se enteró de que Beynon no se uniría a ellas porque ya se había preparado un plato para comer en su estudio, sintió una punzada rápida y aguda en el pecho. Pero se negó a mostrar su decepción, especialmente una vez que Glynnis entró en la habitación. Aunque era evidente que todavía estaba débil por su enfermedad, las mejillas de la mujer mayor tenían un color encantador e insistió en que necesitaba levantarse y moverse más a menudo si quería recuperar por completo su fuerza.

Anne estaba agradecida con la mujer por el gesto obvio de darle la bienvenida a su mesa y a su hogar, y se aseguró de no preocuparse por la decisión de Beynon de hacer lo contrario.

Una vez que se quitó a Beynon de la cabeza, Anne lo pasó de maravilla. Nunca había experimentado una comida en la que hubiera niños presentes. Estaba claro que los niños Thomas eran muy unidos. Tanto, que no tenían ningún problema en burlarse y provocarse unos a otros sin descanso. Aunque Glynnis se disculpó más de una vez por la atmósfera un tanto perturbadora alrededor de la mesa, Anne honestamente lo encontró todo fascinante.

Y encantador.

Porque, aunque los niños a menudo estaban en desacuerdo entre sí de alguna manera, todavía había una conexión innegable entre ellos. Y eso la hizo preguntarse si la dinámica cambiaba en absoluto cuando Beynon estaba presente. Era muy difícil imaginarlo interactuando de la misma manera; con risas fuertes, sonrisas fáciles y bromas atrevidas.

Por supuesto, tan pronto como pensó en Beynon, una pesadez se apoderó de su estado de ánimo. Anne hizo todo lo posible por disipar el sentimiento rápidamente, pero miró a su suegra antes de que pudiera controlar por completo la emoción.

Algo en la mirada de la mujer mayor la hizo preguntarse si no sabía exactamente qué había causado el desánimo de Anne.

Esbozando una amplia sonrisa, Anne hizo todo lo posible por contrarrestar lo que pudiera haber detectado mientras se giraba para responder la pregunta muy seria de Carys sobre si Anne prefería chícharos o ejotes verdes con su cordero asado.

La niña aparentemente aborrecía ambos, ya que ambos eran verdes y no le gustaba en absoluto comer nada verde.

Después de la cena, Anne se quedó en el salón tanto como pudo, mucho después de que su suegra se disculpara por retirarse temprano y Eirwyn se hubiera llevado a los niños más pequeños a la cama.

No estaba esperando específicamente la aparición de Beynon, pero no podía evitar mirar hacia la puerta cada vez que la vieja casa hacía el más mínimo crujido.

Aun así, todavía era bastante temprano cuando subió al dormitorio que le habían asignado. Los días de viaje y la intensa expectación previa a su llegada hoy habían sido agotadores. Afortunadamente, alguien se había encargado de mantener un fuego bajo y algunas velas parpadeaban cerca de la cama. Se preparó rápidamente y apenas se dio cuenta de que se había metido debajo de las sábanas antes de quedarse profundamente dormida.

#

A la mañana siguiente, Anne se despertó sobresaltada, sintiendo como si algo la hubiera sacado de su sueño. Pero cuando parpadeó para quitarse el sueño de la vista y miró alrededor de la habitación desconocida, no vio ni escuchó nada que pudiera haberla perturbado.

Sin duda, era simplemente la incomodidad de despertar en un lugar nuevo, decidió mientras miraba alrededor de la acogedora habitación revestida de madera. Las ventanas daban al norte, por lo que la luz del sol de la mañana era suave e indirecta. El aire era fresco y solo un poco frío, mientras que las sábanas la mantenían cálida y contenta. Mientras estiraba las extremidades y la columna, se dio cuenta de que incluso el lado no utilizado de la gran cama conservaba un toque de calidez.

Después de levantarse, se lavó rápidamente y se vistió con un sencillo vestido de día antes de sujetarse el pelo en un moño prolijo en la nuca. Había prometido unirse a Glynnis para el desayuno y no quería llegar tarde.

Tan pronto como salió al pasillo fuera de su dormitorio, se dio cuenta de que su hábito de levantarse temprano no era una excepción en esta casa. Podía escuchar los gritos de los niños desde algún lugar abajo, seguidos por el ladrido de un perro y pies corriendo. Avanzando por el pasillo hacia la habitación de la esquina en el otro extremo, casi chocó con Carys cuando la pequeña niña salió corriendo de una habitación a la derecha y prácticamente voló por las escaleras

sin ver ni una vez a Anne.

¿Qué diablos podría haber despertado a todos hasta tal punto tan temprano?, se preguntó mientras llegaba a la puerta de su suegra. Aunque estaba ligeramente entreabierta, Anne todavía llamó respetuosamente.

«Adelante».

Anne entró y vio a la madre de Beynon sentada de nuevo sobre las almohadas de su cama. Hoy estaba completamente vestida y sentada sobre las sábanas, aunque una manta tejida le cubría las piernas. Su cabello negro, que brillaba con plata, estaba recién lavado y recogido en un moño grueso.

«*Bore da*, lady Anne», saludó su suegra con calidez. «Por favor, siéntese». Señaló una de las dos sillas que se habían colocado en una pequeña mesa colocada al lado de la cama.

«Buenos días, señora. Parece que ha descansado bien esta mañana», señaló Anne con una sonrisa.

«Me siento mucho mejor. Desafortunadamente, todavía me canso con bastante facilidad. Tengo que ser honesta; no he estado así desde que era niña». Frunció el ceño levemente. «No puedo decir que aprecie la experiencia».

«Es exactamente por eso que es hora de que trabaje menos y encuentre algunos pasatiempos más relajantes para ocupar su tiempo». Esto fue lo que dijo Eirwyn cuando la joven entró en la habitación con una gran bandeja para servir. Su tono era de advertencia, pero una sonrisa inclinó su boca mientras colocaba la bandeja sobre la mesa.

La mujer mayor soltó un bufido de burla, pero no expresó ninguna contradicción con la observación de su hija.

Con movimientos eficientes, Eirwyn colocó una bandeja vacía sobre el regazo de su madre, a la que le transfirió una taza de té humeante y un plato de huevos y salchichas. Después de servirle a su madre, la niña tomó la silla frente a Anne.

«Espero que no le importe un desayuno sencillo, milady. Me temo que nuestras tiendas actualmente no ofrecen opciones para nada elaborado».

«Todo huele maravilloso». Captando la mirada de la niña, agregó, «y por favor, espero que me llame Anne».

La niña sonrió a medias y asintió.

«Ahora», dijo su madre mientras levantaba el tenedor, «como nueva amante de Gwaynynog, imagino que hay muchas cosas que le gustaría saber sobre el lugar. ¿Por dónde empezamos?».

«No tengo la menor idea», admitió Anne libremente. «Me temo que mi educación es bastante deficiente en ese sentido».

«Por supuesto, *fy annwyl*», dijo Glynnis dándole una palmadita en la mano. «Sin duda, llevará algún tiempo acostumbrarse».

[Nota de la Trad.: *fy annwyl significa "mi querida"*]

«Para nosotros también», señaló Eirwyn sin rodeos, con un dejo de fastidio en su tono. «Podría haber sido agradable que Beynon enviara algún tipo de aviso sobre sus nupcias».

«Todo sucedió muy de repente», señaló Anne en defensa de Beynon, «de lo contrario, estoy segura de que Beynon habría enviado un mensaje».

Eirwyn soltó un suave resoplido de incredulidad y su madre se rió.

«Puede que lo haya hecho, aunque es igualmente probable que no lo haya hecho», respondió Glynnis. «Ese hijo mío siempre ha sido terco en cuanto a hacer las cosas a su manera».

«Sin importar lo que digan los demás», intervino Eirwyn poniendo los ojos en blanco, lo que provocó otra risa de su madre.

Aunque estaban criticando a un hombre que ni siquiera estaba presente para defenderse, Anne sospechó por la calidez de sus voces que lo hacían con amor y no pudo evitar agregar un comentario propio. «Incluso si eso resulta en perderse en un laberinto hasta después del anochecer».

Dos pares de ojos oscuros se abrieron con sorpresa antes de que Eirwyn comentara con diversión, «oh, Dios, me imagino que eso lo puso bastante nervioso».

«En efecto», respondió Anne con una sonrisa amable. «Pero logramos encontrar la salida. Una vez que comenzó a escucharme, claro», agregó intencionadamente.

Glynnis se aclaró la garganta para decir con una sonrisa burlona, «vaya, es bueno saber que en ocasiones puede ser razonable».

«Sin duda sería un truco nuevo», observó Eirwyn con escepticismo antes de volverse hacia Anne con una expresión seria. «Por favor, no me malinterpretes. Mi hermano puede ser un gruñón terrible. Puede ser frustrantemente terco y sobreprotector. Pero es innegablemente devoto de su familia. Y estamos muy agradecidos con él».

«Y ahora tú también eres parte de esta familia», observó Glynnis mientras se encontraba con la mirada de Anne. «Espero sinceramente que no te hagamos lamentar ese hecho».

«Nunca», comentó Anne rápida y honestamente. Puede que no tuviera la mayor esperanza para su relación con Beynon, pero era optimista en lo que referente al resto de la familia, a la que rápidamente estaba empezando a adorar. «Aunque una casa tan llena es una experiencia muy nueva para mí, estoy bastante preparada para amar cada momento de ella».

Justo cuando terminó de hablar, un grito agudo sonó desde abajo. Fue seguido por pies corriendo rápidamente y la pequeña voz

de Carys gritando, «¡Mamá! Mamá, Daryn me manchó el pelo de barro».

El niño acusado llegó a la puerta abierta un momento antes que su hermana pequeña y añadió, «solo después de *ella*», señaló con un dedo afilado a la niña que se acercó a él con una innegable mancha de barro marrón cubriendo una de sus trenzas, «puso una rana gigante en mi almohada».

La sonrisa de Carys logró ser traviesa e inocente a la vez. «Solo quería ser amigo».

La madre de los niños suspiró profundamente mientras dirigía una mirada mordaz hacia Anne. «Sospecho que tendremos que recordarte ese sentimiento de vez en cuando».

«Todos los días, sin duda», ofreció Eirwyn en un tono seco mientras dejaba su té y se ponía de pie. «Yo me encargaré de eso».

Mientras la joven llevaba a los niños más pequeños de vuelta a la planta baja, interrumpiendo sus apasionadas súplicas de justicia con un tono firme y paciente, una extraña tensión llenó el pecho de Anne, apretándole el corazón. La casa de los Thomas era exactamente lo que ella deseaba haber tenido mientras crecía. Risas, actividad, unión, lealtad y amor.

Independientemente de lo que sucediera en su matrimonio en el futuro, quería abrazar todo lo que significaba sentirse parte de esta familia. Incluso si no tenía la menor idea de por dónde empezar.

«¿Qué pasa, *fy annwyl*?».

Anne encontró la mirada compasiva de su suegra. Había algo en la mujer mayor, una absoluta falta de juicio y prejuicio tal vez, que inspiraba una honestidad total.

Sin dudarlo, Anne confesó, «supongo que no soy el tipo de esposa que hubiera deseado para Beynon, pero no tengo intención de ser una carga. Sé que tengo mucho que aprender, pero puedo ser bastante decidida cuando me propongo algo».

La mujer mayor se inclinó hacia delante para tomar una de las manos de Anne entre las suyas. «Créame, de dónde viene no es tan importante como hacia dónde espera ir. Lo sé de primera mano. Cuando me casé con Cedric, no tenía ni la menor idea sobre la cría de ovejas. Pero aprendí. Con el tiempo», luego le guiñó un ojo, «no se preocupe. La haremos esquilar el rebaño con el resto de nosotras cuando llegue Michaelmas».

Los ojos de Anne se abrieron de par en par. Faltaban solo unas semanas para Michaelmas. La mujer mayor soltó una risa ronca, que no aclaró en absoluto si su declaración había sido hecha en broma o con total seriedad.

Capítulo Veintinueve

La manta de lana se deslizó de sus hombros, pero Anne no se molestó en volver a colocarla. Incapaz de dormir, acercó uno de los sillones a las ventanas de su dormitorio. Aunque el aire de la noche se filtraba libremente a través de la ventana abierta, era cálido y agradable, a pesar de que solo llevaba un camisón de algodón fino.

Llevaba casi una semana en Gwaynynog y, en ese tiempo, había comenzado a desarrollar una verdadera amistad con Glynnis y había aprendido mucho sobre el pueblo y la historia de la granja mientras conversaban tomando el té cada mañana. Se había parado junto a Eirwyn en la cocina, compartiendo anécdotas divertidas de sus temporadas en Londres mientras la chica la guiaba en tareas básicas de cocina. A pedido de Anne, la joven también había comenzado a enseñarle algunas frases comunes en galés. Había pasado una tarde encantadora con Aron y Daryn mientras le mostraban el granero y los patios amurallados con pizarra apilada donde llevaban a las ovejas para esquilarlas. Y había caminado de la mano con Edwin y Carys mientras los dos hijos más pequeños de Thomas la guiaban por los pastos más bajos, que estaban llenos de hierba y flores silvestres, ya que sus rebaños se mantenían en las montañas durante los meses más cálidos.

Todos en la familia de Beynon habían sido más acogedores y cálidos de lo que Anne podría haber esperado. Aunque de vez en cuando se burlaban de ella por su inevitable ignorancia sobre algunas cosas, nunca la hicieron sentir como si no perteneciera allí. En poco tiempo, Gwaynynog había comenzado a sentirse más como un hogar que la casa en la que había crecido.

Anne estaba agradecida. Gran parte de su ansiedad había resultado innecesaria. Por supuesto, la vida era significativamente diferente de lo que podría haber esperado como esposa de un lord, pero no podía evitar sentir que este era exactamente el lugar donde se suponía que debía estar.

Se sentía arraigada aquí. Conectada. Y aunque todavía tenía mucho que aprender sobre su papel y sus responsabilidades en la granja, creía que lo lograría. Si la vida le había enseñado algo hasta el momento, era que sabía lo que hacía falta para afrontar un desafío. Y por primera vez, sintió que lo hacía para su propia satisfacción y disfrute, en lugar de simplemente porque era lo que se le exigía.

Solo había una cosa que le impedía sentirse completamente satisfecha con su nueva vida.

En los seis días desde su llegada, había visto a Beynon un total

de cinco veces. Brevemente y a la distancia. Siempre se había ido cuando ella se levantaba por las mañanas, y si estaba dentro de la vieja casa de piedra, era probable que estuviera escondido en su estudio.

Un día, Anne había oído su voz desde donde había estado ayudando a Eirwyn a preparar pasteles de carne para la cena. Cuando llegó al vestíbulo principal, notó que la puerta de su estudio estaba cerrada, un claro indicador de que estaba dentro. Decidida a verlo, aunque solo fuera para obligarlo a reconocer su presencia, se dirigió a la puerta, pero el joven Edwyn la detuvo en seco.

El chico tranquilo y de mirada penetrante se había colocado delante de ella y se había puesto un dedo sobre los labios.

«No puedes entrar ahí».

«Solo quiero decir hola», explicó con dulzura.

El niño de seis años sacudió vigorosamente la cabeza.

«Es la única habitación tranquila de la casa y tiene que seguir así».

Anne había sonreído, entendiendo por qué se había creado una regla así, considerando lo *poco en silencio* que podía mantenerse el resto de la casa con cinco niños corriendo por ahí. Como no quería socavar la santidad del estudio del maestro, había permitido que Edwyn la retirara de ahí.

Respiró profundamente mientras miraba el cielo negro de la noche.

Lo más extraño del hecho de que no hubiera tenido interacciones personales con Beynon en tantos días era que, de alguna manera, todavía sentía su presencia. Especialmente por las mañanas, cuando se despertaba. Siempre había una cálida sensación de intimidad que la rodeaba cuando abría los ojos y estiraba su cuerpo para despertar. En algunas ocasiones, incluso creyó percibir un rastro de su aroma y su cuerpo reaccionó de inmediato a la sugerencia de su cercanía. Su vientre se tensó y su interior se derritió con un anhelo físico que sintió que nunca podría sacudirse.

Lo extrañaba.

Echaba de menos verlo todos los días como lo había hecho durante la fiesta de Lily. Extrañaba las discusiones y su actitud melancólica y desafiante. Extrañaba su voz grave y sus manos ásperas. Echaba de menos su forma de mirarla y cómo él se *miraba*.

Si cerraba los ojos, aún podía verlo como había estado esa mañana en la orilla del lago o agachado a sus pies en el laberinto crepuscular o elevándose sobre ella mientras la inmovilizaba contra la pared en el pasillo oscuro.

Había pasado menos de una semana desde que habían llegado a su casa, menos de dos desde el día de su boda, pero Anne había tenido

mucho tiempo para determinar que no era así como quería continuar con su matrimonio. Y si él no iba a hacer nada al respecto, entonces ella tendría que hacerlo.

Se había mostrado reacia a preguntarle a alguien dónde se encontraba su habitación porque le daba vergüenza admitir que no tenía idea. Después de todo, la casa no era tan grande. Las habitaciones eran limitadas. Sin embargo, no había logrado resolverlo por sí sola.

Pero reconocer tal ignorancia era anunciar que su unión estaba en crisis. Y aunque no tenía ninguna duda de que todos lo sospechaban de todos modos, su orgullo simplemente no le permitía admitirlo en voz alta hasta que al menos intentara resolver la situación ella misma.

Habiendo tomado esa decisión esa noche, la asaltaban preguntas sobre cómo iba a abordar tal cosa.

Llevaba horas sentada junto a la ventana. El fuego de la chimenea se había reducido a las brasas más débiles y las velas se habían apagado. No tenía idea de qué hora era, pero el pesado silencio que llenaba la casa sugería que debía ser muy tarde. Sin embargo, no estaba cansada en lo más mínimo.

Estaba decidida. Y molesta. Y tal vez un poco preocupada.

Necesitaba seducir a su propio marido, pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

Si la decisión no hubiera sido tomada por pura desesperación solitaria, la idea habría sido tan divertida como impactante. Pero ansiaba más con el hombre con el que se había casado. Tal vez se hubiera resignado al hecho de que tal vez nunca desarrollarían una amistad de confianza y consideración. Pero ¿eso significaba que no podrían tener nada en absoluto?

¿Qué pasaba con la conexión física? ¿Qué pasaba con el deseo? Había un anhelo dentro de ella que se hacía más fuerte cada día. ¿Por qué debería negarlo?

Ya se habían entregado a su intensa pasión mutua una vez antes. Tal vez, si lo aceptaban más plenamente, había una posibilidad de que pudiera convertirse en algo más. Tenía que creer que era posible.

Al oír un leve sonido de pasos en el pasillo fuera de su dormitorio, Anne salió de sus acaloradas cavilaciones y se giró para mirar su puerta cerrada con el ceño ligeramente fruncido.

¿Era posible que alguien más estuviera despierto a esa hora?

Escuchó otro sonido y luego se puso rígida cuando giró la manija de su puerta. Un momento después, la puerta se abrió silenciosamente para revelar la silueta de una forma grande y familiar.

Beynon.

Anne se quedó sin aliento cuando lo vio entrar en la habitación con pasos muy lentos y deliberados. Estaba claro que intentaba ser lo más silencioso posible y no parecía haber notado que Anne estaba sentada junto a la ventana, ya que su atención estaba dirigida intensamente hacia la cama. Luego cerró la puerta detrás de él, encerrándolos en la habitación a oscuras.

El corazón de Anne saltó a un ritmo imprudente, pero no dijo nada.

¿Por qué estaba allí? ¿Había venido a buscarla?

Ella podría haber pensado eso si no fuera por el hecho de que obviamente estaba tratando de no despertarla.

Pero luego, varios pasos dentro de la habitación, se detuvo. Anne observó mientras giraba la cabeza para examinar la habitación, claramente había notado que ella no estaba en la cama como esperaba. Cuando finalmente la vio sentada frente a la ventana, su gran cuerpo se tensó y un sonido pesado salió de su garganta.

«Todavía estás despierta». Sus palabras eran roncas y casi abrasivas en el silencio de la noche. Había un dejo de acusación en su voz, pero sobre todo era sorpresa y lo que Anne sospechaba, pero apenas podía creer era incertidumbre.

«Lo estoy», respondió. Cuando él no dijo nada más en respuesta y permaneció de pie torpemente en medio de la habitación, decidió ser atrevida. «¿Por qué estás aquí, Beynon?».

Otro sonido áspero recorrió su garganta mientras miraba hacia la cama, luego hacia la puerta. Y en un instante, ella entendió.

El calor inundó su cuerpo cuando se dio cuenta de por qué percibía su aroma por las mañanas y por qué la cama siempre estaba tan caliente, incluso del lado vacío, y por qué había sentido su presencia durante estos últimos días, aunque rara vez lo había visto.

«Esta es *tu* habitación, ¿no?», confirmaba ella.

Se dio la vuelta y caminó hacia la cama. Sentándose en el borde, se quitó las botas. «¿Habrías preferido compartir una habitación con Eirwyn y Carys?».

Anne frunció el ceño ante el enojo en su tono. Pero ella también podía estar enojada.

«Entonces, ¿esto es lo que has estado haciendo cada noche? ¿Esperar hasta que me duerma para poder entrar y luego volver a salir antes de que me despierte por la mañana?».

Hizo una pausa en el proceso de aflojarse el cuello de la camisa antes de resoplar y subirse la prenda por encima de la cabeza.

«No quería molestarte», murmuró.

Cuando su torso desnudo quedó al descubierto bajo el débil resplandor de la chimenea, la respiración de Anne se detuvo y su mente se quedó momentáneamente en blanco. De repente, deseó

haber mantenido el fuego encendido más tiempo para que su luz pudiera iluminar la fuerte figura de su esposo con más claridad. Aun así, lo que podía ver de su cuerpo musculoso le provocó escalofríos en los nervios.

Luego se puso de pie y caminó hasta el otro lado de la cama y, sin decir otra palabra, retiró las sábanas y se acostó, todavía con los pantalones puestos.

Anne permaneció en la silla durante unos largos minutos mientras consideraba la situación.

Claramente, él tenía la intención de ignorarla. No le sorprendería que fingiera quedarse dormido en los próximos minutos solo para evitar más discusiones. ¿Realmente creía que podía seguir durmiendo a su lado sin que ella lo reconociera? ¿Se suponía que debía simplemente acostarse y aceptar los límites que él había establecido en su matrimonio?

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había desafiado sus decisiones. Decisiones que la afectaban tanto como a él.

Había decidido la seducción.

No había mejor momento que el presente para empezar.

Se puso de pie rápidamente, dejó caer la manta sobre la silla mientras caminaba con paso decidido hacia su lado de la cama. Retiró las mantas y se deslizó entre las sábanas. Acostada de espaldas, podía oír el constante subir y bajar de su respiración, pero más allá de eso, él permanecía intensamente quieto.

Se dio la vuelta para mirarlo de frente, se metió una mano debajo de la mejilla y estudió su perfil. Tenía los ojos cerrados. Las mantas estaban cubiertas por su cuerpo y una de sus manos descansaba sobre su abdomen. Su mano más cercana a ella estaba apoyada debajo de su cabeza.

Ella permaneció allí tumbada durante un largo rato, observando el subir y bajar de su pecho, respirando su aroma, absorbiendo el calor de su cercanía, mientras una miríada de emociones se arremolinaba en su interior. Había una especie de anticipación sin aliento que le apretaba el pecho y un hormigueo en el vientre que se extendía a los dedos de las manos y los pies. El deseo de ser atrevida y audaz la abrumaba, pero un hilo obstinado de miedo la retenía.

¿Y si ella extendía la mano a través de los pocos centímetros que los separaban y él rechazaba su toque?

Si la hubiera deseado, seguramente habría ido a ella.

Pensó en los besos que habían compartido. La ternura y el fuego en su abrazo. Recordó la pasión y la desesperación en sus ojos cuando había reclamado su cuerpo, cuando ella se había rendido fácilmente al deseo entre ellos.

Quería sentir eso de nuevo.

Su mano tembló mientras la deslizaba por la suave superficie del colchón. Existía la posibilidad de que él se alejara de su toque y destruyera la esperanza incierta que brotaba en su corazón.

¿Pero qué pasaría si él no lo hacía?

Capítulo Treinta

Conteniendo la respiración, lo tocó primero con las yemas de los dedos antes de deslizar suavemente la mano por sus costillas hasta que su palma descansó sobre el latido constante de su corazón.

Él no se movió más allá de una sutil tensión.

Anne exhaló con un suave suspiro.

Ni por un segundo creyó que él estuviera dormido. El aire entre ellos estaba demasiado cargado. Él estaba tan consciente de ella como ella de él. Pero aún no podía estar segura de si su quietud era una indicación de aceptación.

Sosteniendo su labio inferior entre sus dientes, lentamente deslizó su mano sobre su pecho en una suave exploración. Pasó las yemas de los dedos por la curva de su músculo pectoral y luego por la depresión de su esternón antes de buscar audazmente las tensas crestas de su abdomen.

Él no intentó detener su caricia inquisitiva. En cambio, su cuerpo permaneció perfectamente inmóvil. Pero cuando su mano se deslizó por su vientre, sus músculos se tensaron bajo su toque y su respiración se detuvo bruscamente cuando su mano cayó pesadamente sobre la de ella. Anne se mordió el labio con fuerza mientras esperaba que él apartara su mano. Pero no lo hizo. El peso de su palma aplastó su mano contra su estómago, manteniéndola allí mientras su respiración se profundizaba y la de Anne se aceleraba. Cuando la anticipación que crecía dentro de ella fue demasiada, susurró una suave súplica.

«Déjame tocarte, Beynon. Por favor».

Su gemido fue profundo y áspero y retumbó ferozmente por todo su cuerpo, estremeciendo a Anne hasta la médula.

Luego, con su mano todavía cubriendo la de ella, guió sus dedos hacia abajo, sobre la cinturilla de sus pantalones hasta la dura y gruesa longitud de su erección.

Su aliento salió de ella en una bocanada antes de aspirar más aire hacia sus pulmones y contenerlo.

En un movimiento lento y deliberado, él movió su palma a lo largo de su excitación, hasta la base y luego de vuelta a la punta roma y redondeada. En la segunda embestida, sintió que él se tensaba mientras levantaba las caderas, tratando de presionar más firmemente contra su mano.

Era asombroso, excitante e íntimamente erótico tocarlo de esa manera. Sentir su mano guiando la de ella, apretando sus dedos con más fuerza, mientras su respiración se volvía forzada y tensa. Pero

después de unas cuantas embestidas más, ella se sintió insatisfecha. Quería más. Quería envolverlo con sus dedos sin la barrera de la ropa. Con un sonido suave, detuvo el movimiento.

Él la liberó de inmediato. Ella sintió la tensión en él y luego escuchó su suspiro de alivio mientras torpemente comenzaba a soltar el cierre de sus pantalones. Un momento después, su longitud increíblemente dura y caliente estaba en su mano. No había esperado que se sintiera tan suave, como satén sobre acero. Sus dedos lo exploraban con entusiasmo, descubriendo la cresta cerca de la parte superior y las venas de textura suave que corrían hacia la base, enclavadas en un mechón de pelo crujiente. Envolvió su mano alrededor de él en un agarre seguro, y se maravilló de la forma en que latía al ritmo de los latidos de su corazón.

Había tanta vida y poder en él. Pura virilidad. La atraía. Tirando de un hilo en lo profundo de ella, desenredándola hasta que su núcleo se volvió lánguido por la necesidad.

Ni siquiera se dio cuenta de que se había acercado más a él y había deslizado su pierna sobre la de él hasta que su mano cayó sobre su muslo. Con firme intención, él le subió la rodilla, hasta que presionó contra la base de su pene mientras su mano continuaba deslizándose hacia arriba y hacia abajo por su longitud.

Su respiración se volvió más corta. Y cuando levantó la mirada, pudo ver el abultamiento y la relajación de los músculos de su mandíbula y la forma en que sus ojos estaban fuertemente cerrados debajo de un ceño fruncido. De vez en cuando, él presionaba la cabeza contra la almohada mientras levantaba las caderas para empujarse con más fuerza contra su palma.

Era hermoso ver la forma en que se entregaba a las sensaciones. La manera en que silenciosamente exigía más.

Ella se lo entregaba de buena gana. Con entusiasmo. Quería que él tuviera más. Quería darle todo.

Sus dedos se tensaron y flexionaron alrededor de su muslo mientras su mano se movía más rápido arriba y abajo de su erección. Al rozar con el pulgar la dura punta, sintió algo inesperado. Una gota de humedad.

Intrigada, volvió a rozarlo con el pulgar.

Un gemido gutural se deslizó desde su garganta.

Lo hizo de nuevo y más humedad se formó en su tacto. Fascinada por el funcionamiento de su cuerpo, alisó la gota sobre la corona satinada antes de tomarlo una vez más en un agarre seguro.

Esta vez su gemido fue más un gruñido cuando de repente levantó la cabeza y los hombros de la cama para inclinarse sobre ella. Pasó el brazo por debajo de su cabeza y la sujetó con firmeza mientras capturaba su boca con la suya. El beso fue voraz, áspero y caliente. Su

respiración se mezcló con la de ella en jadeos y gemidos guturales mientras sus lenguas se enredaban. Desplazando aún más su peso, rodó sobre ella hasta que su vientre presionó contra el de ella y sus caderas se asentaron entre sus muslos. Enganchó una mano detrás de su rodilla, tiró de su pierna hacia arriba a lo largo de su cadera, abriéndola para él. La suave y dura longitud de su erección se alojó firmemente contra su sexo y el calor derretido de su centro pronto empapó el algodón de su camisón. Ella gimió al sentirlo tan caliente y pesado contra su piel sensible.

Pero entonces él interrumpió abruptamente el beso y se apartó de ella. Ella casi gritó en protesta, pero luego se dio cuenta de que él estaba bajándose los pantalones. Tan pronto como los soltó de una patada, permaneció arrodillado entre sus piernas abiertas para agarrar el dobladillo de su camisón y levantarlo por encima de la cabeza con un movimiento suave, casi violento.

Cuando sus manos se enredaron en el voluminoso material sobre su cabeza, él se detuvo, apoyado en cuatro patas sobre ella.

Desnuda y tendida en la cama, Anne miró su rostro en sombras. Su mirada, profunda y misteriosa en la intimidad oscura del dormitorio, vagó por su cuerpo. Parecía un guerrero conquistador a punto de reclamar su premio y su corazón se agitó en respuesta. No quería nada más que ser consumida por el hambre voraz que él no podía ocultar.

Queriendo decírselo, pero incapaz de encontrar las palabras, arqueó la columna, levantó los pechos y movió las caderas. La acción se sintió desenfrenada y descarada en el mejor sentido de la palabra, mientras un sonido bajo recorrió su pecho. Apretó la mano en la tela de su vestido, girándola con más seguridad alrededor de sus muñecas.

Mirándola en silencio, apoyó la otra mano en la base de su garganta. Su palma era cálida y pesada y sus dedos abarcaron su clavícula de hombro a hombro. Por un segundo, se sintió... reclamada. Poseída y protegida por él. Debería haberla sorprendido. Lo hizo, en cierto modo, pero solo por la cálida oleada de placer que despertó en su sangre.

Atrapada por el calor de su concentración, respiró a través de los labios entreabiertos mientras él bajaba lentamente la mano para ahuecar un pecho. La cubrió por completo, su palma envolvió el suave montículo de carne. Pero cuando deslizó la mano más abajo, la yema de su dedo medio encontró su pezón puntiagudo y lo golpeó suavemente.

El placer chispeó a través del centro de Anne. Su respiración se aceleró. Quería descubrir más de lo que su toque allí podía inspirar. Pero su mano continuó más abajo, ahora presionando su vientre, ahora abarcando sus caderas mientras la punta de su dedo meñique se

extendía a través de los rizos que cubrían su montículo.

Ella contuvo la respiración. Y él sostuvo su mirada.

Luego deslizó su mano firmemente entre sus muslos y ahuecó su sexo caliente y sensual.

Ella gimió. No podía evitarlo.

La sostuvo así por un momento, con la textura áspera de su palma presionando sus pliegues sensibles, su otra mano sosteniendo sus muñecas sobre su cabeza y su cuerpo desnudo estirado en el medio. Pero no podía quedarse quieta. Su centro palpitaba y su corazón se aceleraba, y algo dentro de ella buscaba más.

Instintivamente arqueó la espalda mientras sus piernas se movían contra las rodillas de él apoyadas entre ellas. Un suave gemido se deslizó de su garganta.

Con un resoplido bajo, él sostuvo su sexo con más seguridad en su mano y bajó la cabeza para tomar un pecho puntiagudo en su boca.

Un calor húmedo rodeó su pezón dolorido en una posesión relajante. Pero entonces él le dio una fuerte bocanada, succionando su suavidad profundamente en su boca antes de soltarla lo suficiente para acariciar el pico endurecido con movimientos ardientes de su lengua.

Su jadeo fue agudo en el silencio. Su cuerpo se tensó y luego se derritió bajo la feroz atención de sus labios, lengua y dientes.

Y luego él agregó más tormento.

Cambiando su agarre entre sus muslos, arrastró sus dedos a lo largo de sus pliegues separados, esparciendo su humedad sobre los nervios sensibles. Rodeó la protuberancia hinchada de su clítoris con la yema de un dedo romo en un ritmo lento y deliberado, aumentando las sensaciones que comenzaron a arremolinarse en su vientre. Los músculos de sus muslos se tensaron y sus dedos se apretaron en el algodón de su camisón.

Una sensación de anticipación profunda, pesada y palpitante comenzó a retorcerse a través de ella y supo que el placer que había experimentado esa noche en el armario de almacenamiento estaba sobre ella nuevamente.

Pero antes de que la sensación en su interior pudiera liberarse, él deslizó su dedo más abajo, presionándolo contra su cuerpo en una invasión suave y decidida. La repentina y elegante presión en su interior fue un alivio y un tormento a la vez. Se dio cuenta con un jadeo de que era exactamente lo que había estado ansiando, pero también despertó nuevas sensaciones, nuevos antojos. Especialmente cuando él comenzó a empujar y retirar suavemente su dedo que la hizo casi gemir pidiendo más. Sin embargo, una vez más, justo cuando ella sintió que comenzaba a caer por ese precipicio ascendente, él retiró su dedo y regresó al brote ahora dolorido en el vértice de su sexo.

Continuó el patrón. Círculos, embestidas y círculos nuevamente, agregando otro dedo después de un tiempo mientras el ritmo de sus embestidas se aceleraba.

Anne ni siquiera se dio cuenta cuando él levantó la cabeza de su pecho y comenzó a ver cómo el placer la desarmaba lentamente. Pero a medida que las sensaciones sin sentido crecían, se encontró mirando fijamente la posesión silenciosa de su mirada oscura. Mientras sus dedos hacían magia con su cuerpo, ella se rindió a su mirada, permitiéndole reclamar todo lo que ella era, entregándole su corazón y su placer.

Y tan pronto como lo hizo, la tensión que se acumulaba sin descanso en su interior se rompió y una oleada de placer la invadió en una liberación pulsante. Contuvo la respiración y todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Su corazón se aceleró y apretó los dientes. Pero su mirada permaneció fija en la de él mientras sus dedos continuaban moviéndose dentro de ella, extrayendo cada pizca de placer que su alma tenía para ofrecer.

Y finalmente, cuando sus miembros comenzaron a ablandarse y luego a temblar y su respiración se alivió a un ritmo rápido pero constante, él soltó con cuidado el enredado camisón de algodón de alrededor de sus muñecas. Bajando su peso sobre el de ella, se apoyó en un codo mientras se tomaba con la mano y alineaba la ancha y suave punta de su erección caliente con su sexo aún palpitante.

Pero antes de ir más allá, casi como si no pudiera evitarlo, reclamó su boca en otro beso abrasador.

Anne se deleitó con su sabor. La pesadez de su cuerpo sobre el de ella. La suave calidez de su espalda bajo sus manos errantes. Y cuando él empezó a presionarse contra su cuerpo, ella inclinó las caderas, facilitando su entrada, hasta que su pene se alojó tan profundamente dentro de ella que podía sentir el latido de su pulso besando su centro.

Sus embestidas comenzaron largas y profundas mientras se retiraba casi por completo antes de balancearse ferozmente hacia adelante una vez más, presionándola contra el colchón con cada embestida mientras chupaba su lengua y mordía su labio inferior.

Pero pronto la intensidad aumentó. Su respiración se entrecortó y dejó de besarla para bajar la cabeza junto a la de ella. De vez en cuando, entre respiraciones jadeantes, le daba un beso con la boca abierta en el costado del cuello o en la curva de su hombro, enviando deliciosos escalofríos por su piel.

A medida que sus embestidas se aceleraban y acortaban, alcanzando una dolorosa sensibilidad dentro de ella, y el rápido y duro movimiento de balanceo de sus caderas causaba una maravillosa fricción contra su sensible clítoris, sintió que el placer crecía en su

sangre una vez más. Pero esta vez era más profundo, más exuberante, más oscuro y más pesado. Ella lo envolvió con sus brazos y se aferró. Giró la cabeza y encontró su boca. Sin pensarlo dos veces, empujó la lengua a lo largo de la de él mientras jadeaba y gemía. Levantó las caderas y apretó los muslos mientras sus movimientos se volvían más frenéticos y exigentes.

Entonces se tensó. Todo su cuerpo se endureció cuando levantó la cabeza y arqueó el cuello. Sus embestidas rápidas y feroces de repente se ralentizaron y se profundizaron cuando ella sintió una oleada pulsante de calor líquido en su interior. Eso fue lo que la llevó al límite: la lenta inmersión de su carne caliente deslizándose resbaladiza a lo largo de sus sensibles nervios.

Se arqueó y gimió cuando otra explosión de placer la consumió. Su cuerpo se derritió mientras su corazón latía al ritmo del estruendo del de él. La conciencia se deslizó lentamente de su agarre y una rica calidez la envolvió, manteniéndola y sujetándola mientras se quedaba dormida rodeada por él.

Cuando se despertó de nuevo, fue con la dura luz de la mañana y las sábanas refrescantes de una cama vacía. Con una tristeza que la abrumaba, se dio cuenta de que él no había dicho ni una sola palabra durante todo el tiempo que habían hecho el amor.

Ni siquiera palabras susurradas en galés.

Capítulo Treinta y Uno

Anne atravesó el granero y pasó los dedos por la madera áspera de las paredes bajas del establo. En unas pocas semanas, sería Michaelmas, época en la que las ovejas serían sacadas de sus pastos de altura para ser esquiladas por última vez antes de que llegara el clima más frío.

Anne estaba ansiosa por que llegara la festividad. No solo tendría finalmente la oportunidad de observar y posiblemente participar en uno de los eventos más importantes de la granja, sino que esperaba que requiriera la supervisión de Beynon, lo que significaría que realmente estaría cerca para tener un cambio.

Habían pasado varios días desde que se había despertado después de su noche juntos y descubrió no solo que le había llegado la menstruación, sino también que su esposo había dejado Gwaynynog. Se había enterado de su partida por Glynnis, quien no se había molestado en ocultar su mirada de preocupación mientras le explicaba que no estaba segura de dónde había ido su hijo o cuánto tiempo estaría fuera.

Anne había tratado de no tomarse su repentino éxodo como algo personal. Ciertamente era posible que él hubiera planeado el viaje antes de que ella lo sorprendiera colándose en su dormitorio... y lo que había sucedido después.

Pero en el fondo de su corazón, sospechaba lo contrario. Se había ido por ella.

Aunque una especie de tristeza silenciosa la invadió al saber que ningún niño crecía en su vientre, se concentró en cambio en su ira por la repentina partida de Beynon. Fue la ira lo que le impidió esconderse en su dormitorio con melancolía y arrepentimiento. La motivó a redoblar sus esfuerzos para aprender a cocinar y hablar galés. La animó a explorar más las escarpadas tierras de cultivo con los niños como guías, una generosidad que devolvió ofreciéndoles lecciones de pintura y tiro con arco. La impulsó a asumir más tareas de administración de la casa, lo que la llevó a descubrir que la granja era más rentable de lo que había pensado y que Beynon, de hecho, era bastante rico y no había necesitado su dote en absoluto.

Por desgracia, su ira silenciosa y latente no le impidió mirar hacia los pastos ondulados o hacia el camino de tierra sinuoso, con la esperanza de ver el regreso de Beynon. Su incesante exploración del horizonte se estaba volviendo bastante molesta. Tanto que, después de una semana de repetir el frustrante hábito, Anne decidió renunciar a su paseo diario y, en su lugar, optó por esconderse en el granero,

donde estaba tranquilo y oscuro y el olor a tierra y heno seco llenaba el aire.

Mientras entraba y salía de los débiles rayos de sol que se filtraban entre los huecos de las tablas desgastadas, decidió que le gustaba más la terrosidad del lugar. Le gustaban las texturas y los colores. Y en días como hoy, cuando los niños estaban todos chapoteando en un arroyo cercano, le gustaba la soledad de la construcción vacía.

Pasó un par de horas sentada en una pequeña silla de madera en la esquina del granero mientras dibujaba imágenes e impresiones de su tiempo en Denbighshire. Al darse cuenta de que ya casi era hora de empezar a preparar la comida del mediodía, acababa de recoger sus cosas y se puso de pie cuando oyó que alguien se acercaba. Le llevó solo un momento reconocer el paso largo y decidido de Beynon. Contuvo la respiración y permaneció donde estaba, esperando que no fuera solo su imaginación la que había hecho que Beynon apareciera de repente en la puerta bañada por el sol. Pero a sus ojos hambrientos le parecía demasiado bueno como para ser otra cosa que real.

Le había encantado verlo vestido de etiqueta la noche del baile de Lily, con el pelo negro peinado hacia atrás y las botas lustradas.

Pero lo amaba aún más así.

Iba vestido de manera informal con pantalones y botas polvorientas, se había quitado el abrigo y lo sostenía en una mano, las mangas arremangadas hasta los codos y el cuello de la camisa abierto para revelar una ligera capa de sudor en la base de la garganta. Como no había oído que se acercara un caballo, supuso que había vuelto a casa andando desde donde había estado. El viento había despeinado su espeso cabello y caía en ondas rebeldes que hacían que sus dedos se curvaran con el deseo de pasarlos por sus mechones satinados.

Pero el detalle más devastador de todos era que, obviamente, había renunciado a su afeitado diario mientras había estado ausente. Una espesa barba oscurecía su mandíbula y acentuaba sus rasgos rudos. Parecía salvaje y duro y un poco peligroso. El vientre de Anne se apretó y su corazón retumbó en una rápida respuesta visceral mientras el anhelo la reclamaba con una fuerza casi debilitante.

Dado que el interior del granero estaba significativamente más oscuro que el día de verano afuera, sus ojos tardaron unos momentos en adaptarse antes de que finalmente la viera en la esquina. Tan pronto como lo hizo, se detuvo de golpe.

Era demasiado tarde para que se diera la vuelta y se alejara, aunque ella pudo ver por el repentino oscurecimiento de su expresión que eso era exactamente lo que deseaba poder hacer.

Todavía agarrando su cuaderno de bocetos contra su pecho, Anne enderezó la columna, dejó caer los hombros hacia atrás y

comenzó a caminar hacia él. Tendría que pasar por su lado para salir del granero y tenía toda la intención de hacerlo sin ofrecer el más mínimo reconocimiento de su presencia.

Que viera cómo se sentía ser completamente ignorada.

Pero con cada paso decidido que daba, su cuerpo se tensaba más y más con la conciencia y la expectativa. Sus nervios saltaban y bailaban ante su cercanía y su corazón se aceleraba desenfrenadamente. Y cuando se arriesgó a echar una mirada fugaz ante su mirada ceñuda, su vientre dio un vuelco profundo y encantador, liberando un torrente de calor por sus venas.

Maldito sea por arruinar su resolución de permanecer fría y sin emociones. Maldito sea por aparecer justo cuando ella había logrado dejar de desearlo. Maldito sea por mirarla ahora como si fuera una tentación perversa que quería consumir de un rápido bocado.

Al reconocer el fuego de su mirada como lo que era, el cuerpo de Anne zumbaba en respuesta y sus pasos vacilaban. Cuando debería haber pasado junto a él con fiereza y orgullo, sintió que disminuía la velocidad.

Y entonces, sin previo aviso, su brazo se extendió para rodearle la cintura y la atrajo bruscamente hacia él. Su cuaderno de dibujo y lápiz cayeron inadvertidos al suelo mientras ella levantaba las manos para agarrar sus brazos. El calor y la dureza de sus músculos bajo sus palmas le provocaron un hormigueo en las yemas de los dedos. Levantó la mirada para encontrarse con la de él y luchó por recuperar el aliento, por no hablar de encontrar palabras para cuestionar su intención.

Él la miró fijamente, como si estuviera congelado en la indecisión. Luego su mirada recorrió su rostro para posarse con dureza en su boca. La necesidad que endurecía su expresión era similar a la furia.

Apenas logró tomar aire rápidamente cuando él la besó. Profundamente. Con avidez. Con el fervor y la temeridad de un hombre hambriento. Reconoció el sabor de la desesperación salvaje en su lengua. Ella también lo sintió.

Envolvió sus brazos alrededor de su cuello y le dio tanto en el beso como recibió. Con un sonido pesado, él la atrajo hacia sí, levantándola de sus pies. Chupando su lengua, con un gruñido que resonó en su garganta, la llevó a un establo y la acomodó sobre un montón de heno. Aún besándola como si quisiera quitarle el aliento a su cuerpo, sus movimientos eran bruscos y casi frenéticos mientras levantaba sus faldas y separaba sus muslos con la rodilla. Anne también estaba frenética. Hundió los dientes en su labio inferior mientras agarraba y jalaba sus hombros, arqueando la columna para presionar sus senos contra su pecho. Necesitaba más de él. El peso de

su cuerpo presionándola y la fuerza de su deseo alimentando el suyo. El hambre que la arqueaba era intensa y exigente. Atravesó su incertidumbre y su ira. O tal vez simplemente transformó su ira en otro tipo de furia. Deseo furioso. Justo cuando sentía que podría volverse loca sin algún alivio, él estaba allí. Su calor. Su dureza. Empujando dentro de su núcleo derretido. La ferocidad. La desesperación. El pesado sonido del placer vibrando en su pecho. La textura de su barba contra su piel sensible. Desplegó algo dentro de ella. Un frenesí profundo y desenfrenado de deseo y necesidad. Una exigencia primaria.

Sus manos se cerraron en puños en el cabello de ella reclamando su labio inferior con sus dientes. Inclinando su pelvis, ella respondió a cada empuje despiadado de sus caderas con una demanda silenciosa de más. Más fuerte. Más rápido.

Respondiendo a su súplica, él bajó su pecho sobre ella, su peso aplastándola de la manera más satisfactoria, mientras deslizaba ambas manos debajo de sus nalgas y la levantaba para recibir el ritmo castigador completo de su pene hundiéndose.

Ella se rindió. Entregándose al poder en su cuerpo y a la fuerza de su pasión compartida. Casi instantáneamente, su cuerpo se tensó con anticipación. Sus músculos se tensaron y su corazón pareció detenerse. Jadeó en busca de aire y se aferró a él cuando comenzaron los primeros aleteos delicados. Pero no permanecieron delicados por mucho tiempo. Su siguiente inhalación se contuvo mientras el placer estallaba con una fuerza que casi le robó la conciencia.

Solo el sonido de su gemido pesado y el agarre castigador de sus dedos en su trasero la mantuvieron atada a la tierra. A él. Él le dio una última estocada desgarradora y luego se tensó y su placer la invadió, ardiente, resbaladizo e implacable.

Mientras su cuerpo se ablandaba y el de él se hacía más pesado, lo abrazó con satisfacción, deleitándose con su cercanía, con el sonido de su respiración que se desaceleraba cada vez más y su corazón latiendo desgarradoramente contra el de ella.

Pero no se le permitió disfrutarlo por mucho tiempo. Antes de que estuviera siquiera cerca de estar lista para soltarlo, él se movió y se apartó abruptamente de ella.

Los olores a heno y tierra y la esencia de su acto sexual la rodearon mientras se sentaba lentamente. Él ya estaba de pie, de espaldas a ella mientras se cerraba los pantalones. Podía ver la tensión en sus hombros y lo que esperaba por Dios que no fuera arrepentimiento por inclinar la cabeza.

Ignorando la humedad que se filtraba de su cuerpo, se echó bruscamente las faldas sobre las piernas y se incorporó sin mucha gracia. Pedazos de heno se habían enredado en su cabello y le

pinchaban el cuero cabelludo, pero ella los ignoró. A pesar del dolor en su pecho, permaneció tranquila y en silencio mientras esperaba a ver qué haría.

Esta vez no estaba dormida. ¿Le diría algo? ¿O simplemente se marcharía?

Al parecer, ninguna de las dos cosas, ya que el innegable sonido de los niños que se acercaban obligó a poner fin de repente al interludio.

Se puso rígido y la miró por encima del hombro. La alarma en su expresión feroz cambió rápidamente a preocupación y luego a resolución cuando observó su aspecto indudablemente despeinado.

«Los interceptaré», dijo con brusquedad mientras se metía los faldones de la camisa en los pantalones.

Anne quería desesperadamente discutir. Insistir en que se quedara con ella. Obligarlo a reconocer lo que acababa de pasar.

Pero tenía razón. Ahora no era el momento.

Asintió brevemente y un momento después él se había ido. Cuando escuchó su voz de barítono grave dirigiéndose a los niños, rápidamente se sacudió las faldas y luego hizo lo mejor que pudo para quitarse el heno del cabello. Después de asegurarse de que Beynon todavía mantenía a los niños ocupados, recogió su cuaderno de dibujo y lápiz caídos y se escabulló del granero. Anne bordeó el patio, volvió a entrar en la casa y se dirigió al dormitorio, donde finalmente liberó el aliento reprimido que le había estado agobiando los pulmones.

Desde la ventana, observó a Beynon caminar con sus hermanos y su hermana menor hacia el arroyo, con cañas de pescar en la mano. Se le retorció el estómago al sentir la misma tristeza profunda que había experimentado de niña cuando su padre había ordenado a un lacayo que la llevara a pescar en lugar de llevarla él mismo.

#

Esa noche, Beynon, desafortunadamente afeitado una vez más, los sorprendió a todos al unirse a la familia para la cena.

Anne quería desesperadamente pensar que era una propuesta específicamente para ella. Sin embargo, aunque fue agradable y educado durante la comida, la mayor parte de su atención se dirigió a sus hermanos. Solo dos veces Anne lo sorprendió mirándola con esa intensidad melancólica familiar. Y tan pronto como terminó la comida, se retiró a su estudio.

Aunque hizo todo lo posible por esperarlo despierta, se quedó dormida en la silla frente al fuego y volvió a despertar cuando él la levantó en brazos para llevarla a la cama. Todavía medio dormida, se acercó a él cuando él la habría dejado allí. Enroscó la mano en su nuca, lo atrajo hacia sí y lo besó. Él no se resistió y, al primer roce de su lengua con la suya, gimió con fuerza y se colocó sobre ella.

Los besos fueron lánguidos y largos, manteniéndola en un estado de semisueño mientras su ropa parecía derretirse y su camisón desapareció y, de repente, estaban maravillosamente desnudos. Su boca y sus manos parecían estar en todas partes a la vez, encendiendo chispas de placer debajo de su piel caliente, provocando y atormentando con una dulzura que nunca hubiera esperado de este hombre. Pero descubrió que disfrutaba de la ternura tanto como de la ferocidad y se dejó llevar fácilmente por el placer que él le brindaba. Cuando él se levantó de encima de ella para recostarse de lado y luego la atrajo hacia sí, ella tuvo un momento de confusión porque temió que él pudiera terminar el interludio antes de que hubiera comenzado por completo.

Pero luego sintió su erección contra su trasero mientras él extendía su mano sobre su vientre e inclinaba su pelvis hacia atrás para recibirlo. La penetró por detrás con un movimiento lento y prolongado.

Una vez que estuvo completamente dentro de ella, curvó su brazo debajo de su cabeza y agarró su pecho firmemente con su mano. Mientras su otra mano se deslizaba entre sus muslos para acariciar el dolorido brote de su sexo, meciéndose dentro y fuera de ella en embestidas cortas y profundas que pronto la hicieron jadear, arquearse y estremecerse en sus brazos.

Se quedó dormida todavía acurrucada en la curva de su cuerpo.

Por la mañana, él ya se había ido.

Y así, comenzaba una nueva rutina.

Aunque Beynon continuó ocupándose fuera de la casa durante todo el día, comenzó a unirse a la familia para la cena casi todas las noches. Al principio, Anne se sorprendió de lo relajado y tranquilo que podía ser su comportamiento cuando interactuaba con su madre y sus hermanos. Era una faceta de él que nunca había visto antes y le dolía notar que, en marcado contraste, su actitud hacia ella seguía siendo estoica y distante.

Incluso sus relaciones sexuales, a pesar de toda su pasión y ferocidad, parecían estar restringidas dentro de ciertos límites invisibles que él había construido, y luego no le había explicado las reglas.

Parecía que él estaba manteniendo intencionalmente la mayor distancia posible entre ellos, y que solo cedía a su naturaleza lujuriosa cuando se sentía vencido a pesar de sí mismo.

Afortunadamente, el hombre se dejaba vencer con bastante frecuencia. Cada vez que se encontraban solos y sin posibilidad de observación o interrupción, había potencial para un apareamiento apasionado.

A lo largo de varios días, hicieron el amor en la hierba alta que

crecía a lo largo del arroyo, contra un gran roble antiguo en un pastizal cubierto de maleza, en el pasillo que conducía a la cocina una noche tarde y dos veces más en la privacidad de su cama.

Beynon era completamente insaciable. Y Ana sospechaba que en realidad podría ser incluso más grave.

Sin embargo, aunque era emocionante e inmensamente placentero experimentar todas las formas en que estaban aprendiendo a encontrar placer el uno en el otro, la frustración y la tristeza de Anne seguían creciendo.

Simplemente no era suficiente.

Quería más de Beynon. Quería caminar con él por los campos y los pastos. Quería cabalgar uno al lado del otro hasta el pueblo. Quería hablar en susurros íntimos mientras yacían juntos en la cama. Quería que él compartiera sus esperanzas y sueños para la granja y el futuro. *Su* futuro como esposo y mujer.

Las pocas veces que había intentado hablar de esas cosas, él cambiaba rápidamente de tema o inventaba alguna excusa para alejarse. Así que había dejado de intentarlo por miedo a que eso solo lo alejara más. Pero, considerando el abismo virtual que había entre ellos en ese momento, estaba empezando a sentir que realmente no tenía nada que perder.

Capítulo Treinta y Dos

Beynon estaba haciendo todo lo posible por evitarla. Para evitar la increíble satisfacción de tenerla en su casa, su dormitorio, su *cama*. Se agotaba todos los días y se encerraba en su estudio hasta las primeras horas de la mañana en su determinación de mantenerse alejado de ella.

Sin embargo, con cada día, y noche que pasaba, se hacía cada vez más evidente que, cuando se trataba de Anne, no tenía el menor control sobre sus necesidades más básicas y las emociones que las alimentaban. A pesar de sus mejores esfuerzos, bastó muy poco, tan solo una mirada de soslayo, un toque ligero, una sonrisa amable, para que el instinto de reclamarla como suya se apoderara de todo pensamiento racional.

¿Y por qué no iba a disfrutar de las atrevidas caricias de su esposa, sus profundos suspiros y sus gemidos sensuales?

Porque temía que ella lo odiara por eso.

Había visto de primera mano la injusticia y la crueldad de una sociedad que responsabilizaba a las mujeres por las conductas egoístas de los hombres que las traicionaban. Y se había jurado a sí mismo que nunca trataría a una mujer con tanta indiferencia.

Ya había fracasado en eso con Anne cuando la había convertido en su esposa.

Aunque ella a menudo se acercaba a él en la cama y pronunciaba palabras de súplica que fácilmente quebraban su resolución, él sabía que fácilmente podría llegar a lamentar su deseo por él.

Y no creía que pudiera soportarlo cuando finalmente lo mirara y no viera nada más que al hombre que la había arruinado, la había atrapado en el matrimonio y la había alejado de una vida de privilegio en Londres para llevarla a una vida de domesticación rural.

Así que siguió tratando obstinadamente de mantener la distancia. Y fracasaba con más frecuencia de la que tenía éxito. Estaba empezando a temer que nunca sería capaz de mantenerse alejado de ella, que no tenía la fuerza necesaria para protegerla de sí mismo.

Más temprano ese día, había vislumbrado a lo lejos a su esposa corriendo juguetonamente por uno de los pastos cerca de la casa, con Carys. Su cabello claro se había soltado de sus horquillas y caía enredado por su espalda. Aunque no podía ver su sonrisa deslumbrante a esa distancia, había oído su risa, un sonido tan ligero y encantador que le había atravesado el pecho como una flecha con punta de oro.

Su felicidad era un placer y un dolor a la vez. Se sintió reconfortado al verla retozando con tanta libertad despreocupada. Pero estaba plenamente consciente de que nunca había mostrado tanta ligereza en su compañía.

Enfadado consigo mismo y frustrado por las mismas paredes que había forzado entre ellos, se mantuvo alejado de la casa, saltándose la cena por primera vez en varios días. Cuando finalmente entró a escondidas en su casa, todo estaba en silencio, lo que sugería que todos se habían retirado. Aun así, sabía que no podía subir a la cama todavía.

Temía que ella lo estuviera esperando despierta como lo había estado haciendo últimamente. Su terquedad estaba demostrando ser un rival justo para la suya. Y si la veía ahora, no estaba del todo seguro de poder mantener la fachada que había estado usando durante tanto tiempo. Su corazón se sentía demasiado pesado y su garganta le dolía por tantas cosas que nunca diría.

En cambio, se volvió hacia su estudio, reconociendo plenamente su cobardía.

Tan pronto como abrió la puerta de su santuario privado, supo que ella estaba allí.

Su presencia abrumaba el espacio. Su suave aroma. Su calidez.

Su cuerpo respondió al instante. Calentando. Endureciendo. Tensándose en un intento desesperado por mantener sus emociones enterradas en su interior.

Ella estaba de pie frente a su escritorio de espaldas a la puerta mientras sus dedos se arrastraban suavemente sobre el tintero. Se veía tan delgada con su camisón rosa pálido ceñido alrededor de su cintura. Pies descalzos asomaban por debajo del dobladillo y su cabello pálido caía en suaves ondas por su espalda para rozar suavemente la curva redondeada de su trasero.

El corazón de Beynon se detuvo de golpe. Sus manos se cerraron en puños. Y la sangre le rugía por las venas.

Ella había venido a él, lo había buscado en esa pequeña cueva que era una habitación. Lo había esperado como una trampa sensual.

Debería haber sabido que ella lo haría tarde o temprano.

Lo *había* sabido. Era exactamente lo que había estado tratando de evitar.

Tanto si él había hecho algún sonido como si ella simplemente había sentido su presencia, dio un respingo sutil y lo miró por encima del hombro. Sus labios eran de un tono perfecto de rosa y sus ojos eran ricos y turbulentos a la luz de las velas. Podía ver la determinación en la postura de su barbilla. El orgullo y la decepción.

Lo que fuera que ella hubiera venido a decir allí, él no estaba listo para oírlo. Así que la detuvo de la única manera que sabía.

Cerrando la distancia entre ellos, pasó el brazo por su cintura antes de que ella pudiera darse la vuelta. Ella se derritió contra él. Su suspiro fue ronco y su cabeza cayó hacia atrás contra su hombro mientras sus pestañas bajaban sobre su mirada.

Ella siempre le respondía tan hermosamente. Su rendición fue solo un breve preludio de la pasión y el hambre que le siguieron rápidamente.

Desesperado por sentir su piel bajo sus labios, le apartó el pelo a un lado y acercó la boca a su cuello. Succionó su sedosa carne contra sus dientes, atrayéndola con la suficiente fuerza como para hacerla estremecer antes de que lamiera el punto sensible con la lengua.

La suavidad de sus nalgas acunaba su palpitante pene y no pudo evitar balancearse contra ella.

Su gemido casi lo mató.

Apretando su brazo alrededor de ella, la hizo avanzar, hasta que sus muslos superiores chocaron contra el borde de su escritorio. Pasando sus labios sobre su nuca, palmeó uno de sus pechos perfectos. El firme pico de su pezón quemó su palma mientras ella arqueaba la espalda y presionaba su trasero con más firmeza contra él.

Cualquier pensamiento de mantener el control de la necesidad que rugía a través de él había huido en el segundo en que la había visto allí. Nada en el mundo podría evitar que la tocara, la besara, la consumiera.

Cuando ella intentó girarse en sus brazos y levantar su boca hacia la de él, la detuvo con un gruñido bajo de negación. Luego envolvió sus dedos alrededor de sus muñecas y presionó sus manos planas contra la parte superior del escritorio. Ella gimió suavemente, pero cuando él empujó sus manos más lejos sobre el escritorio, obligándola a inclinarse hacia adelante, no se resistió.

Con un último beso mordaz en el costado de su garganta, él agarró la tela de su bata y camisón y la subió hasta sus caderas, dejando al descubierto sus hermosas piernas y su bien formado trasero. Sosteniendo la tela allí con una mano presionada en la depresión de su columna vertebral, se dejó caer de rodillas detrás de ella.

Mientras su cálido y pesado aliento bañaba la cremosa desnudez de su perfecto trasero, sus muslos temblaron. Y el estómago de Beynon se retorció de delicioso deseo.

Después de asegurarse de que sus faldas se quedaran levantadas y fuera del camino, él deslizó sus manos hacia abajo hasta los delicados huesos de sus tobillos y luego hacia arriba hasta el pliegue debajo de sus nalgas, donde descansaban sus pulgares, manteniéndola quieta mientras se inclinaba hacia adelante para presionar un beso en el centro de una mejilla cálida primero y luego en la otra.

Sus jadeos eran sonidos cortos y desesperados. Podía sentir la anticipación vibrando a través de su cuerpo. Podía olerlo: almizclado y dulce.

Extendió la mano y la presionó nuevamente contra la espalda, instándola a inclinarse más sobre el escritorio. Después de solo un segundo de vacilación, ella lo hizo. La posición más profunda inclinó sus caderas y expuso el rosa intenso de sus deliciosos pliegues.

La respiración de Beynon se detuvo y su sangre tronó. Con manos temblorosas, la instó a ampliar su postura. Ella emitió un suave sonido de pregunta, pero hizo lo que él quería.

Era hermosa. Brillante y de un rosa oscuro.

Masajeándole los muslos temblorosos, se inclinó hacia adelante para besarla primero en la base de su columna. Luego bajó la cabeza y le dio un beso de succión en la suave carne de la parte interna del muslo. Los sonidos que ella emitió en lo profundo de su garganta se deslizaron a través de él como un deseo líquido, espeso, sensual y lleno de promesas.

Incapaz de negarse a sí mismo por más tiempo, agarró la carne completa de sus caderas con ambas manos y selló su boca abierta a su sexo.

Su cuerpo se estremeció al sentir por primera vez la lengua de él a lo largo de su carne. Su siguiente lamida se deslizó más profundamente entre los pliegues mientras buscaba la fuente de su deseo meloso. Cuando sus rodillas amenazaron con doblarse, él apretó su agarre, sujetándola firmemente contra el borde del escritorio, usando su lengua para ablandar su carne y provocarla hasta aumentar su sensibilidad. Luego succionó y mordisqueó los pliegues satinados de su sexo, sin dejar nada sin tocar. Se ocupó de su pequeño capullo hinchado con movimientos provocativos que aceleraron su respiración antes de endurecer su lengua e introducirla en su núcleo ardiente.

Y finalmente, cuando su cuerpo se sacudió y se arqueó con cada embestida de su lengua y su pene le dolía con la necesidad de estar enterrado dentro de ella, le dio un último beso de succión en el clítoris. El grito que ella soltó fue denso de placer y casi lo destrozó.

Poniéndose de pie, la sostuvo en su lugar con una mano en su espalda baja mientras abría sus pantalones con la otra. Tan pronto como su miembro quedó libre, lo guió hacia su cuerpo listo. Su canal caliente y húmedo lo mantuvo, sujetándolo mientras un leve aleteo comenzaba en sus músculos internos.

Ella iba a alcanzar el clímax. Y él no estaba muy lejos.

Se retiró rápidamente y se hundió hacia adelante nuevamente. Luego una vez más, antes de que ella emitiera un suave grito y se tensara bruscamente debajo de él. Disminuyendo la velocidad de sus embestidas hasta un balanceo profundo y suave, la guió a través del

ritmo pulsante de su liberación hasta que su cuerpo se ablandó y un profundo suspiro vació sus pulmones. Luego se liberó lentamente de su vaina que lo apretaba, hasta que solo la punta de él besó su abertura.

Respiró profundamente allí, tratando de disminuir su ritmo cardíaco, tratando de convencerse de que todavía tenía el control.

Pero la mujer no lo permitió.

Con una deliberada inclinación de su pelvis y un rápido empujón hacia atrás, ella lo recuperó y él se perdió. Un gemido gutural escapó a través de sus dientes apretados mientras se hundía hacia adelante una vez más. El clímax que había estado tratando de resistir lo atravesó como una explosión. Ningún rincón de su existencia quedó intacto mientras el placer destruía todo a su paso mientras su cuerpo se estremecía por la liberación. Cuando finalmente recuperó la conciencia, miró hacia abajo y vio que sus manos la agarraban con tanta fuerza por las caderas que probablemente le dejarían moretones. Sus piernas temblaban contra sus muslos mientras permanecía inclinada sobre su escritorio. Sus manos estaban firmemente apretadas alrededor del borde más alejado y su cabello rubio pálido estaba enredado a su alrededor. Podía ver una fina capa de sudor en su rostro y su respiración era rápida. Las marcas de dientes eran evidentes en la suave almohadilla de su labio inferior.

Aunque le hubiera gustado permanecer enterrado en su calor por toda la eternidad, se obligó a retirarse de su cuerpo.

Su suave gemido lo hizo maldecirse a sí mismo por su rudeza.

Si la había lastimado en su pasión, nunca se lo perdonaría. Pero tan pronto como la soltó, ella trató de empujar sus caderas hacia él nuevamente, como si lamentara su ausencia.

Beynon rápidamente sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y secó la humedad entre sus muslos. Mientras se metía de nuevo en sus pantalones, ella se enderezó lentamente. Pero sus rodillas temblaban y se balanceó mientras sus faldas caían para cubrir sus piernas.

Aunque tocarla de nuevo sería una prueba tortuosa para su resistencia, de todos modos, tomó su cintura en sus manos. La sujetó mientras se giraba para mirarlo. Una voz insistente en su cabeza le gritaba una advertencia para que no la mirara a la cara, pero no pudo hacerle caso.

El color intenso y arremolinado de su mirada femenina y audaz le detuvo la respiración.

Había tanta intensidad allí. Tanto poder y certeza. Y aunque podía ver la tormenta formándose en el azul y el verde, podía ver las chispas que iluminaban su mirada, no la soltó.

Con las piernas todavía temblando, apoyó las caderas contra el escritorio y apoyó las manos a ambos lados. Pero el ángulo de su

barbilla cuando lo miró era confiado y lleno de orgullo. También había un inconfundible indicio de acusación en sus ojos.

«Debemos comentar acerca de esto, Beynon».

Su voz era firme y sus palabras lo llenaron de pavor al instante. La sensación era dura y dolorosa después del intenso placer que acababa de experimentar y todo en él se rebeló.

Dio un paso atrás, bajando las manos a los costados. «Es tarde. Podemos hablar mañana».

«No», dijo ella bruscamente mientras se apartaba del escritorio y se enderezaba hasta alcanzar su impresionante altura, obligándolo a dar un paso atrás. «Hablaremos ahora mismo».

Beynon se irguió de hombros y le dirigió una mirada ceñuda mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. «No estoy de humor para escuchar tus quejas esta noche».

Sus ojos se abrieron enormes mientras parpadeaba con fuerza, dos veces. «¿No estás de humor? ¿Quejas? ¿Hablas en serio?». La incredulidad en su tono solo se vio eclipsada por la aguda oleada de furia creciente. «Si sigues insistiendo en evitar esto, nunca vamos a lograr pasar juntos el resto de nuestra vida».

Incapaz de permanecer tan cerca de ella, se dio la vuelta y caminó a una distancia más segura antes de volverse para mirarla de frente. Su belleza etérea lo dejó en silencio por un momento. Pero fue la mirada de fuego y determinación en su mirada lo que hizo que su corazón se tambaleara fuertemente en su estómago.

Su admiración por ella en ese momento no conocía límites.

«¿Qué hay que decir?», preguntó con dureza. La crudeza de su voz era imposible de disimular, pero se sintió agradecido porque sonaba más frustrado que aterrorizado. «Ambos sabíamos que seríamos una pareja desdichada. Pensé que te habías resignado a ello, que sabías qué esperar de este matrimonio».

Se lamió los labios y su lengua se detuvo sobre el punto sensible donde se había mordido el labio inferior hace solo unos momentos mientras estaba en medio de la pasión. Luego entrecerró los ojos y respiró profundamente para tranquilizarse.

«¿Así es como será entonces?», su pregunta fue cruda y abrupta. «Lujuria y nada más».

El estómago de Beynon dio un violento vuelco. Se obligó a ignorar el dolor agudo que le atravesaba el pecho para gruñir una respuesta. «¿Qué más podría haber?».

Apenas terminó de hablar cuando ella replicó bruscamente. «Mucho más».

Se acercó a él, cerrando la distancia que él acababa de crear entre ellos. Cuando la miró a los ojos, una repentina oleada de inquietud lo invadió. Se endureció ante la reacción. Contra su fuerza.

Contra su propio maldito corazón.

«Pero insistes en negarme», observó ella en un tono duro que nunca le había oído. Le dio escalofríos.

Su mirada intensa recorrió sus rasgos, luego bajó hasta los últimos centímetros que los separaban. «Que así sea», murmuró. Había una extraña contundencia en la voz de Anne. «Pasé demasiados años de mi vida aceptando las insignificantes cortesías con las que mi padre se dignó agraciarme, si es que pensaba en mí. Me llevó mucho tiempo creer que era digna de más». Levantó la barbilla con feroz orgullo. «*Merezco* más, Beynon».

Sus palabras lo retorcieron con un efecto desgarrador, afectando su corazón, haciendo que le ardiera la garganta. Era exactamente lo que se había estado diciendo a sí mismo desde el momento en que la conoció. Y ahora ella también lo había aceptado. Y tal como había temido, lo odiaba por eso.

Con un triste movimiento de cabeza, dio un paso a su lado. No pudo evitar observar su elegante figura mientras ella llegaba a la puerta que él ni siquiera había cerrado detrás de él al entrar. Cuando se volvió hacia él, parecía exactamente la reina de las hadas que siempre había sospechado que era. Vestida de un rosa pálido, con el pelo como la luz de las estrellas cayendo salvaje e indómito, los labios rosados y carnosos, y los ojos tan penetrantes que le cortaban el centro como una daga.

Pero entonces, de repente e inexplicablemente, sus ojos se suavizaron con el brillo de la humedad.

«Te lo habría dado todo», susurró ella.

Su cuerpo se tensó como una piedra. Era la única forma en que se contuvo de lanzarse tras ella cuando se escabulló en la oscuridad del pasillo.

Pasó mucho tiempo antes de que lograra arrastrarse por la habitación y dejarse caer pesadamente en su silla de escritorio. No durmió en toda la noche. Con las primeras luces del amanecer, salió a caminar. Un largo paseo. Pero las colinas y los valles familiares no lo reconfortaron como lo hacían tan a menudo.

Con cada paso, las palabras de despedida de su esposa y la firmeza de su tono resonaban implacablemente en su mente.

Te lo habría dado todo.

¿Qué podría haber querido decir con eso? Ya había sacrificado tanto. Su dote. Su vida en Londres. Sus expectativas para el futuro.

Te lo habría dado todo.

Él no podía esperar nada más.

Pero incluso mientras tenía ese pensamiento, su corazón se apretó de añoranza por la única cosa que nunca se había dado permiso para desear. Y por un momento, se rindió a ese sentimiento. Dio

rienda suelta a la esperanza y al anhelo en su interior y finalmente reconoció lo único que deseaba más que cualquier otra cosa.

Te lo habría dado todo.

Con la repentina conmoción de la comprensión le llegó una oleada de remordimiento desgarrador por el daño que había causado con su ignorancia y su orgullo. Pero cuando corrió a casa, desesperado por confesar la dura verdad de todo lo que estaba sintiendo y rogarle comprensión y perdón, Anne se había ido.

Capítulo Treinta y Tres

«Ve a hablar con ella».

Beynon levantó la vista y vio a su madre parada en la puerta del estudio. Tenía las manos apretadas en las caderas y su expresión era una que recordaba bien de los días de su juventud, cuando había hecho algo particularmente decepcionante.

«No», respondió solemnemente mientras volvía a mirar el libro de contabilidad que estaba actualizando.

Su madre emitió un sonido de profunda molestia y entró en la habitación. «No seas idiota con esto, Beynon. Ya ha pasado suficiente tiempo».

Diecisiete días.

Con el ceño fruncido más feroz que jamás le había dado a nadie, se encontró con la mirada obstinada de su madre. «Ella es quien se fue».

Después de la noche en su estudio, una vez que había superado su devastación al enterarse de que ella lo había dejado, había ido rápidamente a buscarla, temiendo que pudiera estar lastimada o perdida. Pero había descubierto que, en cambio, estaba bastante bien. Ella había vendido un par de sus mejores vestidos y un collar de joyas a un vendedor ambulante y utilizó el dinero para alquilar una cabaña en el pueblo.

«Si hubiera sido feliz aquí», se quejó él, «se habría quedado».

Glynnis puso los ojos en blanco y levantó las manos. «Tienes razón, era miserable aquí. ¿Y cuál crees que fue la causa de eso? Realmente esperaba que cambiaras de opinión por tu cuenta, pero parece que prefieres seguir siendo un idiota».

Beynon apenas resistió el impulso de gruñir. «¿Qué quieres de mí, mamá? Sabía que no encontraría la felicidad aquí. Fue inútil desde el principio. Hice lo mejor que pude».

«¿Lo hiciste?», la voz de su madre era cortante. «¿Qué hiciste exactamente para ayudarla a acostumbrarse a la vida como tu esposa? ¿Le mostraste la granja? No. Los chicos lo hicieron. ¿Le explicaste los ritmos de nuestro trabajo y lo que se esperaba cada día, cada estación, cada año? No. Yo lo hice. ¿La ayudaste a encontrar su lugar en la casa? No. Esa fue Eirwyn».

Beynon levantó la mano. Una sensación de malestar se revolvía en su estómago. «Entiendo lo que quieres decir, mamá. Pero no sabes cómo era su vida, de dónde la saqué. ¿Cómo podría encontrar la satisfacción como esposa de un granjero?».

«Yo lo hice».

«No se parece en nada a ti».

Su madre inclinó la cabeza y le lanzó una mirada fulminante. «¿No recuerdas el desastre que fui esos primeros años que vivimos aquí? Mi padre había sido carnicero. La única experiencia que tenía con los animales era cómo manejar sus cadáveres. Tuve suerte de que Cedric me quisiera tanto como lo hizo. Había tenido todo el derecho de anular el matrimonio más de una vez. Yo era una *terrible* esposa de granjero».

Beynon la miró fijamente. La incredulidad lo atravesaba.

«Sin la infinita paciencia y el amor incondicional de tu padrastro, nunca habría encontrado mi hogar aquí».

No tenía ni idea. Al recordar aquellos primeros años, se dio cuenta de que había estado tan absorto en sus propias emociones y luchas que nunca se había dado cuenta de que su madre había pasado por lo mismo.

«Estoy empezando a preguntarme si conoces a tu esposa. Anne es mucho más capaz de lo que crees».

La vergüenza lo invadió. Odiaba que los demás siempre parecieran subestimar a Anne. Sin embargo, él había hecho exactamente lo mismo. Y sabía que no era así.

«Tu esposa no era feliz aquí, así que se fue a buscar su propia satisfacción. Y por lo que he visto, ha convertido esa pequeña cabaña en un hogar encantador».

Beynon apretó los dientes. «¿Fuiste a verla?».

«Por supuesto. Varias veces, de hecho, al igual que los niños, lo que sabrías si te molestaras en sacar la cabeza de esta habitación. Pero lo que quiero decir es que… ella se merece más. Ambos se lo merecen».

«No lo entiendes», murmuró él.

«Tonterías». Su madre rodeó el escritorio y tomó su rostro entre sus manos. «Si hay algo que sé de ti», continuó con fuerza «es cuando luchas contra tus sentimientos. Tus emociones siempre han estado escritas en tu rostro. Ni siquiera tus peores miradas pueden ocultarlas», añadió con un destello de sonrisa y una palmadita brusca en las mejillas. «La amas. Tanto que te duele. Ve tras ella, Beynon».

Cerró los ojos mientras una oleada gélida de arrepentimiento lo invadía. «No importa, mamá. Ella está mejor sin mí».

Su madre soltó su rostro y dio un paso atrás. Sus manos regresaron a sus caderas. «¿Cómo lo sabes? ¿Le has preguntado? ¿Le has dicho lo que *tú* sientes?».

Había tenido la intención de hacerlo… justo antes de descubrir que ella lo había dejado. Nunca había sentido un dolor como el que sintió cuando se dio cuenta de que se había ido. Lo había desgarrado como una tormenta de invierno, helándolo hasta los huesos.

Glynnis emitió otro sonido exasperado. «¿Por qué crees que solo se alejó hasta el pueblo?».

Sacudió la cabeza con fuerza. «Es probable que sus amigos estén de camino a buscarla ahora mismo».

«Alquiló la cabaña por un año entero, Beynon», dijo su madre en voz baja.

¿Un año? Entonces, ¿no tenía intención de irse? ¿Por qué?

Se puso de pie y se acercó a la ventana. ¿Aún podía haber esperanza? Sin darse la vuelta, preguntó en voz baja. «¿Y si no me quiere?».

«Entonces harás lo que siempre has hecho».

Miró por encima del hombro, frunciendo el ceño en señal de interrogación.

Su madre sonrió. «Lucharás».

#

Beynon decidió caminar hasta el pueblo. No era una distancia corta, pero necesitaba el esfuerzo físico para domar la energía caótica que había en su interior y el tiempo para pensar en lo que le diría a Anne. Incluso después de desviarse para caminar de un lado a otro en un prado abierto, seguía sin idear las palabras adecuadas. Pero cuando el crepúsculo comenzó a caer y se dio cuenta de que a este ritmo volvería a casa caminando en plena oscuridad, se dirigió al pueblo con una determinación severa, aunque un poco aterrorizada.

Su madre le había dicho que Anne se alojaba en una pequeña cabaña alejada de la carretera principal, entre un grupo de robles centenarios. Cuando giró por el sendero y comenzó a dirigirse hacia la pequeña casa de piedra, le costó creer que ese era el lugar donde Anne se había estado quedando durante las últimas tres semanas.

Era poco más que una choza.

El techo necesitaba una nueva paja antes del invierno y la mayoría de las contraventanas estaban deformadas, sueltas o faltaban por completo. Las enredaderas crecían por las paredes y la chimenea y la vieja cerca de estacas apenas contenía el alboroto de flores que desbordaban el camino de entrada.

Estaba muy lejos de las grandes propiedades a las que estaba acostumbrada.

Se había sentido bastante cómoda en Gwaynynog.

Cómoda pero infeliz.

¡Por tu culpa!

Todavía luchaba por reconciliar todo lo que su madre le había dicho. La esperanza que había echado raíces en su interior luchaba con el miedo de que fuera demasiado tarde.

Pero ahora estaba allí. De pie frente a su puerta. Si se iba... nunca sabría si había algo que esperar.

Al llegar a la puerta de la choza, dio un golpe fuerte que pareció resonar en la silenciosa llegada de la noche.

Cuando no hubo respuesta ni ningún indicio de movimiento en el interior, golpeó de nuevo.

Silencio.

Cuando la preocupación comenzó a superar sus nervios, miró a su alrededor. La cabaña estaba bastante lejos de los vecinos. Si algo le había pasado a Anne, nadie lo sabría.

Atrapado por un miedo repentino, golpeó la puerta con más fuerza.

«Aquí atrás», gritó Anne. Las palabras vinieron desde detrás de la casa. Escuchar su voz después de tanto tiempo provocó una oleada inmediata de calidez y tensión en el cuerpo de Beynon. Su alivio de que ella estuviera bien fue rápidamente superado por el reconocimiento de que todavía no tenía la menor idea de qué decirle.

Otra mirada alrededor reveló un sendero de piedra casi completamente cubierto de musgo. Cuando comenzó a rodear la casa, notó una gran parcela de amaranto vertical justo al lado del camino. Siguiendo un impulso, recogió un puñado de flores de color rojo oscuro en un ramo improvisado.

Con el estómago hecho un nudo, continuó por el camino. El jardín trasero crecía tan desenfrenado como el delantero. Las flores crecían sin un plan particular, cayendo unas sobre otras y ocultando a Anne hasta que casi estuvo sobre ella.

Cuando finalmente la vio, sus pies y su corazón se detuvieron al mismo tiempo.

Ella estaba sentada parcialmente de espaldas a él sobre una manta extendida sobre una pequeña parcela de césped. Llevaba un chal sobre los hombros y su cabello estaba peinado en un sencillo moño en la parte posterior de su cabeza con suaves mechones rozando sus mejillas. La luz del día, que se desvanecía rápidamente, la alcanzaba de soslayo, dándole un brillo casi antinatural a su piel. Su caja de pinturas y un pequeño caballete estaban colocados a su lado mientras miraba hacia un lecho mixto de áster y salvia. Estaba claramente muy concentrada en la impresionante acuarela que estaba creando y no se dio la vuelta para saludarlo de inmediato. Beynon se sintió agradecido, ya que le dio un momento para disfrutar de la vista de ella y calmar sus emociones desenfrenadas. Sin embargo, fue solo un momento más antes de que ella mirara por encima del hombro y levantara las cejas con expresión interrogativa.

Sus ojos se abrieron de par en par. «Beynon».

Su nombre fue un suspiro y una pregunta a la vez. El sonido hizo que sus manos se cerraran en puños y casi destruyeran las flores que sostenía mientras una dolorosa pesadez se instalaba detrás de su

esternón. No podía animarse a caminar hacia ella, no confiaba en su capacidad para resistir el feroz impulso de atraerla hacia él. Pero cuando ella comenzó a levantarse, él sacudió la cabeza. «No es necesario» murmuró.

Ella dudó un momento, frunciendo levemente el ceño, pero se recostó en el césped, con el pincel todavía firmemente sujeto entre los dedos.

Él no podía acercarse a ella, pero tampoco podía quedarse quieto. Así que se dio la vuelta y comenzó a abrirse paso entre los arbustos y matas y las parcelas de flores mezcladas al azar. Podía sentir que ella lo observaba, concentrada y ligeramente cautelosa.

Ella no parecía enojada de verlo. Pero tampoco estaba eufórica.

Se hizo evidente que ella no iba a hablar primero, así que cuando llegó a un callejón sin salida en un enrejado cubierto de madreselvas trepadoras, se dio la vuelta.

Se le secó la boca y se le aceleró el corazón mientras se guardaba el puñado de amarantos detrás de la espalda.

No arruines esto.

Las palabras de Caillie que recordaba de hacía semanas no eran exactamente el voto de confianza que hubiera preferido en ese momento, pero al menos lograron aflojar su lengua pesada.

«Te ves bien», murmuró él.

Ella lo miró en silencio por un momento, luego dio un ligero suspiro antes de responder. «Como tú. Te dejaste crecer la barba otra vez».

Él levantó una mano para rozarse la mandíbula con los nudillos, tímidamente. «Lo hice».

Su respuesta fue apenas un susurro. «Me gusta».

La charla intrascendente era insoportable. Él quería correr hacia ella, caer de rodillas y atraerla hacia sus brazos. Quería llenar sus pulmones con su aroma y robarle su sabor con su lengua.

En cambio, frunció el ceño.

Y ella le devolvió el ceño. «¿Por qué estás aquí, Beynon?».

Se le cerró la garganta mientras la miraba, realmente mirándola.

Era tan hermosa. Tan segura, fuerte y orgullosa.

El jardín descuidado que rodeaba una choza vieja pero pintoresca le sentaba bien. La puesta de sol, la hierba suave y la brisa ligera que acariciaba los mechones pálidos de cabello que caían sobre sus mejillas le sentaban bien. La tranquila pero innegable seguridad en sí misma en su expresión y el brillo de desafío en sus ojos también le sentaban bien.

Pero maldita sea, sus besos también le sentaban bien. Tanto como los suaves suspiros suplicantes que emitía mientras estaba en sus

brazos y los roncos gemidos que le decían que estaba cerca. Y sus sonrisas cuando jugueteaba con Carys o hablaba animadamente con Eirwyn. Y su risa cuando los chicos competían entre sí para impresionarla.

«¿Vas a quedarte ahí parado mirándome fijamente toda la noche, Beynon, o tienes algo que decir?».

No podía decirlo con certeza, pero creyó detectar un dejo de diversión entre el enojo en el tono de ella.

La miró fijamente. Lo que quería decir era, *'Ven a casa conmigo'.* Pero cambió de opinión en el último momento y preguntó en su lugar. «¿Eres feliz aquí?».

Ella parpadeó como tendía a hacer cuando se sorprendía, un hábito que siempre le había encantado. «¿Quieres saber si soy feliz?».

Él asintió.

«¿*Aquí* en esta choza?», preguntó ella. «¿O *aquí* en Gales?».

Beynon no estaba seguro. Su corazón palpitaba con fuerza contra sus costillas y sus manos se apretaron en puños. Quería caminar de nuevo y podía sentir que sus cejas se fruncían más y su ceño se profundizaba.

Sin embargo, ella permaneció tranquilamente sentada sobre la manta, mirándolo con una expectativa tranquila pero insistente.

Mierda.

Tenía que dejar de ser tan cobarde.

Dio un paso hacia ella y ella dio un pequeño respingo. Se detuvo, frunció el ceño y dio un paso más. Todavía estaba fuera de su alcance, pero ahora podía ver el remolino de verde y azul en sus ojos.

«¿Eres feliz… como mi esposa?».

Las palabras sonaron ásperas y entrecortadas mientras se abrían paso a través de una garganta apretada. Contuvo la respiración, esperando su respuesta.

Llegó rápidamente. Inmediatamente, de hecho.

«No».

El corazón de Beynon se desplomó. Por un momento, no pudo hablar mientras una ola de dolor, ira y miedo lo abrumaba. Cuando su temperamento subía de esa manera, cuando sus emociones se volvían demasiado intensas para que él pudiera controlarlas, había aprendido a apretar los dientes y alejarse o arriesgarse a perder el control.

Cada músculo de su cuerpo se tensó mientras su cerebro le ordenaba que se diera la vuelta y la dejara allí en el resplandor crepuscular del jardín. Aceptar su rechazo en silencio, sin importar el dolor que lo desgarraba, y reconocer que había tenido razón todo el tiempo. No pertenecían juntos.

Pero mientras se preparaba para hacer todo eso, recordó las palabras de su madre.

Tenía que luchar.

No con los puños ni con furia. Sino con la verdad.

Cuando miró a su esposa a los ojos, comprendió. La lucha que tenía que librar era contra su orgullo. Y sus suposiciones y prejuicios y sus propios malditos miedos de nunca ser lo suficientemente bueno.

Avanzando, extendió su puño sosteniendo el amaranto. «Para ti».

Sus ojos se abrieron de nuevo mientras se estiraba para tomar su regalo impulsivo. Pero luego acercó las flores a su pecho y bajó la barbilla y él ya no pudo leer su expresión. Su voz era pesada y áspera. «Vuelve conmigo».

Respiró profundamente, la inhalación le hizo subir y bajar los hombros. Luego se giró para dejar el pincel y el puñado de flores sobre su caja y se puso de pie con gracia. Se sacudió las arrugas de la falda y se puso en pie para mirarlo. «¿Por qué debería hacerlo?».

La mujer nunca le hacía nada fácil. Él frunció el ceño. «Es donde perteneces».

Ella pareció ponerse rígida. Su mirada bajó por un segundo antes de volver a levantarla con una barbilla fuerte y prominente. «¿Es así? ¿Con qué pruebas? ¿Fueron las muchas noches que dormí sola en nuestro lecho matrimonial? ¿O fue cómo mi esposo dejó muy en claro que no tenía ningún deseo de acogerme en su vida? Tal vez fue el arrepentimiento que vi en tus ojos cada vez que tu deseo se saciaba».

Beynon sintió que el corazón le pesaba como una piedra en el pecho. Quería rebatir sus palabras, pero no pudo forzar la expresión de su rostro mientras ella le preguntaba en un susurro ahogado. «¿Hay algo muy malo en mí?».

Una angustia profunda, distinta a todo lo que había sentido antes, se apoderó de él. «No. Eres perfecta». Sus palabras apenas eran audibles y eran todo lo que pudo decir.

Sus ojos se iluminaron con un destello sospechoso. «Entonces, ¿por qué siempre me abandonan tan fácilmente? ¿Por qué mi padre me veía tan indigna de su tiempo y… afecto que hizo todo lo posible por olvidar que existía? ¿Y por qué, sin importar cuánto y durante cuánto tiempo te haya amado, he fallado tan miserablemente en ganarme tu amor a cambio?».

Cuando las últimas palabras salieron de sus labios, una lágrima se deslizó por su mejilla. Y aunque se abrazó la cintura y sacudió la cabeza frenéticamente para mantenerlo alejado, Beynon la atrajo hacia él. Con un brazo fuerte alrededor de su espalda y una mano palmeando su cabeza, la arropó contra su calor y presionó sus labios contra su sien. Aunque sus sollozos eran silenciosos, su cuerpo se estremeció con la tristeza y la soledad que *él* había causado.

Nunca más. A partir de ese momento, le demostraría su amor

en cada oportunidad para que nunca más dudara de nada ni de él.

Cuando cesó el temblor y su respiración se hizo más lenta, él aflojó los brazos con cuidado. Levantó las manos para enmarcar su rostro y le inclinó la cabeza hacia atrás para poder encontrarse con el brillo y la profundidad de su mirada. Una verdad que debería haber pronunciado hace años brotó bruscamente de sus labios. «Eres perfecta en todos los sentidos imaginables. Maldita sea, te amo, te adoro. Te admiro y te reverencio». Sus labios se inclinaron torpemente. «Puede que incluso te tenga un poco de miedo. Pero solo porque valoro profundamente tu consideración y me aterroriza lo poco que puedo llegar a estar a tu altura. Soy yo quien tiene carencias. Nunca he sido lo suficientemente bueno para ti y lo supe desde el segundo en que te vi. Todo en ti era un atractivo que no podía permitirme anhelar. Constantemente me recordaba a mí mismo el gran abismo entre tu existencia y la mía para no dejarme tentar por falsas esperanzas». Hizo una pausa y frunció el ceño. «Puede que haya hecho un trabajo demasiado bueno, pero la verdad es que el mensaje de las flores que elegí ese día era más honesto que yo. Ya había desarrollado un afecto secreto por mi pareja. Uno verdadero y constante».

Ella se tensó y sus hermosos ojos parpadearon rápidamente. «¿Descubriste el significado de las flores?».

Él asintió y su atención se desplazó instantáneamente hacia donde el amaranto yacía sobre su caja de pinturas.

«Un amor inquebrantable», murmuró él, «por ti. Para siempre. Si me permites otra oportunidad. Puedo ser grosero y vulgar. No soy bueno en las cortesías sociales y, honestamente, no disfruto de la compañía de la mayoría de las personas. Pero trabajo duro para mi familia y trabajaré el triple para hacerte feliz en Gwaynynog».

Mientras ella deslizaba sus delgados brazos alrededor de su cintura, él se atrevió a liberar algo de la tensión en su columna vertebral. Sin embargo, su mirada era seria mientras sostenía la de él.

«Te amo, Beynon, con todo mi corazón. Pero no voy a permitir que me hagas a un lado ni que me ignores. Nunca más».

La abrazó con más fuerza. «No tienes idea de cuánto lo siento. Pensé que te estaba protegiendo, pero en realidad solo me estaba protegiendo a mí mismo. Estaba seguro de que llegarías a odiarme. No podía imaginar que alguna vez me amaras de verdad. No de la manera en que yo te amaba».

Ella suspiró y levantó los brazos para rodearle el cuello. «Te deseo, Beynon. Quiero compartir una vida contigo. Quiero hablar de cosas, las importantes y las mundanas. Quiero salir a caminar juntos y compartir nuestros sueños para el futuro». Sus mejillas se sonrojaron y sus pestañas revolotearon. Pero sostuvo su mirada. «Unas pocas

palabras de amor de vez en cuando también podrían ser bastante agradables».

Él gimió con fuerza mientras le rodeaba la cintura con un brazo y llevaba la otra mano para apretarle cálidamente la nuca. Bajó la cabeza hasta que sus labios se posaron justo sobre los de ella y murmuró cada frase de amor, devoción y deseo que conocía.

En galés. En inglés. En una mezcla de ambos.

Hasta que su mirada brilló y luego se oscureció con pasión. Hasta que su cálido suspiro bañó sus labios antes de detener sus palabras con la firme presión de su boca contra la de él.

El beso se calentó al instante. Habían estado separados durante tanto tiempo y la pasión entre ellos solo había crecido con la separación. En unos momentos, se desplomaron de nuevo sobre la manta, frenéticos en sus esfuerzos por quitarse la ropa el uno al otro. Él lo logró primero e inmediatamente quedó hipnotizado por el brillo de la luna naciente en su piel y la forma en que las estrellas que despertaban se reflejaban tan brillantemente en sus ojos.

Estaba asombrado y asustado.

No quería arruinar esto. No podía. Perderla simplemente no era una opción.

«Beynon».

Su nombre en sus labios era una súplica y un suspiro. Un sonido de satisfacción y necesidad.

De repente, frenético de nuevo, apartó el resto de su ropa. Pero antes de que pudiera agacharse entre sus muslos, ella presionó su mano firmemente contra su pecho. Con anticipación brillando intensamente en sus ojos y una sonrisa que podría seducir al más hosco de los demonios, lo instó a recostarse en el suelo mientras ella se levantaba para sentarse a horcajadas sobre sus caderas.

Con una sacudida de placer tan profunda y conmovedora que le dejó sin aliento, se dio cuenta de su intención. Aunque la agarró de las caderas con firmeza entre sus grandes manos, ella tenía todo el poder y el control mientras se bajaba a lo largo de su dolorida longitud. Una vez que lo poseyó, comenzó a moverse. La vista de ella encima de él era encantadora y magnífica. Su cabello pálido se soltó de sus horquillas para caer en ondas besadas por la luna sobre sus hombros mientras le hacía el amor con lentas ondulaciones que recorrían su cuerpo como una danza.

La emoción lo invadió, haciendo que le dolieran los dientes y sintiera el pecho lleno a punto de estallar mientras quedaba completamente embelesado por su mirada profunda y turbulenta, entregándose voluntariamente a toda la magia de ella.

Capítulo Treinta y Cuatro

Los días previos a la fiesta de Michaelmas fueron un torbellino de actividad.

En todo Denbighshire, la gente se reunía para ayudar a sus vecinos y amigos con las últimas cosechas del año. Los rebaños bajaban de las montañas a los pastos más bajos donde los esquilaban por última vez antes de que llegara el frío, se recogían los cereales y los productos agrícolas y se horneaban las últimas moras de la temporada para hacer pasteles.

En los primeros días después de que Anne regresara a Gwaynynog con Beynon, fueron esencialmente inseparables. Él la llevó a sus lugares favoritos de la granja y al principio habló con vacilación sobre lo difícil que había sido para él aceptar la nueva vida que se esperaba que viviera cuando su madre se casó con Cedric Thomas y los trasladó del pueblo a la granja.

Anne podía percibir el respeto y la casi reverencia en su tono mientras hablaba del hombre que había visto más en él de lo que él mismo había visto jamás. El hombre que le había confiado su legado. También podía oír el dolor y la firme determinación de Beynon de enorgullecer a su padrastro al seguir mejorando y haciendo crecer su rebaño para que algún día pudiera pasar a la siguiente generación.

La idea de tener los hijos de Beynon llenó a Anne de una riqueza instantánea de calidez y ternura. Un sentimiento que se multiplicó cuando Beynon se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

«Aunque no quiero nada más que engendrar innumerables hijos contigo, hay cosas que podemos hacer para evitar la concepción si ese es tu deseo». Su voz se redujo a un murmullo áspero. «Nunca más te quitaré la capacidad de elegir el camino de tu propia vida, como lo hice con nuestro matrimonio. Deseo ser un socio igualitario para ti, *blodyn*, en todas las cosas».

[Nota de la Trad.: *blodyn, significa flor en galés*]

Abrumada, Anne se había arrojado a su abrazo, envolviendo su cuello mientras metía su rostro en ese atractivo hueco debajo de su mandíbula. Apretando sus labios contra su pulso, susurró, «me encantaría tener tus hijos».

El sonido que él emitió en respuesta había sido profundo, primitivo y visceral. Luego la besó hasta que el mundo giró a su alrededor.

Pero esos dos días de feliz conexión duraron poco, ya que Beynon le dio un beso profundo una mañana antes de llevar a sus hermanos con él para ayudar a sus vecinos en la cosecha de fines del

verano. Carys lloró por haber sido abandonada hasta que él le prometió que podría unirse a ellos cuando fuera un poco mayor y un poco más fuerte. Mientras él estaba fuera, Glynnis, Eirwyn y Anne se sumergieron en los preparativos para la celebración de Michaelmas que se llevaría a cabo en Gwaynynog, una vez que terminara el trabajo de la temporada.

Había que hornear panes gigantes, pasteles y tartas de esquila conocidas como *Cacen Gneifo*. Y no podía haber una fiesta de Michaelmas sin un ganso cebado o dos o tres. Anne se sorprendió de lo mucho que disfrutaba del trabajo de cocina aparentemente interminable. Especialmente cuando descubrió la deliciosa camaradería obscena que se desarrollaba entre las mujeres cuando se reunían alrededor de una gran mesa de trabajo en una habitación calentada por un horno que brillaba constantemente y amasaban hasta que les dolían los músculos.

En la mañana del cuarto día después de que Beynon se fuera, una cacofonía de sonidos interrumpió a las mujeres mientras preparaban otra tanda de pan para que leudara. Anne nunca había escuchado un estruendo así y no podía imaginar cuál podría ser la causa del ruido.

Eirwyn, sin embargo, sonrió con deleite mientras se limpiaba rápidamente las manos en su delantal. «¡Han vuelto!».

El corazón de Anne dio un vuelco cuando miró a Glynnis. Con una cálida sonrisa, la mujer mayor le hizo un gesto a Anne para que se fuera. «Ve y dale la bienvenida a tu hombre a casa. Yo terminaré aquí».

«Gracias», susurró Anne mientras salía volando de la cocina pisándole los talones a Eirwyn.

Al detenerse junto a la muchacha, levantó la mano para protegerse los ojos del sol brillante y observó con asombro cómo un río de ovejas cubiertas de lana gruesa descendía por el paso de montaña hacia el valle. Podía ver a Aron, Daryn y Edwyn liderando la carga hacia los corrales de esquila mientras los perros rodeaban al rebaño para contenerlo. Media docena de hombres caminaban con el ganado. Sus gritos y risas se podían escuchar incluso por encima del sonido de las ovejas que balaban y de innumerables cascos que repiqueteaban en la ladera rocosa.

¿Dónde estaba Beynon?

El pecho de Anne comenzó a doler, lo que le decía que había estado conteniendo la respiración. Se obligó a exhalar y volvió a observar mejor a los hombres.

Y entonces lo vio.

Caminando en la parte trasera del rebaño, llevaba una oveja grande sobre los hombros. Al igual que los otros hombres, no llevaba

abrigo debido al calor del día y las mangas de su camisa estaban arremangadas hasta los codos. Incluso a la distancia, Anne pudo ver el destello de su sonrisa resaltando entre su barba oscura.

Un escalofrío la recorrió y se apoderó de ella con un aleteo feroz en el bajo vientre.

Era asombroso.

No solo porque su fuerza masculina y su robusta belleza eran tan evidentes en ese momento, sino también porque Anne podía ver el orgullo en su paso y la profundidad de su felicidad. No pudo evitar sonreír ampliamente en respuesta.

Y fue entonces cuando su mirada la encontró.

Su cuerpo se estremeció con chispas y su corazón dio un salto de locura. Aunque su expresión cambió rápidamente de alegría fácil a algo oscuro y expectante, la felicidad de Anne no vaciló. Porque mientras su mirada penetrante sostenía la de ella, sintió algo fluir a través de su alma. Tan profundo que se sentía intrínseco a su propia existencia.

Una conexión conmovedora y ardiente.

Aunque Eirwyn se apresuró a encontrarse con todos ellos en los patios, el peso de la emoción que se apoderaba de Anne en ese momento la mantuvo clavada en el lugar. Simplemente había demasiado que procesar.

Como si sintiera su inquietud, Beynon bajó rápidamente su carga al suelo, luego rodeó al rebaño restante para dirigirse hacia ella a zancadas que devoraban el suelo.

Cada paso que daba le cortaba la respiración y le quemaba la sangre.

Cuando la alcanzó, se había puesto nerviosa hasta un estado cercano a la locura. Mientras la alzaba en brazos, ella agarró su rostro ancho y hermoso entre sus manos y presionó su boca contra la de él en una exhibición gloriosamente lasciva de posesión y deseo. Un profundo gemido hizo vibrar su pecho mientras inclinaba la cabeza para empujar su lengua exigentemente más allá de sus labios. El sabor de él era embriagador y rico, pero el sonido de silbidos y risas pronto la hizo recordar que no estaban exactamente solos. Terminó el beso con evidente renuencia, pero no la apartó de él. Sus ojos negros brillaron peligrosamente. «Más tarde, *blodyn*, te demostraré cuánto te he extrañado. Pero todavía hay mucho trabajo por hacer antes de que se ponga el sol». Anne se sonrojó mientras bajaba las manos hasta sus hombros. «Por supuesto. Lo siento...».

Él gruñó profundamente y apretó sus brazos alrededor de ella. «Nunca te disculpes por recibirme en casa de esa manera». Tragó saliva con fuerza antes de sonreír con otro destello de su dentadura. «Sin duda, batiré un nuevo récord de esquila sabiendo que me estarás

esperando al final de la labor».

#

La fiesta de Michaelmas en Gwaynynog atrajo a gente de todas partes de Denbighshire. Era un evento que la mayoría de la gente esperaba con ansias durante todo el verano, cuando la recompensa de sus diversos trabajos durante los últimos meses se presentaba en forma de una fiesta para que todos la disfrutaran. Era un día de orgullo y agradecimiento. Un momento para honrar el final de una temporada y el comienzo de otra a medida que los ritmos de la vida cambiaban de los campos al hogar. La tradición de tener la celebración anual en Gwaynynog en lugar del pueblo había comenzado hace décadas con Cedric Thomas y nadie parecía recordar exactamente por qué se había tomado esa decisión. Pero era una de las muchas cosas que Beynon esperaba continuar del legado de su padrastro.

De pie en la puerta del granero, Beynon se tomó un momento para contemplar la reunión.

Se había dispuesto una mesa larga en el patio y casi rebosaba de comidas deliciosas de todo tipo. La gente se reunía en pequeños grupos sobre mantas de picnic o sentada a lo largo de las paredes de pizarra. Su madre estaba sentada en el césped junto a su hermana mayor, cerca de los juegos, animando a los niños más pequeños de Thomas mientras competían por una codiciada bolsa de dulces. Glynnis finalmente se había recuperado por completo de su enfermedad y parecía tan robusta y vigorosa como siempre. Beynon sonrió al ver a Aron detenerse en medio de una carrera a pie para ayudar a Carys a ponerse de pie después de que la pequeña se cayera en sus esfuerzos por seguir el ritmo de los niños mayores. Las lágrimas de Carys se convirtieron rápidamente en risas cuando su hermano la cargó sobre su espalda para que pudieran terminar la carrera juntos.

Fue un buen día. La cosecha había resultado fructífera y, con la ayuda de casi una docena de personas más, la esquila de ayer, de hecho, se había completado en un tiempo récord. Beynon logró un récord personal.

No fue particularmente sorprendente, ya que cada vez que levantaba la vista del banco de esquila, veía a Anne mirándolo con los labios entreabiertos y la mirada brillando de orgullo y admiración. Él habría esquilado todo el rebaño por él solo si eso hubiera podido garantizar que ella siempre lo mirara con esos ojos soñadores y anhelantes.

Tan pronto como la última oveja esquilada fue enjuagada en el arroyo y enviada a pastar, a Beynon no le importó quién lo había observado mientras levantaba a su esposa en brazos y entraban a la casa. Aunque la hubiera llevado directamente a la cama, ella tenía un baño de vapor preparado para él e insistió en tomarse el tiempo para

lavarlo de la cabeza a los pies mientras se remojaba los dolores de su trabajo.

El baño resultó ser tan placentero como lo que vino después.

Beynon había observado con los párpados pesados cómo Anne enjabonaba y masajeaba con amor sus hombros, espalda y pecho. Cuando sus manos se sumergieron bajo la superficie del agua, ambos estaban sin aliento por la anticipación. Su toque disipó instantáneamente cualquier tensión física o agotamiento restante. Cuando él se levantó rápidamente de la bañera y la arrojó sobre la cama, su risa se convirtió rápidamente en un zumbido bajo de apreciación mientras él bajaba su cuerpo mojado para cubrir el de ella.

Aunque tenía la intención de afeitarse antes de tomarla, a juzgar por sus jadeos rápidos y gemidos melosos, ella parecía disfrutar de la textura de su barba mientras él le acariciaba el cuello, los pechos y la parte interna de los muslos.

Solo pensar en su regreso a casa la noche anterior hizo que Beynon explorara el patio en busca de su esposa. La había visto solo en breves destellos durante el día. Ayudando a su madre y a Eirwyn a preparar el banquete, riéndose de algo que había dicho Daryn mientras colgaba de las ramas del manzano y caminaba junto a Carys, y la niña saltaba hacia el pequeño corral donde se guardaban los corderitos más jóvenes.

¿Dónde estaba ella ahora?

Mientras fruncía el ceño con una intensa necesidad de poner los ojos en la mujer que había reclamado por completo su corazón y su alma, escuchó un fuerte grito de alegría de un grupo de hombres jóvenes reunidos a un lado. Beynon tardó un momento en ver que habían preparado un objetivo de tiro con arco improvisado. Beynon no podía ver a través de la pequeña multitud para confirmar quién estaba disparando, pero cuando vio que la siguiente flecha volaba para encontrarse con la primera en el centro del objetivo, tuvo una idea bastante clara de quién era.

Cuando la tercera flecha se unió a las otras dos, hubo otra ronda de gritos y vítores emocionados. Y cuando el grupo de hombres comenzó a moverse y Beynon vio a Anne brillando de felicidad sin filtro, temió que su corazón se le saliera del pecho.

¿Cómo había podido tener tanta suerte?

¿Cómo podría merecer una mujer tan perfecta?

Un viejo miedo lo apuñaló con fuerza. Tal vez no era digno. Tal vez esto no era más que un sueño.

Pero entonces, la encantadora mirada de su esposa cayó sobre él mientras estaba de pie en las sombras del granero. Su sonrisa se suavizó en algo tranquilo destinado solo para él. Sin decir una

palabra, le entregó su arco al hombre que estaba a su lado y comenzó a cruzar el patio hacia Beynon. Sus pasos eran largos y gráciles. Su porte tan elegante como siempre. Pero también había algo innegablemente nuevo en su manera de ser.

Parecía moverse con un aire de confianza y tranquilidad que él no había visto antes en ella. Con un sencillo vestido verde pálido y su cabello rubio recogido en un moño suelto, encarnaba todo lo que él podría haber esperado de una esposa.

Su reina de las hadas.

Su compañera.

Su amor para siempre.

Cuando se unió a él en las sombras, la abrazó con fuerza, amando la forma en que se ajustaba a él y cómo inclinaba la cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada oscura. Cuando su atención se desvió hacia sus labios, una sacudida de calor recorrió su cuerpo ante el hambre ardiente que vio en sus ojos.

«¿Cuánto falta para que podamos escabullirnos?», murmuró ella suavemente.

Beynon le ofreció una sonrisa. «Me alegro de que preguntes». Tomándola de la mano, la condujo de regreso a través del granero y hacia un patio lateral donde un pequeño carro había sido enganchado a un caballo. Agarrándola por la cintura, la levantó hasta el asiento y luego saltó a su lado.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó ella con una corta risa de sorpresa.

Beynon tomó las riendas, hizo un movimiento de muñecas y se pusieron en marcha. «Te llevaré lejos».

«¿Qué? ¿Adónde?».

La miró de soslayo con vehemencia. «A nuestra choza».

«¿La choza del pueblo? Pero cancelé mi contrato de alquiler en cuanto la dejé».

«Y yo lo renové». Cuando ella parpadeó confundida y aturdida, él se explicó. «Pensé que sería bueno tener un lugar al que pudiéramos ir de vez en cuando... estar solo los dos. Considera esto como una especie de luna de miel».

Sus ojos estaban muy abiertos. «Pero habrá mucho que hacer después de la celebración».

Beynon se rió. «Ya hablé con mamá. Ella y los niños se las arreglarán. Los próximos días son nuestros. Sin ovejas, sin niños, sin tareas».

La mirada oscura y acalorada que le dirigió provocó un destello instantáneo de deseo en su mirada. «Solo nosotros. Solo placer».

Su respuesta fue ronca y sin aliento. «Eso suena bien».

«¿Bien?», gruñó Beynon. Soltó las riendas, levantó a Anne de su asiento y la puso sobre su regazo.

«¡Beynon, el caballo!».

«Conoce el camino», terminó con brusquedad. Subió sus faldas hasta su regazo, le dio una palmada en la parte posterior del muslo y le dio un fuerte apretón. «Tú, sin embargo, pareces haber olvidado algo. Mi amor por ti es infinito. Mi devoción, incuestionable». Su voz se convirtió en un gruñido posesivo. «Pero no hay nada remotamente *bien* en mi pasión por ti».

Sus pestañas revolotearon mientras su aliento salía de sus labios en un suspiro. Pero cuando él deslizó su mano entre sus muslos para acariciar su vientre ardiente, el suspiro se convirtió rápidamente en un gemido pesado. Con un movimiento de caderas, se presionó más firmemente contra su mano. Luego se inclinó hacia él para dejar un rastro de dulces besos en el hueco debajo de su mandíbula.

«Tienes razón, esposo. Puede que necesite una dosis constante de recordatorios».

Su lengua rozó su pulso y un gemido áspero surgió de su garganta. Levantó una mano para ahuecar su nuca, inclinando su rostro hacia el suyo. El remolino de amor y deseo en su hermosa mirada hizo que su pecho se apretara de asombro y emoción.

«Soy tuyo, *blodyn*», murmuró con voz ronca. «Lo he sido desde el momento en que te vi por primera vez».

Mirándolo profundamente a los ojos, ella susurró en un galés perfecto, «*Dwi'n caru ti*».

La satisfacción fluía por todas sus venas cuando él rozó sus labios con los de ella. «Y yo te amo a ti».

Epílogo

Cuatro años después

«Lo juro por mi vida, esta es la fiesta más aburrida a la que me has arrastrado hasta ahora». Beynon le dirigió a su medio hermano Max una de sus miradas más oscuras. «Cuida tu lenguaje. Esto no es St. Giles».

«No me jodas», respondió Max con una sonrisa de oreja a oreja antes de beberse lo que quedaba del brandy de alta calidad de su copa de cristal. «Si lo fuera, esas dos bellas palomas de ahí ya estarían bailando sobre las mesas, con las faldas ondeando sobre las orejas, y yo tendría una botella de ginebra en la mano en lugar de esta pequeña copa, que está lamentablemente vacía, por cierto».

«Hace un momento, esa pequeña copa contenía el mejor brandy francés que se puede conseguir», observó Roderick mientras se acomodaba en la silla de cuero vacía frente a Beynon. «Y esta fiesta es para beneficio de nuestra hermana, no del tuyo».

«Sin duda Caillie estaría de acuerdo conmigo», respondió Max sin una pizca de arrepentimiento. Roderick se volvió hacia Beynon y levantó una ceja en señal de interrogación.

La respuesta de Beynon fue una mirada sombría que básicamente decía que Max estaba siendo como solía ser.

Difícil.

Todos los hijos del anterior conde de Wright, tanto legítimos como ilegítimos, se habían reunido en la finca de la familia Wright en Kent para una fiesta de una semana en celebración del decimoséptimo cumpleaños de Caillie. Era la primera vez en casi dos años desde que Beynon y Anne habían regresado a Inglaterra, y con el reciente descubrimiento de que Anne estaba esperando su segundo hijo, era probable que no volvieran durante algún tiempo. Había esperado aprovechar al máximo esta visita para conocer realmente al hermano que había crecido en un mundo tan diferente al suyo.

Pero después de varios días en compañía del joven, Beynon se vio obligado a aceptar el hecho de que Max, a pesar de todo su humor obsceno y su actitud descarada, mantenía un muro de piedra de treinta centímetros de espesor entre sus medio hermanos y los aspectos más personales de su vida. Aunque Roderick y Colin habían hecho esfuerzos significativos para acercar a Max Owen a su improvisada familia, el voluble joven seguía haciendo única y exactamente lo que le daba la gana, lo que parecía cambiar drásticamente según su estado de ánimo en ese momento.

Beynon frunció el ceño, notando cómo el irreverente cockney

de su hermano menor se hacía más espeso cuando llamaba a un lacayo y hacía un gesto para pedir más brandy. Max podía disimular fácilmente los patrones más ásperos de su habla cuando le convenía. Aparentemente, no era conveniente esa noche. Varias horas después, mientras él y Anne yacían acurrucados juntos en la cama después de haber acomodado a su hija para que durmiera en la habitación de al lado, Beynon contempló el desafío que representaba Max Owen. Sin duda percibiendo su inquietud, Anne se apoyó en un codo para poder mirarlo a la cara. Mientras sus ojos vagaban por sus rasgos, frunció el ceño antes de darle una suave sonrisa e inclinarse hacia adelante para besarle los labios. Como siempre, su sabor y su aroma desencadenaron instantáneamente una oleada de deseo, pero él no actuó en consecuencia todavía.

Ella se inclinó hacia atrás de nuevo y preguntó, «¿qué te preocupa?».

Beynon deslizó su gran mano por su muslo y la subió por su cadera para aplastarla contra la parte baja de su espalda y acercarla un poco más. Mientras ella levantaba su rodilla doblada hasta que se apoyó contra su ingle, él luchó por expresar su preocupación en palabras.

«Roderick y Colin son optimistas, pero temo que Max esté demasiado arraigado en su vida como criminal».

Su esposa suspiró mientras su expresión se volvía pensativa. «Puede que tengas razón. Pero el hecho de que esté aquí todavía dice algo. Creo que lo está intentando».

«¿Pero con qué fin?».

Sus ojos se abrieron brevemente, entendiendo su preocupación.

«¿No confías en él?».

Beynon hizo un ruido ronco. «No lo sé. Es un hombre peligroso que probablemente haya hecho cosas en su vida que ninguno de nosotros podría imaginar. No podemos simplemente ignorar eso».

«¿Tus hermanos tienen las mismas preocupaciones?».

«Puede que Roderick, pero no dice nada directamente. Y creo que Colin está tan decidido a conquistarlo que podría pasar por alto cualquier señal de riesgo».

«¿Y qué piensa Caillie?».

«Ella adora al hombre», murmuró Beynon con evidente frustración. «Su estilo de vida ilícito y todo eso».

Mientras sus dudas se arremolinaban caóticamente en su mente, Beynon las alejó. La delgada mano de su esposa había comenzado a hacer círculos suaves sobre su pecho y la sensación estaba despertando otras partes de su cuerpo.

Las preocupaciones por Max podían esperar hasta la mañana. En ese momento, tenía una mujer cálida y amorosa que merecía su

atención. Un gruñido bajo retumbó en su pecho mientras la colocaba encima de él. Su cabello pálido cayó alrededor de ellos mientras separaba sus muslos sobre sus caderas y lo miraba a los ojos.

«¿Alguna dolencia que necesite saber?», preguntó él mientras comenzaba a amasar la plenitud de su trasero. Su embarazo anterior había traído consigo una serie de molestias físicas y él odiaba la idea de agravarlas incluso por accidente.

Su sonrisa era lenta y sensual. «Nada todavía», murmuró con voz ronca mientras bajaba la boca hacia la de él. «No hay necesidad de contenerse, esposo. Quiero que me des todo».

«Siempre, *blodyn*», respondió en un tono áspero antes de ahuecar la parte posterior de su cabeza y tomar su boca en un beso de pasión perversa y absoluta devoción.